

LAURA THALASSA



Paradise summerland
PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN
BOOK ONE

Laura Thalassa

Este libro llega a ti gracias al trabajo desinteresado de otras lectoras como tú. Está hecho sin ningún ánimo de lucro por lo que queda totalmente **PROHIBIDA** su venta en cualquier plataforma.

En caso de que lo hayas comprado, estarás incurriendo en un delito contra el material intelectual y los derechos de autor en cuyo caso se podrían tomar medidas legales contra el vendedor y el comprador.

Para incentivar y apoyar las obras de ésta autora, aconsejamos (si te es posible) **la compra del libro físico** si llega a publicarse en español en tu país o el original en formato digital.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Créditos

Modradora de Traducción

Vale

Traducción

3lik@

Aelinfirebreathing

Candy27

Dew'

Gerald

Jasy

Krispipe

Mais

Mary Rhysand

NaomiiMora

Rimed

Vale

Wan_TT18

Yiany

YoshiB

Recopilación y Revisión

Mais

Diseño

Evani



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Índice

Sinopsis	Capítulo 22	Capítulo 45
Prólogo	Capítulo 23	Capítulo 46
Capítulo 1	Capítulo 24	Capítulo 47
Capítulo 2	Capítulo 25	Capítulo 48
Capítulo 3	Capítulo 26	Capítulo 49
Capítulo 4	Capítulo 27	Capítulo 50
Capítulo 5	Capítulo 28	Capítulo 51
Capítulo 6	Capítulo 29	Capítulo 52
Capítulo 7	Capítulo 30	Capítulo 53
Capítulo 8	Capítulo 31	Capítulo 54
Capítulo 9	Capítulo 32	Epílogo
Capítulo 10	Capítulo 33	Agradecimientos
Capítulo 11	Capítulo 34	Sobre la autora
Capítulo 12	Capítulo 35	
Capítulo 13	Capítulo 36	
Capítulo 14	Capítulo 37	
Capítulo 15	Capítulo 38	
Capítulo 16	Capítulo 39	
Capítulo 17	Capítulo 40	
Capítulo 18	Capítulo 41	
Capítulo 19	Capítulo 42	
Capítulo 20	Capítulo 43	
Capítulo 21	Capítulo 44	



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Sinopsis

Vinieron a la tierra: Peste, Guerra, Hambre, Muerte; cuatro jinetes montados en sus corceles que gritaban, corriendo hacia los rincones del mundo. Cuatro jinetes con el poder de destruir a toda la humanidad. Vinieron a la tierra y a acabar con todos nosotros.

Cuando Peste llega a la ciudad de Sara Burn, una cosa está clara: todos los que conoce y ama están marcados para la muerte. A menos que, por supuesto, el jinete de aspecto angelical sea detenido, que es exactamente lo que Sara tiene en mente cuando dispara a la bestia impía derribándolo de su corcel.

Lástima que nadie le dijo que no se puede matar a Peste.

Ahora el jinete, muy vivo y cabreado, la ha tomado prisionera, y está ansioso por hacerla sufrir. Solo que, mientras más tiempo pasa con él, más incertidumbre tiene sobre sus verdaderos sentimientos hacia ella... y los de ella hacia él.

Y ahora, bueno, Sara todavía podría salvar el mundo, pero para hacerlo, tendrá que sacrificar su corazón en el proceso.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Para Teresa, quien se preocupa ferozmente, da infinitamente y ama absolutamente. El mundo necesita más cómo tú.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Entonces vi cuando el Cordero rompió uno de los siete sellos, y oí que una de las cuatro criaturas vivientes decía, con una voz de trueno: "Ven". Miré, y he aquí, un caballo blanco, y el que estaba sentado en él tenía un arco; se le dio una corona, y salió conquistando y a conquistar.

—Apocalipsis 6:1-2 Nueva Biblia Estándar Americana (NBEA)



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Prólogo

Traducido por Vale

Llegaron con la tormenta.

El cielo se levantó, grandes columnas de nubes cayendo y revolcándose juntas. El aire del desierto se espesó, sintiéndose húmedo y oliendo inusualmente fétido.

Un relámpago brilló.

¡BUM!

El mundo se encendió como si estuviera en llamas, y allí estaban: cuatro hombres grandes como bestias a horcajadas sobre sus corceles terribles.

Las monturas monstruosas se encabitaron, pateando el aire mientras sus amos miraban el mundo con ojos extraños y temibles.

Peste, su corona sobre su frente.

Guerra, con su hoja de acero en alto.

Hambre, una guadaña y escalas a mano.

Y Muerte, Muerte asolado, sus alas oscuras dobladas a su espalda, una antorcha de humo bilioso apretada en su agarre.

Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, vienen a reclamar la tierra y arrasarlo con los mortales que moraban en ella.

El cielo se oscureció y los corceles cargaron, sus cascos levantando polvo mientras galopaban.

Norte...

Este...

Sur...

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Oeste...

Los jinetes cabalgaron hacia los cuatro rincones del mundo y, a su paso, las máquinas se rompían, los fusibles explotaban. Internet colapsó y las computadoras murieron. Los motores fallaron y los aviones cayeron del cielo.

Poco a poco, todas las grandes innovaciones del mundo dejaron de ser, y el globo terráqueo se sumió en la oscuridad.

Y así fue, y así será, porque la Era del Hombre ha terminado, y la Era del Jinete ha comenzado.

Vinieron a la tierra, y vinieron a acabar con todos nosotros.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 1

Traducido por 3lik@

Año 5 del Jinete

—Sacamos cerillos.

Pongo mis ojos pardos a la altura de los pequeños palitos de madera en el puño de Luke. Los golpea a uno contra nuestra tosca mesa, la llama brilla intensamente por un segundo antes de apagarse.

A nuestro alrededor, zumban sobre nosotros las luces de la estación de bomberos, de la manera alarmante que la mayoría de los aparatos electrónicos que se usan hoy en día, como si en cualquier momento pudieran chisporrotear.

Luke sostiene la cerilla con la punta ennegrecida.

—El perdedor se queda atrás para ver nuestro plan en marcha.

Esta fue la decisión meticulosa que tomamos. Una persona condenada a morir, tres más por vivir.

Todo para que podamos matar a ese hijo de puta impío.

Luke dobla la punta del fósforo quemado en su palma con los tres dedos que no están quemados, luego sumerge sus manos debajo de la mesa para mezclarlas.

Afuera, más allá de uno de nuestros camiones de bomberos desarmados, todas nuestras pertenencias necesarias están empacadas, listas para un escape rápido.

Si, por supuesto, somos uno de los tres afortunados.

Luke finalmente levanta su mano, los palillos del cerillo sobresaliendo de su puño cerrado.

Felix y Briggs, los otros dos bomberos, van primero.

Felix saca un fósforo...

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Con la punta roja.

Deja escapar un suspiro. Puedo decir que quiere dejarse caer en su asiento; su alivio es obvio. Pero es demasiado macho y demasiado consciente del resto de nosotros para hacerlo.

Briggs alcanza el suyo...

Con la punta roja.

Luke y yo compartimos una mirada.

Uno de nosotros va a morir.

Puedo ver a Luke preparándose para mantenerse al margen. Solo he visto esa expresión en su rostro una vez antes, cuando estábamos apagando un incendio que casi nos había rodeado. El fuego se movió como el diablo mismo, y Luke tenía la expresión de un hombre muerto.

Ambos sobrevivimos a esa experiencia. Quizás también sobrevivamos a este demonio.

Él levanta su puño hacia mí. Dos palos de madera sobresalen. Cincuenta y cincuenta es la probabilidad.

No lo pienso demasiado. Agarro uno de los cerillos.

Tarda un segundo para que el color se registre.

Negro.

Negro significa... el negro significa muerte.

El aire se escapa de mis pulmones.

Alzo la mirada hacia mis compañeros de equipo, los cuales llevan varias miradas de lástima y horror.

—Todos tenemos que morir alguna vez, ¿verdad? —digo.

—Sara... —Esto viene de Briggs, que estoy medio segura de que le gusto más de lo que un colega y un amigo debería.

—Iré en su lugar —dice. Como si su valentía contara para algo. No puedes salir con una chica si estás muerto.

Cierro mi puño alrededor del fósforo en mi mano.

—No —le digo, resolver asuntos está en mi naturaleza—. Ya decidimos esto.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Mantenerme al margen. Me voy a quedar al margen.

Respiro profundo.

—Cuando todo esto termine —le digo—, alguien por favor cuénteles a mis padres lo que sucedió.

Trato de no pensar en mi familia, a quienes evacuaron con el resto del pueblo a principios de esta semana. Mi mamá, que solía cortar las orillas de mis sándwiches cuando era pequeña, y mi padre, que estaba tan enojado cuando le dije que me ofrecí para quedarme en el último turno. Me miró entonces como si fuera una mujer muerta.

Se suponía que los encontraría en la cabaña de caza de mi abuelo.

Eso ya no pasará.

Felix asiente.

—Yo te cuido, Burns.

Me pongo de pie. Nadie más se está moviendo.

—Vayan —finalmente ordeno—, él estará aquí en días. —Si no son horas.

Deben ver que no estoy dando vueltas porque no se molestan en discutir o demorarse por mucho tiempo. Uno a uno, me dan abrazos, estrechándose con fuerza.

—Debería haber sido diferente —susurra Briggs en mi oído, el último en dejarme ir.

Debería, podría, lo hubiera hecho. No tiene sentido insistir en esto ahora. El mundo entero debería ser diferente. Pero no lo es, y eso es lo que importa.

Miro a través de uno de los ventanales mientras los hombres se van: Luke desengancha su caballo del garaje, Briggs y Felix agarran sus motocicletas, sus cosas atadas a la parte trasera.

Espero hasta que se hayan ido antes de que empiece a juntar mis cosas. Mis ojos se mueven sobre mi mochila, llenos de todo tipo de equipo de supervivencia—y un libro de las mejores obras de Edgar Allan Poe—antes de aterrizar en la escopeta de mi abuelo, el metal aceitado pareciendo particularmente letal.

No es tiempo para tener miedo, no hasta que la acción esté hecha.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Podría estar condenada a morir, pero me llevaré a ese infernal hijo de puta.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 2

Traducido por 3lik@

Nadie sabe de dónde venían los Cuatro Jinetes, solo que un día aparecieron en sus corceles, cabalgando por las ciudades y las tierras salvajes por igual. Y a medida que pasaban de ciudad en ciudad, la tecnología humana se rompía como las olas sobre las rocas.

Nadie sabía lo que significaba. Especialmente cuando, de repente, los Cuatro Jinetes desaparecieron tan repentinamente como habían aparecido.

Nuestra electrónica nunca se recuperó, pero comenzamos a racionalizar los eventos inexplicables: era una erupción solar. Terroristas. Pulsos electromagnéticos sincronizados. Olvida que ninguna de estas explicaciones tenía sentido, eran más razonables que algún apocalipsis bíblico, así que nos encogíamos del miedo y nos tragábamos aquellas teorías sosas.

Y luego Peste reapareció.

Me senté en nuestra mesa durante mucho tiempo después de que mis compañeros de equipo—ex compañeros de equipo—se fueron, pasando los dedos sobre la madera pulida de la escopeta de mi abuelo, acostumbándome a la sensación que tenía en mis manos.

Además de volver a familiarizarme con el arma en las últimas dos semanas cuando derribé algunas latas, han pasado años desde que manejé un arma.

He matado una considerable suma de criaturas usando esta arma (un faisán cuya muerte hechizó mis sueños de doce años).

Voy a tener que usarlo de nuevo.

Me levanto, echando otra mirada por la ventana. Mi motocicleta y el remolque que construí en la parte de atrás están en mi camino, mi

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

comida, botiquín de primeros auxilios y otros suministros amarrados a la parte trasera. Más allá de mi motocicleta, el desierto canadiense se posa en las colinas que bordean nuestra ciudad de Whistler. ¿Quién hubiera pensado que un jinete vendría aquí, a este rincón solitario del mundo?

Por capricho, me dirijo a la nevera y tomo una cerveza, el mundo podría estar terminando, pero al diablo si no hay cerveza.

Haciendo estallar la tapa, cruzo a la sala de estar y hago clic en la televisión.

Nada.

—¡Oh, por el amor de Dios! —Voy a morir de una muerte horrible, y la tele decide que hoy es el día en que deja de funcionar.

Golpeo la palma hacia abajo en la parte superior.

Aún nada.

Murmurando maldiciones de las que mi abuelo se enorgullecería, pateo la inútil televisión, más por despecho que por cualquier otra cosa.

La pantalla se llena de vida, y aparece una imagen granulada de una presentadora de noticias, su rostro deformado por las bandas de color y las contorsiones que hace la televisión.

—...parece moverse a través de Columbia Británica... hacia el Océano Pacífico... —Es difícil entender las palabras del reportero bajo el ruido blanco estático—, Informes de la Fiebre Mesiánica continua en su despertar... —Peste solo tiene que atravesar una ciudad para que se infecte.

Los investigadores—aquellos que siguen dedicados a su trabajo incluso después de que la tecnología ha caído—aún no saben mucho sobre esta plaga, solo que es sorprendentemente contagiosa y el principal vector de transmisión es el *jinete*. Pero un nombre ha sido dado de todos modos: La Fiebre Mesiánica o simplemente La Fiebre. El nombre fue inventado por fantasmas, pero a eso es a lo que el mundo ha llegado: fantasmas, santos y pecadores.

Apagando la tele, agarro mi mochila y la pistola y salgo, silbando la canción de *Indiana Jones*. Quizás si finjo que esto es una aventura, y yo soy el héroe, me hará pensar menos en lo que tendré que hacer para salvar a mi pueblo y al resto del mundo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Paso la mayor parte del día y una buena parte de la noche organizando el campamento cerca de la Autopista 99, el camino que es más probable que tome. Y Dios quiera, que el jinete lo atravesase mientras aún no haya luz. Apunto una mierda a plena luz del día; por la noche, es más probable que me pegue un tiro que a él.

Al ver cómo va mi suerte hoy, hay una posibilidad, una buena posibilidad, que la joderé. Tal vez Peste se desvíe, o decida ser inteligente y acercarse desde otra dirección. Tal vez pasará sin que lo note.

Tal vez, tal vez, tal vez.

O tal vez incluso las cosas salvajes y atemorizantes tienen una pizca de lógica para ellos.

Agarro mi arma y mi munición extra, me arrastro cerca de la carretera y me preparo para la espera.

Él viene con la primera nevada de la temporada.

Todo el mundo está tranquilo a la mañana siguiente, mientras los copos blancos en polvo cubren el paisaje y dan vuelta al camino perlado. Más nieve revolotea, y todo se ve tan ridículamente hermoso.

De la nada, los pájaros toman vuelo de los árboles. Me asusto cuando los veo a todos muy arriba de mí, sus cuerpos oscuros contra el cielo nublado.

Luego, de una docena de lugares diferentes, los lobos comienzan a aullar, el sonido envía un escalofrío primordial por mi columna vertebral. Es como una llamada de advertencia y, a su paso, el resto del bosque cobra vida. Depredadores y presas por igual huyen a mi lado. Mapaches, ardillas, liebres, coyotes... todos corren. Incluso veo un león de montaña que corre entre ellos.

Y luego se han ido.

Exhalo un suspiro tembloroso.

Él está viniendo.

Me agacho en el oscuro bosque, con la escopeta apretada en mis manos. Reviso la cámara de la pistola. Retiro y vuelvo a cargar los cartuchos solo para asegurarme de que estén colocados correctamente. Ajusto y reajusto mi agarre.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Es como si estuviera comprobando dos veces la munición en mi bolsillo que el pelo en mi nuca se eleva. Muy lentamente, levanto mi cabeza, mi mirada fija en la carretera abandonada.

Lo escucho antes de verlo. El amortiguado golpe de los cascos de su corcel resuena en la fría mañana, al principio tan silencioso que casi me lo imagino. Pero luego se vuelve más y más fuerte, hasta que aparece a la vista.

Pierdo preciosos segundos mirando boquiabierta a esta... cosa.

Él está enfundado en una armadura dorada y montado en un corcel blanco. En su espalda hay un arco y un carcaj. Su cabello rubio está presionado por una corona de oro, y su rostro: su rostro es angelical, orgulloso.

Es casi demasiado para mirar. Demasiado impresionante, demasiado noble, demasiado siniestro. No había esperado eso. No esperaba olvidarme a mí misma ni a mi tarea mortal. No esperaba sentirme... movida por él. No con todo este miedo y odio agitándose en mi estómago.

Pero estoy completamente abrumada por él, el primer jinete del apocalipsis.

Peste, El Conquistador.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 3

Traducido por NaomiiMora

Nadie sabe por qué los jinetes llegaron hace cinco años, o por qué desaparecieron tan poco tiempo después, o por qué ahora Peste y solo Peste ha vuelto para causar estragos en los vivos.

Por supuesto, todos y su marihuana tienen la respuesta a estas preguntas, la mayoría de las cuales son tan plausibles como el hada de los dientes, pero nadie ha tenido la oportunidad de arrinconar a uno de estos jinetes y sacarles las respuestas.

Así que solo podemos adivinar.

Lo que sí sabemos es que una mañana, hace siete meses, las noticias cobraron vida.

Un jinete, visto cerca de los Everglades de Florida. Tomó buena parte de una semana para que el resto del informe arribara. Sobre cómo una extraña enfermedad estaba tomando al pueblo de Miami por tormenta.

Entonces se anunció la primera muerte. Hicieron una gran difusión sobre la mujer, durante las pocas horas que tuvo el exclusivo título de trágicamente fallecida. Pero rápidamente el conteo de muertes se duplicó, luego se duplicó nuevamente. Creció exponencialmente, primero borrando Miami, luego Fort Lauderdale, luego Boca Raton. Se movió hacia arriba de la costa este de los Estados Unidos, junto con los movimientos de este jinete sombrío.

Esta vez, cuando el jinete pasaba por una ciudad, no fue tecnología la que destruía, sino *cuerpos*. Entonces fue cuando el mundo sabía que Peste había regresado.

Contemplo a Peste. Eso no es humano como tampoco su montura es un caballo.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Las últimas imágenes que vi de él, estaba atravesando la ciudad de Nueva York, con una flecha cargada en su arco, disparándole a la estampida en retirada de personas que gritaban y se apresuraban a huir de él.

Tuve que mirar el noticiario cinco veces antes de creerlo. Y luego no pude ver más.

Ahora aquí está. Peste, en carne y hueso.

Clop-clop-clop. El jinete y su caballo se mueven lentamente. La nieve se ha acumulado en sus hombros y en su pelo. Y de alguna manera, en él, incluso los copos blancos se suman a su extraña, alienígena belleza.

Me quedo quieta, temerosa de que la neblina que sale de mi aliento alerte al jinete. Pero parece completamente despreocupado por su entorno. No necesitaría estarlo; nadie excepto yo preferiría acercarse a la encarnación literal de la plaga.

Sin quitarle la vista a Peste, levanto mi escopeta. Solo toma unos segundos alinear las miradas. Posiciono mi objetivo en su pecho, que es la única cosa que espero poder acertar. Mi estómago comienza a agitarse mientras miro al jinete a través de mi arma.

He visto hombres morir. He visto cuerpos cubiertos por ampollas producidas por fuego más allá del punto de reconocimiento y he oído el nauseabundo aroma de la carne cocida.

Y, sin embargo.

Y, sin embargo, mi dedo duda en el gatillo.

Nunca he *matado* (aparte de un faisán). Olvido que esta criatura no es humana, que ha estado creando un camino de carnicería a través de América del Norte; se *ve* vivo, sensible, *humano*. Esa es una razón suficiente para luchar conmigo misma.

Ajusto mi agarre del arma y cierro los ojos. Si hago esto, Mamá vivirá, Papá vivirá, Briggs y Felix y Luke vivirán. Mis amigos y compañeros de equipo y sus familias vivirán. El mundo entero al que Peste ha puesto en su mira vivirá.

Todo lo que tengo que hacer es mover el dedo una pulgada.

Nunca pensé que fuera una cobarde, pero por un solo segundo, casi me retiro.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

A la mierda con tu moral, Burns, no hagas que tu muerte sea en vano.

Inhalo un poco, exhalo, luego aprieto el gatillo.

¡BOOM!

El sonido explosivo es casi más impactante que el retroceso de la escopeta, y la explosión resuena a través del bosque silencioso.

Delante de mí, el jinete gruñe, la lluvia de perdigones golpeándolo en el pecho, la fuerza de estos derribándolo de su corcel. Su caballo se levanta, pateo el aire y deja escapar un chillido asustado, luego se va.

Mi intestino se revuelve.

Me voy a enfermar.

El caballo sigue corriendo.

Tal vez sea el caballo quien propague la plaga y no el hombre. O tal vez ambos.

No puedo arriesgarlo.

—Lo siento —susurro mientras alinee mi mirada una vez más.

Es más fácil apretar el gatillo esta vez. Tal vez sea porque lo hice una vez antes, tal vez es porque estoy lista para sentir el tirón de la escopeta o escuchar la explosión de fuego y pólvora, o tal vez es que matar a una bestia es más fácil que matar a un hombre, sin importar que ninguno es lo que parece ser.

Las patas delanteras del corcel se levantan, su cuerpo se contorsiona brevemente mientras suelta un rebuzno agonizante. Colapsa sobre su costado a treinta metros de su amo, y luego no se mueve.

Paso varios segundos recuperando el aliento.

Está hecho.

Dios me salve, realmente lo hice.

Dejando a un lado mi arma, me dirijo al camino, mis ojos pegados al jinete. Su armadura es un desastre. No puedo decir si los perdigones atravesaron su coraza o si simplemente torcieron el metal, pero varios de ellos han estropeado esa bonita cara suya.

La bilis caliente quema la parte posterior de mi garganta. Ya está

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

floreciendo una corona de sangre alrededor de su cabeza, y aunque su rostro es una masa de heridas, lo escucho gemir.

—Oh Dios —susurro. Esta cosa todavía está *viva*.

Apenas tengo tiempo para girar hacia un lado antes de vomitar.

Su aliento viene en jadeos húmedos. Me alcanza, sus dedos rozando mi bota.

Retrocedo, lanzando un grito y casi cayendo sobre mi trasero.

Ni siquiera me di cuenta de lo cerca que me había deslizado a él.

Necesito terminar esto.

Vuelvo corriendo a mi arma con pies inestables.

¿Por qué la dejé atrás?

A través de mi bruma de pánico, no puedo recordar en qué árbol la dejé, *y el jinete todavía está vivo.*

Renuncio a la búsqueda del arma y vuelvo al pequeño campamento que preparé para mí. Entre mis cosas están las cerillas y el líquido inflamable.

Mis manos tiemblan cuando los tomo. Mecánicamente me dirijo hacia atrás.

¿Realmente vas a hacer esto? Miro en silencio los artículos en mi mano. *Todavía está vivo y vas a quemarlo mientras respira. Tú, un bombero.*

El fuego no es una muerte limpia. De hecho, tiene que ser una de las peores maneras de irse. No odio lo suficiente a Peste porque apenas soporto la idea de lo que estoy a punto de hacer.

Doy un paso atrás hacia el jinete y abro la tapa del líquido inflamable. Me muerdo el labio hasta que sangra mientras le doy vuelta la botella, el líquido sale gota a gota. Lo empapo, de pies a cabeza. Debo hacer una pausa para vomitar nuevamente.

Entonces la botella está vacía.

No logro mantener los fósforos que saco. Mis manos tiemblan tanto que sigo tirándolos. Finalmente, mi mano se estabiliza lo suficiente para tomar uno, pero luego el problema es golpear la caja de fósforos.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Nuevamente el jinete busca a tientas mi tobillo.

—...avoooooooooor... —gime a través del estrago de su boca.

Un grito se me escapa. Creo que fue una súplica.

No lo mires.

Se necesitan cinco intentos, pero finalmente, enciendo un maldito fósforo. No tengo la intención de dejarlo caer conscientemente, si lo hiciera a mi manera, probablemente habría mirado fijamente la llama hasta que quemara mi dedos—pero lamentablemente, mi mano se estremece y el fósforo se cae.

La ropa de Peste prende fuego inmediatamente, y lo escucho dar un grito agonizante.

El olor a carne quemada surge de él mientras el fuego se fortalece sobre sí mismo.

Me doy cuenta tardíamente de que su armadura está bloqueando la mayor parte del fuego, lo que hace que una muerte ya de por sí lenta sea mucho más lenta. Está ardiendo demasiado caliente y demasiado a fondo para tocar, o de otro modo podría haberle quitado la armadura o haber apagado las llamas.

Comienzo a exhalar secamente. No estoy segura de haberle dado a esta criatura una muerte más sucia.

Grita hasta que no puede.

Nadie merece irse así. Ni siquiera un heraldo del apocalipsis.

Retrocedo, y luego mis piernas se rinden.

Esto no se siente como una acción noble. No me siento como la heroína, salvando el mundo.

Me siento como una asesina.

Debería haber empacado una cerveza, o cinco. Esto no es algo para ver sobria.

Pero lo hago. Veo su piel burbujear y ennegrecerse y quemarse. Lo veo morir lentamente, cada segundo obviamente angustioso. Permanezco allí durante horas, sentada a lo largo de este camino abandonado en el que ya nadie viaja. Todo ese tiempo, mis únicos testigos son los árboles

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

que se mantienen como centinelas a nuestro alrededor.

La nieve se acumula a lo largo de su cuerpo, deritiéndose contra sus restos humeantes.

En algún momento, levanto la vista, solo para darme cuenta de que su caballo ya no está, un rastro de sangre y nieve pisoteada adentrándose en el bosque. Racionalmente, sé que debería recuperar mi escopeta y seguir el rastro del caballo hasta que encuentre la bestia, y luego debería matarla.

Racionalmente, lo sé, pero eso no significa que haga tal cosa.

Suficiente muerte por un día. Mañana terminaré el trabajo.

El cielo se oscurece. Y sin embargo me siento, hasta que el frío se filtra en mis huesos.

Eventualmente los elementos me fuerzan a ir dentro de mi carpa. Desdoblo mis extremidades rígidas, todo mi cuerpo dolorido y enfermo. No sé si la plaga de la criatura ya se ha apoderado de mí, o si esto es simplemente lo que se siente al descuidar el comer y beber y buscar refugio y calor todo el día. De cualquier manera, me siento terriblemente enferma. Terminalmente enferma.

Colapso dentro de mi saco de dormir, sin molestarme en rodearme con él.

Para bien o para mal, lo hice.

Peste está muerto.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 4

Traducido por NaomiiMora

Me despierto con la sensación de una mano en mi garganta.

—De todos los viles humanos que se cruzaron en mi camino, podrías ser el peor.

Mis ojos se abren de golpe.

Un monstruo se cierne sobre mí, su rostro lleno de agujeros sangrientos, su piel carbonizada, retorcida y faltante en algunos lugares.

No lo reconocería excepto por los ojos.

Angelicales ojos azules. La mierda que siempre pintan en techos de iglesias.

Este es mi jinete.

Vivo desde la tumba.

—*Imposible* —digo, mi voz se acalla.

Huele a ceniza y carne quemada.

¿Cómo pudo haber sobrevivido eso?

Aprieta mi cuello más fuerte.

—Eres una humana tonta. En todo el tiempo que he existido, ¿realmente nunca pensaste que otro no ha intentado lo que tú fracasaste en hacer? Intentaron dispararme en Toronto, destriparme en Winnipeg, desangrarme en Buffalo y estrangularme en Montreal. Intentaron hacer todo eso y más en tantas otras ciudades con nombres que dudo que reconozcas porque los humanos caprichosos nunca se molestan en mirar más allá de ustedes mismos.

¿Alguien más ya lo ha... intentado?

Intentado y fallado.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Es como recibir un vaso de agua con hielo en la cara. Por supuesto, alguien más ha intentado acabar con él. Debería haberlo sabido. Pero no había visto imágenes de eso, no había escuchado ningún informe de los intentos. Quien haya tratado de llevárselo no ha logrado alertar al público de que *no puede ser asesinado*.

—Donde quiera que vaya —continúa—, hay alguien como tú. Alguien que piensa que puede matarme para salvar su mundo maligno.

Es difícil mirarlo a la cara, grotesco como es. Y, sin embargo, se ve mucho mejor de cómo estaba cuando lo dejé, cuando no era más que ceniza.

Peste me acerca.

—Y ahora pagarás por atreverte a hacerlo.

Me tira por la garganta.

Cualesquiera que sean los vestigios del sueño, ahora se han ido. Alcanzo su mano, aullando cuando toco hueso y tendones.

¿Cómo puede posiblemente usar una mano cuando todo lo que queda de ella es hueso y tendón? Su agarre es como el hierro, inflexible.

Peste me arrastra fuera de la tienda y me arroja al suelo. Mis palmas y rodillas se hunden en la nieve poco profunda.

Un momento después, una rodilla se clava en mi espalda. Pasa sus manos sobre mi torso, sintiéndome en busca de armas adicionales. Me estremezco ante la sensación. Me está tocando con *puro* hueso. Hurga en mis bolsillos, vaciándolos de mi navaja del Ejército Suizo y mi caja de fósforos.

En el azul profundo, el resplandor antes del amanecer, el bosque tiene una sensación casi siniestra. Es silencioso como la tumba, sus antiguos habitantes se han ido.

Peste hace una pausa después de su inspección.

—¿Dónde está tu lucha? —pregunta burlonamente cuando continuo acostada allí—. Fuiste rápida para actuar antes. ¿Dónde está ese maldito fuego humano ahora?

Todavía estoy tratando de hacerme a la idea del hecho de que el trozo de carne ardiente del que me alejé anoche de alguna manera se ha regenerado. Y *habla*.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—¿No tienes nada que decir a eso? Hm. —Un momento después, agarra mis muñecas, uniéndolas por encima de mi cabeza con una cuerda áspera. Estoy bastante seguro de que cogió mis cosas—. Bueno, probablemente sea lo mejor. La conversación mortal siempre deja algo que desear.

La presión contra mi espalda disminuye.

—Arriba —ordena.

Me lleva demasiado tiempo procesar el pedido, así que usa la cuerda para arrastrarme sobre mis pies. Una vez más lo miro bien.

Es incluso más monstruoso de lo que pensé en un principio. Su pelo se ha ido, su nariz se ha ido, sus orejas se han ido, su piel todavía está ennegrecida. Difícilmente un hombre en absoluto, y ciertamente nada que debería estar vivo.

Su armadura dorada permanece en su lugar, luciendo inmaculada, aunque debería estar carbonizada y acribillada. No puedo ver gran parte de sus brazos debajo de la armadura, pero deben estar en mal estado a juzgar por la forma en la que el metal vibra. Y sus manos... sus manos no son más que hueso blanco y pedazos de carne, como son sus pies y tobillos.

En su cintura, usa una de mis mantas, que debe habérmela robado mientras yo estaba durmiendo. Me estremezco ante la idea.

Peste me lleva de regreso al camino por mis muñecas atadas. Palidezco cuando veo que su caballo blanco espera pacientemente a su amo, con el flanco cubierto de sangre escarlata. Patea el asfalto cubierto de nieve, jadeando. Cuando me ve, relincha ansiosamente, alejándose.

Sin importarle el estado de ánimo de su caballo, Peste asegura el otro extremo de la cuerda a la parte posterior de la silla de su corcel.

Miro entre mis muñecas atadas y su montura.

—¿Qué estás haciendo?

Me ignora, subiéndose a su caballo.

—¿No vas a matarme? —pregunto finalmente.

Se da vuelta, ese lío de una cara viéndose amargado.

—Oh no, no te dejaré morir. Muy rápido. El sufrimiento está hecho para los vivos. Y oh, cómo te haré sufrir.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 5

Traducido por Yiany

Peste conduce a su caballo todo el día por la carretera a paso rápido, obligándome a correr detrás de él, o de lo contrario ser arrastrada por mis muñecas. Es una pequeña ventaja que sea bombera y no oficinista; estoy acostumbrada a horas y horas de trabajo penoso. Aun así, aunque podría seguir el ritmo de jinete y caballo, es jodidamente incómodo, y pronto, mi ropa de abrigo está empapada de sudor.

Pasamos por Whistler, y mis ojos se mueven de un hito familiar al siguiente. Esta es mi ciudad natal, donde nací, donde pasé los inviernos haciendo snowboard y los veranos chapoteando en el lago Cheakamus, donde aprendí a manejar el auto de mi familia, y donde tuve mi primer enamoramiento y mi primer beso y todos los demás hitos que significan algo para mí. Debo dar un beso de despedida a todo mientras nos alejamos de la ciudad.

Corro horas, hasta que mis muñecas son raspones sangrientos y el cansancio me agobia.

No puedo aguantar esto por siempre.

No ayuda que el jinete no indique cuándo, o si, se detendrá. Cada kilómetro se siente como una eternidad. Cuando eventualmente sale de la carretera, quiero llorar de alegría. No me importan dos mierdas humeantes sobre los horrores que podría tener para mí después. Mientras eso signifique que esta carrera del infierno ha terminado, los tomaré.

Seguimos un camino cubierto de nieve hasta que sale hacia una casa. Y luego, alabado sea el buen Señor, nos detenemos frente a una casa.

Peste no se ha molestado en mirarme desde esta mañana, e incluso ahora, mientras salta de su corcel y ata las riendas contra una farola cercana, podría ser invisible por toda la atención que me presta. Pero tan

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

pronto como se vuelve alrededor de su montura, está claro que no se ha olvidado de mí.

Inhalo al verlo. El jinete angelical que vi por primera vez está de vuelta, la carne desgarrada de su rostro ahora está curada en su mayoría. Todavía hay algunos parches rojos y piel brillante donde las heridas de bala y quemaduras se están curando, pero tiene una nariz, labios y oídos, por lo que todos los pedazos importantes están de vuelta. Incluso su cabello ha vuelto, aunque las ondas doradas son solo lo suficientemente largas como para pasar tus dedos.

Ahora que ya está todo arreglado, no puedo dejar de mirarlo. Desearía que fuera un horrorizado asombro lo que atrajera mi mirada hacia él, pero estaría mintiendo.

Es dolorosamente hermoso, con sus lúgubres ojos azules, y sus pómulos altos y orgullosos y el conjunto mortal de su mandíbula. Una de mis manos se retuerce mientras intento conscientemente meterme un mechón de mi sudoroso cabello castaño detrás de la oreja.

¿Qué está *mal* conmigo?

—¿Disfrutaste tu carrera? —pregunta.

—Vete a la mierda. —No tengo la energía para poner mucho veneno en la maldición.

De todos modos, él curva su labio superior mientras desata mi cuerda de la silla.

Al igual que su cara, sus manos en su mayoría están curadas. No veo huesos, ni cartílagos, ni venas ni arterias, ni ninguna otra forma de *entrañas* que hace varias horas estaban *fuera*. Pero se ven un poco rojas y costrosas.

Se da vuelta y miro bien el lazo dorado y el carcaj en su espalda.

Ha matado humanos con esas armas, y matará más con ellas en el futuro, y el mundo está jodido porque no puede morir, y, salvo la muerte, no detendrá la matanza.

Tanto para acabar con él.

La manta aún está atada alrededor de la cintura de Peste, y eso, sumado a sus pies y piernas descalzos (también mayormente sanados) debería parecer cómico, pero el jinete es un hombre formidable.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Lo miro por más tiempo del necesario, y Dios me perdone, no puedo dejar de notar que su textura es tan agradable como su rostro. Tiene hombros enormes y caderas estrechas y quiero apuñalar mis ojos ahora. Tiene que haber una regla para no comerte con los ojos al tipo que trataste de asesinar.

Delante de mí, tira de la cuerda. Maldigo mientras me tropiezo tratando de mantener el ritmo mientras se dirige a la casa.

Asimilo la casa de dos pisos. Es bonita, pero bastante corriente; revestimiento de madera manchada, puerta de entrada verde bosque, una maceta cubierta de nieve debajo de una de las ventanas.

¿Por qué demonios llegó el jinete a este lugar?

Peste avanza hasta la puerta de entrada y, levantando un pie, la pateo hacia adentro. Esa es una forma de abrir una puerta, la otra forma es probar la puta perilla como una persona normal.

Me arrastra dentro por la cuerda, como si fuera un perro travieso que debe mantener atado.

Desde el silencio de la casa, es obvio que los propietarios no están cerca, y probablemente no lo hayan estado desde que salieron las advertencias de evacuación, gracias a Dios.

En cualquier lugar es mejor que aquí en este momento.

Peste cruza la sala de estar, arrastrándome con esta maldita cuerda. Ahora que no estoy corriendo por mi vida, todos mis otros dolores y molestias están despertando. Mis muñecas comienzan a palpar y el sudor que me cubre se enfría rápidamente contra mi cuerpo. Ni siquiera voy a pensar en lo doloridas que estarán mis piernas por la mañana.

El jinete ata la cuerda a la barandilla de la escalera una, dos o tres veces.

—Sabes que en el momento en que esté fuera de tu vista, voy a tratar de escapar —digo.

—¿Me veo preocupado, humana? —pregunta, dando un último tirón al nudo.

—No puedo decirlo, faltan muchas partes.

No es cierto, pero aún no ha visto su reflejo, por lo que no lo sabría.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Peste me mira por un largo segundo, su aversión por mí casi palpable, luego sube las escaleras, sus pasos resuenan por toda la casa.

No estaba bromeando sobre la cosa de la fuga. En el momento en que se va, ataco el laberinto de nudos como si mi vida dependiera de eso, lo cual es cierto.

Estoy buscando desesperadamente los lazos que me atan a la barandilla (¿Cuándo *jodidamente* aprendió este jinete a hacer un nudo correctamente?), cuando regresa con un nuevo juego de ropa. Ropa y cinta adhesiva.

Todo lo que necesitamos son unas chaparreras y una paleta para redondear esta fiesta, pero dudo que Peste tenga ese tipo de sufrimiento en mente. Probablemente para mejor; no creo que sea apropiado tener sexo de venganza con el hombre que trataste de matar, al menos no en la primera noche.

Peste tira la ropa en el sofá, vigilándome mientras lo hace. Quita su armadura pieza por pieza. Debajo de ella, los últimos restos de la camisa que una vez llevaba ahora se desintegran, revelando su torso desnudo.

Incluso herido, es un pináculo del espécimen masculino. Tiene músculos para días, sus brazos gruesos y cortados, sus pectorales bien redondeados, y sus abdominales ridículamente definidos.

La piel de su pecho todavía se ve en carne viva y roja. Debe haber sido terriblemente doloroso cabalgar durante el día helado en nada más que una manta mientras su armadura raspaba su carne quemada.

Toma un segundo para que mis ojos registren que sus heridas no son lo único que estropea la piel de Peste. Zumbando en su pecho como un collar hay una serie de letras extrañas que *brillan*. Un segundo conjunto de ellas comienza en los huesos de su cadera, curvándose bajo el borde de la manta; brillan como ámbar en la tenue luz.

Lo miro, paralizada. He visto tatuajes antes, pero ninguno que *brille*. Si su naturaleza inmortal no fuera una prueba suficiente de sus orígenes de otro mundo, esta sería.

Sus bíceps sobresalen cuando alcanza el borde de su manta de toga-taparrabos, y aparto la mirada antes que pueda ver algo más.

Un minuto después, Peste regresa a mi lado con cinta adhesiva en la mano. El atuendo que usa ahora, jeans y camisa de franela, está muy lejos del atuendo que usaba cuando lo vi por primera vez, pero le queda

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

sorprendentemente bien, considerando que la mayoría de los hombres no son ni tan altos ni tan anchos como el jinete.

Nivela esos penetrantes ojos azules sobre mí mientras comienza a desenrollar la cinta.

—Dado que fuiste tan amable de exponer tus intenciones... —Envuelve la cinta adhesiva alrededor de la cuerda que está atada a la barandilla, luego alrededor de las ataduras de mis muñecas, sabotando cualquier esperanza de que escape—, creo que esto debería mantenerte inmóvil por ahora.

Peste arranca la última cinta y tira el rollo a un lado.

Lo fulmino con la mirada, pero ésta es desaprovechada, ya no me está prestando atención.

El jinete se dirige a la estufa de leña y comienza a encender fuego.

—¿Y ahora qué? —pregunto—. ¿Vas a mantenerme cautiva hasta que muera de plaga?

Plaga que definitivamente no he sentido, o tal vez sí. Es difícil de decir cuando te sientes como un trineo de tres días de todos modos.

Peste gira su cabeza ligeramente en mi dirección, luego continúa atendiendo su fuego. Se necesitan solo unos minutos para hacer rugir las llamas, y unos minutos más para sentir realmente el calor.

Peste se sienta frente al fuego, de espaldas a mí, y se pasa una mano por la cara.

—Supliqué —dice finalmente—. Roto y sangrando, te supliqué misericordia, y no me diste ninguna.

Mi estómago se retuerce.

—No puedes hacer que me sienta mal —miento, porque puede. Ya lo hace. Lo lamenté antes incluso de apretar el gatillo, y lo sentí nuevamente cuando solté el fósforo. No cambia nada, pero aun así, lo siento. Lo *lamento*. Y deja un sabor amargo y salobre en mi boca.

—No me atrevo a esperar tanto de gente como tú —dice, sin molestarse en darse la vuelta.

—Fuiste *tú* quien vino a *destruirnos* —le recuerdo.

Como si incluso tuviera que defenderme. No sé por qué me molesto en hacerlo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Los humanos han hecho un excelente trabajo destruyéndose sin mi ayuda, estoy aquí para terminar el trabajo.

—Y te preguntas por qué no te demostré misericordia.

—*Misericordia* —escupe la palabra como un juramento—. Si supieras la ironía de tu situación, humana...

Dirige su atención al fuego y apoya la barbilla en su puño y creo que la conversación ha terminado. Mira y mira fijamente esas llamas, y en algún momento, creo que olvida que existo por completo.

Mi mente se desvía hacia mi familia. Más que nada, espero que estén lo suficientemente lejos del jinete para evitar su plaga.

A diferencia de los virus normales, la Fiebre Mesiánica no sigue las leyes de la ciencia. Puedes estar a kilómetros de Peste, en cuarentena en tu propio hogar y de alguna manera atraparla. No está claro qué tan lejos debes estar para evitar la plaga por completo, solo que si permaneces en una ciudad por la que pasa Peste, morirás. Es tan simple como eso.

Aún no has muerto, susurra mi mente.

Ha pasado más de un día desde que me encontré cara a cara con el jinete. *Seguramente* debería sentir algo a estas alturas.

Hablando de sentir algo...

Cambio mi peso, no solo me duelen las muñecas y las piernas, mi estómago ha estado gruñendo por quién sabe cuánto tiempo y mi vejiga está a punto de explotar.

Me aclaro la garganta.

—Necesito ir al baño.

—Entonces ve donde estás parada. —Peste continúa mirando esas llamas como si pudiera leer el futuro de ellas.

Me está haciendo más y más fácil no sentirme culpable por dispararle y quemarlo.

—Si esperas mantenerme con vida —le digo—, necesitaré comer, beber, dormir, cagar y orinar.

¿Algún remordimiento aún, amigo?

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Suspira, luego se levanta. Peste pasa a mi lado, su estatura al mando; él no es el monstruo que me despertó esta mañana, y eso me molesta más que nada.

Vestido con camisa de franela, jeans y botas, luce dolorosamente humano. Incluso sus ojos, que parecían tan extraños cuando lo vi por primera vez, ahora parecen llenos de vida. Vida y agonía.

Engancha sus dedos debajo de la cinta adhesiva que ata mis muñecas, y con un tirón rápido, la rasga en dos.

Nota para mí: este cabrón es fuerte.

Arranca el resto de la cinta y desata la cuerda de la barandilla. Una vez que la tiene en la mano, me lleva por el pasillo, deteniéndose solo una vez que llegamos al baño.

El problema número uno ocurre tan pronto como cierra la puerta detrás de nosotros. Miro el enorme pecho que bloquea la salida.

—Se llama privacidad —digo.

—Soy consciente del término, humana manipuladora —dice, cruzando los brazos—. Por qué crees que la mereces es una pregunta para un poder superior.

Resoplo y me alejo de él.

El problema número dos ocurre después de que intento desabrochar mis pantalones. Apenas siento las manos, y mucho menos tener la destreza necesaria para la tarea.

Maldición.

—Necesito ayuda.

Peste se apoya contra la puerta.

—No estoy dispuesto a darte ninguna.

—Oh, por el amor de...

—¿Dios? —termina por mí, levantando las cejas—. ¿De verdad crees que Él te va a ayudar?

La académica en mí se emociona al instante con sus palabras, pero ahora no es exactamente el momento de aprender todos los misterios del universo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Soplo un suspiro.

—Mira, si estás lamentando mantenerme con vida, entonces mátame pero, si estás casado con esta idea tuya, realmente apreciaría que me quites los malditos pantalones.

—¿Te haría sufrir ensuciarte? —pregunta.

Vacilo. Tiene que saber que esta es una pregunta capciosa.

¿Con cuál respuesta es más probable que *no* me joda?

—Sí —digo finalmente, resolviéndome por la verdad—, lo haría.

Se apoya contra la puerta.

—Como dije, no estoy dispuesto a ayudar.

No se mueve para irse, sin embargo, y ahora simplemente estoy agradecida de tener un baño para orinar.

Aprieto los dientes mientras trato de volver a abrir mis pantalones. La cuerda se clava en mis muñecas irritadas y gritan en señal de protesta. Me lleva una cantidad agonizante de tiempo, pero finalmente logro desabotonar mis jeans, luego los arrastro hacia abajo, junto con los calzoncillos largos debajo de ellos y mi ropa interior.

La mirada impersonal de Peste está en mí, mirando mis bienes de dama, que están en plena exhibición.

Mátame ahora.

Él riza su labio.

—Lo siento —le digo—, pero si jodidamente esto te molesta, entonces puedes salir. —Y déjame orinar y luego escapar en paz.

—Vacíate, humana. Estoy cansado de estar parado aquí.

Murmurando varias maldiciones en voz baja, lo hago.

Un jinete del apocalipsis me está mirando orinar.

De todas las oraciones en el idioma inglés que pude haber inventado, *esa* no es una que haya imaginado pensar. Me trago una risa loca. Voy a morir, pero no antes de que mi dignidad sea asesinada primero.

Limpiarme, ruborizarme y volver a levantarme los pantalones tarda aún más, al igual que lavarme las manos.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Al menos todavía *hay* agua para lavarme las manos. A diferencia de la electricidad doméstica, el agua corriente fue golpeada mucho menos severamente. Por qué, escapa de mi lógica, aunque no me voy a quejar. Se ayudó a apagar muchos incendios desde que el mundo terminó.

Una vez que termino, el jinete me lleva de regreso por el pasillo, dando un tirón a mis restricciones que casi me levanta de los pies. Y luego estoy atada a esa maldita barandilla una vez más y él está de vuelta en el fuego.

—Entonces, ¿es esto lo que haces? —pregunto—. ¿Ir de pueblo en pueblo invadiendo las casas de las personas?

—No —dice por encima de su hombro.

—Entonces, ¿por qué nos detuvimos aquí? —pregunto.

Exhala, como si fuera increíblemente tediosa—lo cual soy, pero honestamente, el chico de la casa tiene una larga curva de aprendizaje por delante porque todavía no ha visto *nada*—y me ignora.

Ese es su movimiento principal, voy a encontrarlo.

Dirijo mi atención desde su espalda a mis muñecas heridas.

—¿Qué pasó con los otros? —pregunto, más apacible.

—¿Qué otros? —responde bruscamente.

Estoy sinceramente sorprendida de que todavía se relacione conmigo.

—Los otros que intentaron matarte.

El jinete se aleja del fuego, sus ojos helados atrapan la luz de las llamas.

—Los eliminé.

No veo ningún remordimiento en su rostro por esas muertes, tampoco.

—¿Entonces soy tu primera víctima de secuestro? —indago.

Resopla.

—Difícilmente una víctima —dice—, pero te retendré y haré un ejemplo de ti. Tal vez entonces tu tonta especie piense dos veces sobre las conspiraciones para destruirme.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Ahora y solo ahora mi situación realmente me golpea.

No te dejaré morir. Demasiado rápido, había dicho. El sufrimiento está hecho para los vivos. Y oh, cómo te haré sufrir.

Un escalofrío inesperado corre por mi columna vertebral. Las muñecas ensangrentadas y las piernas doloridas pueden ser la menor de mis preocupaciones.

Lo peor, estoy segura, está por venir.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 6

Traducido por Aelinfirebreathing

Todavía no estoy enferma.

Y todavía estoy viva, aunque no estoy exactamente entusiasmada por ello.

Todo duele mucho peor el día siguiente. Mis puños son un latido afilado que quema, mis hombros están rígidos y adoloridos por todas las horas que han estado estancados en esta posición limitada, mi estómago está tratando activamente de comerse a sí mismo, y mis piernas son inútiles con dolor.

Oh, y sigo encadenada a esta barandilla de mierda.

El único resquicio de esperanza han sido los pocos vasos de agua que Peste me trajo (uno de los cuales accidentalmente vertí sobre mí misma antes que en mi boca porque mis manos siguen atadas y Dios legítimamente me odia), y el hecho de que el jinete ha sido lo bastante amable de llevarme al baño de nuevo para que no tuviera que “oler mi desagradable hedor”.

Odio al hermoso bastardo.

—«Esto, sobre todo: sé fiel a ti mismo» —murmuro bajo mi aliento.

La línea de *Hamlet* viene a mí de memoria. El significado de ella ha sido desgastado como rocas de río por el tiempo y el uso excesivo, pero las palabras siguen afectándome de la misma forma.

—«Y a eso seguirá, como la noche al día...» —Mi voz se corta cuando veo a Peste.

La noche anterior usaba jeans y una camiseta de franela, pero esta mañana está en un conjunto negro que le sirve como un guante. Ambos, la tela y el corte de su ropa se las arreglan para lucir arcaico y futurista, aunque no puedo decir precisamente por qué. Tal vez ni siquiera es la ropa—tal vez es su corona o el arco y carcaj colgados casualmente sobre su hombro. Lo que sea que sea él, luce distintivamente de otro mundo.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Voy a desatarte de la baranda, humana —dice a modo de saludo—, pero te advierto: si tratas de escapar, te dispararé, luego te arrastraré de regreso aquí.

Miro fijamente a la profunda V de su oscura camiseta, captando solo un vistazo de uno de esos tatuajes resplandecientes.

—¿Me escuchaste? —pregunta.

Pestañeo, y mi mirada se mueve a su rostro.

La última de las heridas del jinete se ha curado, incluso su cabello ha crecido completamente. Solo le tomó un día para regenerarse completamente. Qué desalentador.

—Si huyo, soy carne muerta. Lo tengo.

Sus cejas se fruncen mientras me estudia por un segundo más antes de gruñir. Con eso, me jala hasta la cocina.

Usando uno de sus pies cubiertos con una bota, empuja fuera una silla.

—Siéntate.

Le hago una mueca, pero hago lo que ordena.

Peste se aleja de mí, abriendo las puertas de los armarios al parecer al azar antes de cerrarlas y seguir adelante. Eventualmente, abre la nevera de la casa y saca una hogaza de pan (¿Quién refrigera su pan?) y una botella de salsa Worcestershire¹ de este.

—Aquí está tu sustento —dice, lanzándomelos. Por algún milagro me las arreglo para agarrar la botella de salsa Worcestershire en mis manos atadas. El pan me golpea en la cabeza.

—Tendrás que comer mientras corres —continúa—. No perderé tiempo para pausas humanas hoy.

Todavía sigo atascada en la botella de salsa Worcestershire. ¿El jinete en realidad piensa que puedo beberme esto?

Da un tirón a mis ataduras, alcanzando la puerta, y tengo que barajar para agarrar la hogaza de pan que cae al suelo. Mientras Peste me ata atrás de su silla de montar, me las arreglo para meter dos piezas de pan dentro de mi boca y guardar algunas otras en mis bolsillos. Y

¹ N.T. También conocida como salsa Worcester o salsa Inglesa o simplemente salsa Perrins.

Laura Thalassa

entonces nos vamos, y estoy obligada a dejar el resto del pan para poder enfocar mi atención en seguir el ritmo.

Inmediatamente, soy consciente de que hoy no será como ayer. Mis piernas están muy doloridas y mi energía muy agotada. Cada paso es agonizante, y ninguna cantidad de miedo puede forzarme a correr tan rápido ni tanto como necesito.

Hago veinte, puede que veinticinco kilómetros antes de caer, golpeando fuerte el camino.

El caballo da un respingo contra mi peso, y dejo salir un grito mientras mis brazos se sacuden violentamente cerca de salirse de sus casquetes. La cuerda cava en la piel de mis muñecas y chillo de nuevo por el dolor cegador.

No se termina. La presión en mis hombros y muñecas es casi insoportable. Jadeo por una respiración, lista para gritar un poco más, pero es todo tan violento y repentino que se lleva mi respiración.

Peste debe saber que he caído, debe sentir la resistencia, y sé que ha escuchado mis gritos, pero no hace más que echarme un vistazo.

Lo odiaba antes de este momento, pero hay algo sobre su crueldad que corta más afilado que un cuchillo.

Está aquí para matar a la humanidad, ¿qué más esperabas?

Tengo que levantar la cabeza mientras mi cuerpo se arrastra tras el caballo para prevenir que se lastime. La nieve de ayer se ha derretido en su mayoría, y el mero asfalto actúa como papel de lija contra mi espalda. Casi puedo sentir las capas de mi grueso abrigo desintegrarse bajo la fuerza de ello. Una vez que se vaya... no sé cuánto puede durar un humano así.

Nunca tengo la oportunidad de descubrirlo.

Antes de sentir la mordida del camino contra mi propia piel, Peste detiene el caballo frente a otra casa.

Inclino mi cabeza contra mi brazo, completamente exhausta por el dolor. Vagamente soy consciente del jinete desatando mis ataduras de su montura.

Sus pisadas vienen a mi lado, luego siniestramente se detiene.

—Arriba.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Gimo en respuesta. Todo duele malditamente *demasiado*.

Un segundo después, se inclina y me recoge.

Dejo salir un quejido. Incluso su toque duele. Cierro los ojos y descanso una mejilla pesada contra la armadura dorada de su pecho mientras me lleva a la parada de la casa.

No veo a Peste echar la puerta abajo; simplemente lo escucho. Gritos resuenan desde dentro de la casa.

—Oh mi Dios —dice una mujer—. Oh mi Dios... oh mi Dios.

Fuerzo mis ojos a abrirse. Hay una mujer de mediana edad observándonos fijamente con una mirada de horror miserable.

¿Por qué no ha sido evacuada? ¿Qué está pensando?

—Nos quedaremos aquí —dice el jinete mientras pasa a su lado.

La cabeza de la mujer da un respingo en sorpresa mientras lo observa invadir su hogar.

—¡No en *mi* casa! —dice con voz aguda.

—Mi prisionera necesitará comer, dormir y usar tus comodidades —continúa, como si ella no hubiera hablado.

Tras nosotros, la escucho atorarse en muchas palabras antes de decir:

—Necesitan *irse*. Ahora.

Sus palabras llegan a oídos sordos. Peste se dirige escaleras arriba. Una vez que llega al segundo piso, comienza a patear puertas para abrirlas, y no hay una maldita cosa que pueda hacer sobre ello. Nos mueve con sus músculos a una habitación amueblada espaciadamente, pateando la puerta para cerrarla a sus espaldas.

Me deja sobre la cama, luego retrocede, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Me estás retrasando, humana.

Le miro desde donde estoy.

—Entonces déjame ir. —O mátame. Honestamente, la muerte puede ser la opción más amable a este punto.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—¿Has olvidado mis palabras tan rápido? No tengo intención de dejarte ir, tengo intención de hacerte sufrir.

—Estás haciendo un buen trabajo de ello —digo tranquilamente.

Su mirada desaprobatoria solo se profundiza por mis palabras. Extraño, pensarías que estaría satisfecho por eso.

Hace un gesto a la cama en la que reposo.

—Duerme —ordena.

Oh, como si fuera así de simple.

Incluso sintiéndome como si hubiera sido pateada hasta la mierda a una muerte cercana, no puedo solo caer dormida, especialmente no cuando el sol está colándose por la ventana y puedo escuchar a la dueña de la casa volviéndose histérica al otro lado de la puerta.

—Necesito que desates mis manos primero —digo levantando mis brazos atados hacia él.

Su mirada se estrecha toda desconfiada, pero viene hacia mí y deshace la cuerda.

Se inclina cerca.

—Sin trucos, humana.

Porque soy tan escurridiza en este momento.

Una vez mis muñecas están libres, la sangre corre por mis manos, la sensación es agonizante. Un gruñido bajo escapa de mi garganta.

—Si quieres mi pena, espera estar decepcionada —dice Peste, regresando a la puerta.

Honestamente, este tipo es insufrible, incluso si es moleestamente atractivo. De hecho, eso debe ser lo que lo hace peor. Es como la forma más agresiva de mi más odiada combinación masculina: el idiota caliente.

Mis ojos se mueven hacia Peste mientras cruza sus brazos, satisfecho con solo vigilarme, una mirada de ligera repulsión en su rostro.

El sentimiento es mutuo.

—No voy a dormirte contigo mirándome fijamente —digo.

—Qué mal.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Así que así es como va a ser.

Me siento y con obstinación quito mi ropa exterior como una capa, las cuales son más bien harapos a este punto de cualquier forma. Echándolas a un lado, me deslizo bajo las sábanas y trato de no estremecerme por el hecho de que estoy reposando en la habitación de invitados de una mujer que la plaga de Peste matará pronto.

Esto es todo tan épicamente retorcido.

Bajo la cubierta, froto mis muñecas, y tengo que morder mi labio inferior cuando me doy cuenta que es demasiado torturador tocarlas. Incluso las suaves sábanas de franela son una agonía contra la piel irritada.

Peste se sienta en el suelo, recostando su espalda a la puerta, y su mensaje silencioso es claro: *No voy a ninguna parte.*

Doy la vuelta para que al menos pueda pretender por cinco segundos que no existe y que hoy no existe y que nada de esto existe.

Descanso ahí por algún tiempo. El suficiente para preguntarme si alguno de mis compañeros de equipo sobrevivió la Fiebre. Suficiente para una vez más roer sobre mis padres. Me fuerzo a imaginarlos ahuecados juntos en el raquítico alojamiento de caza de mi abuelo, jugando póquer junto al fuego como solíamos hacerlo cuando era joven.

Ellos piensan que estoy muerta.

Recuerdo las lágrimas de mi padre más temprano esta semana. Lo impresionantes que fueron. Había estado tan orgulloso cuando me uní al departamento de bomberos. Nunca quiso que fuera a la universidad; no importaba que había estado obsesionada con literatura inglesa desde que era pequeña, que fui tan lejos como vestirme de Edgar Allan Poe por Halloween un año (sí, era de lo que estaban hechos los sueños húmedos), o que pasé largos fines de semana escribiendo poemas. Una vez el jinete llegó, la universidad era un hermoso espejismo y nada más.

Muy poco práctico, mi padre me había dicho. ¿Para qué vas a usar una licenciatura de cualquier forma?

Me pregunto qué diría a eso ahora...

—Jinete —llamo.

Silencio.

—Sé que puedes oírme.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

No responde.

Suspiro.

—¿En serio? ¿Solo vas a ignorarme?

Echa una respiración. Sí.

Tomo un hilo desprendido de mi cubrecama prestado.

—Lo echamos a suerte —comienzo—. Para decidir quién te mataría.

Peste sigue en silencio, pero ahora juro que puedo sentir sus ojos en mi espalda.

—Hubo unos pocos de nosotros que quedaron —continúo—. Luke, Briggs, Felix y Yo. Trabajamos juntos en la estación de bomberos, y por los últimos días antes de que llegaras, ayudamos a los Monteses a advertir a los residentes que necesitaban evacuar. No estábamos seguros, por supuesto, que cabalgarías a través de nuestra ciudad. Whistler no es tan grande, pero está cerca de la Autopista 99, la misma autopista en la que las noticias te habían avistado anteriormente.

»Para el tiempo que lo echamos a suerte, todos los otros bomberos ya se habían ido con sus familias. Aquellos de nosotros sin familias propias, nos quedamos atrás. —El rostro de mi padre pasa por mi mente.

Tú tenías una familia, justo como Felix y Briggs y Luke. Solo no tenías un esposo e hijos. Y al final, ese es el por qué todos ustedes tomaron el turno final.

Menos personas para extrañarnos.

—Había cuatro de nosotros aún —continúo—. Y pensamos que tal vez...

—¿Por qué me estás contando esto? —interrumpe Peste.

Me detengo.

—¿No quieres saber por qué te disparé? —pregunto.

—Ya sé por qué me disparaste, humana. —La voz del jinete es afilada—. Querías detenerme de esparcir la plaga. Todas estas justificaciones que arrojas no son para mi beneficio, son para el tuyo.

Eso me hace callar.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Estaba tratando de salvar el mundo. No soy malvada como crees que soy, quiero decir. Pero de alguna forma, sus palabras queman lejos esas explicaciones como ácido.

La habitación está en silencio por un momento largo.

—Tienes razón —digo finalmente, volteándome para enfrentarlo—. Lo son.

Mis razones no hacen una diferencia para él; no cambian el hecho de que le disparé y lo quemé. Que no escuché cuando me suplicó que parara.

El jinete tiene sus antebrazos descansando en sus rodillas dobladas, su mirada penetrante en mí.

—¿Qué esperas ganar al estar de acuerdo conmigo? —pregunta.

—Eres el que todo el mundo llama Peste el Conquistador —digo—. ¿No puedes siquiera distinguir cuando has ganado una discusión?

Peste frunce el ceño.

Jalo ese hilo suelto de nuevo.

—Por lo que vale, lo siento.

—¿Sobre qué?

—Matarte, o intentarlo, de cualquier forma. —Dos veces, técnicamente, ya que Peste probablemente solo sobrevivió la herida del disparo porque no podía morir.

Deja salir una risa vacía.

—Mentiras. Solo me estás diciendo esto ahora porque eres mi prisionera y temes lo que pueda hacerte.

Es verdad que tengo miedo de cualquier castigo terrorífico que Peste quiera exigirme, pero...

—No —digo—. No me arrepiento de tratar de matarte. Absolutamente odio lo que te hice y nunca seré la misma por ello, pero no me arrepiento de mis decisiones cuando las hago. Aun así, lo siento.

El jinete está silencioso por un largo tiempo mientras me mira con escrutinio.

—Ve a dormir —dice eventualmente.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Y lo hago.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 7

Traducido por YoshiB

Despierto en medio de la noche, arrancada del sueño por el sonido del llanto.

Parpadeo, mirando a mí alrededor.

Pensé que todos los vecinos habían sido evacuados...

Busco a tientas la lámpara de aceite junto a mi cama antes de darme cuenta de que no hay una lámpara de aceite junto a la cama.

No es mi habitación No es mi apartamento.

Luego estos últimos días me invaden como una ducha fría.

Sacando cerillos, disparando a Peste, las carreras brutales que me habían obligado a soportar hasta que no pude más. A medida que los recuerdos me inundan, también lo hacen todos mis dolores persistentes.

Hiciste este sándwich de mierda, Burns, ahora tienes que comértelo.

El sonido del llanto corta mis pensamientos, y recuerdo al dueño de la casa. ¿Cuántas horas ha pasado desde que aparecimos en su puerta?

¿Doce? ¿Más? ¿Menos?

Busco a tientas otra vez una lámpara de aceite; ahora que el poder es irregular, la gente mantiene lámparas y linternas alrededor. Mis dedos se deslizan sobre una mesita de noche, pero con lo que chocan no es una lámpara. Siento alrededor del vaso de agua y la jarra al lado.

¿Peste dejó esto aquí?

Me niego a pensarlo. Eso sería demasiado amable para gente como él.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Quitándome las mantas, me levanto de la cama y me deslizo por el pasillo, lista para ir hacia el sonido del llanto, que parece provenir de una habitación en la parte trasera de la casa. Pero luego lo dudo.

¿Qué vas a hacer, Sara? ¿Consolarla? Eres una extraña jugando a Ricitos de Oro en su casa. ¿Crees que ella quiere tener algo que ver contigo?

Me quedo ahí parada, cuestionándome, cuando finalmente mi cabeza se pone al tanto.

Mis ojos pasan por el oscuro pasillo una vez, dos veces, buscando a Peste. Vuelvo a mi habitación y miro dentro. La oscuridad aumenta mucho, pero no puede esconder a un jinete, y no hay nadie en mi habitación.

Él se ha ido.

No me doy tiempo a preguntarme dónde se escabulló Peste. Tengo quién sabe cuánto tiempo hasta que regrese.

No voy a desperdiciarlo.

Tengo que obligarme a ignorar los gritos de la mujer. No puedo ayudarla ahora. Morirá como el resto de ellos—como yo debí estar muriendo—y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Lo intenté, quiero decirle, lo intenté, pero el jinete no puede ser asesinado, y lo siento mucho, pero no creo que ninguna de nosotras salga viva de esto.

Excepto que yo sí. Esta noche. Ahora mismo.

Agarro la pila de ropa que arrojé antes de donde estaban tumbados al lado de la cama. Tan silenciosamente como me atrevo, me los pongo, mis manos titubean con los botones cuando empiezan a temblar.

Vamos, vamos. Antes de que regrese.

Agarrando mis botas, me las pongo y camino suavemente hacia la ventana. Muevo el panel para abrirlo, haciendo una mueca ante la ráfaga de aire helado que sopla dentro, punzando mis pulmones y crujiendo mi cabello.

Maldición. Realmente no quiero salir en una noche como esta.

Vacilo. Podría quedarme con Peste; no está tratando de matarme después de todo.

Quiere hacerte sufrir.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Habrá más carreras, más muñecas ensangrentadas y más días como hoy donde no puedo mantener el ritmo. Y eso es asumiendo que Peste no decide que necesito sufrir más de lo que ya lo estoy. Prefiero no quedarme para ver qué castigos creativos se le ocurren.

Decidida, saco el mosquitero de la ventana. Un momento después, lo oigo golpear suavemente la tierra abajo.

Respiro profundamente por coraje.

Balanceo primero una pierna, luego la otra, sobre el alfe zar de la ventana. Afuera, est  nevando otra vez, una delgada capa de alfombra en el suelo. Es ese suelo lo que me tiene nerviosa. Sentada a dos pisos como estoy, la caída podr  romperme las piernas. Tendr  que ser un mal aterrizaje, pero podr . Desde osamente me bajo hasta que estoy colgando por la ventana con mis manos y agradezco el destino de que la lucha contra incendios me haya dado una buena fuerza en la parte superior del cuerpo.

Y luego me suelto.

Por un largo momento, soy ligera. Entonces el momento termina y mis pies se estrellan contra el suelo. Lentamente, me enderezo. Sin tobillos enrollados, sin huesos rotos—por una vez, la suerte está conmigo.

Le doy a la casa una última, mirada fugaz, y luego escapo.

Corro hacia la carretera, aunque mi cuerpo no est  en condiciones de correr.

Soy libre.  Malditos cabrones, *soy libre!*

Detrás de mí escucho un siseo débil y resbaladizo, un sonido que confundo con el viento hasta que siento cómo un cuchillo golpea mi espalda, justo debajo de mi omóplato derecho.

Me estremezco contra el dolor, mis pies tropiezan cuando el calor se extiende desde la herida.

Sangre, mi mente hace sentido. Estás sangrando porque hay una punta de flecha incrustada en tu espalda.

Deber  haberlo sabido, pero cuando vi esa habitación vacía, no pude no actuar.

La esperanza es algo condenable.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Y ahora... Jesús, José y María, la quemadura de la herida se apodera de mi tráquea.

No me molesto en mirar hacia atrás mientras fuerzo mis pies para continuar moviéndome. Sé lo que veré. Peste orgulloso, arco en mano, viéndome como un cazador.

Si me detengo ahora, él me tiene.

Corro a toda *velocidad*, nieve crujiendo debajo de mis botas mientras intento llegar hacia la línea de árboles que tengo delante. Si logro llegar al bosque, aún podría escapar de él.

Con cada bombeo de mis brazos y el balanceo de mi torso, la punta de la flecha penetra más profundamente en el músculo.

Has soportado peor, Burns. Has caminado por el fuego, sentiste que las llamas chamuscaban tu piel y cocinaban tu cuerpo. Vivirás a través de esto.

Viviré a través de eso... siempre y cuando esta punta de flecha no esté llena de veneno... o plaga. Intento no pensar en este último. Intento no imaginar lo que sucederá si me escapo. Cómo podría escapar de él solo para morir de la Fiebre.

Estoy casi en el bosque cuando la siguiente flecha me golpea, la punta de ella se clava en mi espalda baja.

Otra vez tropiezo, casi poniéndome de rodillas. Este, este parece que golpea más que solo músculo. Hay una sensación de tirón enfermizo que se siente mal cada vez que me muevo.

Detrás de mí, escucho el galope de pezuñas.

¡Muévete! Me grito mientras las ráfagas de nieve se arremolinan a mí alrededor.

Me tambaleo sobre mis pies, forzándome a seguir.

Mi energía se está desvaneciendo rápidamente, y puedo sentir más sangre sumergirse en mis ropas rotas, la tela se vuelve rápidamente helada.

Al jinete le toma menos de un minuto alcanzarme, el aliento de su montura huyendo en el aire de la noche.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Puedo sentir la ardiente mirada de Peste sobre mí, a pesar de que no me atrevo a mirarlo. El escape ahora es inútil, pero todavía no me obligaré a parar.

Escucho el fuerte tintineo de su armadura mientras desmonta, sus botas crujendo en la nieve y la maleza muerta.

En dos largos pasos está sobre mí. Su mano se envuelve alrededor de un eje de flecha.

—No...

Sin piedad, lo arranca. Grito cuando la cuchilla corta más músculo y tendones a medida que se quita.

Lo lanza a un lado, sin decir una palabra. Siento otro jalón enfermizo mientras agarra la otra flecha alojada en mi espalda.

Por favor. Está en la punta de mi lengua para suplicarle, pero tengo la sensación de que es exactamente lo que quiere: que suplique por mi vida de la manera en que él lo hizo. Aprieto los dientes. Maldito sea, no le daré lo que quiere.

Cuando tira de la segunda punta de flecha, el dolor hace que mis piernas se doblen debajo de mí. Puedo sentir los riachuelos de mi sangre goteando por mi espalda, la sensación enfermiza poniendo mis dientes al borde.

—Debido a que has demostrado ser tan confabuladora como el resto de tus hermanos —dice, con un tono tan cortante como sus armas—, no podrás dormir. Es un lujo que ya no puedes permitirte.

Bruscamente, agarra mis manos, tirando de una cuerda suelta de donde está asegurada en su cadera.

Tironeo contra sus manos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, comenzando a entrar en pánico en serio.

No la cuerda. No otra vez.

Oh Dios.

Me está golpeando, que intenté escapar y fallé y ahora todo va a ser mucho peor.

Arrodillándose en la nieve, comienza a atar mis muñecas, su expresión sombría y enojada.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Si no me escapo ahora, voy a morir.

Lo pateo, mi bota cayendo pesadamente contra su muslo. Ni siquiera se balancea.

Aprieta los nudos en mi muñeca y grito por el dolor punzante. Sus labios finos mientras pasa el otro extremo a través de su silla de montar.

—No. —*Por favor*—. No, no, no. —Estoy murmurando casi sin sentido, un par de lágrimas salen de mis ojos.

Tengo dos heridas abiertas en la espalda, y el aire de la noche es tan frío que rasga mi ropa y me quema la piel.

—¿*Por qué* estás haciendo esto? —La pregunta es casi un sollozo.

Peste me mira.

—¿Has olvidado lo que me *hiciste* hace poco? —Da un tirón a la cuerda—. Arriba.

No me levanto. No soy capaz de levantarme.

El jinete no se queda para ver si sigo o no sus órdenes. Monta su caballo y hace otro clic.

El corcel comienza a alejarse, y solo tengo un rápido segundo para poner mis pies debajo de mí antes de que me obliguen a moverme.

Y luego nos vamos de nuevo.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 8

Traducido por Vale

No sé cuánto tiempo viajamos en la noche oscura y fría, solo que se siente interminable. Tengo las manos entumecidas, las piernas rígidas por el frío y la espalda me palpita de forma extraña y dolorosa, lo que me hace pensar que mis lesiones son más que simples heridas superficiales.

Aun así, Peste nos impulsa hacia adelante.

Al principio su caballo se mueve lento, aunque no creo que sea para mostrarme misericordia. Por el contrario, supongo que es para prolongar mi agonía el mayor tiempo posible. Poco a poco el corcel comienza a ganar velocidad, hasta que su trote se convierte en un medio galope y luego su medio galope finalmente se convierte en galope.

Mantengo el ritmo por un tiempo. Eso puedo decir. A pesar de todo, de alguna manera mantengo el ritmo.

Pero nadie, excepto esta criatura ruin e inmortal, puede seguir por siempre. La falta de sueño, las comidas escasas, el frío, mis heridas y mi agotamiento, todo eso me ha desgastado.

Me tropiezo, caigo sobre la carretera cubierta de nieve y no me levanto. Mis muñecas se sacuden sobre mi cabeza, la fuerza de esto tira de al menos un brazo fuera de su glena.

Ahora grito. Ahora me vuelvo loca.

Mi cuerpo está en llamas y una persona podría enloquecer por este tipo de dolor.

Ni siquiera sabía que podía doler tanto y oh Dios, oh Dios, oh Dios, haz que se detenga, por favor haz que se detenga. Lamento haberle disparado a tu amado jinete, solo haz que se detenga.

Pero no se detiene. Si Dios tiene misericordia, no se escatima en mí.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Me arrastran por la nieve y el frío duele tanto que quema. Cualquiera que sea la protección que mi ropa me brinda, no durará mucho. Puedo sentir el camino helado contra mi espalda, y no sé dónde termina mi agonía y comienzo yo. Todo lo que sé es que no he pasado por peor que esto.

Grito hasta que mi garganta se desgasta por el uso. Mis brazos van a ser arrancados de mi cuerpo. No hay otra manera de que esto termine. Y siento tanto dolor que *espero* que se separen de mí para poder sangrar y morir más rápido que esto.

No sucede.

Hay dolor, dolor y dolor, tanto maldito dolor. Me estoy quemando con él a pesar de que no hay fuego; me estoy quemando y hazlo parar, por favor hazlo parar, por favor, por favor, por favor...



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 9

Traducido por Aelinfirebreathing

Despierto brevemente a un intenso arrebató de dolor en uno de mis hombros. Lloro mientras unas manos me sueltan y algo de la agonía se calma.

El mundo a mi alrededor está fuera de foco, solo vendas de colores, y mi cuerpo palpita de la más horrible forma. *¿Por qué todo duele?*

A mi alrededor, los colores comienzan a agudizarse lo suficiente para que pueda distinguir un rostro. Un ángel se inclina sobre mí, su rostro sigue medio borroso.

¿Estoy en el cielo?

¿Debería sentir dolor si estoy en el cielo?

Alcanzo la cara del ángel y la acuno con mi mano temblorosa, mis muñecas sangrientas y mis dedos púrpuras. Retrocede, moviéndose fuera de mi alcance.

—¿Estoy muerta? —Creo que pregunto, pero el ángel no responde.

—Quédate conmigo —murmuro. Tanteo por una mano. Cuando encuentro lo que estoy buscando, enlazo mis dedos en ella—. Por favor.

No se suponía que dijera esa palabra.

¿Por qué no se supone que diga esa palabra?

Algo sobre suplicar, pero ahora no puedo recordarlo bien...

Todo se está yendo a la deriva, lejos y más lejos de mí.

Aprieto la mano que sostengo con fuerza.

—Quédate conmigo —digo de nuevo.

Pero el ángel y el resto del mundo se derriten lejos.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Pestaño para abrir mis ojos, mirando fijamente al techo sobre mí del color de las palomitas de maíz. Por un momento, mi vida es normal, mi mente está borrada, libre de cualquier memoria.

Alguien aprieta mi mano, y volteo la cabeza, aturdida. Y luego lo veo.

Grito.

No hay nada—*nada*—más monstruoso que la engañosa mirada que tiene Peste, su corona dorada está descansando orgullosamente en su cabeza.

Solo es cuando suelta mi mano como si quemara que me doy cuenta que el cabrón estaba *sosteniendo mi mano*. Me toma otro segundo procesar por qué exactamente eso me llena con una furia cegadora.

Huyendo del jinete. Flechas en la espalda. Atada a su corcel y forzada a correr. Cayendo. Arrastrándome. Dolor. muriendo.

Jadeo por el recuerdo, y ahora la fuerza entera de mi agonía sale a la superficie.

—Estoy... viva.

Parece imposible a la luz de todo por lo que pasé. Se siente como si hubiera sido desgarrada en pedazos.

—Sufrir es para los vivos —responde Peste desde su asiento. Echo un vistazo alrededor de la habitación en la que estamos. Es otra de invitados, presumiblemente en otra casa que Peste ha decidido invadir.

Mis manos ahondan las sábanas desgastadas que me cubren. Él me trajo a esta habitación y me acostó en la cama, y presumiblemente he estado aquí desde entonces.

No puedo decir si este escenario me aterroriza completamente, o si toma el borde de mi miedo.

No me dejó morir. Pretende dejar que me cure...

Solo para que pueda sufrir más.

Me empujo para incorporarme en la cama, tragando un latido por el intenso dolor que se enciende por mi espalda.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunto.

—No te dejaré morir.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

De nuevo, no sé si el que me salve es una amabilidad o una maldición.

Es obviamente una maldición, tú tonta idiota. No te está salvando el trasero para ser romántico.

—Me disparaste, luego me ataste y arrastraste por la nieve. —Solo decir esas palabras fuerza un estremecimiento a través de mí.

Sus ojos azules están fijos en mí.

—Lo hice.

Ruedo un hombro, la articulación duele irritablemente.

—Mi brazo estaba dislocado —digo, recordando la insoportable sensación.

Me mira por un largo momento, luciendo cada pulgada como el abominable ángel, luego asiente.

Bajo la vista hacia mí. Mi camiseta se ha ido, reemplazada por la de una extraña—una mujer grande con un guardarropa anticuado, a juzgar por el ostentoso estampado floral en ella.

Alguien me vio sin camiseta. Mis ojos se deslizan hacia Peste, quien me mira fijamente con tranquilidad.

Fue probablemente él, lo que significa que ahora ha visto ambas, mi vagina y mis senos.

Ugh. ¿Por qué a mí?

Muevo mi mano, la acción se siente apretada. Echando atrás una manga, noto que mis muñecas están atadas en un suave lino blanco. Paso el pulgar por uno de los vendajes.

¿Peste me ha atendido?

Recuerdo la forma viciosa en que tiró las flechas fuera de mi espalda.

No hay manera...

Mi atención es distraída por la horrible pulsación de mi espalda. Me inclino hacia adelante, para quitar algo de la presión, y siento ropa cavar en la piel de mi estómago.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Levantando el borde de la camiseta miro fijamente mi torso, el cual, al igual que mis muñecas, está envuelto en capa sobre capa de vendajes.

Corro mi dedo pulgar sobre el lino.

—¿Quién hizo esto?

Peste me da una mirada ilegible.

—¿Tú? —pregunto finalmente.

Siento mi sangre quemar por mi piel con horror y vergüenza y... algo más ante el pensamiento de él desgarrando mi ropa y recomponiéndome. Trato de imaginarlo limpiando y cubriendo mis heridas, y me encuentro con que no puedo. No quiero.

Sus labios se fruncen.

—Recuerda mi amabilidad.

—¿Tu *amabilidad*? —digo incrédula—. Tú eres el que *causó* estas heridas.

Y lo harás de nuevo y de nuevo y de nuevo hasta que me rompa.

Ah, estaba en lo correcto cuando me prometió sufrimiento.

Su labio superior tiembla, está luchando con una mueca.

Peste se levanta, su larga silueta inclinándose sobre mí.

—No trates de escapar de nuevo, mortal —advierte, y luego deja la habitación.

—¡Peste! —grito por billonésima vez.

Me detengo, escuchando.

Todavía nada.

Claro que puede atraparme huyendo en dos-punto-cinco segundos exactos, pero cuando realmente lo necesito, no está en ningún sitio para ser encontrado.

—¡Peste!

En la distancia, creo que escucho un gemido, lo cual me deja sobria realmente rápido.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

¿Hay alguien más viviendo aquí?

Unos pasos pesados interrumpen ese pensamiento. La puerta se abre, y ahí está Peste, luciendo como un príncipe de cuento de hadas.

Sus ojos primero van a la cama, donde debería estar, antes de caer al suelo, donde estoy.

—¿Qué estás haciendo fuera de la cama, humana? —pregunta, mirándome de forma sospechosa.

Porque estoy tan lista para intentar escapar de nuevo.

—Necesito ayuda. —Le duele a una gran parte de mi orgullo decir esto.

Sus cejas se fruncen, y camina más lejos dentro de la habitación, cerrando la puerta tras él.

—Entiendes que estoy algo renuente a ofrecerte tal cosa, dada nuestra historia.

Nuestra historia. De alguna forma lo hace sonar como si hay toda esta saga entre nosotros.

—Lo sé —digo.

Espera a que continúe. Pero ahora que está aquí, luciendo como alguna especie de modelo masculino pintado con un aerógrafo, estoy perdiendo un poco de mi valor.

—Um —digo, jugueteando con mis dedos en el suelo, mi espalda gritando de dolor—, tengo que ir al baño.

Técnicamente, esta no es diferente a ninguna otra vez que le he pedido ayuda para ir al baño, y aun así lo es, porque ahora estoy herida en lugar de atada, y mi debilidad me hace sentir vulnerable.

Por eso es que estoy sentada aquí en el suelo. Traté de salir de la cama y deambular al baño por mí misma. Solo no había tenido en cuenta lo débil que estaría, o cuán afiladamente dolerían mis heridas.

Avancé medio camino hasta la puerta antes de rendirme.

Y ahora aquí estamos.

Por un largo momento, Peste no reacciona. Luego, silenciosamente viene hacia mí. Me tenso un poco cuando se agacha a mi lado. Sé qué

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

pedí por ayuda, pero no puedo evitar recordar, incluso ahora, la agonía que me ha causado.

Es un horrible giro del destino el que tenga que depender de la persona que me puso en esta situación.

Los brazos de Peste se deslizan bajo mi cuerpo y me levanta. Chillo por la afilada puñalada de dolor que se lanza a través de mí por el movimiento. Para mi humillación eterna, envuelvo mis brazos alrededor del cuello del jinete para aliviar un poco la presión de mi espalda.

La posición me deja incómodamente cerca de la boca del jinete, y tengo la mala suerte de notar como su labio superior es mucho más lleno que el inferior.

Me carga hasta el baño sin decir nada, dejándome sobre el retrete, aunque mis pantalones están puestos aún. Trazo la mezclilla que cubre mi mitad inferior. Estoy usando *pantalones de mamá*, también conocidos como las minivans del mundo de los pantalones. Definitivamente no me los puse yo.

Lo que significa...

Ugh.

El jinete vio mis partes de dama de nuevo.

Dicho jinete se inclina sobre mí.

—Trata de escapar de nuevo...

—Sí, sí —digo—. No voy a ir a ninguna parte.

Peste frunce el ceño, luego camina fuera del baño, cerrando la puerta tras él. Debe saber que no estoy en estado de ir a ninguna parte, o si no dudo que me hubiera dejado sola aquí.

Eso, o sabe que puede solo dispararte de nuevo si tratas de cojear lejos de nuevo.

Voy al baño, tirando de la cadena tras de mí.

—¡Peste! —llamo cuando termino, inclinándome con pesadez contra la encimera donde me las arreglé para lavar mis manos.

Cuando entra, hago todo menos colapsar en sus brazos.

Esta vez, cuando envuelvo mis brazos alrededor de su cuello, me siento muy penosa para siquiera estar humillada.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Empuja la puerta de mi habitación y me deja de regreso en la cama.

—Pensé que me habías prohibido dormir —digo, mientras desliza sus manos fuera debajo de mí.

Así de cerca de él, puedo ver el azul cristalino de sus ojos. Son del color del cielo en un día despejado. Sobre ellos, descansa su corona, su vista es un siniestro recordatorio de quién es.

Esos ojos se estrechan, y su boca ya en puchero baja.

—No me hagas arrepentirme de mi amabilidad.

Realmente creo que necesita reevaluar lo que significa esa palabra.

Antes de que tenga una oportunidad de responder, se desliza fuera de la habitación, y estoy sola una vez más.

Pasan otros dos días antes de que esté lo suficientemente fuerte para dejar la cama por mi cuenta.

Hasta entonces, Peste ha tenido que alimentarme (y a juzgar por sus elecciones de comida, no tiene idea de lo que la gente come realmente) y llevarme y traerme del baño.

En otras palabras, ha sido un buen tiempo veloz.

No.

Cuando el jinete no me estaba cuidando, pasé mi tiempo durmiendo. Durmiendo y soñando sueños extraños donde mis padres revoloteaban cerca, solo fuera de alcance, y me murmuran, y algunas veces gritaban, y al final, ellos solo tosían débilmente antes de desaparecer de mi vista.

Ahora doy un paso en el pasillo con piernas temblorosas, encantada ante el sentimiento de poder moverme finalmente. No es que esté de regreso a la normalidad ni nada. Todo sigue doliendo, incluso mis pulmones, y no debería estar fuera de la cama, pero necesito hacer pis, y estoy cansada de tener que hacer señales a Peste.

Es solo luego de que he usado el retrete y sumergido mi cabeza en el fregadero del baño para beber mi peso en agua que decido explorar el hogar en el que me he estado quedando.

Cuando dejo el baño, tomo un momento para escuchar. Si el jinete está cerca, no hace que su presencia sea conocida. Pero seriamente dudo

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

que lo esté. Ahora que los dos hemos establecido una especie de rutina, una donde yo grito y grito su nombre y el solo viene algunas veces, estoy comenzando a pensar que el único momento en que realmente está merodeando es cuando me trae comida y agua o me ayuda a ir al baño.

No voy a pensar sobre el hecho de que ha estado cuidándome. Voy a recordar que me disparó en la espalda—dos veces—luego me arrastró por la nieve hasta que el dolor era tan grande que me desmayé. Voy a recordar que sigue moviendonos de ciudad en ciudad, trayendo la plaga con él y arrastrándome por el paseo.

Somos enemigos, simple y plano. No ha olvidado eso desde que le disparé. Debería asegurarme de no olvidar eso tampoco, sin importar cuán útil ha sido desde entonces.

Un zumbido ruidoso lleva mi atención hacia el techo. Sobre mi cabeza, una luz brilla suavemente. Esa es la primera vez que noto que esta casa tiene electricidad, un lujo para una casa por estos días. Suertudos. El apartamento en el que vivía nunca la tuvo. Eran lámparas de aceite y linternas todo el tiempo para mí.

Camino por el pasillo, moviéndome hasta lo que parece ser la sala de estar y la cocina detrás. Ahora que mi necesidad más urgente está cuidada, puedo sentir la pulsación retorcida de mi estómago vacío sobre los otros dolores agudos.

Cualquier cosa a este punto será mejor que los extraños combos de comida que Peste piensa traerme, como mostaza y pasta sin cocinar. Solo estoy dejando caer cosas al azar aquí, pero si tuviera que adivinar, diría que el jinete no está muy familiarizado con la cocina humana.

El aire en este lugar tiene un sabor rancio, como si hubiera estado cerrado por mucho tiempo en el calor, dejando que se estropeen bienes efímeros.

Las imágenes que cuelgan junto a la pared a cada lado mío llaman mi atención. Fotos familiares. Mi estómago se aprieta. Es fácil dejarse llevar por los horrores más obvios del apocalipsis y olvidar que las personas que han sido afectadas tienen familias justo como yo.

Mis ojos se mueven de foto en foto, las imágenes arregladas en secuencia. Primero son las fotos vergonzosas de bebé—la clase en la que tus padres te hacían posar desnudo y pensaban que eras absolutamente adorable hasta que eres mayor y son solo la mierda de la que tus amigos se burlan cuando se tropiezan con ellas.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Estas fotos están seguidas de unas dulces fotos de infante, luego sonrisas de niños sin dientes de escuela primaria. Inevitablemente, estas se transforman en fotos familiares que de alguna forma lucen antiguas, entre el collar de encaje grande que usa la esposa, los gigantes bifocales que hacen a los ojos del esposo lucir como cuentas, y los cortes de cabello estilo salmonete de sus dos niños.

Toco el marco, sonriendo un poco por la vista. ¿Qué tan viejos son estos niños ahora? ¿En sus treinta? ¿Cuarenta? ¿Tienen familias propias?

Las fotos se detienen en un abrupto alto al final del pasillo, y entro a la sala de estar.

Trago un chillido.

Hay un hombre yaciendo en un sofá seccional marino, cubierto solo en un par de bóxers, y hay algo realmente mal con él. Cualquier parte que sus ropas no cubren, cientos de pequeños bultos se presionan sobre su piel. Para mi horror algunos de esos bultos se han abierto, revelando sangre y pus y otras cosas lisas que me tienen probando la bilis en mi garganta.

He visto muchas cosas perturbadoras en mis pocos años como una bombera, pero nada como esto.

Hay un olor empalagoso en el aire, uno que no había notado antes. Es la esencia de la infección—pudrición.

Se ha contagiado de la Fiebre.

Una vergonzosa parte de mí quiere estar tan lejos de este hombre como pueda. Es sin duda contagioso.

Eres una primera responsable, Burns. Esto es lo que importa al final. Sacrificio, y si es necesario, muerte.

Mis ojos se mueven de regreso al rostro del hombre. Su cabello es de un apagado marrón que está perdiendo su batalla contra el gris, y su rostro tiene esa apariencia gastada, estirada que la piel empieza a tomar en una persona a los cuarenta. Y sus ojos inyectados en sangre, me miran fijamente con desgano mientras su pecho se levanta y cae justo la cantidad suficiente.

Dios mío, sigue vivo.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 10

Traducido por Gerald

Peste quería que yo viera esto. Lo sé con tanto seguridad como sé mi propio nombre. Lastimarme físicamente solo fue una parte de mi castigo por intentar terminar con él. Esta es la otra parte: observar a la muerte en su más horrible representación.

No, no simplemente mirarla. Y no simplemente ser incapaz de detenerla, sino acompañar a Peste como una co-conspiradora, para hacerme interpretar un papel en esparcir la enfermedad.

Miro fijamente al hombre, inmóvil en el lugar, intentando recordar todas las historias que escuché sobre esta plaga.

Las noticias habían mencionado los bultos. Como podían hincharse y cubrir cada centímetro del cuerpo. Y cómo, hacia las últimas etapas de la enfermedad, estallarían como fruta demasiado madura mientras el cuerpo de la persona decaía de adentro hacia afuera.

Necrosis le llaman, el cuerpo pudriéndose mientras el organismo todavía vive.

El vello en mis brazos se levanta. También debería estar sufriendo de esto. No, debería haber muerto por esto. En cambio, estoy viva y lo suficientemente saludable para observar a este hombre perecer a causa de ello.

Lo contemplo de nuevo, heridas abiertas y todo. Este tipo de muerte no tiene cabida en el mundo moderno. Es el tipo de cosas que pertenece a las viejas películas de terror y a los cuentos de la Europa Medieval. No aquí, donde en recuerdos recientes, los autos corrían y los aviones volaban, los teléfonos llamaban y el Internet existía.

Pero el mundo moderno se ha ido. Matado en los meses que siguieron a la llegada de los jinetes. Y ahora todos están batallando para seguir con vida en una época donde lo hemos perdido casi todo.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Aun cuando lo que quiero es correr, tomo un tentativo paso hacia adelante. Soy una bombera, maldita sea. Estoy acostumbrada a ver mierda horrorosa todos los días. Verla y *arreglarla*.

Me muevo hacia adelante, notando cómo los ojos indiferentes del hombre intentan seguirme.

Vivo y consciente.

Me agacho frente a él, oliendo a amoníaco y excremento humano. Peste podría haberme ayudado en el baño, pero no ha sido tan benevolente con nuestro anfitrión, quienquiera que sea este hombre.

De nuevo vacilo. Una parte de mí se preocupa que si intento ayudar, solo lastimaré más al hombre. Por no mencionar que hay una gran posibilidad que contraeré la enfermedad en el proceso y esa no es una buena manera de morir. Pero, por otro lado, he estado junto a Peste mucho más tiempo del que este hombre lo ha estado. He sido restringida y disparada y arrastrada por la nieve y todavía estoy viva, viva e intacta por la Fiebre.

De alguna manera, me ha pasado de largo.

Pero incluso si no lo hubiera hecho, incluso si simplemente he logrado evitarla hasta ahora, ¿qué es lo peor que sucederá? ¿Estaré con dolor? Reto al destino a darme cosas peores que las que ya he enfrentado. ¿Y si muero? Bueno, entonces al menos no tendré que aguantar más de la presencia de los jinetes.

Siempre buscando el lado positivo de las cosas.

Me agacho frente al hombre, tomando su mano. Es caliente al toque.

Hace trabajar su garganta seca y hace un intento débil de sacudir su cabeza.

—No...me... toques... Enfermar —susurra.

Aprieto su mano.

—Está bien —digo gentilmente—. Estoy aquí para ayudarte.

Cierra sus ojos.

—Todo... mue... —gime esto, su rostro haciendo un gesto de dolor—
. Yo... últimmo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Mi estómago se hunde. Ese olor a podrido podría no simplemente provenir de él. Podría venir de otras personas... personas que ahora simplemente son *cuerpos*.

En todo el tiempo que había estado recuperándome, no me había dado cuenta que había otras personas en la casa.

Estuviste dormida durante la mayor parte del tiempo, me recuerdo.

...Y, aun así, tal vez lo *había* notado. Tal vez todos mis sueños febriles no eran sueños febriles después de todo, sino los ruidos que estaban filtrándose en la habitación mientras dormía, ruidos a los que mi mente les puso rostros.

Mi atención regresa al hombre frente a mí. Tuvo que observar a quienesquiera que también viven aquí caer enfermos y luego morir. Y en algún lugar en el fondo de su mente podría haber sido consiente que iba a ser el último en morir, sin que alguien se encargara de él.

Coloco la parte posterior de mi mano contra su frente, luego su cuello. Está ardiendo. Y ahora que miro más allá de los bultos y las heridas abiertas que han transformado a su cuerpo en algo grotesco, puedo ver que sus labios están partidos y con costras.

Me levanto repentinamente y voy hacia la cocina. Tomando una toalla para manos, la paso por debajo del grifo de la cocina, luego, buscando en los estantes, saco un vaso vacío y una botella de Etiqueta Roja con la que me topo.

Después que llené el vaso con agua, llevo los bienes de regreso a la sala de estar, intentado y fallando en no pensar sobre el hecho que tuve una cama en esta casa, pero este hombre no la tuvo. ¿Eso fue decisión de Peste? ¿Fue la de este hombre?

Acomodando mis objetos en una mesita de café colocada cerca del sofá, tomo la toalla húmeda y comienzo a pasarla gentilmente sobre el rostro y el cuello del hombre. Meticulosamente me muevo por su cuerpo, intentando evitar lo que puedo de los bultos y las heridas, que parecen doler al toque.

Tomo el vaso de agua y la botella de Etiqueta Roja de la mesita de café. Levantando ambos, pregunto:

—¿Cuál prefieres?

No hay ni siquiera un segundo de deliberación. Los ojos del hombre van hacia el whiskey.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Buena elección.

Vació el vaso de agua justo sobre la alfombra, porque a nadie va a importarle una mierda un charco en una casa llena de la plaga y lo lleno hasta la mitad con el licor.

Deslizándolo un mano debajo de la espalda del hombre, levanto su cuerpo solo lo suficiente para que pueda tragar, ignorando mis propias incomodidades y dolores que se despiertan con el esfuerzo. Utilizando mi otra mano, levantó el vaso de whiskey hasta sus labios.

Se toma el líquido en cinco sólidos tragos.

—Más —dice con voz entrecortada y su voz suena más fuerte.

De nuevo lleno la copa a la mitad y de nuevo se la toma. Y luego una vez más.

Es suficiente alcohol para enviarme al hospital, pero supongo que ese es el punto. No hay manera de combatir esta plaga. La tasa de mortalidad de esta cosa es del cien por ciento. En este punto todo lo que cualquiera de nosotros puede hacer es manejar el dolor de este hombre.

Una vez que vacía el tercer vaso, me estiro de nuevo por la botella, pero levanta su mano, solo ligeramente. *No más.*

—Gracias —sisea.

Asiento, tragando la estrechez de mi garganta. Tomo su mano ardiente y la sostengo entre las mías.

—¿Le gustaría que me quedara? —pregunto. No me preocupo en añadir, *para sus últimas horas.* Aun mirando a los ojos de la muerte, no parezco ser capaz de aceptarla por su nombre.

El hombre cierra sus ojos, su cuerpo ya relajándose por los efectos del whiskey y aprieta mi mano una vez, lo que tomo como un sí.

Mi pulgar hace círculos en su piel y suavemente comienzo a recitar a Poe:

—«¡Lo! La muerte ha retrocedido hasta sentarse en un trono, en una ciudad extraña, yaciendo sola...»

Las palabras de “La Ciudad en el Mar” salen de mí, palabras que he leído y memorizado desde hace mucho tiempo. Una vez que termino de recitar el poema, continuó, citando a Lord Byron con «Y Tú eres la Muerte, tan Joven y Justa» y luego algunos pasajes de *Macbeth*, piezas

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

de poesía y prosa que elegí de aquí y de allá. El mundo podría haber dejado de preocuparse de estos poetas desde hace mucho tiempo, pero sus palabras inmortalizadas son apropiadas ahora más que nunca.

Junto a mí, el hombre no abre sus ojos de nuevo, pero cada poco tiempo inclina su cabeza solo un poco en mi dirección, dejándome saber que está escuchando. En cierto punto, deja de girarse hacia mí. Sus respiraciones trabajosas se ralentizan mientras se va a apagando.

Me siento sobre mis talones, sosteniendo su mano y observando hasta que la elevación y caída de su pecho se desvanece hasta la nada. Incluso entonces, sostengo su mano, sin soltarla hasta que su piel comienza a enfriarse.

Nunca supe su nombre. Sostengo su mano y alivio su sufrimiento y la visión de su cuerpo infestado por la plaga me perseguirá por el resto de mis días, pero nunca supe su nombre.

Eso va a molestarme.

En un capricho, tomo la botella de Etiqueta Roja y doy varios tragos de ella. Meto la botella bajo mi brazo. Ya sé que voy a necesitarla de nuevo y pronto. Indudablemente habrá más tormentos en el futuro por venir.

Después de todo, mi sufrimiento es solo el principio.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 11

Traducido por Aelinfirebreathing

Nos vamos solo una hora después luego de que el hombre sin nombre muere. Peste me guía con una mano en mi hombro, su arco y flecha dorados nunca están lejos de mi vista.

Solo un recordatorio de lo que puede hacerme.

Su corcel espera por nosotros, sus riendas no están atadas a nada, solo está de pie allí como si la criatura no tuviera nada mejor que hacer que esperar por su amo.

Peste agarra la cuerda que ha estado metida en una de las bolsas de la silla de montar. Desenredándola, envuelve un extremo alrededor de mis muñecas, las cuales siguen cubiertas en vendas.

Todos mis dolores e irritación regresan rugiendo ante la visión de mis manos atadas.

Corriendo de nuevo. Debí haberlo sabido.

Pero en lugar de atar el otro extremo a la parte trasera de su silla de montar, lo enhebra por una de las hebillas de su cinturón.

Levanto mis cejas. Eso es inesperado.

Peste cuidadosamente trabaja en evadir mis ojos mientras se gira hacia mí y sujeta ambos lados de mi torso. Aunque me ha acarreado de ida y vuelta al baño por los últimos dos días, sigo sobresaltándome por la presión de sus palmas bajo mis axilas. Antes de que pueda hacer más, me alza hasta su caballo. Un segundo después se balancea tras de mí.

El cuero rechina mientras Peste se acomoda en la montura. Dejo salir el aliento por el dolor que destella mientras soy presionada contra su armadura. Su mano izquierda se inclina a mí alrededor, su mano se extiende por el bajo de mi estómago. Su otra mano toma las riendas.

Se inclina cerca.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Saltas —advierde, su aliento contra mi oreja—, y te haré correr detrás de mí otra vez.

No lo dudo, pero ahora mismo, todo en lo que puedo pensar es el cuán repulsivo e íntimo es tenerlo así de cerca.

Peste chasquea la lengua, y su caballo comienza a caminar.

Estoy montando a caballo con uno de los jinetes del apocalipsis.

Santa mierda.

Ahora tengo asientos de primera fila para el fin del mundo.

Incluso con todos los dolores e irritaciones que tiran de mí, montar a caballo es un medio mucho mejor de viajar que correr, muñecas atadas, tras un caballo.

—¿Estaba realmente cerca de morir, verdad? —pregunto, refiriéndome a cuando Peste arrastró mi cuerpo ya lesionado por la carretera.

—¿Debes hablar?

Tan agradable, este.

—¿Debes esparcir la plaga?

No responde, aunque puedo sentirlo pensando profundamente a mi espalda.

—¿Por qué me salvaste? —digo para pincharlo.

—No te *salvé*, humana. Te mantuve con vida. Hay una diferencia. Y te mantuve con vida para hacerte sufrir. Pensé que había sido claro respecto a esto.

Toco mi pecho. Bajo mis capas de ropa prestada están las vendas que cubren mis heridas.

—Tuviste muchos problemas horribles para mantenerme viva.

—Cierto —dice, después de hacer una pausa por un momento—. Pero entonces castigarte una y otra vez me trae gran alegría. —Sus palabras son amargas y, aun así...

No las creo. Dios, cómo *quiero* hacerlo porque, oh, cómo lo desprecio, pero no le creo. No completamente. Y no sé por qué.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Cabalgamos en silencio por unos cuantos minutos más, nuestros cuerpos balanceándose con el ritmo del paso del caballo, antes de que comience de nuevo.

—¿Dónde aprendiste a limpiar y cubrir heridas? —pregunto.

—¿Qué importa? —dice.

Volteo a verlo, encontrándome con su mirada azul como el hielo mientras el viento sopla unas cuantas hebras de cabello por su rostro.

Qué desperdicio de belleza.

La mandíbula de Peste se aprieta cuando encuentro sus ojos, y rompe su mirada de regreso a la carretera.

—No lo hace, supongo. Solo estoy agradecida. —En serio lo estoy. Encuentro que no estoy lista para morir, aunque esa puede ser la opción más fácil a este punto.

—No me importa —dice, duramente.

Lo atrapé de buen humor, sí, lo hice.

No.

—Así que... —Prácticamente puedo sentir su temperamento oscureciéndose, pero continuo—: No me he enfermado.

—Una observación astuta, mortal.

—¿Es solo suerte, o controlas quién se contagia con la plaga? —pregunto.

—¿Naciste con todos tus órganos intactos? —responde.

No puedo ver su rostro, así que no tengo forma de saber a dónde está yendo con esta pregunta.

—Si... —digo cuidadosamente.

—Bien —responde—, entonces espero que uses el que está bajo tu cráneo.

Maldición. Ese insulto me quemó un poco.

—Así que sí controlas la enfermedad.

No dice nada a eso.

—Y me librate de ella —añado.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—De nuevo insistes que mis motivos son altruistas. No asumas en ningún momento que valoro tu vida. Solo estás viva para mitigar mi venganza.

Sí, lo que sea.

Miro fijamente la mano bronceada del jinete, la cual sigue desplegada sobre mi abdomen.

—¿A dónde vamos?

La exhalación de Peste se las arregla para transmitir su cansancio del mundo.

—Quiero decir —continúo, impertérrita—, ¿cuál es tu último destino?

Esa pregunta, ha atormentado a personas por todo el mundo. A dónde Peste estaba cabalgando.

—No tengo una, humana —dice—. Simplemente cabalgo hasta que mi tarea esté completa.

Hasta que todos estemos muertos. A eso es a lo que se refiere.

Va a montar su caballo por el mundo hasta que nos haya infectado a todos.

La verdad se asienta como rocas en el fondo de mi estómago.

El brazo de Peste se aprieta alrededor de mi cintura.

—Suficiente de charla inútil. Tus preguntas me cansan.

No tengo en mí el poder para darle labia sobre eso. Después de esa última respuesta, encuentro que realmente no quiero hablar con él tampoco.

Y así los dos cabalgamos en un silencio horrible, trastornador, y todo el tiempo, el jinete esparce su plaga.

El día se está volviendo noche para cuando Peste nos detiene en una casa. Observo la casa de una sola planta con cautela mientras el jinete salta fuera de la montura.

Realmente, realmente espero que quienquiera que viva aquí haya evacuado.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Peste me alcanza. Después de sentarme frente a él por un día entero, me las arreglo para no retroceder ante su toque.

Lo miro fijamente mientras me ayuda a bajar de su caballo. Es un sentimiento extraño, ser vulnerable alrededor de alguien que te lastima y te cuida. Atadas como están mis manos, tengo que depender de este hombre diabólico para algo tan sencillo como desmontar de un caballo, y me encuentro buscando por su amabilidad, su compasión, en cada pequeño detalle. Es completamente ridículo por mi parte hacerlo, considerando que es el mismísimo mal que me colocó en esta situación, pero no me detiene de buscar por esas cosas a pesar de ello.

Brevemente, los ojos de Peste se encuentran con los míos, y por una vez están libres de la ira y la amargura que hay usualmente en ellos. Por supuesto, en el momento que lo pienso, se vuelven precavidos una vez más.

Mis piernas casi se doblan cuando me baja.

—Jesús, *María* y José —juro bajo mi aliento. El interior de mis muslos se siente irritado con el roce, y el músculo de mis muslos *duele*.

Miro a los cielos. *Lo capto, Chico Grande, no soy tu persona favorita ahora mismo.*

El jinete no me permite otra mirada mientras comienza a caminar. Un par de segundos después, siento un tirón en mis muñecas mientras la cuerda atándome se estira, tensándose.

—Mantén el ritmo, humana —dice sobre su hombro.

Cuánto desprecio a este hombre.

Cojeo detrás de él, mirando con desaprobación cómo pateo la puerta de entrada. Me arrastra dentro.

Toma varios segundos a mis ojos ajustarse a nuestros alrededores oscuros. La habitación huele mohosa, como si hubiera estado en sus propios fluidos por un tiempo. Entre eso y la forma en que mi respiración se vuelve vapor frente a mí, es obvio que quien sea que viva aquí normalmente, ahora mismo no está.

Peste se para frente a mí y toma mis manos con brusquedad.

—Sabes las reglas —dice mientras deshace los nudos—. Escapas y mi amabilidad se acaba.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Mis ojos se desvían al carcaj de Peste, donde los extremos emplumados de una docena de flechas doradas sobresalen sobre su hombro. Todavía puedo sentir las puntas de esas flechas en mi carne. Mi espalda comienza a palpar en respuesta.

—Realmente te has enganchado a esa palabra.

Amabilidad.

Amabilidad es cortar madera para fuego para la pareja anciana que no tiene ni el dinero ni los medios para adquirirla. Amabilidad es un cálido abrazo o una sonrisa suave.

Amabilidad no es esta mierda justo aquí.

La cuerda cae, y miro a Peste mientras froto la gasa de los vendajes.

Dándole al jinete una mirada malhumorada, me dirijo a la chimenea. Los dueños tienen leños, fósforos y pedazos de papel viejo. Tomándolos, comienzo a apilar la madera y los recortes de papel en unos pocos lugares que escojo. Todo el tiempo ignoro arduamente al jinete cuya mirada siento en mi espalda.

—¿Terminaste? —digo.

Hay una pausa.

—¿Con qué, humana?

—De mirar fijamente a mi espalda. ¿Estás satisfecho con lo que miraste? —pregunto, mi voz goteando desdén.

—¿Se supone que deba estar insultado por eso? —Sueno genuinamente confundido.

Si va a hacerme decirlo, entonces...

—Sí.

—Trataré de recordarlo la próxima vez que me cortes con tus palabras *mordaces* —gruñe.

Casi puedo sentir su placer por este pequeño regreso.

Buena esa, jinete. Realmente me tienes atrapada por las tetas esta vez...

Lo miro sobre mi hombro. Su armadura y su corona relucen en la oscuridad.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Eres *todo* espeluznante —añado.

Sus cejas se aprietan.

—En caso de que no sea obvio, eso es otro insulto —añado. Me volteo hacia el fuego y centro mi atención en él.

Peste vacila por un minuto más o menos, y una parte de mí está curiosa por saber qué está haciendo allí detrás. Con suerte, muriéndose de la humillación, aunque lo dudo.

Un minuto más tarde, el jinete deja el salón, el chasqueo de su armadura volviéndose más y más tenue. Una puerta se cierra y luego escucho el sonido de agua de la bañera fluyendo.

Podría tomar un baño también. Huelo a caballo y sudor, y quién sabe cuán sucios están mis vendajes. Pero tomar un baño significa pedir ayuda para remover mis vendajes, y solo no estoy lista para ir arrastrándome hasta Peste por el momento.

Enciendo el papel metido entre los leños, luego me siento a mirar el fuego crecer.

Por primera vez desde que lancé la cerilla encendida, tengo un momento para no encenderme por la adrenalina o el miedo o el dolor. Trato de no pensar en lo que eso significa. Es más fácil entender dónde las cosas están entre el jinete y yo cuando está tratando activamente de lastimarme. No es tan fácil cuando es simplemente fastidioso.

Por un largo tiempo mis pensamientos van sin dirección. Pensarías que habría utilizado el tiempo sabiamente—planeando mi escape o pensando formas de incapacitar al jinete, pero no. Mi mente está extrañamente vacía.

Hay una colección de figuritas de porcelana fina alineadas en el mantel sobre la chimenea. Una por una, voy escrutando los rostros pintados. Es un interés tan específico—coleccionar esas pequeñas figuritas—y es solo otro recordatorio de cuantas personas hay en este mundo. Ahora mismo, ciudades enteras de ellos están huyendo por sus vidas.

Imagino todas las esquinas solitarias de Canadá, cada una ahora un hogar de miles de individuos desplazados esperando por que pase el jinete. Estamos jugando un juego letal de aplasta un topo, y todos somos la sabandija.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Observo fijamente mis pantalones de mamá y la anticuada blusa. Entre todos esos miles de personas están mis padres.

Mi corazón da tumbos. No sé por qué mi mente sigue llevándome de regreso a ellos. Conciencia culpable, supongo.

El plan había sido que todos nos refugiáramos en el hospedaje de caza de mi abuelo—una cabina como un agujero en la pared, localizada a docenas de kilómetros al noroeste de Whistler.

En el fondo, sabía que nunca habría conseguido llegar allí.

—Adelántense —le dije a mis padres—. Necesito terminar de evacuar la ciudad.

El recuerdo todavía duele.

—No seas una heroína —dijo mi padre—. Todo el mundo está dejando su puesto.

—Necesito hacer mi trabajo.

—¡Si haces tu trabajo, morirás! —gritó. Nunca gritaba.

—No sabes eso.

—Maldita sea, Sara, lo hago. Lo haces. ¿Cuál es la escala de supervivencia de esta cosa?

No había una escala de supervivencia. La gente o evadía la Fiebre Mesiánica, o sucumbían a ella. Sabía eso, mi padre sabía eso, todo el mundo sabía eso.

—Alguien tiene que ayudar a esas otras familias —dije.

Mi padre dejó de escuchar a ese punto. Ese era uno de los únicos momentos en que alguna vez lo vi llorar abiertamente.

Ya cree que estoy muerta, recuerdo pensar.

Y ahora, a su mejor entendimiento, lo estoy.

Ausentemente, toco mi mejilla, sintiendo la humedad allí.

—Qué sorpresa. Medio pensé que tratarías de escapar de nuevo.

Instintivamente, mis hombros se sobresaltan ante la voz de Peste.

Aclaro mi garganta, luego seco rápidamente mis ojos.

Él no tendrá el placer de verme triste.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Entiendo que no piensas bien de la gente —digo, volviéndome hacia él—, pero eso es solo... ¡Jesús!

De pie al otro lado de la habitación, con su cabello todavía chorreando por la ducha, está un muy desnudo Peste.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 12

Traducido por NaomiiMora

—Oh, Dios mío. —Protejo mis ojos—. ¡Ponte algo de ropa! ¡Nadie quiere ver eso!

Frunce el ceño.

—Tu sentido humano de decencia es absolutamente ridículo.

Debido a todo el conocimiento de este tipo, hay agujeros muy obvios en su educación: como, por ejemplo, lo que hace que los humanos se sientan incómodos como la mierda.

—No cambia el hecho de que verte desnudo no está en mi lista de cosas que hacer durante el apocalipsis.

No es que sea un mal cuerpo ni nada. Quiero decir, si las circunstancias fueran diferentes...

—Por qué me dices estas cosas cuando quiero que sufras es un dilema —dice.

—¿Puedes ponerte unos pantalones?

Realmente eso es todo lo que pido.

Se acerca a mí, cada pulgada—y me refiero *a ca-da* pulgada—a la vista. Observo esos brillantes tatuajes ámbar que son tan extraños y hermosos. Mis ojos se mueven hacia sus enormes hombros y su afilado torso; mi mirada se inclina hacia abajo, a sus abdominales, luego a...

Tal vez es solo por estar sentada al lado del fuego, pero de repente, la necesidad de abanicarme es abrumadora.

—Por favor —suplico.

—Cuando te supliqué misericordia, ¿me la concediste?

Esto es *tan* ridículo.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—No pero...

—No —Peste concuerda—. Y por esta razón, yo también pasaré por alto tus súplicas.

No se da cuenta de que recibir un disparo en la cara y mirar fijamente un impresionante ejemplo de la forma masculina son dos niveles de sufrimiento *completamente* diferentes. No, borra eso, ni siquiera están al nivel. Son como homófonos; suenan igual pero las palabras significan dos cosas totalmente diferentes.

—Realmente vas en serio con esta justicia ojo por ojo —murmuro.

Un Dios del Antiguo Testamento definitivamente está dirigiendo el espectáculo aquí.

—¿En serio vas a hacer que te mire desnudo? —pregunto.

—A dónde mires es tu asunto. —Se acerca al fuego y, en serio, ni siquiera puedo recalcar lo duro que es no mirar *allí*.

Realmente, realmente *duro*. (Apuesto a que el jinete no entendería esa broma).

Mi cerebro tarda en procesar el hecho de que Peste está usando el calor del fuego para secarse. Lo que significa que va a estar parado aquí por un tiempo.

Es hora de salir pitando.

Justo cuando estoy por irme, el jinete me gana. Se da vuelta y comienza a caminar fuera de la habitación, sus músculos fuertemente enrollados ondulándose con el movimiento.

—Acuéstate en el sofá y quítate la camisa —ordena por encima de su hombro mientras se retira.

Me congelo ante la orden.

Está desnudo, y ahora quiere que me desnude...

¿Qué diablos?

Para ser honesta, estoy más desconcertada que cualquier otra cosa. No recibí vibras de tiempo sexy de Peste, a pesar del hecho de que estaba feliz de pavonearse en su traje de cumpleaños. No es que eso me impida agarrar el atizador de la chimenea. Voy a darle una paliza a este tipo si intenta algo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Estoy simplemente... estupefacta con la idea.

Me tenso cuando escucho las pisadas del jinete acercándose. Un momento después, entra a la sala de estar. Mis músculos se relajan un poco cuando veo que se ha puesto su ropa negra. Incluso se volvió a poner las botas. Lo único que falta es su insignia de oro.

A pesar de todas sus amenazas de permanecer desnudo, el jinete le da un pobre seguimiento.

En una de sus manos aprieta un pequeño objeto.

Peste hace una pausa cuando me ve, con la camisa puesta, el atizador de hierro en la mano.

Suspira.

—Que así sea. —Dando largas zancadas, cruza la habitación.

Le asesto un golpe, y al igual que todas esas víctimas idiotas de las películas de terror, no hace nada. Peste arranca el atizador de mi mano y agarra la parte de atrás de mi cuello, llevándome al sillón. Me arroja boca abajo en el sofá, y luego su rodilla se presiona contra mi espalda.

—Humanos —murmura.

Mi respiración viene en pesados jadeos. Me resisto, pero no me lleva a ninguna parte.

Un momento después escucho tela desgarrándose cuando Peste me abre la parte trasera de la camisa.

Los dedos del jinete se enganchan debajo de mis vendajes de lino, la presión causando que me sacuda de un súbito estallido de dolor a medida que mis heridas se levantan, y luego comienza a desgarrarlas también. Arranca la ropa como si fuera nada más que papel de seda.

El proceso *duele*. No creo que Peste intente deliberadamente hacerme daño, pero cada roce de sus nudillos o tirones contra mi piel enciende mis heridas.

En algún momento, termina. Escalofríos estallan en mi piel cuando el aire frío de la sala roza mi carne.

Hay una pausa, y luego la mano cálida del jinete roza mi piel. Su toque solo está ahí por un momento.

—Siéntate —ordena.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

¿Qué?

Sujetando los jirones restantes de mi camisa prestada a mi pecho, hago lo que dice.

—Camisa fuera —dice, sonando vagamente molesto.

Dejo escapar un suspiro tembloroso.

No quiero hacer lo que pide aunque solo sea porque, a pesar de lo abierto que es con la desnudez, yo no lo estoy. Pero ahora... estoy recordando la forma en que mi cuerpo se arrastró a través de ese asfalto, y la mirada implacable en los ojos de Peste la última vez que lo desobedecí.

No es un humano con el que estoy lidiando. No dudará en lastimarme más si me resisto.

Y estoy cansada de resistirme. Simplemente se siente tan... inútil contra esta fuerza imparable.

Me quito la camisa, haciendo todo lo posible para cubrir mis pechos con mis brazos.

La mano de Peste se mueve hacia mi espalda, sus dedos extendidos. Su toque es gentil, pero de todos modos me sacudo al sentirlo.

—Mantén esto contra tu pecho —dice detrás de mí.

Bajo la mirada a lo que está ofreciendo. Me lleva un segundo registrar que la tela blanca que me tiende es gasa.

Vendajes. Quiere *vendarme*.

Dejo escapar un suspiro estremecedor que termina sonando como un sollozo. Bien, tal vez fue un sollozo. Y ese llanto se convierte en una risa con hipo, que se convierte en otra risa. Y luego no puedo parar de reír, incluso cuando las lágrimas comienzan a salir de mis ojos y ya no estoy segura de si me estoy riendo o llorando, *porque*.

Porque.

Porque oh-mi-maldito-Dios, le disparé a un hombre y le prendí fuego e incluso ahora quiero vomitar por hacerle eso a cualquiera, incluso a un heraldo del apocalipsis. Pero la pesadilla no terminó allí. Me ataron y me obligaron a correr detrás de la misma criatura inmortal que creía haber matado, la misma criatura que nos está matando a todos. Y

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

entonces fui arrastrada, y mi brazo fue arrancado de su sitio y mi espalda se siente como si estuviera hecha trizas—sin mencionar mis piernas—y tuve que ver a un hombre muriendo por la muerte más horrible, y ahora estoy siendo remendada cuando pensé que iba a ser humillada físicamente, y ugh, esta pesadilla no va a terminar porque Peste es un psicópata impío que no está satisfecho con la destrucción de la vida tal como la conocemos. Debe hacer un ejemplo conmigo a lo largo del camino.

Ahora ya no me estoy riendo, y ni siquiera estoy segura de poder llamar a esto llorar. Es un sollozo de cuerpo entero, como si mi mente intentara purgar todo lo que ha visto.

—Espero que estés disfrutando esto —digo a través de mis lágrimas.

—Lo estoy —responde Peste sin alegría—. Aquí. —Me pasa el rollo de gasa. Todavía temblando por la fuerza de mis emociones, tomo las vendas y envuelvo el lino en mi torso, luego se lo paso. Los dos hacemos esto una y otra vez hasta que revenda mis heridas.

Me limpio los ojos, me aclaro la garganta y me recompongo.

Respiro profundamente.

Todo va a estar bien, o no, pero eso está bien también.

Una vez que confío en mí misma para hablar, le digo por encima del hombro:

—Aprecio lo que estás haciendo, pero si no limpio las heridas, se van a infectar. —Es decir, es posible que no, pero eso es un riesgo.

Supongo que debería estar agradecida por este pedacito de *amabilidad*.

—Eso es innecesario —dice el jinete.

—¿Qué quieres decir con que es innecesario? —pregunto, tratando de aclarar lo que quiere decir.

—Tus heridas no se infectarán.

Giro completamente para enfrentarlo.

—¿Cómo sabes eso?

Mira hacia el cielo, como si estuviera tratando de encontrar a Dios y su paciencia en las vigas.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Porque controlo la infección en *todas* sus formas.

¿De verdad? Entonces, ¿no solo puede evitar que contraiga la plaga, no necesita limpiar mis heridas para mantener a raya la infección?

—Entonces, ¿por qué cambiar los vendajes? —pregunto, mirando hacia adelante otra vez.

—Una lesión tan grande exige cuidados para que se cure adecuadamente —dice Peste. Rasga la gasa del rollo y lo ata—. Ahora, dame tus muñecas.

Lo hago, extrañamente hipnotizada por la situación, y por Peste, si soy sincera.

Se inclina sobre mis muñecas, su ondulado cabello dorado cae frente a sus ojos mientras desenrolla la vieja gasa. En este ángulo, el jinete se ve desgarradoramente inocente, lo cual es una cosa extraña que decir acerca de un hombre, particularmente uno que tiene una alta tasa de muerte en su haber. Quizás es simplemente que está siendo amable por una vez, o que finalmente estoy vislumbrando su (extremadamente pequeña) humanidad.

Mis cejas se fruncen mientras miro su cabeza inclinada.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—El sufrimiento es para los vivos.

No sé por qué espero una respuesta diferente. Y lo entiendo. Lo lastimé, así que me lastima. Los dos seguimos el guión. Es solo *este* momento que no entiendo. Verlo cuidar de mí, ser tierno conmigo. Es lo suficientemente inquietante como para esperar una respuesta más allá de, *quiero hacerte sufrir*.

Pero si hay otra explicación, no la obtendré.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 13

Traducido por Aelinfirebreathing

Los baños van a ser un problema.

Al día siguiente miro fijamente a Peste, la bañera a mi espalda, la puerta a la suya. Los dos estamos atiborrados dentro de un pequeño baño en la nueva casa en que hemos decidido dormir.

Como la última casa en que nos quedamos, está felizmente vacía. Y un extra: esta casa tiene electricidad, lo que significa agua caliente, lo que significa que mi trasero va a ser *limpiado*.

La única pega es el psicópata que piensa que voy a huir a pesar del hecho de que me ha dejado sola en un baño antes—infiernos, me ha dejado sola en habitaciones y salas y cocinas. Sabe que ha roto mi voluntad de escapar de él. Así que no entiendo por qué cree que hay alguna clase de necesidad de quedarse en el baño conmigo.

—Está bien, *tienes* que irte —digo, mirando fijamente a la cosa-hombre gigante frente a mí.

Sus brazos se cruzan sobre su armadura dorada. El código del jinete para *oblígame, señorita*.

—Puede que no sepas esto, pero la gente no mira a otra gente tomar baños. —No *pienso* que lo hagan al menos. Pero tal vez hay todo un vértigo sexual desviado a la sociedad del que no sé. Cosas más extrañas han pasado: el hombre frente a mí, por ejemplo.

—Quieres una correa más larga, vas a tener que demostrarlo —dice, su rostro arrogante.

—¿Qué hay de todas esas otras veces cuando me dejaste sola para ir al baño?

—Estabas demasiado débil para desobedecerme —dice.

—No lo estaba la noche anterior.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Solo me mira fijamente.

Lanzo mis brazos arriba.

—Voy a estar desnuda y empapada de agua. ¿Sabes lo frío que está fuera?

No responde.

—Es lo suficientemente frío para congelar mis tetas —respondo de todas formas.

Ninguna reacción. Ni siquiera una risa. Imagínate. Estoy bastante segura de que su sentido del humor es inexistente.

—Por favor. —Estoy vergonzosamente recurriendo a suplicar.

—¿Por favor? —Hace eco—. ¿Has olvidado nuestra historia? Supliqué y tú te negaste. —Se recuesta contra la puerta—. Toma tu baño, humana, o no lo hagas, pero no voy a dejar esta habitación sin ti.

Seramente considero olvidar el baño. No soy santa, pero no estoy exactamente encantada de enseñarle los bienes a la criatura que está tratando de acabar la civilización tampoco.

Pero al final, todo se reduce a ser práctica. Estoy cubierta en sangre y suciedad y quién sabe qué otro fluido corporal. Soy un riesgo biológico.

Dándole una mirada sucia a Peste, giro el grifo del agua caliente y comienzo a remover mi ropa.

Él no tiene ningún problema con la desnudez, trato de asegurarme a mí misma mientras desecho mis pantalones. Recuerdo la vista de su masculinidad desnuda. Ni siquiera sabe que se supone que esté avergonzado.

Eso me hace sentir segura solo un poquito.

Es cuando alcanzo la gasa cubriendo mi torso que siento un nudo. Cuando sea que Peste ató los vendajes de lino, está fuera de mi alcance. Tiro en vano de las envolturas hasta que el jinete se despega de la puerta.

Echa mis manos a un lado y me pone de espaldas a él. Estoy a punto de protestar cuando, *rrrrrip*, desgarrar el lino fuera de mi espalda.

Una vez que ha terminado, se inclina hacia mi oreja.

—De nada.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Le hago una mueca a la pared mientras él regresa al marco de la puerta.

Para cuando la bañera está casi llena y benditamente calentada, el resto de mi ropa y vendajes se han ido.

Los ojos de Peste echan un vistazo por mi cuerpo en la misma forma desapasionada que lo hicieron antes. Podría ser una lámpara, por todo su interés.

Debería estar aliviada. Si en cambio estuviera asumiendo cada imperfección mía, podría morir de vergüenza.

Su indiferencia, sin embargo, aún se mete bajo mi piel. No estoy segura si quiero que esté impresionado por la visión de mi cuerpo (ew), o si me molesta *que* no siente nada cuando ve a una mujer desnuda. Los humanos tienen un montón de opiniones cuando se refiere al cuerpo femenino (los hijos de puta no pueden callarse sobre ello), y la falta de reacción de Peste solo sirve para recordarme que él es algo más.

Entro a la bañera, el agua felizmente caliente. Suspiro mientras me sumerjo en ella.

Al otro lado del baño, el jinete deja a un lado su arco y carcaj, recostando las armas contra la pared más cercana antes de descansar su cabeza contra la puerta. Su mirada se arrastra por mí, no ruda u horripilante, sino curiosa y ligeramente interesada.

Me pregunto si esto es todo nuevo y extraño para él. Las mujeres, el desnudismo, las bañeras, el agua corriente: todo el asunto. No es solo una persona que ha nacido en este mundo y toma todas estas cosas garantizadas.

Me sumerjo más profundo en el agua, remojándome en la calidez del agua.

Ha pasado tanto tiempo desde que tomé un baño decente.

La mayoría de las veces es uno helado en el que me tengo que apresurar antes de que pueda llegar mi muerte. Esta noche me voy a quedar aquí hasta que las puntas de mis dedos luzcan como pasas.

—¿De dónde eres? —pregunto perezosamente.

Los ojos de Peste se estrechan.

—*De otro lugar.*

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Por supuesto que sí.

Tomo una barra de jabón hecho en casa y un paño de baño doblado que hay cerca, y comienzo a lavarme, empezando con mis dedos de los pies. Hago mi camino subiendo por mi cuerpo, restregando mi piel hasta que se siente irritada y limpia. Pocos de sangre y suciedad salen de mí como costras.

No hay champú o acondicionador—no es terriblemente sorprendente, considerando que son extravagancias—así que enjabono mi pelo con el jabón, restregándolo lo mejor que puedo con mis dedos, sabiendo demasiado bien que va a sentirse con mal olor una vez que esté seco.

Mejor que sucio, supongo.

Es solo después que todo lo demás está limpio que, a regañadientes, intento lavar mi espalda. Tan pronto como el paño raspa contra mi espalda, las heridas gritan. Desafortunadamente, ese no es siquiera el mayor problema que tengo. Hay una buena porción de mi espalda que no puedo alcanzar, sin importar qué tanto lo intente.

Y estoy tratando como la mierda.

Escucho el chasquido del metal mientras Peste se mueve.

Lo observo cautelosamente mientras se arrodilla junto a la bañera. Toma la tela de baño de mí y una de sus manos sujeta mi hombro, ocasionando que me ponga tensa.

Me mira a los ojos.

—Solo estoy haciendo esto porque tus débiles intentos de higiene son dolorosos de mirar —advierte.

Mis labios se abren, pero antes de que pueda tener la oportunidad de hablar, agarra mi nuca.

—Inclínate hacia adelante.

Dudo, molesta por la forma en que me está tratando, pero eventualmente me inclino hacia delante, envolviendo mis manos alrededor de mis pantorrillas.

Sus dedos peinan mi cabello mojado a un lado, el toque enviando escalofríos por mis brazos.

Es solo el aire frío, digo a mí misma.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Aprieto los dientes mientras Peste comienza a limpiar mis heridas, su toque es sorprendentemente gentil. Duele de cualquier forma.

—Qué fácil se rompe tu especie —murmura mientras el paño pasa de nuevo por mi piel herida.

Es lo más cerca que va a estar de una disculpa, y supongo que es lo suficientemente buena. Quiero decir, al menos no *trató* de matarme como lo traté de matar a él.

Solo porque quiere que sufras.

Una vez que Peste termina, me devuelve el paño, luego regresa a la puerta, sentándose con su espalda contra ella. Toma su arco y lo deja en su regazo, una vez más el guardia de la prisión.

El agua se está ensuciando y enfriando rápido y, aun así, ahora estoy dudosa de irme. Mi espalda todavía duele donde Peste la lavó con la tela, y mis nervios están fregados todavía más tosco.

Me estoy sintiendo un poco rara hacia él. No sé si es raro bueno, o raro malo—probablemente raro malo.

Tiro de mis rodillas hacia mi pecho, recostando mi mejilla contra ellas.

—Todavía no sabes mi nombre —digo.

—No necesito hacerlo —dice, peinando una hebra suelta de cabello de su rostro—. ‘Humana’ está bien.

—No, no lo está.

Sus ojos se estrechan.

—Sara —digo—. Mi nombre es Sara.

Frunce el ceño.

—¿Qué importa cómo seas llamada? —responde—. Todos ustedes son lo mismo.

—Vaya, sabes cómo hacer sentir especial a una chica.

La comisura de su boca baja.

—No eres especial. Ninguno de ustedes lo es. Todos son unas cosas viles y violentas.

—Lo dice el chico que está matando gente por miles.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—No lo disfruto —dice.

—Tampoco lo hice yo. —El recuerdo de Peste sangrando en la carretera, sangrando y aun así *vivo*, todavía me pone la piel de gallina.

—Podías haberme engañado —dice.

Fuerzo una risa.

—Entonces no eres tan bueno leyendo a los humanos como eres juzgándolos.

Inclina su cabeza.

—Puede —acuerda—. Pero entonces, no necesito leerlos, ¿o sí?

Solo necesita matarlos.

Estamos en silencio por un rato. El jinete está analizando el pliegue de su arco, y yo estoy dejando que el frío del agua se sumerja en mi piel.

—¿Tienes un nombre? —pregunto—. ¿Otro que no sea ‘Peste el Conquistador’?

Deja su arco a un lado.

—No fui nombrado.

No me obsesiono con el hecho que implicado en esa declaración está que alguien más estuvo alrededor y *pudo haberlo* nombrado.

—¿Por qué no?

Los ojos de Peste se clavan en los míos.

—No necesito un nombre para tener un propósito. Los humanos son quienes demandan nombres para cada brizna de hierba en esta tierra bien verde.

Porque nombrar cosas las humaniza. Y una vez que humanizas algo, estás esencialmente reconociendo su existencia. Pero considerando que el jinete está en una misión para matar a tantas personas como sea posible, puedo ver por qué tendría un problema con humanizar cualquier cosa.

No le fue dado un nombre. Dejo que eso se sumerja.

Poniendo a un lado mi disgusto por el hombre, hay una parte de mí que siente pena por él. Ni siquiera tiene un *nombre* adecuado.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Sé feliz, Sara. De otra forma, podrías correr el riesgo de humanizarlo.

¿Y no sería eso horrible?

—Así que... ¿está bien que te llame Peste? —digo.

Inclina su cabeza.

—Es solo un nombre.

Solo un nombre. Qué irónico, considerando que no hace un minuto insistió que *no había sido* nombrado. Aunque tal vez soy la que piensa esto de forma equivocada. Peste el Conquistador fue el nombre que *le dimos*. No es como si estuviera celebrado por su pecho el día que llegó, o algo que declaró mientras masacraba ciudades enteras.

Observo fijamente al jinete un poco más. Realmente lastima a mis ojos. Es una buena cosa que no confíe en los hombres bonitos. Porque este es definitivamente el más hermoso que he visto alguna vez, y es también el peor del lote—excepto tal vez por sus hermanos, pero como el mundo no ha visto ni un pelo de ellos... sigue siendo el peor.

Peste se pone de pie, colgando a su hombro primero su arco y luego su carcaj.

—Ven —dice. Agarra una toalla del perchero y me la lanza. No me las arreglo para agarrarla a tiempo, y una gran parte de ella golpea el agua—. Sé que has terminado de bañarte —continúa, ignorante de la mirada oscura que le estoy dando—, y estoy ansioso por dejar esta letrina.

—No es una *letrina* —digo, poniéndome de pie y envolviendo la toalla a mí alrededor—. Es un *cuarto de baño*.

Sacude la cabeza mientras abre la puerta.

—Cuarto-de-Baño. —Enuncia las palabras—. No me pierdo la ironía del término.

—¿A qué te refieres?

—Solo ustedes, humanos, pensarían que es prudente poner su lavabo junto a su nave de baño.

Parece razonable para mí. Quiero decir, cagas, y luego te bañas. ¿Qué no puede gustar sobre el arreglo?

—¿Dónde lo pondrías? —pregunto, inclinando mi cabeza para secar mi cabello con la toalla.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Abre la puerta.

—No uno junto al otro.

Oh, eso es realmente de ayuda.

—Por supuesto que serías una perra sobre un problema sin tener en verdad una solución —digo.

Me mira sobre su hombro, pavoneándose por el pasillo.

—Uno no necesita tener una solución para reconocer un problema cuando ve uno.

—Tu solución probablemente sería quemar los retretes en todos lados. ¿Cierto? ‘Son unas cosas viles y desagradables. ¡Solo desháganse de ellos!’

Delante de mí, Peste suelta una carcajada.

—Solo un humano tendría una solución tan ridícula.

—*¡Me estaba burlando de ti!*

—¿Pensaba que la burla se suponía que fuera insultante? —dice mientras mira atrás hacia mí—. Tanto como puedo decir, eres a quien le gustaba su especie de lavabos.

Ugh. Lo hice ¿o no?

—Estás perdiendo el punto —digo.

—Fallo al ver cómo tienes uno.

Esto nunca se va a acabar. Los dos podríamos seguir vuelta tras vuelta como esto hasta el fin de los tiempos.

—Olvidalo —murmuro, dejando que jinete vaya a buscar ropa.

En el dormitorio principal encuentro la blusa de una mujer y pantalones y todo lo demás entre ello. Todo es un poco corto y apretado, pero me las arreglo para encontrar un par de pantalones que no me hagan sentir como una salchicha rellena de más y una blusa que cubre todos los pedazos importantes.

Una vez que estoy vestida, voy de regreso a la sala. Mi respiración se detiene cuando noto al jinete. La luz de la puesta de sol brilla a través de las ventanas, haciendo que su cabello reluzca como oro hilado. Mi

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

corazón se aprieta de la misma forma que hizo cuando vi fotografías de la Capilla Sixtina.

Una belleza tan asombrosa que te hace sentir físicamente cerca de Dios.

Olvido que hemos estado altercando y que él es el enemigo. Por un solo segundo siento un dolor raro debajo de mi caja torácica.

Tan cerca a Dios...

Un Dios que nos quiere a todos muertos.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 14

Traducido por Wan_TT18

—Inténtalo.

—Absolutamente no.

—Vamos, intentalooooo —insisto.

—Dije que no.

En lo que respecta a las mañanas posteriores a Peste, este ha tenido un gran comienzo. El sol pinta el mundo a nuestro alrededor en una luz rosa suave (tan bonita), mis manos están misericordiosamente libres por una vez, y dentro de ellas está un termo, conteniendo mi propia versión de liberación.

Doy un codazo suave a Peste que se sienta detrás de mí con mi codo.

—Sabes que tienes curiosidad.

—Creo que sabría mejor que tú lo *que yo sé*.

Alguien toma todo demasiado literal.

Presiono el termo más cerca del jinete, no disuadido en lo más mínimo por sus protestas. Quiero decir, es chocolate caliente que estoy ofreciendo. Además, realmente quiero ver si este tipo es capaz de beber líquidos. No lo he visto tocar comida o bebida hasta ahora.

La mano de Peste se clava en mi cadera, donde me sostiene contra él en la silla de montar.

—Si lo intento, ¿te callas?

—No, pero sabes que realmente no quieres que me quede en silencio.

Mis palabras están marcadas por el sonido constante del caballo de Peste, a quien en secreto llamé Trixie Skillz. Estoy bastante segura de

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

que el corcel es un macho (no lo he revisado porque, a diferencia de algunas personas que conozco, respetar la privacidad de uno es importante), pero no importa.

Tengo toda su historia resuelta también. Trixie Skillz, el noble corcel, una vez vivió una vida de pobreza y miedo, haciendo travesuras en las calles en busca de zanahorias y cereales cuando Peste lo salvó. Ahora los dos son inseparables. Fin.

Peste toma el termo de mí, levantando el contenedor para examinarlo mejor.

—Si esto es veneno, humana, te ataré a la parte posterior del caballo otra vez y te haré correr.

Doy un resoplido.

—Peste, si fuera veneno, tendría problemas más grandes que recibir otro masaje del asfalto. —Problemas como caer de rodillas y morir.

Frunce el ceño hacia mí, luego frunce el ceño hacia el termo.

—No sé por qué estoy alentando esta... *molestia*.

Porque te gusta, quiero decir, pero no lo hago. Realmente estoy bastante segura de que una parte de Peste—quizás una parte muy pequeña de él, pero una parte de él en todo caso—está comenzando a disfrutar de mi compañía, molesta y todo.

Bien, tal vez *tolerar* es una palabra mejor. Nos toleramos mutuamente a pesar de odiar abiertamente las entrañas de los demás. Es una relación extraña, pero como se niega a morir y no me matará, estamos atrapados juntos.

Después de mirar la mierda siempre amorosa del termo, Peste lo acerca a sus labios.

¡Santa mierda, lo va a hacer! ¡Finalmente va a beber algo!

El jinete duda, luego sostiene el termo a su lado y lo voltea, vertiendo su contenido.

Por un segundo miro boquiabierto a la pequeña corriente marrón que sale de la boquilla, luego comienzo a actuar.

—¡Bárbaro! —Le arrebató el termo—. Podrías haber dicho que *no*.

—Lo hice.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Bueno, podrías haberlo dicho en serio.

—Lo hice.

Compruebo la cantimplora caliente. Todavía queda una buena cantidad de chocolate caliente.

Bien.

La mano de Peste se posa a mi lado mientras reanudo bebiendo la bebida caliente.

—¿Por qué no comes o bebes? —finalmente pregunto.

—Porque no tengo que hacerlo —responde secamente.

—¿Entonces?

—¿Entonces? —Se hace eco, sonando ofendido. Me mira, tal vez para asegurarse de que lo digo en serio—. Estoy confundido. ¿Por qué debería comer o beber si no lo necesito?

—Porque es divertido y tiene buen sabor, bueno, a excepción del pastel de frutas de mi tía Milly. Esa mierda sabe a gilipollas sucio. Pero sí, la comida sabe bien, al igual que el chocolate caliente que malgastaste hace un minuto.

—Dime —dice—, si obtengo satisfacción como un humano, ¿cómo soy mejor que uno?

Oh cielos.

—¿No podemos dejar de hacer todo en una gran batalla entre el bien y el mal? Es solo comida.

No responde por tanto tiempo que creo que no va a hacerlo, pero finalmente dice:

—Pensaré en lo que me has contado.

Después de eso, estábamos callados.

Odio el silencio.

No me malinterpreten, normalmente me siento cómodo estando sola en mi mente. Siempre hay cosas en las que pensar, como la filosofía y la literatura, la historia y la política. Y cuando esos temas elevados se vuelven aburridos, hay un montón de ruido normal para llenar mi cabeza, como recordar dar mis impuestos a tiempo, o descubrir cómo,

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

logísticamente, organizar una reunión familiar en mi apartamento de caja de cerillas, o reflexionar sobre qué libros usados voy a explotar con mi sueldo.

Pero ahora mismo mi mente no es esa amiga vieja y confiable que alguna vez fue. Cada vez que el silencio ruge, mi mente se desvía hacia la víctima de la plaga que cuidé, o el hecho de que a cada kilómetro más mueren. Lo peor de todo es cuando rumio sobre el hombre que tengo a la espalda. Todavía soy su prisionera, pero cuanto más tiempo estoy a su alrededor, más confusos están mis sentimientos.

Presiono mi mano contra el cuello de su caballo.

—«Profundamente mirando en esa oscuridad, estuve parado allí preguntándome, temiendo, dudando, soñando sueños que ningún mortal jamás se atrevió a soñar antes...» —murmuro para mis adentros.

—¿De qué estás hablando? —pregunta Peste.

—Cito a 'El Cuervo'. Es un poema de Edgar Allan Poe.

Peste hace un ruido en la parte posterior de su garganta.

—Debería haber sabido que ese breve destello de elocuencia no era obra tuya.

—¿Incluso tienes la capacidad de hablar sin insultarme? —le digo.

Juro que este bastardo está tratando de matar mi cuchicheo de la mañana.

—Por supuesto. —Puedo escuchar la sonrisa petulante en su voz—. Es solo que hay tantas cosas sobre ti que merecen ser insultadas.

Si este chocolate caliente no fuera tan valioso para mí, lo dejaría en la cabeza del cerdo de Peste, consecuencias condenadas.

Creo que el jinete está esperando que le devuelva las palmas, para ser sincero, creo que le gusta pelear conmigo verbalmente; pero, arruinó a Poe, así que no le voy a dar nada más.

Cuando el silencio se prolonga, el jinete dice en voz baja:

—Disfruté ese fragmento de poesía.

Dejo escapar un bufido.

No voy a morder el anzuelo, chico guapo. Ni siquiera cuando realmente quiera, por Poe.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Comienzo a acariciar la melena de Trixie, el cabello blanco del caballo sedoso bajo mis dedos.

—Cuéntame sobre ti —exige Peste.

Me erizo ante su tono. Lo dijo con tanta autoridad, como si estuviera aquí para servirle. Sin mencionar que las últimas veces que intenté hablar con él, fue grosero.

—No.

Esa respuesta le da una pausa. Casi puedo sentirlo estudiando la parte de atrás de mi cabeza.

—Eres una criatura tan extraña —dice—. En un momento me dices que no pararás de hablar, y al siguiente te rehúsas a hacerlo.

Está tratando de provocarme tanto. Si no lo supiera, diría que el jinete está rápidamente desarrollando un apetito de conversación.

Suspira.

—Humana, has despertado mi interés, un logro raro. No lo desperdicies.

—¿Desperdiciarlo? —Este tipo—. ¿Te refieres al negarme a hablar contigo? —Eso es realmente lindo—. Te contaré un logro extraño: hacerme enojar.

Se ríe.

—¿Quieres decir que esta naturaleza infernal tuya es atípica?

Sacando todas mis tendencias de enojo.

—¿Quieres saber algo sobre mí? —Prácticamente grito—. Bueno. Mi nombre completo no es *humana*, es Sara Burns. Tengo veinte años. Y hace una semana fui tomada por un jinete *insufrible*. ¿Te gustaría discutir sobre eso también?

Estoy tan lista para enfrentarme a Peste.

—Mmm —es todo lo que dice.

Sin comentarios mordaces o comentarios inteligentes. Solo *mmm*.

Podría matar a una perra ahora mismo.

—¿Qué es lo que haces para pasar tus días? —pregunta.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Tengo que mirar detrás de mí para asegurarme de estar hablando con el mismo hombre que me estaba provocando literalmente hace unos segundos.

Me mira, luciendo candoroso.

Hago una mueca.

—*Hacia* —espeto. No hago nada por el momento, excepto (disfrutarlo) disminuyo la velocidad del jinete. (Todos tenemos que poner nuestras emociones en alguna parte).

Mirando hacia adelante, agrego:

—Era una bombera.

Sus dedos tamborilean contra mi cintura.

—¿Lo disfrutaste?

Levanto un hombro.

—Fue solo un trabajo. No me definió. —No del modo en que lo hicieron algunos de mis compañeros de equipo, que habían soñado con ser bomberos toda su vida. Soplo un suspiro—. Siempre quise ir a la universidad y estudiar inglés —confieso. No sé *por qué* estoy admitiendo esto.

—¿Inglés? —Peste dice con curiosidad—. Pero lo hablas bien, aunque sea un poco extraño.

—No el inglés como idioma en sí —aclaro, tomando lo último del chocolate caliente. Deslizo el termo en una de las alforjas—. Inglés como en la literatura escrita en inglés. Quería estudiar las obras de Shakespeare y Lord Byron y... —Mi favorito—, Poe.

—Poe —repite el jinete, sin duda recordando el nombre de antes—. ¿Por qué no estudiaste a esos poetas?

El arrepentimiento es un sabor amargo en la parte posterior de mi garganta, y no hay más chocolate caliente para lavarlo.

—Cuatro jinetes llegaron a la tierra e hicieron el mundo un desastre.

Cuando entramos en la ciudad de Squamish, está tan abandonada como esperaba.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Pasamos por una gasolinera cuyas bombas están oxidadas con años de desuso, pero cuya tienda está llena de hileras de productos en conserva, nueces y dulces.

Más allá, las lámparas de gas recién instaladas todavía arden, aunque el sol ha estado en pie durante horas. El encendedor de la lámpara debe haber sido evacuado antes de que puedan apagar la luz.

Al igual que la tienda de la gasolinera, los puestos comerciales que pasamos todavía están llenos de productos, una señal segura de que sus dueños huyeron antes de que tuvieran la oportunidad de guardar sus productos. Como resultado, algunos de ellos han sido asaltados y robados.

Debajo de mis capas de ropa, mi piel pica. Todo esto podría haber sucedido hace horas, y sin embargo, no hay una sola alma a la vista. Es muy desconcertante pasar por una ciudad que, por todos los derechos, debería estar llena de gente. Se siente... *embruja*da.

¿Qué aspecto tienen Quebec, Ontario y el resto de las provincias del este ahora que Peste ha pasado por ellas? ¿Cómo debe estar la costa este de los Estados Unidos ahora?

Ya sea que salgas de esto viva o no, el mundo nunca volverá a ser lo mismo.

Peste se desvía de la carretera principal y comienza a recorrer la ciudad, y no tengo idea de cuál es su plan de juego. Es muy temprano para sentarse en la casa de alguna pobre alma, y hasta ahora, esa es la única vez que el jinete sale de la carretera principal.

No es hasta que nos acercamos al hospital de Squamish que comienzo a sentirme incómoda.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Tu cuerpo débil necesita comodidades.

Miro el hospital con creciente horror. *Comodidades como gasas.*

Nos habíamos quedado sin los envoltorios de lino esta mañana.

—No necesito más vendas —me apresuro a decir.

—Sí, lo haces. —Más gentil, Peste dice—: ¿De verdad crees que si voy al hospital conlleva que todos mueran? Vamos, Sara, solo necesito caminar por una ciudad para ver su ruina.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Lo miro de vuelta. Sé que debería procesar sus palabras, pero quedo pensando en el hecho de que en realidad dijo mi nombre.

Él continúa, intrépido.

—Si entro o no en un hospital, no importa. Los humanos todavía caerán, especialmente allí.

No es que lo que dice sea una novedad para mí, es solo que no quiero ver las caras de aquellos demasiado enfermos y débiles para huir, mientras la muerte encarnada camina entre ellos.

Existe la posibilidad de que la ciudad hiciera todo lo posible para sacar a los pacientes del hospital. Es posible. Pero también es posible que las personas más débiles simplemente no pudieran evacuar.

Agarro el antebrazo del jinete cuando un pensamiento se apodera de mí.

—Una tienda general —digo, como si hubiera descubierto la cura para el cáncer—. Tendrán vendas en una tienda general.

Peste se queda mirando hacia donde agarro su brazo.

—¿Viste una tienda general en nuestro camino hasta aquí?

—Vi al menos tres de ellas. En estos días hay un puesto comercial o una tienda general en cada esquina, cada uno existe porque tiene cierta ventaja en el mercado.

El jinete me mira de soslayo.

—¿Y crees que debería ir allí?

—Absolutamente.

—Entonces está resuelto —dice con carácter definitivo.

¿Estaba... convenciéndolo realmente así de fácil?

Por un instante, casi lo creo. Pero entonces Trixie Skillz sigue avanzando, y el hospital se cierne cada vez más cerca.

—¿Qué pasa con la tienda general? —Miro por encima del hombro a Peste.

Su cara es sombría cuando se encuentra con la mía.

—Quiero hacerte sufrir.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 15

Traducido por Gerald

Los hospitales siempre son los primeros lugares a los que ir. Esa es una cosa que en todas las películas se hace bien. Tan pronto como la gente comienza a enfermarse, se dirigen hacia instalaciones médicas, pensando que seguramente la medicina moderna podría curar esto. Seguramente estaríamos mejor que los pobres diablos que contrajeron la Muerte Negra. Todos esos siglos que pasamos estudiando a las enfermedades y conquistándolas, seguramente estaríamos preparados en este momento para detener una epidemia.

Estábamos equivocados.

Peste baja de su caballo, arco y carcaj en su espalda, echando un vistazo hacia el edificio. Así de cerca, puedo ver un par de rostros asustados mirando hacia afuera. Uno de ellos es una mujer sosteniendo su rosario, sus labios moviéndose mientras reza.

Dios no va a salvarte, quiero decirle. Es quien te quiere muerto.

Moviéndose de nuevo hacia mí, el jinete alcanza mi cintura.

—Ven, Sara y mira hacia los rostros de los próximos fallecidos.

—Te odio —digo mientras me levanta de su corcel.

—Ah, odio. Otra distintiva emoción humana. —Me acomoda en el piso.

No creo que sea una distintiva emoción humana, el jinete parece que también tiene mucha de ella.

Camina delante de mí hacia las puertas dobles, luciendo como un caballero galante en su armadura. Por una vez en su hedionda vida, intenta abrir las puertas de la manera apropiada. No se mueven.

No es de sorprenderse; los hospitales tienen procedimientos de cierre de emergencia para este tipo de cosas.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

El jinete se gira, sus ojos encontrándose con los míos brevemente y destellan con desafío. En un rápido movimiento, se gira de nuevo. Sus puños se disparan, golpeando contra la puerta como si fueran un martillo.

Con un quejido, las puertas dobles se doblan hacia el interior, pero sorprendentemente aún se mantienen cerradas. Mi corazón late fuertemente mientras observo al jinete. Esto es una película de terror, una donde el tipo malo está entrando en la casa para matar a todos los niños. Solo que esto es la vida real, las películas están muertas y los jinetes son un demonio de carne y hueso.

Su puño golpea la puerta una segunda vez con fuerza sobrenatural y con un chillido metálico, las puertas colapsan hacia el interior.

Peste entra mientras la alarma del hospital comienza a sonar, su mirada aterradora se encuentra con la mía.

—Después de ti.

De cierta forma, la vista no es tan mala como temía que lo sería. De otra forma, es peor. Es muy temprano para que la gente sucumba a la Fiebre, así que algunas personas en el interior solo eran el grupo promedio de pacientes de hospital y personal. Pero todas esas expresiones aterrorizadas... Mi estómago se retuerce ante el recuerdo de ellos, mientras nos alejamos del hospital, la preciosa tela del jinete está cargada en los paquetes que cuelgan a cada lado de la silla de Trixie.

Peste me hace revisar cada uno de ellos. Toda esa gente elegida para cierta muerte. Sería una mentira decir que no disfruté hacerme mirar—simplemente estuvo tan sombrío como yo—pero, ¿realmente eso importa al final? Aun así, me hizo mirar a esas pocas personas metidas en el interior, solo porque sabía que eso me lastimaría.

—Espero que estés satisfecho —digo una vez que el hospital está lejos detrás de nosotros.

Su agarre en mí se aprieta.

—Humana, ¿no lo sabes? *Nunca* estoy satisfecho y así sigo adelante.

No digo nada ante eso. La tristeza tiene una manera de meterse en tus huesos y asentarse para un largo trayecto. Y al final, eso es lo que siento. No estoy enojada con Peste—aunque si le tengo una buena parte

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

de resentimiento—pero sí siento tristeza ante todos esos rostros que simplemente dejarán de existir en algunos días. La melancolía me traga completa.

Me quedo callada durante tanto tiempo que se vuelve notorio.

—No era mi intención que esta experiencia fuera placentera, humana. Si fuera placentera, estarías muerta.

Uno casi pensaría que el jinete estaba intentado racionalizar sus acciones. Pero eso significaría que siente remordimiento por lo que hizo y sé que ese no es el caso.

Miro fijamente hacia adelante, mi mirada cayendo en una lavadora oxidada asentada sobre el costado del camino.

—¿Sin comentarios mordaces para mí? —pregunta Peste varios minutos más tarde, cuando todavía no he respondido—. Tengo que decir que estoy casi decepcionado.

¿Qué quiere de mí? ¿No es suficiente que cada uno de estas paradas mate un poco de lo que está dentro de mí?

No hablo incluso una vez que Peste se acerca a una casa, acomodada entre docenas de otras casas. No hay nadie dentro, pero incluso entonces, todavía estoy de un humor demasiado taciturno para realmente importarme.

Él desmonta, el movimiento luciendo tremendamente agitado. Obedientemente sigo, sin querer que me ayude a bajarme. Merodea más allá del porche del frente, su armadura reluciendo en la luz acuosa.

Peste levanta un pie embotado y patea la puerta en un solo golpe fluido. No me espera antes de entrar, aunque sé que si intentara correr, estaría sobre mí en un instante. Probablemente eso es lo que quiere.

Una vez que lo sigo al interior de la casa vacía, me rodea.

—¿Por qué no hablarás conmigo?

No hace mucho tiempo no quería nada más de mí que me quedara callada. Pero eso fue cuando el jinete no sabía que existían cosas mejores que montar en soledad.

—No quiero hablar contigo —digo.

Dando unos cuantos pasos rápidos, cierra la distancia entre nosotros y toma mi mentón.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—La última vez que revisé —dice, golpeando mi mejilla con su dedo—, no te mantuve prisionera porque así lo *quisieras*.

Una sonrisa amarga retuerce mi rostro, pero todavía no puedo encontrar en mí pelear con él.

Libera mi mentón con un resoplido.

—Bien. Haz un mohín, humana. No te servirá para nada. Aun así van a morir.

¿Por qué tiene que seguir sacando eso a colación?

Froto mis sienes.

—Querías que sufriera y he estado sufriendo. Así que toma tu victoria y déjame ser —digo finalmente.

Los ojos de Peste se endurecen.

—Este ni siquiera es el principio del sufrimiento, humana. Podría hacer esto peor. Mucho peor.

Estoy segura que podría hacerlo, pero en este momento realmente no me importa.

Comienzo a alejarme. Todo lo que quiero es encontrar una habitación vacía lejos del jinete donde puedo hacerme bolita y fingir que no estoy viendo esos rostros cada vez que cierro mis ojos.

Estoy a punto de salir de la habitación cuando me detengo.

—Para toda tu rectitud —digo por encima de mi hombro—, realmente eres un bastardo desalmado.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 16

Traducido por NaomiiMora

Me he acostumbrado a robar a las víctimas de Peste. Cada vez que nos asentamos en la casa de alguien, eso es exactamente lo que estoy haciendo. Robando sus camas, robando su agua y comida, robando sus casas y, si tienen la mala suerte de permanecer, su tiempo. Peste puede quitarles la vida, pero yo tomo todo lo demás.

Y estoy empezando a estar bien con esto. Bueno, tan bien como cualquiera puede estarlo en mi situación.

A la mañana siguiente, entro en la cocina, mirando las raquetas de nieve y los esquís *vintage* que cuelgan en la pared al otro lado del pasillo. Fuera, la lluvia golpea ferozmente contra las ventanas y el viento sacude los árboles.

Me froto los brazos, agradecida por el fuego clamoroso que encendió Peste. El clima puede ser un desastre afuera, pero aquí, está francamente calentito.

La lluvia casi ahoga el sonido de las salpicaduras amortiguadas que vienen del pasillo. El Chico Bonito necesita sus baños monstruosos.

Helados baños monstruosos, rectifico mientras me dirijo a los armarios. La electricidad, y por lo tanto, el agua caliente, no funcionan aquí.

Mi estómago gruñe, recordándome que no he comido desde ayer. Uno por uno, abro los armarios. En total, encuentro dos jarras de encurtidos, una lata de frijoles y una cebolla mohosa.

Yumi.

También hay un refrigerador en la cocina, pero a juzgar por el hecho de que no hay electricidad, dudo que funcione. Aun así, nunca se sabe; la gente ha amoldado estas cosas en buenas hieleras.

La abro y...

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Vaya.

Aguardiente casero. Filas y filas de aguardiente casero. Los miro fijamente como un río de lo que probablemente fue una vez hielo derramado en el suelo.

Por curiosidad tomo una de las botellas del estante y, desenroscando la tapa, huelo el contenido.

Hago una mueca. No solo aguardiente casero, sino *mal* aguardiente casero.

—Y esperas que yo tome tus bebidas de buena gana.

Chillo por la voz de Peste, la botella se me escapa de la mano. Rápido como un rayo, el jinete se lanza hacia delante y atrapa el recipiente de vidrio, lo que nos salva a ambos de estar cubiertos de orina fermentada.

—Cuidado, Sara —dice mientras se endereza, colocando la bebida en un mostrador cercano.

Esa voz ahumada y ondulante suya retuerce mi nombre en algo íntimo y exótico. Creo que odio lo adorable que lo hace sonar.

Su cabello está goteando agua, y me encuentro mirando primero a los mechones oscurecidos, que son del color del trigo, antes de que mi atención se desplace a sus pómulos altos, donde unas gotitas de esa agua helada besan su piel. Mi mirada se sumerge en su boca, con sus labios llenos y esculpidos.

Mis mejillas se calientan al verlos.

Se mueve más allá de mí, ajeno a mis pensamientos, mirando la cocina con leve interés. Sus pies descalzos chapotean en el charco de hielo derretido mientras mira dentro de la nevera.

—No hay mucho aquí, ¿verdad? —dice, moviendo los frascos. Mientras lo hace, vislumbro...

—¡Oh Dios mío! ¡Tarta!

Está casi terminada, probablemente más vieja que mi abuelo, y probablemente esté rompiendo al menos tres reglas de etiqueta diferentes por ir por ella antes del mediodía, pero ¿a quién le importa? Es *tarta*.

Empujo nada suavemente a Peste y la agarro. Una inspección más detallada revela que es tarta de manzana (mi favorito porque *duh*) y queda

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

aproximadamente una cuarta parte. Suficiente para que una sola chica se la coma sin demasiada culpa...

El jinete me observa con atención mientras la pongo sobre la mesa de la cocina, dejándola solo el tiempo suficiente para buscar un tenedor.

Sigue mi ejemplo, agarra un tenedor del cajón y se dirige a la mesa.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto cuando se sienta frente a mí, con el utensilio de metal en la mano.

Peste estudia mis labios mientras responde.

—Querías que probara tu comida humana.

Mis ojos se mueven entre el pastel y su tenedor.

—¿Hablas en serio? —Supongo que esta es su forma de suavizar el desplante de ayer. Mi entusiasmo simplemente se desploma ante la idea.

Estuviste lista para compartir tu chocolate caliente con él, Sara.

Pero la tarta de manzana está por encima incluso del chocolate caliente.

Solo tomará un bocado.

Ni siquiera le va a gustar, solo está tratando de demostrar un punto.

Sin decir palabra, empujo la tarta hacia su lado de la mesa.

El jinete mira fijamente el pastel por un momento antes de tomar una porción con cautela. Se la lleva a los labios como si hubiera hecho esto mil veces antes, y después de una breve vacilación, toma un bocado del pastel de manzana.

Lo miro con una extraña clase de fascinación. Se necesita muchísima para distraerme de la tarta, pero Peste comiendo comida por primera vez resulta ser eso. Su rostro permanece inexpresivo todo el tiempo.

No le gusta. Alabado sea Jesús, no le gusta.

Baja su tenedor y me mira con cara seria.

—Tenías razón.

¿La tenía? ¿Acerca de qué? Mi frente se arruga en confusión.

—No necesitar algo no significa que no puedas disfrutarlo. —Con

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

eso, levanta su tenedor y toma otro bocado.

—¿Qué estás haciendo? —Estoy avergonzada de lo alarmada que suena mi voz.

—Comiendo.

—Entonces... ¿te gusta? —tanteo.

—¿Quieres una disculpa formal? —me pregunta Peste—. ¿Te gustaría que admitiera que estaba equivocado?

Me gustaría que no disfrutaras de *mi* pastel robado, muchas gracias.

—Pensé que habías mencionado que la comida era una pendiente resbaladiza hacia la depravación mortal —le digo, deslizando el plato de tarta hacia mi lado de la mesa y tomando un bocado.

Está un poco rancio, y prefiero mi tarta caliente, pero es, en una palabra, el *cielo*.

El jinete arrastra el pastel hacia su lado de la mesa.

—Reflexioné sobre el asunto. —Toma otro bocado. Otro bocado simplemente... *ido* a esta bestia—. La comida en sí misma no es malvada.

Deslizo el plato hacia mí.

—La indulgencia probablemente lo es.

Ahora que sé que puede comer, el suspenso ha terminado. Solo devuélveme mi pastel. Eso es todo lo que pido.

—Quizás —concede. Eso no le impide seguir comiendo el áspero postre, y resulta que toma las mordidas más malditamente grandes del mundo.

La tarta desaparece rápidamente, la mayor parte va al hombre que está frente a mí, el hombre que ni siquiera necesita comer.

Esto es una mierda.

Después de que ha terminado, Peste se sienta en su silla, colgando un pie calzado con bota sobre su otra rodilla. Hay algo terriblemente normal en esta situación. Un hombre y una mujer que comparten juntos el desayuno. Es fácil imaginar al jinete sin su corona de oro, su armadura y sus armas. Es fácil imaginarlo como solo un hombre.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Y eso es muy, muy peligroso.

—Estaba equivocado —dice en voz baja, sus ojos azules encuentran los míos.

—¿Sobre qué? —pregunto distraídamente, raspando las últimas migajas del fondo de la lata.

Sí, soy así de patética.

—Consumo.

Mis ojos se elevan hacia él.

Su mirada es demasiado directa. No sé lo que quiere de mí.

Levanto un hombro.

—Genial.

Los ojos de Peste van a mis labios.

—A veces usas un lenguaje tan extraño.

Esto de un tipo que llama al baño una *letrina*.

Rompo el contacto visual por ninguna otra razón más que me doy cuenta de lo guapo que es cuando es amable.

Mi mirada se desvía hacia la tormenta afuera. Ha estado diluviando todo este tiempo. Sé por experiencia que si hace tanto frío como creo que está haciendo afuera, el agua de lluvia arderá como el hielo.

—Por favor, no nos hagas viajar hoy. —La solicitud simplemente se me escapa.

—¿Por favor? —Sus ojos se iluminan con fuego.

Mierda.

Solamente ama esa palabra.

Su silla raspa hacia atrás.

—Humana, creo que acabas de decidir nuestro día por nosotros.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 17

Traducido por NaomiiMora

Maldita sea el frío, y el jinete junto con él.

Mis dientes castañean sin parar mientras Trixie Skillz trota aún más lejos. Incluso debajo de mis capas de ropa y la manta de lana que uso, mi cuerpo no deja de temblar.

Podría ser la única canadiense que no soporta el frío. Todos los demás dicen, 'Oye, puedo ver el sol hoy, y aunque es lo suficientemente frío como para congelar el agua, ¡por Dios, creo que este es clima para las camisetas!'. Mientras tanto, soy lo que sucede cuando un ser humano y un cubo de hielo tiene un bebé.

Estoy bastante segura de que me cambiaron al nacer.

—¿C-cuánto más? —pregunto, mis escalofríos haciendo un desastre de mi discurso.

Me va a dar hipotermia y moriré aquí. ¿Y no sería irónico? La cautiva de Peste muere por exposición, no a la plaga, sino por los elementos.

El jinete me mira desde donde me sostiene contra su inquebrantable armadura de metal.

—No estoy seguro —dice—. Podrías preguntar amablemente y ayudarme a decidir.

Quiere decir que podría decir *por favor* otra vez y joderme.

—O puedes permanecer callada y podemos cabalgar toda la noche.

Me giro para enfrentarlo.

—¡T-tú eres el idiota más orgulloso que h-he c-conocido!

Vuelvo a mirar hacia adelante, tirando de mi manta húmeda más cerca de mí.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Una vez que todo esto termine, me mudaré a México. Apuesto a que nadie muere de frío en México.

Si pensé que Peste reaccionaría a mi arrebató, estaba equivocada. Continuamos, los minutos pasando laboriosamente. Pasamos por algunos asentamientos tan pequeños que si estornudaras te los hubieras perdido. La tormenta se detiene brevemente, para luego solo redoblar sus esfuerzos.

En algún punto del día, mis escalofríos disminuyen, pero no es porque haya logrado calentarme. Distantemente soy consciente de que esto es malo. Mis dedos están rígidos y difíciles de mover, y mis ojos siguen cayendo.

Solo cuando mi manta de lana se cae encima de la calle, capto la atención de Peste.

—No voy a volver por eso —dice.

Me balanceo en mi asiento, mis párpados cerrándose.

No me importa. No estoy segura si lo pienso o lo digo, solo que el brazo del jinete de repente es el lugar perfecto para descansar la cabeza.

Cierro los ojos, apenas noto cuán tenso está Peste.

—¿Sara?

—¿Mm? —No abro los ojos.

—Sara.

Solo voy a dormir un poco...

—Sara. —Voltea mi rostro hacia él. Parpadeo hacia él mientras su mirada recorre mis rasgos, deteniéndose en mis labios.

Comienza a parecer alarmado.

—No estás bien.

No lo estoy, ¿verdad?

Creo que lo oigo maldecir por lo bajo, luego chasquea la lengua, apretándose más fuerte. Trixie comienza a galopar, sus cascos rociando agua helada contra mis piernas.

—¿Por qué no dijiste nada? —ruge Peste. O tal vez es el viento y la lluvia lo que está rugiendo...

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—S-se supone que debo sufrir.

Resopla, y juro que lo escucho decir, ‘No así’, pero eso es ridículo porque se supone que debo sufrir *exactamente* así.

En el siguiente desvío, el jinete tira de las riendas y hace girar a su corcel por un camino de tierra enlodada.

Alzo la mirada hacia él, la lluvia y el agua nieve pegándole el cabello a la cara. Mucho para un baño temprano del Niño Bonito.

—¿A d-dónde vamos? —pregunto. Mi lengua se siente gruesa y torpe en mi boca.

—Parece que una vez más he subestimado lo frágil que eres.

Es lo más cercano a una respuesta que me da.

Tal vez un kilómetro o así más tarde, veo una casa amarilla que ha visto días mejores. Peste va en línea recta hacia ella, no disminuyendo la velocidad hasta que estamos casi en su puerta.

Se baja del caballo y me toma en sus brazos. En tres largas zancadas está en la puerta. Su pie con bota golpea contra la madera, pateando la cosa hacia adentro.

En el interior, escucho una ráfaga de gritos.

No, no más personas.

—¡Fuera de mi camino! —brama el jinete.

Capturo un breve vistazo de una pareja de mediana edad y detrás de ellos, dos niños curiosos.

No.

Peste me pone delante de una estufa de leña y me abraza mientras tiemblo.

Agarro su antebrazo y obligo a mis ojos a abrirse.

—No podemos quedarnos aquí —digo, mi voz débil.

—Necesito mantas —exige. Ni siquiera me está mirando.

Mis párpados se siguen cerrando.

Mi cuerpo se siente pesado. Muy pesado.

—Por favor —murmuro. Sé que es la cosa incorrecta para decir,

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

pero no puedo evitarlo. ¿De qué otra forma debo suplicar por la vida de alguien?

—Sshh. ¡Mantas! Y más madera mientras están en ello.

Una mano me aparta el pelo, y quiero mirar y ver a quién pertenece la mano, pero mis párpados están demasiado pesados para abrirlos. Finalmente me siento segura y cuidada, y eso es todo lo que mi cuerpo necesita en este momento. Comienzo a relajarme, mi cabeza encuentra el pliegue de un brazo una vez más.

Un lugar tan extrañamente cómodo para dormir.

¡Los niños!

Comienzo a sentarme nuevamente, forzándome a despertar.

—Sshh, Sara. Estoy justo aquí.

¿Quién?

No los niños.

No los niños.

Vuelvo en mí eventualmente, orientándome poco a poco. Un montón de mantas me cubren, y frente a mí hay una estufa de leña, un fuego que arde alegremente dentro. Lo miro como si tuviera las respuestas a todas mis preguntas.

Me muevo lentamente, sintiéndome como si bebiera mi peso en licor destilado ilegalmente y luego decidiera correr una maratón antes de ser atropellada por un tren de carga. Ayer no fue mi mejor día.

Gruño, comenzando a rodar.

Tan pronto como me muevo, siento que el viento roza mi piel desnuda.

¿Qué demonios?

¿Estoy *desnuda*?

Un brazo se aprieta alrededor de mi estómago, sintiéndose como una banda de acero.

...Espera un maldito segundo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Mi mente se detiene bruscamente.

No.

Nononononononono.

Noooooooooo.

Miro por encima de mi hombro, y efectivamente, está Peste, acunándose en posición cuchara como si fuéramos amantes. Por lo que puedo decir, no tiene una camisa puesta.

Respira profundamente, Burns.

—¿Nosotros...? —Ni siquiera puedo terminar esa frase.

—Estabas hipotérmica.

Oh. Por supuesto. Esa sería la secuencia lógica de eventos. No follando al ser más odiado del mundo. Porque eso estaría tan lejos de la cuestión de que...

¿Por qué estoy incluso pensando en esto?

Recojo las mantas a mí alrededor, apretándolas contra mí y me siento con la mayor modestia que puedo.

—¿Dónde estamos?

Peste se sienta a mi lado, y ahora realmente parece que los dos estábamos haciendo algo sospechoso.

—En una casa —responde.

Haz una pregunta tonta...

En la distancia escucho voces silenciosas.

—No, no puedes ir ahí.

—Pero tengo hambre.

—¿Ese realmente es el jinete?

—¡Quiero acariciar su caballo!

—Vuelvan a sus habitaciones, los dos.

Pequeños pies golpetean contra el piso.

Mi estómago se contrae. Niños. Así es. Froto el dorso de mi mano

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

contra uno de mis ojos, deseando que las últimas veinticuatro horas simplemente desaparezcan.

Niños. Bajo el mismo techo que Peste.

—No los dejes morir —susurro.

—Todos mueren, Sara.

Cierro mis ojos. Todo duele *condenadamente mucho*. Mi cuerpo, mi corazón, mi mente.

Van a morir.

Me giro para mirarlo, presionando la manta cerca de mí. Tiene autos de carrera impresos por todas partes. La manta de un niño pequeño, sacrificada para que yo estuviera caliente. A veces son los pequeños detalles los que golpean más profundamente.

—Honestamente —le digo—, ese es el mayor pedazo de mierda que he oído de ti.

Me mira de reojo.

—Cada *humano* muere —corrige, sin entender mi punto.

—¡No significa que tengan que morir hoy! —siseo, tratando de mantener mi voz baja por el bien de la familia.

—No lo harán. Aún tienen unos pocos días.

De repente, no puedo mirarlo, y no soporto estar cerca de él.

Va a matar niños. *Niños*.

Por supuesto, *ya* ha matado a niños. Miles y miles de ellos. Pero ahora la realidad está siendo lanzada a mi cara y no puedo soportarlo.

Sin decir palabra, Peste me da una pila de ropa, sin duda alguna, algo que robó del propietario. Esta podría ser la peor parte de todo. El jinete puede pensar en recoger ropa para mí incluso mientras deja que su maldita plaga mate a *niños*.

Peste se recuesta en sus antebrazos, mirándome mientras me visto, sus ojos no están tan desinteresados en mi cuerpo como lo estuvieron la última vez que lo vio.

Debo estar imaginando cosas.

Finalmente encuentro su mirada.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Cambia de idea.

—No.

Mi mandíbula se aprieta mientras lo miro, mis ojos acusadores. Se encuentra con mi mirada sin pestañear.

—No estoy aquí para complacer todos tus caprichos. —La voz de Peste es firme, insensible—. Estoy aquí para acabar con el mundo.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 18

Traducido por Yiany

Le toma tres días a la plaga para matar a un hombre. Cuatro, si eres particularmente desafortunado.

Esta familia es particularmente desafortunada.

No sé si esto es simplemente naturaleza del trabajo, o si Peste está tirando de las cuerdas (ya sea para castigarme por molestarlo, o para "comprometerse" conmigo y darle a esta familia un poco más de tiempo para vivir).

Se necesitan cuatro largos y agonizantes días de enfermedad antes de que supere a toda la familia. Madre, padre, hijo e hija, todos tomados por esta plaga estúpida y sin sentido.

Cuatro días permanecí en esa casa ante la insistencia de Peste mientras me recuperaba, cuatro días en los que el jinete apenas estaba, cuatro días que cuidé a la familia, en contra de sus deseos. Deseaban que me fuera. Al menos, lo hicieron hasta que estuvieron demasiado débiles para cuidar de sí mismos.

—¿Por qué está haciendo esto? —me preguntó la mujer, Helen, el día antes de morir.

Me arrodillé junto a su lado de la cama.

—No lo sé.

—¿Por qué te salvó a ti? —presionó.

—Traté de matarlo —le expliqué—. Me mantiene con vida para poder castigarme.

Sacudió su cabeza.

—No lo creo —murmuró—. Puede tener sus razones, pero no creo que el castigo sea una de ellas.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Mi piel se erizó ante sus palabras, y por primera vez, sentí cierta incertidumbre en mi situación.

¿Por qué más el jinete me mantendría cerca si no era para castigarme?

Recordé la tortura que había soportado y mi incertidumbre desapareció. Helen simplemente no sabía lo que Peste me hizo pasar, eso era todo.

De todos los miembros de esta familia, es el padre quien se va primero. Era un tipo grande, corpulento, construido como un tanque, y de todos, pensé que habría resistido más tiempo. En cambio, en las primeras horas del cuarto día, cerró los ojos, emitió una tos final, se sacudió, y falleció en la gran cama que compartía con su esposa.

Cuando murió, Helen estaba demasiado enferma como para sacarlo de la cama. Yo logré sacar su cuerpo llagado por la plaga, pero Helen no me dejó sacarlo de la habitación.

—Los niños no deberían verlo... así —protestó débilmente.

Así que lo arrastré al baño principal, y Helen tuvo que tenderse a escasos metros de su cadáver en descomposición. Y a pesar que estaba sucumbiendo a su propia muerte para entonces, vivió lo suficiente como para darse cuenta del horror de ello.

Su hijo fue el siguiente. Antes de morir, lo llevé a la habitación de sus padres, para que Helen pudiera abrazarlo mientras fallecía.

Ella siguió dos horas más tarde.

La última en irse fue Stacy, su pequeña hija que murió vistiendo pijamas de unicornios, bajo un cielo de estrellas que brillan en la oscuridad. Llamó a su mamá cuando la fiebre la consumió, lloró por su padre cuando las llagas abiertas a lo largo de su cuerpo dolían más de lo que podía soportar.

Le cogí la mano y le acaricié el pelo todo el tiempo, pretendiendo ser su madre para que, en su confusión, al menos conociera algo de paz. Y luego se fue como el resto de su familia, tranquilamente. Como salir de una habitación y entrar en otra, su pecho subía y bajaba cada vez más despacio hasta que dejó de subir.

Eso fue hace veinte minutos, o tal vez una hora, el tiempo te juega trucos cuando menos lo esperas.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Me siento al lado de la cama de Stacy y sostengo su mano incluso después de saber que se ha ido. He visto lo suficiente durante mi tiempo como bombera para desarrollar insensibilidad, pero esto... esto es algo completamente distinto.

Era solo una niña y murió la *última*, sin nadie más que una ex bombera para verla partir de este mundo.

Detrás de mí, la puerta cruje cuando se abre.

—Es hora de irse —dice Peste a mi espalda.

Limpio un par de lágrimas de mis mejillas. Colocando la mano de Stacy en su pecho, me levanto, dirigiéndome a donde está parado en la entrada.

Paso tan cerca de él que puedo sentir el calor de su cuerpo.

—¿Por qué tienes que llevarte a los niños? —susurro roncamente.

Su mano cae sobre mi hombro, alejándome de la habitación.

—Prefieres una muerte lenta para ellos, ¿no es así?

—Preferiría que no murieran en absoluto.

—¿Qué crees que sucederá, humana, una vez que sus familias mueran? ¿Una vez que estos niños estén solos? ¿Crees que podrán cazar? ¿Rebuscárselas por sí mismos?

Todas mis réplicas son como piedras en mi boca, rodando una sobre la otra. Al final, solo lo miro.

—Mira —dice—, sabes que mis palabras son ciertas, incluso si las desprecias.

—¿Por qué tienes que matar en absoluto? —digo mientras me conduce por el pasillo.

—¿Por qué tienes que arruinar el mundo? —replica el jinete.

—No lo hice.

—Lo hiciste. Así como no tengo que tocar a cada hombre para matarlo, tú no tienes que prenderle fuego personalmente al mundo para que sea la razón por la que arde.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Me froto los ojos. Cada vez que hablamos, siento que estoy golpeando mi cabeza contra la pared, lastimándome y no logrando nada por todo mi esfuerzo.

—¿Por qué tiene que ser tan espantoso? —susurro—. Los bultos, las llagas...

—Es plaga, se supone que no es agradable.

Me lleva afuera, donde Trixie espera, las alforjas cargadas con los bienes sacados de esta casa. Al ver todas las cosas guardadas, me siento como una ladrona de tumbas, saqueando a los muertos. Sé que ya no necesitan comida ni chaquetas, pero aún no puedo quitarme la maldad de todo.

Inexpresivamente, me subo al caballo, Peste uniéndose un momento después. Y así, los dos dejamos la casa y sus trágicos ocupantes anteriores.

Apenas hemos recorrido un kilómetro cuando el jinete saca un sándwich envuelto de una de las alforjas y me lo entrega.

—No has comido —explica.

Giro el objeto una y otra vez en mi mano.

—¿Hiciste... esto para mí?

—Me gusta el sabor de la mermelada. Pensé que también podría gustarte.

Entonces, sí, lo hizo para mí. El mismo hombre que acaba de dar muerte me hizo un bocadillo porque notó que no había comido.

Pellizco mis ojos y respiro profundamente. ¿Por qué esto tiene que ser tan complicado? ¿Por qué no puede simplemente quedarse en la bonita pequeña caja en mi mente etiquetada como 'Mal' y eso es todo? Estos breves destellos en los que es considerado y tierno, me están quebrantando lentamente.

Al abrir los ojos, quito el envoltorio del sándwich y, efectivamente, entre los dos gruesos panes caseros hay una generosa ración de mermelada y solo mermelada.

No se me escapa que es muy similar a una tarta: dos superficies de pan que contienen un relleno de fruta azucarada. Me lo llevo a la boca y lo muerdo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

No está mal, no sé por qué pensé que lo estaría. Tal vez supuse que los sándwiches de mermelada deberían tener un sabor equivocado. Tal vez pensé que después del día que tuve, cualquier cosa me sabría a tierra en la boca.

En cambio, sabe a indulgencia. Mientras me lo como, imagino a Peste en esa cocina pequeña y desordenada que acabamos de dejar, haciéndome esto justo al lado del refrigerador convertido en hielera que estaba salpicada con ilustraciones en forma de palo e imanes de alfabeto. Mientras tanto, al final del pasillo, veía a una pequeña niña inhalar por última vez.

El sabor azucarado y dulce del emparedado se agría en mi boca. Tomo algunas profundas respiraciones antes de intentar otro bocado.

—No me gusta verlos morir —admite Peste detrás de mí.

Bajo el sándwich.

Había estado casi ausente durante esos cuatro días que estuve con la familia. Pensé que tal vez había alguna otra razón para ello.

—¿Por qué no nos obligaste a seguir moviéndonos? —Esto podría haberse evitado si no se quedara en un lugar durante un tiempo prolongado.

—Necesitabas el descanso —responde.

Ausentemente, toco una de las vendas que cubre mis muñecas.

Solo me mantiene con vida para castigarme, le había dicho a Helen.

No lo creo, había dicho ella. *Podría tener sus razones, pero no creo que el castigo sea una de ellas.*

Guardo mis pensamientos para mí misma.

—Pero todavía los infectas —digo.

—Todavía los infecto —está de acuerdo—. Y continuaré infectándolos hasta que mi tiempo haya pasado, pero no me gusta verlos morir.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Cabalgamos el resto del día, pasando por una serie de asentamientos pequeños y desiertos. Mis muslos finalmente han dejado de estar tan adoloridos, y mi espalda pica donde mi piel se está curando.

El clima también ha decidido darme un respiro, el débil sol de invierno alumbrando brillantemente sobre nosotros. Todavía es extremadamente frío, pero bueno, no está lloviendo. Tomaré eso.

Los árboles cubren la carretera a nuestra izquierda y, a nuestra derecha, brillan las hermosas aguas del Howe Sound. Moteadas entre ellas hay una serie de islas, y más allá está la otra orilla del continente. La vista te dejaría sin aliento si no fuera por las hileras e hileras de autos oxidados que se encuentran entre mí y la vista.

Los autos sin vida yacen abandonados a ambos lados de la carretera. Este debe ser uno de los sitios que aún espera la limpieza financiada por el gobierno. La Llegada que anuló la mayoría de nuestra energía también dejó varados a miles y miles de personas en sus autos en medio de la carretera.

Si cierro los ojos, todavía puedo ver algunas de las horripilantes imágenes de los choques en cadena, autos haciéndose añicos con sus ocupantes dentro. Ya no hablamos de esa primera ola de muertes, no desde que reapareció Peste, sino de tanta gente que murió ese primer día: desde accidentes automovilísticos, aviones que cayeron del cielo, máquinas de soporte vital apagándose, y tantos escenarios extraños que nadie vio venir.

A mi alrededor, los autos oxidados permanecen como tristes recordatorios del día en que el mundo cambió. Peste no les da una mirada; él y Trixie solo tienen ojos para el horizonte.

Cabalgamos durante todo el día, sin siquiera parar a comer. Me doy cuenta que es porque Peste no me hizo uno sino tres sándwiches de mermelada y me empacó un tarro de corazones de alcachofas y una lata de anchoas. No soy capaz de decirle que no va a querer sentarse cerca de mí si realmente abro esa lata de pescado.

Por otra parte, podría hacer que pruebe el pescado... veríamos lo bien que disfruta la comida humana entonces.

No es hasta que el cielo es de un azul profundo que dejamos la carretera. Peste pasa por varias casas, algunas oscurecidas y otras con lámparas de aceite ardiendo en el interior, antes que finalmente nos dirijamos a la entrada de la casa de algún alma desafortunada.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

La puerta de tela metálica se abre y cierra con el viento, produciendo un sonido misterioso y chirriante. Y ahora que la estoy mirando, noto que las ventanas están tapiadas. Está claro que quienes vivieron aquí no lo han hecho por mucho tiempo.

Vistas como esta no son poco comunes, tal vez el pozo en la propiedad se secó o la bomba dejó de funcionar, tal vez la casa estaba muy lejos de la civilización ahora que los autos eran obsoletos. Tal vez un pariente llevó a los dueños anteriores, o tal vez murieron y nadie quería comprar esta casa en el medio de la nada. Las historias detrás de hogares como este son todas diferentes, pero todas conducen al mismo destino: el abandono.

Escuché que hay pueblos fantasmas enteros donde la gente alguna vez vivió pero que ya no lo hacen. Las Vegas, Dubái...

La idea de que todas las ciudades, alguna vez opulentas, permanezcan como huesos en el desierto, sus resplandecientes atracciones se emboten con polvo y caigan en la ruina, envía un escalofrío por mi columna.

La muerte se ha erigido en el trono, en una ciudad extraña, tendido solo... —Las palabras de Poe resuenan en mi mente.

Mi atención vuelve a la casa que tenemos enfrente. *No me gusta verlos morir*, había dicho Peste. Una parte de mí piensa que tal vez es por eso que eligió este lugar.

El jinete atiende a Trixie mientras yo entro en la casa. En cuanto entro, palpo la pared oscurecida hasta que encuentro un interruptor de luz. Una vez que lo encuentro, lo enciendo, siempre con la esperanza de que esta casa tenga electricidad.

Por un momento cegador, la entrada brilla intensamente con luz. Luego, con un estallido explosivo, la luz desaparece tan repentinamente como llegó.

—Mierda.

Creo que debería agradecer que el daño no sea peor. He tenido que apagar más incendios eléctricos que incendios forestales en los últimos años. Todas estas comodidades están a la orden del día.

Peste viene detrás de mí, ya desabrochando su pesada armadura. Deja caer su arco y carcaj en una mesa lateral cercana, luego cada pieza de su armadura. Finalmente, deja la corona, pasando una mano por su cabello.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Es todo muy humano. Me pregunto si sabe eso.

—¿Luz? —pregunta.

—No funciona. —Me dirijo a otro interruptor y lo enciendo y apago. No pasa nada—. Nop, definitivamente no.

Empiezo a buscar a tientas alrededor de la sala de estar, buscando velas, lámparas, mechas, fósforos; cualquier cosa que pueda iluminar este lugar ahora que el sol se ha ido. Peste se dirige hacia afuera, dejándome a tientas, sola.

Viene unos minutos más tarde, llevando varios artículos. Me pasa, poniendo su botín en lo que parece ser la cocina.

Escucho el silbido de un fósforo y, un momento después, enciende una linterna que debe haber recogido en una de las últimas casas en las que nos quedamos.

Me entrega la linterna, luego camina por el oscuro pasillo de la casa. Lo miro ir, escuchando mientras abre y cierra otra puerta. El sonido amortiguado de una puerta de garaje que se levanta manualmente se desplaza lentamente, luego el sonido constante de los cascos haciendo clic contra el cemento mientras saca a Trixie de los elementos.

Levanto la linterna, mirando alrededor de la casa. La mitad del mobiliario está cubierto con sábanas raídas, y lo que no está cubierto por una gruesa capa de polvo.

Me acerco a la chimenea, todavía hay fotos apoyadas en la repisa. Recojo una, usando mi pulgar para quitar una capa de polvo. Debajo hay un retrato de una mujer de poco más de veinte años, con una permanente, encrespada y esponjada cabellera hasta casi tener vida. Escojo otra foto al azar, quitando el polvo lo suficiente como para ver a un grupo de niños de ojos bizcos en trajes de baño, flotadores empujados en lo alto de sus brazos.

La dejo mientras se me pone la piel de gallina. Hay toda una vida aquí que parece haberse detenido abruptamente. Si la muerte o el desplazamiento se los llevó, les tomó rápidamente.

Ciudades enteras se verán así en el futuro.

No solo será Vegas y Dubái. Será en cada lugar donde visite Peste. Y en ese futuro distópico, alguien como yo irá de casa en casa, bordeando los cadáveres descompuestos que han quedado sin enterrar en el interior.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Me estremezco de solo pensarlo.

La puerta del garaje se abre y se cierra, y las pesadas pisadas de Peste hacen su camino de regreso a la sala de estar. Cuando aparece, tiene varios troncos secos con él. Me mira antes de abrirse paso, comenzando a apilar la madera en la chimenea.

Una hora más tarde, hay un fuego, media docena de velas parpadean alrededor de la sala de estar, y un colchón y algunas mantas apolilladas se han sacado de uno de los armarios y se han colocado en la sala de estar para que pueda dormir donde está templado.

Me siento en el colchón, con las rodillas dobladas debajo de la barbilla, sorbiendo agua de una taza de barro vieja (el pozo todavía funciona) y mirando las llamas. A mi lado, Peste se recuesta sobre el colchón, con las piernas cruzadas frente a él.

—¿Por qué los ayudas? —pregunta.

Sus ojos encuentran los míos, las llamas bailan en ellos. Incluso iluminado por el fuego, parece un ángel.

El diablo también era un ángel.

—¿Ayudar a quién? —pregunto.

—Esa familia y el hombre antes que ellos.

¿Habla en serio?

Estudio sus rasgos, mi corazón gana poco a poco velocidad porque mi cuerpo es un idiota que no puede discernir el malvado gilipollas del humano caliente.

—¿Cómo puedo no ayudarlos? —digo finalmente.

—Sabes que van a morir de todos modos —dice.

Es un razonamiento tan frío y pragmático. Al igual que los medios para un fin no significan nada al lado del fin mismo.

—¿Y? —Miro hacia las llamas—. Si puedo aliviar su incomodidad, entonces lo haré.

Puedo sentir su mirada sobre mí, más caliente que el fuego.

—No solo lo haces para aliviar su dolor, ¿verdad? —dice—. También lo haces para aliviar el tuyo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Qué astuto jinete es.

Presiono mi boca, frunciendo el ceño.

—Tienes razón —le digo—. El sufrimiento es para los vivos, y me has hecho sufrir. —Ver a esos niños sucumbir, ahogados en sus propios fluidos, teniendo que escuchar sus gritos... —Y cómo te desprecio por eso.

—No espero menos de la humana que me quemó vivo.

Me vuelvo hacia él, mi enojo subiendo.

—Así que todavía se trata de *tu* sufrimiento ¿verdad? Has aniquilado ciudades enteras, pero al final del día estás herido. ¿Quieres saber algo? Te perseguí como un maldito *animal* porque te lo mereces y lo haría una y otra vez.

¿Pensaba eso? Una parte pequeña y traidora de mí no está tan segura.

Sin desanimarse por ese pensamiento, continúo:

—Nos estás matando *cruelmente*, y nos odias por eso.

No dice nada a mi arrebató, solo se sienta allí, estudiándome.

—Parte de la vida —digo—, es sentir dolor, un dolor sin sentido. —Podría contarle mil historias sobre la absoluta injusticia del mundo. ¿Pero por qué molestarse? No le importa una mierda nuestros problemas.

—Soy lo que soy —dice, resuelto. Suena casi... derrotado—. Vine aquí con una tarea, y la veré completada.

—¿Quién te dio la tarea? ¿Dios? ¿El diablo? —Levanto mi mano en el aire—. ¿El puto conejito de pascua? ¡Pensé que eras Peste el Conquistador, no el maldito chico de los recados!

—Cuidado, humana —advierde, su voz peligrosa.

—¿Cuidado? Si tienes tanto miedo de mis palabras, entonces cállame.

Fui demasiado lejos, lo supe tan pronto como había hablado.

Peste levanta las cejas ante mi desafío. Un segundo después, arranca una sección de la sábana polvorienta que cubre el sofá cercano. Al levantarse, tuerce la tela en sus manos. La acción parece ominosa.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Se arrodilla frente a mí, sus ojos se encuentran con los míos y luego mete la sábana entre mis labios.

Nunca en mi vida alguien trató de *amordazarme*.

Por un momento, estoy estupefacta, pero luego el momento pasa, y soy un toro furioso, dejando caer mi jarra de agua y luchando contra Peste mientras ata el material de forma segura detrás de mi cabeza. No logro mucho más que darle una bofetada en la cara antes de que agarre mi hombro y empuje mi cabeza contra el colchón, presionando su rodilla contra mi espalda.

Me muevo contra él locamente, tratando de sacudirlo, pero es más sólido que simple carne y sangre, y mis esfuerzos no me llevan a ninguna parte.

Detrás de mí escucho otro rasgón, y luego me agarra de las muñecas y coloca el material a su alrededor.

Estoy gritando en la improvisada mordaza.

—¡Uuuuuuuuuuuu hiiiiiiioooooopppppuaaaaa! —rujo.

Ata mis muñecas firmemente. Una vez que ha terminado, me sienta y se pone en cuclillas delante de mí.

Error.

Levanto mi pie y lo golpeo en su cara de niño bonito.

Retrocede, atrapando mi tobillo entre sus manos.

—¿Debo atar esto también?

—¡Oooooooooo oooooooooiiiiiaeeeeeneeeeeee eeeeeeee ooooooooooooo!

Sostiene mi pie como rehén, esperando como si fuera un niño pequeño que tiene una rabieta irracional.

Le doy a mi pie algunos tirones inútiles antes de darme por vencida. Este tipo hace pocas amenazas vacías, y no estoy tan interesada en estar completamente restringida.

Cuando dejo de pelear con él, suelta mi pie, se lleva una mano a la cara para frotarla donde lo golpeé.

—Golpeas sólidamente para un humano; te daré eso.

—Uuuuuuuuu annnnnnn oooooooooiiiiileeee.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Me sorprende que estés tan enojada; fuiste quien sugirió silenciarte.

Grito de nuevo.

—Tranquilízate, pequeña humana. Quizás entonces te liberaré.

¿Pequeña?

Regresa a su lado del fuego y se pierde entre las llamas.

Me siento allí, frente a él, hirviendo, con el aliento caliente y los pantalones raídos. En la próxima oportunidad que tenga, lo patearé en sus bolas sagradas.

Pasa una cantidad de tiempo innumerable, los dos sentados cerca, pero separados mentalmente por leguas.

Finalmente, Peste me mira.

—¿Estás lista para ser civilizada?

—¡Uuuuh oooo!

—¿No? Hmmm, tal vez te dé un poco más de tiempo.

El orgullo es un soldado solitario que ve su reloj cuando no hay nadie más de quien preocuparse. Pensé que el entrenamiento de bomberos me había quemado la mayor parte, pero nop.

Al final, me enfrió. Enfadarse con uno de los jinetes del Apocalipsis por provocar el fin del hombre es como enojarse con el hielo por ser frío.

Me tiendo de lado, ignorando el dolor punzante mientras mi peso se posa en una de mis manos atadas.

Sin decir palabra, Peste se levanta y afloja mis ataduras, primero quitando mi mordaza, y luego, cuando no lo maldigo de inmediato, quitando las sábanas que atan mis muñecas.

Vuelve a sentarse, mirando el fuego. Miro hacia él y luego le doy la espalda a ambos, me acurruco sobre el colchón y me paso una de las mantas mohosas.

Todavía es temprano en la noche, pero ya terminé el día. Sobre Peste y su tarea macabra. Por el dolor, la ira y todas esas otras emociones que pesan dentro de mí.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Puedo sentir la mirada de Peste sobre mi espalda con la misma seguridad que si pusiera una mano física contra ella, pero no lo reconozco. Cierro los ojos y me voy a dormir.

Mi cuerpo está más cansado de lo que supongo porque en cuestión de minutos, estoy fuera.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 19

Traducido por Yiany

Vancouver 18 Km.

Miro la señal en creciente horror.

Hasta ahora, solo he visto al jinete pasar por asentamientos y pueblos pequeños. Pero Vancouver es otra bestia totalmente diferente.

Cientos de miles de personas viven allí. Seguramente ya han publicado avisos de evacuación. Sin duda, la ciudad está lo suficientemente vacía...

Los dos seguimos por la autopista, y cada hora que pasa me tiene cada vez más tensa.

El desierto da paso a barrios lujosos. Las casas están ubicadas a ambos lados de la carretera, la mayoría escondidas detrás de grandes árboles y arbustos, pero aún lo suficientemente visibles como para ver el agua a nuestra derecha.

No hay un alma a la vista.

Cuanto más cerca de la ciudad nos encontramos, más pequeñas y apretadas se vuelven las casas. Aquí, en los suburbios periféricos, veo los primeros signos de vida verdaderos. La visión de un motorista en la distancia, los débiles sonidos de los gritos.

El clic de los cascos de Trixie contra el asfalto es repentinamente ensordecedor. Me recuerda demasiado al momento en que Peste dobló la esquina en mi lado del bosque.

Así que no debería sorprenderme que un disparo rompa los sonidos normales del día.

Pero lo estoy. Casi me caigo de mi asiento ante el ruido. El agarre del jinete se aprieta.

—Agárrate.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Chasquea la lengua, y Trixie se marcha al galope.

Corremos por la carretera a velocidades vertiginosas. Otro disparo sigue al primero, y luego varios más, ya que algunos individuos condenados intentan hacer justicia por su cuenta.

Ninguna de las balas, sin embargo, encuentra su objetivo. Incluso cuando el sonido de los disparos se desvanece en la distancia, Peste avanza.

La carretera se ramifica, la 99 separada de la 1. Instintivamente, el jinete se dirige al oeste, permaneciendo en la 99. No sé si está enterado de esto, pero la decisión es buena.

Cabalgamos por la carretera, cruzando el puente antes de entrar en Stanley Park. Aquí la ciudad se ve interrumpida por una densa parcela de desierto. Aun así, mi cuerpo está listo para otro asalto. En una ciudad con tantos habitantes, seguramente habrá más.

El parque se difumina para nosotros, los árboles se mezclan para crear un fondo verde.

En el otro lado del parque, bloques y bloques de edificios altos se ciernen ante nosotros y, a nuestra derecha, sus marcos de acero y vidrio brillan en la luz del mediodía. Entre cada bloque puedo vislumbrar el océano.

Eso es todo lo que noto antes de que se reanuden los disparos.

Peste tira de las riendas de Trixie y nos saca de la carretera y baja por una calle lateral, en línea recta hacia el agua. Las estructuras Goliat se erigen como centinelas a cada lado de nosotros mientras corremos por la carretera.

No puedo escuchar mucho sobre el golpear de las pezuñas, solo el sonido cada vez mayor de los disparos. Si maniobrar para sacarnos de la autopista supuestamente resolvería nuestra situación, no lo ha hecho.

Al igual que yo, otras personas—muchas por el sonido—decidieron sacrificarse para matar al jinete. Me pregunto si ellos también supusieron que el jinete podría morir.

Siento una bala zumbando cerca de mí. Si las cosas siguen así, voy a recibir un tiro.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Observo a las personas que permanecen en las puertas de los edificios, o asomándose por las ventanas. Otros todavía corren abiertamente hacia nosotros, pistolas en mano.

Ahora esto, esta es una verdadera emboscada.

Sin previo aviso, Peste me empuja de su corcel. Estoy tan sorprendida que me olvido de gritar mientras caigo.

Me golpeo fuerte en la calle, mi vista oscureciéndose por el impacto. Todas mis viejas heridas chillan por haber sido empujada tan violentamente.

Delante de mí, suenan más disparos.

Algunas personas corren por la calle, intentando apuntar bien al jinete.

Delante de mí, Peste blande su arco y flecha. Ahora que sus manos están libres, las usa para disparar flecha tras flecha a sus atacantes. Veo a un hombre caerse de una ventana a tres pisos y otra caer desde donde se agazapaba detrás de un árbol.

Mientras se aleja de mí, el jinete elimina a sus atacantes, a veces girando en su silla de montar para disparar hacia atrás. Lo miro por un tiempo antes de recordar.

Eres una bombera, Burns. Levántate y actúa como tal.

Me obligo a levantarme, favoreciendo una pierna sobre la otra. Por lo que puedo decir, nada está roto, aunque voy a tener un gran moretón donde aterricé en mi muslo.

Comienzo a moverme, una cojera lenta que no me lleva demasiado lejos, pero entonces, no estoy tratando de huir. Escudriño la calle, buscando a los heridos.

Me dirijo a la víctima más cercana, un hombre enjuto cuyo cabello (lo poco que queda) es más blanco que marrón.

—Señor, ¿está...? —Mi voz se corta cuando veo la carne cruda y sangrienta en su garganta. Ni siquiera es el jinete quien atrapó a este tipo. Una de las balas que fallaron a Peste encontró otra víctima.

Él trata de hablar conmigo, su boca se abre y se cierra, sus ojos se abren con sorpresa. Todo lo que sale son unas cuantas burbujas rojas que se juntan en su cuello.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

No hay nada que hacer por él.

Tomo su mano, pateando su arma a un lado; él no tiene necesidad de eso ahora.

—Estás bien —digo con dulzura. Ambos sabemos que es mentira—. Estoy aquí contigo. No te dejaré.

Su mano aprieta más fuerte la mía, y sus labios siguen moviéndose. Me inclino para tratar de escucharlo mejor, pero todo lo que escucho es el gorgoteo húmedo que sale de su garganta.

Asiento de todos modos, actuando como si fuera muy consciente de lo que está diciendo. Sus labios se ralentizan hasta que no tiene nada más que decir. Todavía me agarra la mano, pero luego sus ojos se mueven sobre mí, más allá de mí, y su mano se relaja.

Joder a la muerte. En serio, a la mierda esta horrible, horrible cosa que todos debemos soportar. Lo dejo ir y me pongo de pie, mis ojos ya buscando a la siguiente persona.

Más abajo, una mujer intenta ponerse de pie, una de las flechas doradas del jinete sobresaliendo de su pecho. Corro hacia ella, ignorando el dolor en mi muslo.

El tiempo se vuelve borroso a medida que avanzo de persona a persona, dando la ayuda que puedo, que no es mucha, pero llama la atención de un paramédico convertido en soldado de infantería. Él se une al esfuerzo, y eso, a su vez llama la atención de un médico.

Cuanto más nos demoramos en la calle, más gente sale de los edificios en los que se refugiaron para echar una mano. Mi garganta se espesa al verlo.

Esto es lo que Peste se pierde en su búsqueda para matarnos. Esto que junto con lo peor de la naturaleza humana es lo mejor.

Todos trabajamos juntos, tristemente. Nadie lo dice rotundamente, pero prácticamente puedo escuchar los pensamientos a mí alrededor.

¿Estoy infectado?

¿Ya es demasiado tarde? ¿Cuánto tiempo tengo?

¿Cuándo comenzaré a sentirme mal?

Una serie de gritos marcan el aire.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Levanto la mirada del hombre sobre el que estoy arrodillada, el doctor a mi lado.

A lo lejos, Peste galopa por la calle con su corcel blanco, su armadura y su rostro manchados de sangre.

¿Qué ha hecho?

Sostiene su arco, una flecha en la ranura, listo para matar a cualquiera que se atreva a levantarse contra él.

Me tenso ante la vista. Casi creí que este era el final de nuestra asociación.

Debería haberlo sabido mejor. Peste el Conquistador consigue su torta y se la come también.

—¿Qué demonios? —dice el paramédico junto a mí—. ¿Ha vuelto?

Me levanto, atrayendo algunos ojos hacia mí.

La mandíbula de Peste está tensa, sus ojos escudriñan la calle mientras se acerca a la carretera. Cuando el jinete me ve, su expresión no cambia, pero juro que se relaja.

¿Por qué me quiere tanto?

Se adelanta, el paso de su caballo se acelera mientras los dos se dirigen directamente hacia mí.

Corre, piensa una parte irracional de mí, como si eso sirviera de mucho ahora que ha puesto su mirada en mí. En su lugar, me muevo en el medio de la calle, lejos de donde las otras personas están reunidas.

—¿Qué estás haciendo? —me dice el doctor.

Lo ignoro, mi mirada enfocada en el jinete. Peste, por su parte, ahora no le presta atención al último de sus atacantes. Tampoco necesita hacerlo. Los disparos que puntuaron el aire antes ahora se han silenciado.

La quietud aprieta mis tripas. El jinete cortó sin esfuerzo a toda esta gente. ¿Cómo puede alguien oponerse a este tipo de poder? Es demasiado grande, demasiado imparable.

Mientras se acerca a mí, Peste se inclina profundamente hacia el costado de su silla de montar, sin aminorar la velocidad. No me doy cuenta de lo que pretende hacer hasta que su brazo se extiende.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Y ahora, aun sabiendo que no voy a escapar, salgo corriendo. No sé qué me impulsa a correr. Tal vez es el ritmo de castigo del corcel de Peste, tal vez es la mirada feroz en los ojos del jinete. O tal vez sea ese jinete y su montura que parecen bañarse en la sangre de sus enemigos.

Empujando mis dolientes muslos por todo lo que valen, corro por la calle, de regreso a la carretera. El golpeteo de los cascos de Trixie suena cada vez más fuerte a medida que los dos se ciernen sobre mí. Levanto mis brazos, obligando a mis piernas a moverse más rápido.

No llego muy lejos antes de sentir el brazo de Peste envuelto en mi espalda. Con un tirón que hace sangrar a mis heridas casi curadas en señal de protesta, me levanta del suelo y me acomoda suavemente en el asiento frente a él.

—Asegúrate, Sara —ordena, sin aminorar la velocidad.

Yendo tan rápido como vamos, no hay forma de que pueda ajustarme sentada de lado, así que envuelvo mis brazos alrededor de la sección media de Peste, sosteniéndome con fuerza mientras nos dirige hacia el agua. Su brazo descansa casi posesivamente a mí alrededor, asegurándome aún más a él.

Avanzamos por los grandes edificios por segunda vez, y mientras corremos por la calle, veo a unos pocos tiradores caídos que yacen en charcos de su propia sangre, con sus cuerpos atravesados por flechas. Dejo de mirar cuando veo una de las flechas doradas que sobresalen de los ojos de un muerto. Todo es tan espantoso, violento y triste.

Peste no les perdonó. No es como si me perdonara y puede pensar que tengo el peor destino; pero al final de todo, me siento afortunada de estar sentada aquí, en el corcel del jinete, en lugar de descubrir qué hay al otro lado de la muerte.

Bruscamente, los edificios dan paso a la arena, y tengo una vista clara de la ensenada de la que he tenido destellos. Miro el agua, y más allá, la isla de Vancouver.

Las zancadas de Trixie golpean contra la arena, sus cascos rociando los finos granos contra mí. Han pasado años desde que estuve tan cerca del mar, pero no tengo la oportunidad de disfrutarlo. La arena seca da paso a la humedad y, sin embargo, el caballo no se desacelera.

—¿Qué estás haciendo? —le grito a Peste por encima del golpear de los cascos, no del todo capaz de arrancar mi mirada del agua.

Además de asegurarme aún más contra él, Peste no responde.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Me quedo sin aliento cuando la playa termina, y luego, de repente, estamos retumbando a través del agua.

Espera, eso no está del todo bien...

Bajo la mirada.

—Oh, Dios mío —digo, mirando las ondulantes olas—. Oh, *Dios mío*. —El corcel no está vadeando el agua, está galopando *sobre* esta.

Las pezuñas de Trixie salpican contra la superficie del agua como si la ensenada no fuera más que un charco, levantando algunas gotas de sal marina sobre mí y el jinete.

Estamos montando en el agua.

Aprieto los ojos y luego los vuelvo a abrir.

Seguimos en la cima del agua.

No sé por qué estoy sorprendida. Peste puede propagar la plaga simplemente al moverse a través de una ciudad, y es impermeable a la muerte. ¿Qué es otro poder extraño?

Una vez que estamos bien lejos de la tierra, el corcel de Peste disminuye a un paso razonable. Solo ahora puedo torpemente torcer una de mis piernas sobre la silla de montar y mirar hacia adelante. (Todavía casi me caigo en el proceso).

La tierra nos rodea por todos lados a medida que avanzamos sobre el agua, gotas frías salpican contra mis muslos.

Peste se apoya en mí, su pecho presionado contra el mío con fuerza suficiente para inclinarme hacia adelante.

Maldita sea, pero es pesado.

—¿Puedes aflojar un poco? —digo.

Tan cerca de darle un codazo en el culo.

Ignora mi pedido.

Típico.

A medida que pasan los minutos, presiona un poco más de su peso sobre mí. Sucede tan gradualmente que me inclino hacia adelante sustancialmente antes de darme cuenta de que esto podría no ser intencional.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—¿Peste?

Sin respuesta.

—¿Peste? —digo, un poco más urgentemente esta vez.

Nada.

Maldita sea, pero mi estómago está revuelto por la preocupación.

Empiezo a girar cuando noto que la sangre gotea de la muñeca que sostiene las riendas.

Algo está mal con él. Muy mal.

Lo enfrento lo mejor que puedo. Tiene los ojos cerrados, la cara floja y la corona ligeramente inclinada sobre la cabeza. Este último lo hace parecer—contradictoriamente—más libertino y más inocente.

Pongo mis dedos en su cuello, buscando un pulso, pero no puedo leerlo con la forma en que nuestros cuerpos se balancean en su caballo.

—Peste, ¿puedes oírme? —Intento alejarlo lo suficiente como para obtener una respuesta.

Su cabeza rueda hacia atrás hasta que parece que está mirando al cielo, y tengo que atrapar su corona antes de que se deslice fuera.

Su cuerpo se balancea en su asiento, luego se inclina hacia adelante otra vez, su cara enterrándose en el hueco de mi cuello. Envuelvo mis brazos alrededor de él mientras su cuerpo comienza a ladearse.

¿Qué pasa si se cae? ¿Va a aterrizar en la superficie del agua o se hundirá? ¿Qué le sucederá a Trixie, y a mí, si lo hace?

Realmente no quiero saberlo.

Lo acuno torpemente en mis brazos mientras conduzco su corcel hacia una isla cercana. Por supuesto, una vez que la tierra se abre lo suficiente como para que pueda ver los detalles, puedo divisar calles y edificios, montones y montones de ellos.

Mierda.

Tomo las riendas, cambiando nuestra trayectoria, todo mientras trato de estabilizar a Peste, que puede, o no, estar muerto. Muerto *temporalmente*, pero muerto, no obstante.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

¿Cómo me había perdido esto hasta ahora? Escuché los disparos y vi la sangre manchada sobre él cuando vino por mí. Y ahora que lo estoy mirando, puedo ver que está sangrando por una docena de heridas diferentes, y el líquido está sobre él y sobre mí.

Por el amor de Dios, había estado *sangrando* sobre mí, y yo todavía no estaba consciente. Arrullada por el constante paso de la marcha de su caballo y distraída por el hecho de que estábamos viajando en el agua.

Eventualmente, Trixie se dirige hacia otra sección de tierra. Para cuando el caballo se acerca a la orilla, mis brazos tiemblan por la tensión de mantener a Peste en su silla de montar.

Es solo cuando su caballo se agita a través de la arena que me permito relajar mi agarre. El cuerpo del jinete se inclina hacia un lado, y luego los dos nos derrumbamos de su montura.

Peste gime débilmente cuando golpeamos la arena, nuestras extremidades enredadas.

Vivo.

Dejo escapar un suspiro, alivio fluyendo a través de mí. No sé qué más esperaba de un hombre inmortal.

Y definitivamente no sé por qué, de todas las cosas, siento *alivio*.

Arrastro mi cuerpo desde debajo del suyo, luego lo tumbo en la arena, quitándole su armamento y tirándolo a un lado. Está en peor condición de lo que pensaba, con la ropa saturada de sangre. Se filtra por debajo de su armadura y gotea sobre la arena. Y su armadura...

Algunas de estas balas explotaron directamente a través del metal, haciendo que la coraza dorada se vea como una rebanada de queso suizo.

Pieza por pieza, desabrocho la armadura, haciendo muecas mientras la sangre atrapada gotea sobre la arena. Mis ojos se mueven hacia la cara de Peste. La piel normalmente bronceada ahora es pálida y débil.

Levanto mis dedos sobre una mejilla, sintiendo el frío que ahora se adhiere a su carne. Su pecho sube y baja mientras toma respiraciones superficiales. Al menos está respirando.

¿Desde cuándo quieres que respire?

Retiro lo que puedo de la ropa mojada del jinete. Los agujeros de bala le ensucian los brazos, las piernas y el pecho. Su rostro, sin

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

embargo, ha quedado intacto. Es por eso que no me había dado cuenta. Me había quedado tan fascinada por su belleza y su intensidad—intensidad que había centrado en mí—que no me había dado cuenta.

Me detengo cuando veo sangre coagulada en la arena alrededor de su cabeza. ¿Me atrevo?

Antes que pueda pensarlo dos veces, levanto la cabeza y le echo un vistazo a la parte posterior de su cráneo. Me dan náuseas al entrar en contacto con algo suave. Hace un ruido lastimero ante mi toque, es claramente doloroso para él.

Por supuesto que es doloroso, es una herida en la cabeza que estás pinchando, idiota.

—Lo siento —susurro, sin estar segura de por qué estoy susurrando.

Miro a mi alrededor. Trixie Skillz está cerca y, al igual que su dueño, el caballo está salpicado de heridas de bala.

Y aun así el caballo no llevaba uno, sino dos jinetes a través de un océano.

Tomo una respiración temblorosa y miro la playa. A cada lado de mí, la costa está llena de árboles. Muy abajo, en la playa, a mi izquierda, hay una casa solitaria entre ellos.

Al menos hay un lugar para quedarse si lo necesitamos.

Muevo la cabeza de Peste para que descansa en mi regazo. No sé por qué hago eso, o por qué le quito la corona para poder acariciar su cabello enmarañado. Incluso con la sangre y el agua de mar enredándose, los mechones rubios son tan suaves, más suaves de lo que el cabello tiene derecho a ser.

Mi pulgar alisa una de sus molestas cejas perfectas. Maltratado y quebrado como está, mi estúpido corazón realmente duele por él.

Es solo porque es estúpidamente lindo, me digo.

Corro mis nudillos sobre su frente.

—Lamento que te hayan hecho esto —admito. Así como lo siento por todo lo que él les ha hecho. Es una situación paradójica.

Continúo acariciándole el pelo, esperando que se cure.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Podrías escapar ahora mismo, esfumarte mientras se está recuperando. Entonces nunca tendrías que responderle de nuevo.

Mis piernas permanecen dobladas debajo de su cabeza.

Estoy deteniendo a Peste, razono conmigo misma. Les doy a las personas más tiempo para escapar. El mundo está atrapado en un juego sin esperanza del gato y el ratón, y sé que al final el jinete hará sus rondas y nos matará a todos de todos modos, pero estoy frenando su progreso. Eso cuenta para algo, ¿verdad?

Las sombras se han profundizado cuando la primera de las balas sale del cuerpo de Peste. Se contonea de su pierna durante unos segundos y luego cae inofensivamente en la arena.

Varios minutos después, el jinete cambia de posición por primera vez, y un suspiro de dolor se escapa de él.

—Estoy justo aquí —murmuro, continuo pasando mis dedos por su cabello—. Te tengo.

Peste se tensa.

—...¿Sara? —Fuerza sus ojos a abrirse. Están fuera de foco mientras me mira.

—Hola.

Alza la mano, sus dedos ensangrentados tocando mi mejilla.

—No escapaste.

Dejo escapar una risa demasiado débil para mi gusto.

—Probablemente debería haberlo hecho —digo.

—Probablemente —está de acuerdo.

Su mano cae, y cierra sus ojos otra vez.

—¿Peste? Peste. —Pero está inconsciente una vez más.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 20

Traducido por Rimed

Luego de que otras dos balas salen de su carne, decido que es tiempo de moverse. El sol se escondió tras el horizonte hace veinte minutos y mi trasero se está congelando.

Lanzo unas pocas miradas furtivas hacia la casa de playa en el camino. Apenas puedo distinguir la oscura estructura. La falta de luz es probablemente algo bueno, viendo cómo deberé forzar mi entrada.

Saliendo de debajo de Peste, agarro su abollada coraza y la coloco holgadamente sobre mi pecho. Incluso sin la ayuda de un espejo, sé que me veo ridícula llevando su coraza. Hunde mi pecho, dando la ilusión de que soy enana. No lo soy, es el jinete el que es de un jodido monstruoso tamaño.

Decido dejar el resto de su armadura y armas donde están tiradas en la arena. Tendrá que cogerlas una vez que se recupere.

Luego de poner la corona de Peste en mi cabeza (jodida reina justo aquí), engancho mis brazos bajo sus hombros.

Me preparo a mí misma, tomando unas cuantas respiraciones vigorosas.

—Esto probablemente va a doler —le advierto, no es que pueda oírme.

Comienzo a moverme, arrastrándonos poco a poco hacia la casa. Peste gruñe, luchando débilmente contra mi agarre.

—Si puedes caminar, entonces adelante —digo—. De lo contrario, deja de moverte si no quieres que te deje caer.

Deja de moverse, pero incluso sin él resistiendo mis esfuerzos, toma cerca de una eternidad alcanzar la casa de playa. Mi Dios, él es pesado. Me tropiezo dos veces en el camino, despertando de una sacudida

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

al jinete cada vez. Detrás de nosotros, Trixie Skillz sigue el paso como el fiel corcel que es.

Una vez que llego a la casa, bajo a Peste y examino el lugar. No hay luz proviniendo del interior y agujas de pino ensucian el pórtico. Quien sea que posea este lugar no ha estado aquí por un tiempo.

Es probablemente la casa de verano de alguien.

Me dirijo a la puerta decorativa. Cuatro paneles cuadrados de vidrio ofrecen un vistazo del interior. Parece acogedor. Lástima que va a parecer como un homicidio triple para cuando terminemos con ella.

Intento con el pomo, quiero decir, uno nunca sabe. La gente en mi zona del bosque raramente cerraba sus puertas. Esta no se abre.

Mi mirada se dirige a los paneles de vidrio.

Habrà que hacer esto del modo difícil.

Me quito la chaqueta y la envuelvo alrededor de mi puño. Espero que no se trate de vidrio templado. De otra forma mi brillante idea no saldrá tan bien.

Con un suave golpe, golpeo el cristal.

—¡Hijo de puta! —grito, sacudiendo mi puño. Aún con la chaqueta como amortiguador, mi mano palpita por el impacto. Miro al aun intacto panel de vidrio.

Jodido vidrio temperado.

Y *maldición* si dolió.

Detrás de mí, oigo una laboriosa respiración y pisadas tambaleantes.

—Muévete, Sara.

Me doy vuelta y me quedo mirando al jinete con los ojos completamente abiertos. No sé si me siento más consternada o aliviada de verlo de pie y despierto.

Me hago a un lado mientras Peste se arrastra hacia la puerta, apoyando la mayor parte de su peso contra la pared y dejando un rastro de sangre contra el revestimiento.

Extiende una mano y agarra la perilla. Con un rápido tirón de su muñeca, rompe la cerradura y la puerta se abre.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Que fastidio la facilidad con la que lo rompió, como si no fuese nada.

Lo ayudo a entrar, dejándolo apoyar su significativo peso en mí mientras lo dirijo a un sillón escocés. Trixie entra con pasos pesados detrás de nosotros.

Dejo al jinete en el sofá, luego me quito la coraza y la corona dejándolos caer en el piso junto a mí. Frente a mí, los ojos de Peste se cierran y su respiración se vuelve pareja mientras pierde la conciencia una vez más.

Enganchando mis dedos en la húmeda tela de su camisa, la abro, quitándosela lo mejor que puedo. Su torso sigue siendo un desastre moteado de moretones y agujeros de balas, las heridas distorsionan las brillantes marcas que enmarcan sus pectorales. Mis ojos encuentras las otras heridas de bala como puntos en sus hombros, pecho, cuello, brazos, piernas y una justo por sobre la clavícula. Toco ligeramente la piel bajo esta última.

Tras la presión de mis dedos, los ojos de Peste se abren de golpe, enfocándose en mí.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta. Hay tanto confusión como sospecha escritas en todas sus facciones.

¿Además de tocarlo?

—Cuidando de ti.

En el momento en que digo las palabras caigo realmente en la cuenta. *Estoy ayudando al jinete a recuperarse.* Ayudándolo, cuando hace poco tiempo era yo la persona apretando el gatillo. Casi no puedo creerlo.

La sorpresa en su rostro debe reflejar la mía.

Atrapa mi mano, sus ojos brillan mientras me mira.

—Estoy bien, Sara.

No *quiere* mi ayuda. No vi venir eso.

—No, no lo estás. Fuiste acribillado con las municiones equivalentes a un pequeño ejército.

Comienza a sentarse.

—He resistido cosas peores.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Sí, lo sé. Estuve allí. Ser quemado vivo encabeza la lista de 'Situaciones de mierda del año'.

Me dirijo hacia Trixie y luego de encender el interruptor y ver como la luz del techo cobra vida, comienzo a hurgar entre las alforjas del jinete. Mientras lo hago, una de las balas cae desde el costado de su boca, aterrizando en el suelo con un fuerte sonido. Pobre caballito.

Eventualmente mi mano se envuelve alrededor de una botella de Etiqueta Roja que había recogido en una de nuestras paradas. Me toma un poco más de tiempo encontrar el rollo de gasa, pero una vez que lo hago, regreso al sofá donde el jinete esta tumbado.

Los ojos de Peste caen sobre los objetos en mis manos.

—Esos son *tuyos* —dice con tono afilado, como si no quisiera tener nada que ver con ellos.

Posiblemente Peste este más asustado de mi amabilidad que yo de la de él.

—Bueno, esta noche me siento generosa —digo, desenredando la gasa mientras me acerco a él.

Comienza a levantarse, pero no lo dejo llegar muy lejos. Agarrando su hombro lo fuerzo a volver al sofá.

—Sanaré por mí mismo —insiste él, frunciendo el ceño primero hacia la gaza y luego al licor que descansa en la mesita de café cercana.

—Sí, lo harás. —Agarro una silla de la cocina y la traigo.

Me siento frente a él y destapo el whisky, mis ojos centrados en sus heridas.

—No estoy de acuerdo con esto —dice, pero ya no está intentando huir. De hecho, si no lo conociera mejor, diría que hay una chispa de curiosidad en los ojos de Peste.

Nadie nunca lo ha atendido.

—No he preguntado si lo estás —digo, agarrando el rollo de gasa y derramando un poco de whisky en él.

—Mujer fastidiosa.

Elevo mis cejas y con disgusto asiento. Puedo perfectamente ser fastidiosa.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—¿No quieres que sufra? —pregunta con pesar, siguiendo cada uno de mis movimientos.

—Nunca he querido que sufras —digo—, ni siquiera cuando te disparé.

Muevo la tela empapada en alcohol hacia la primera de sus heridas.

Sisea cuando entra en contacto con su carne expuesta.

—Mientes, humana. *Esto* es sufrimiento.

Le disparan una docena de veces, ¿y se queja por un poco de alcohol en sus heridas?

—Esto es desinfectante.

—Puedo limpiar mis heridas lo suficientemente bien sin tus crudos métodos.

Oh, eso es cierto.

—Bien. —Me levanto y voy a la cocina, reviso los armarios hasta que encuentro dos vasos. Los llevo de vuelta. Sirvo un trago en uno de ellos y se lo extiendo a él.

Lo toma, oliendo tentativamente el licor antes de hacer una mueca.

—Para ayudar con el dolor —explico.

—¿Qué importa eso? —dice, bajando su vaso—. Se acabará eventualmente.

—Oh, por el amor de... —Me sirvo uno doble y tomo un profundo trago. Termino mi vaso y dejo el whisky a un lado.

Peste apesta absolutamente como paciente.

Agarro nuevamente el rollo de gasa, con la intención de al menos vendar sus heridas. Pero mientras acerco una mano, él atrapa mi muñeca.

—Sara —dice suavemente—, detén esto. Aprecio el gesto, pero es en vano.

Mientras habla, una bala en su garganta emana por el mismo agujero por el que había entrado.

Tan extraño.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Mis ojos encuentran los de él.

—Está bien. —No voy a torcer su brazo intentando ayudarlo si no quiere.

Me levanto, tomando la botella de Etiqueta Roja y mi vaso.

Estoy a medio camino de salir del cuarto de estar cuando él dice:

—¿A dónde vas?

—A tomar un baño. —Necesito un maldito tiempo a solas.

Cierro mis ojos y me reclino en la bañera, apoyando mis brazos sobre el borde y juego distraídamente con mi vaso de whisky. Casi puedo olvidar que mi vida se ha vuelto absoluta y completamente en mierda de vaca.

Hacia el final del corredor se oyen el arrastre y tumbos de Peste mientras se va acercando. Un minuto después la puerta se abre. Abro mis ojos solo lo suficiente para verlo entrar cojeando al baño, apoyar su torso cautelosamente, sus manos con su aun lleno vaso de whisky.

—Quiero estar sola —digo, cerrando nuevamente mis ojos.

No me molesto en cubrirme. Ya me ha visto desnuda. Más de una vez. Además, dudo que se sienta lujurioso cuando apenas puede mantenerse en una pieza.

—Humana, claramente te has olvidado de que eres mi prisionera.

Una vez lo fui, y él tenía que montar guardia para asegurarse de que no huyera. Pero ya no sé si lo sea. Eso debería preocuparme, pero en este momento no me importa una mierda.

Resoplo.

—¿Realmente crees que voy a huir?

—Lo hiciste en Vancouver.

No voy a abrir mis ojos y dejarlo arruinar este momento.

—También lo habrías hecho si estuvieras por ser pisoteado por un jinete.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Lanza una carcajada y luego queda en silencio.

—Este trago sabe horrible —dice luego de un momento.

Así que lo ha probado cuando no lo estaba mirando. Jinete astuto.

—La opinión popular dice que no bebes licor porque sabe bien. —
Tomo un sorbo de mi propio vaso.

Él gruñe.

Abro mis ojos lo suficiente para verlo acabar con el trago que le di.

Tomando la botella junto a mí, la sostengo como una ofrenda de paz.

Luego de una pausa, donde seguramente consideró la perversidad del alcohol y cuan manchada se está volviendo rápidamente su alma, toma la botella, sirviéndose otro trago. Se sirve generosamente, probablemente debido a que no se da cuenta lo potente que es.

Después mira la etiqueta.

—Johnnie Walker Etiqueta Roja —lee. Sus ojos se dirigen hacia mí—. Te vi darle esto a ese hombre moribundo.

Se refiere a ese primer hombre sin nombre a quien vi morir de la plaga. ¿Peste notó que le había dado licor?

—Beberlo ayuda con el dolor —digo.

—La gente no lo bebe para acabar con el dolor —responde. Es una aseveración, pero aun así tengo la impresión de que está sondeando.

—A veces lo hacen. —Pero entonces, no siempre es dolor físico lo que buscan adormecer—. Pero no, no siempre.

Llevo la mano con la que estoy sujetando el vaso a mi frente y golpeo el costado de mi cabeza con mi dedo índice.

—A veces lo hacen simplemente para alterar su estado de conciencia.

Peste se queda callado después de eso. Mantengo mis ojos cerrados y pretendo que aún estoy disfrutando felizmente de un buen baño y que no estoy extremadamente consciente de su presencia.

—Cuidaste de mí del mismo modo que lo hiciste con los humanos —dice eventualmente. Hay algo en su voz...

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Abro mis ojos.

Atrapo a Peste estudiando mi rostro, sus ojos brillando con lo que parece deseo. Ante la vista, mi pecho comienza a elevarse y caer más rápido.

¿Qué es esta reacción? Él no me gusta... *no* lo hace. Es solo que es apuesto y ha pasado un tiempo desde que alguien me ha mirado de esa forma.

Eso es todo.

Bueno, eso y el hecho de que su camisa aún está abierta desde el cuello hasta el ombligo, exponiendo sus brillantes tatuajes y su musculoso torso. Tendrías que estar muerto para no reaccionar a esa vista.

Él desvía la mirada hacia su vaso.

—No sé cómo sentirme respecto a eso.

Tiene pestañas realmente geniales. Son gruesas, oscuras y largas. No estoy segura de si antes había notado las pestañas de *alguien*.

¿*Por qué* estoy observando las pestañas de Peste?

Aparto mis pensamientos de las pestañas y del hermoso engendro de Dios.

—Tampoco estoy segura de cómo me siento sobre eso —respondo. ¿De qué se supone que estamos hablando?

Asiente amigablemente y lleva su vaso a sus labios, tomando dos largos sorbos antes de hacer una mueca.

—Esto realmente sabe horrible.

Me rio suavemente.

—¿Entonces por qué lo bebes?

Encuentra mis ojos. Hay mucho peso en ellos.

—Tú ya has alterado mi mente. Quiero alterarla *de vuelta*.

Así no es como funciona, quiero decir.

En vez de eso, tomo otro sorbo.

—Sé a lo que te refieres.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Me mira de soslayo, agitando el líquido ámbar en su vaso.

—Se supone que debías asesinarme, no ayudarme.

El persistente sabor del whiskey se agria en mi boca. Lo paso con el último trago de mi bebida.

—No cambiará nada, sabes —agrega él.

—Lo sé —digo tan despacio que apenas puedo oír las palabras.

Él aun nos va a mantener avanzando, infectando ciudad tras ciudad.

El baño se está enfriando y aún no he comenzado a lavarme. Terminando mi bebida, la dejo a un lado y comienzo a restregar la sangre y mugre de mi cuerpo, sintiendo los ojos de Peste sobre mí todo el tiempo. Esta vez no ofrece ayuda para lavar mi espalda y no me molesto en pedirselo.

Cuando le doy una mirada furtiva, está observándome de un modo que ya no es clínicamente desinteresado como alguna vez fue. De hecho, es definitivamente una mirada humana.

Así es como se ve el anhelo, me doy cuenta.

Mi consciencia pelea con este horrible *sensación de mareo*. Es la misma emoción que sentí cuando escuché el rumor de que Tom Becker, mi enamoramiento de secundaria, quería invitarme a salir. Resulto que quería invitar a Sarah (así es la vida, simplemente ama patearte en tu burbuja de felicidad), pero por unas benditas veinticuatro horas, sentí como si ángeles bebes revolotearan en mi estómago.

Al igual que ahora.

He bebido una cantidad decente de whisky, pero no lo suficiente para bloquear la sobria comprensión de que disfrutar la mirada de Peste sobre mi cuerpo desnudo definitivamente *no* es una reacción adecuada.

Frota su rostro, viéndose fatigado y adolorido, tal como debería verse un hombre recuperándose de heridas de bala. Levantando su bebida, acaba con el segundo vaso que se sirvió (el cual consistía en *al menos* tres tragos de fuerte licor). Agarra la botella de Etiqueta Roja y su ahora vacío vaso y se levanta, sus piernas un poco temblorosas.

Toma la perilla de la puerta, luego se detiene, con su espalda hacia mí.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—No intentes huir —advierte por sobre su hombro—. Odiaría tener que atraparte. Suficiente sangre ha sido derramada hoy.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 21

Traducido por krispipe

Conseguí que Peste esté borracho como una cuba.

Eso está claro para cuando termino de bañarme. Lo encuentro tendido en el sofá, la botella de whiskey ahora casi vacía en su mano, su vaso no se ve por ninguna parte.

Cuando un jinete cae, cae fuerte.

Su cabeza rueda hacia mí.

—Tenías razón —dice, levantando la botella—. Mi mente está alterada.

Bueno, al menos sigue siendo perspicaz.

Mira la etiqueta por un segundo.

—Ya ni siquiera sabe tan mal.

¿Cuántos puntos infernales acabo de ganar, emborrachando a este tipo?

Cuando su mirada vuelve hacia mí, sus ojos se posan en mi ropa. La mirada que le da no puede ser halagadora.

Pude pescar un atuendo del armario en el dormitorio principal. Por todas las apariencias, los propietarios eran una pareja mayor y adinerada. Al hombre le gustaban sus caquis apretados y plisados, y a la mujer le gustaba que su ropa la cubriera y brillara.

Prácticamente estoy nadando en el top negro que llevo, y he tenido que asegurar el par de jeans morados con tachuelas a una pulgada de su vida para evitar que se caigan.

Fue lo mejor que pude hacer.

Continúo más allá de Peste, yendo a la cocina, mi estómago doliendo con hambre. Paso a Trixie por el camino; el caballo ha logrado

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

acostarse en una habitación lateral, ensangrentando la alfombra del propietario.

Definitivamente voy a dejar este lugar como una escena del crimen.

El azulejo de la cocina está frío contra mis pies descalzos cuando entro en la habitación.

Ahora a ver si este lugar tiene algo para comer.

Solo tengo que abrir la despensa para darme cuenta de que hay mucho. Los estantes profundos están casi derramándose de productos enlatados y envainados, granos secos, y un asombroso alijo de licor. Los dos podríamos escondernos aquí por unas buenas semanas si lo necesitáramos—no es que Peste se quedaría parado tanto tiempo.

Mientras revuelvo, tomando fideos de pasta y una lata de salsa roja, el jinete se acerca cojeando a una silla en la cocina. Está sanando rápidamente ahora, las heridas de bala expuestas se parecen más a cicatrices rojas que a agujeros sangrientos. Se quitó la camisa hecha jirones y su torso esculpido y estrecho está completamente expuesto.

Me mira por un largo tiempo, sin decir nada mientras empiezo a hervir los fideos y calentar la salsa de pasta (la electricidad funciona aquí, ¡vaya!). Solo después de que termino de preparar la comida y saco otra botella de licor (bourbon esta vez) es que me uno a Peste en la mesa.

No se molesta en ir por el plato de pasta que pongo frente a él, eligiendo en su lugar servirse una generosa ración de bourbon. Bebe profundamente.

El colega se está jugando una buena de la manera en la que va con el alcohol.

Nivela su mirada conmigo.

—¿Por qué no me dejaste? —pregunta, pareciendo casi desesperado por una respuesta—. Podrías haberlo hecho.

Mis tripas se aprietan de una manera revuelta, y me olvido de que tengo un plato humeante de pasta justo en frente de mí.

Sigue dando vueltas hasta este maldito tema. Esperaba que lo dejara ir.

—¿Tenías miedo de que te encontrara y te lastimara? —presiona Peste.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Podría mentir. Probablemente no se daría cuenta de que le habría contado una mentira. El único problema es que no se me ocurre una buena excusa.

Abro mi boca, entonces elijo en su lugar servirme otra bebida. Qué diablos, él no está haciendo esto sobrio; yo no debería tampoco.

Tomando varios tragos profundos, bajo el bourbon, luego pongo el vaso vacío fuerte sobre la mesa.

—No lo sé —respondo, sirviéndome otra bebida antes de dejar la botella a un lado—. Esa es la verdad. —Miro mis muñecas con costras—. De vuelta en Vancouver, todo lo que podía pensar era en ayudar a esas personas que habían sido heridas en el caos.

Tomo un respiro y continuo, mis ojos se levantan de mala gana a sus turbulentos azules:

—Y una vez que aterrizamos en la playa, todo lo que podía pensar era en ayudarte.

Frunce el ceño. Si estaba buscando consuelo en mi explicación, no le di ninguno.

—¿Por qué volviste a por mí? —pregunto—. En Vancouver.

Se ve ofendido por la pregunta.

—Eres mi prisionera. No tengo la intención de dejarte ir.

—Me sacaste de tu caballo —le digo.

Su expresión no me da nada.

—Hiciste eso para que no me dispararan, ¿verdad? —pregunto, mirándolo.

Si Peste está perturbado por el hecho de que me quedé con él y cuidé de sus heridas (o al menos lo intenté), entonces estoy muy desconcertada por el hecho de que me ayudó con el dolor.

—No eres buena para mí muerta, Sara.

—¿Y eso por qué? —pregunto, buscando su rostro—. ¿Por qué estoy aquí viva y contigo mientras tus otros atacantes yacen muertos en las calles de Vancouver?

Su boca se tensa.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Porque lo consideré así.

Tomo otro trago de mi bourbon.

—Esa no es una respuesta.

—Es la única que obtendrás.

Maldito sea, esta pregunta me va a volver loca.

A regañadientes, vuelvo mi atención a la pasta, agitando mi tenedor en los fideos y sacando un bocado. En cuanto me golpea en la lengua, me tomo un momento para saborear la pasta.

Señor Todopoderoso, había olvidado lo buena que está la comida cuando tienes un poco de licor en tu sistema. Si no tengo cuidado, me habré terminado esas dos semanas de comida esta misma noche, especialmente si todo lo demás sabe tan bien como esto.

Frente a mí, la mirada del jinete está clavada en mi boca. Aparta la mirada para bajar la mirada a su plato. Levantando su tenedor, intenta tomar un bocado, pero los finos fideos de pasta se deslizan inútilmente entre las púas de metal.

No puedo evitarlo, me río. Levantándome, me acerco a su lado de la mesa. Él me mira, sus ojos brillantes y tal vez un poco vulnerables. Creo que el alcohol nos está afectando a los dos.

Inclinándome sobre su hombro e intentando no darme cuenta de lo bonito que es su torso (qué vergüenza, Sara, él todavía está herido), tomo la mano que sostiene el tenedor.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, mirando nuestras manos unidas. Hay una nota en su voz...

—Aquí, gira tu tenedor así. —Torpemente, maniobro el utensilio en un círculo—. Luego te lo llevas a la boca. —Levanto el tenedor, hebras de pasta ahora envueltas a su alrededor—. Así es como te lo comes.

No puedo ver su expresión, y él no responde nada, así que vuelvo a mi asiento, sintiendo que me sobrepasé, lo cual es ridículo a la luz de todo lo que hemos pasado.

Peste toma un bocado tentativo de la pasta. Si estaba esperando algún tipo de reacción increíble, estoy muy decepcionada. Él simplemente frunce el ceño ante el plato mientras mastica.

—No debería de comer esto.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

No me molesto en preguntarle por qué no. Ya sé que es su extraño problema con 'los vicios mortales'. Creo que está descubriendo por las malas que a pesar de lo dispuesto que es el espíritu del jinete, su carne es débil.

Hablando de jinete...

—¿Dónde están tus otros tres jinetes? —pregunto.

Esta es una de las muchas preguntas que obsesionan al mundo: dónde están los otros tres jinetes. Es demasiado asumir que de alguna manera han desaparecido; si existe Peste, también lo hacen los demás.

Peste pincha su pasta antes de girar tentativamente su tenedor en su plato.

—Mis hermanos todavía duermen —dice, frunciendo el ceño mientras toma otro bocado de su plato.

¿Dormir?

—Uh, ¿cuándo se despertarán?

Él no levanta la vista.

—Cuando sea el momento.

Imagino que incluso medio borracho, Peste todavía logra responder preguntas tan crípticamente como es posible.

A pesar de sentirse culpable por participar en la comida en la bebida, el jinete hace un trabajo rápido con su comida y la mayor parte del bourbon.

Yo me muevo a través del licor considerablemente más lento que él. Soy lo que afectuosamente llaman una cita barata. Si puedo estirar mis bebidas, lo haré.

Me reclino en mi asiento.

—Después de que llegaste a la tierra, ¿también dormiste? —Después de todo, había cinco años de los que no tenía explicación.

Él asiente, alejando su plato.

De alguna manera quiero preguntarle dónde se las arregló para dormir durante cinco años sin ser detectado.

—¿Por qué dormir? —¿Por qué *esperar*?

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Había la posibilidad... —Se queda en silencio, perdido en sus pensamientos.

—¿Qué posibilidad? —pruebo.

Se levanta.

—La posibilidad de que la humanidad se redimiera. —Agarra su vaso y lo hace girar—. Pero por desgracia, ni siquiera el Fin de los Días puede alterar la naturaleza depravada de tu especie maldita.

Ah, este discurso otra vez. Justo cuando pensaba que el jinete había terminado de machacar sobre los humanos por un tiempo, también.

Peste levanta su copa y mira el pequeño líquido que queda, sus párpados luciendo un poco pesados.

—Esto es veneno— dice de la nada.

—Mhm —estoy de acuerdo. Quiero decir, técnicamente lo es.

Sus ojos se deslizan hacia mí.

—¿Ese era tu plan desde el principio? ¿Envenenarme?

Oh Dios, y ahora este asunto del veneno. ¿Cómo de idiota se debe creer que soy para pensar que voy a intentar envenenar a un hombre inmortal?

—Tú eres el que está sirviendo —digo.

Esa lógica parece apaciguarlo. Algo.

De repente, Peste se levanta, agarrando su silla y arrastrándola alrededor de la mesa para que esté junto a la mía. Se sienta hacia atrás, sin darse cuenta de lo sexy que lo encuentran mis ojos traidores. Me da una de sus miradas penetrantes.

Me inclino lejos de él nerviosamente.

—¿Qué?

—No sé —admite—. Siento... *algo* cuando te miro.

Mi mente retrocede al baño y la expresión acalorada de su rostro. Mi cuello se sonroja, el alcohol lo hace arder más y se extiende más que si estuviera sobria. Fuerzo mis ojos a permanecer en su cara cuando todo lo que realmente quiero hacer es sumergirme en su torso.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—No puedo entender qué es ese algo —continúa—. Y escúchame Sara, me está volviendo *loco*.

Únete al club de mierda. Estamos tomando postulantes.

—Eres humana —dice—. No me gustan los de tu tipo. No se supone que me *gustes*.

No respiro por un segundo.

No hagas la pregunta, Burns. No...

—¿Pero te gusto? —digo.

Sus ojos se posan en mi boca. Toca mi labio inferior con su pulgar, frotándolo suavemente.

—Dios me perdone, *pero sí*.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 22

Traducido por krispipe

Trago, sintiendo esa angustia desconcertante en mi vientre. Así de cerca, Peste ocupa toda mi visión. Puedo ver los restos de la herida de bala justo encima de su clavícula, y su espeso cabello dorado, que todavía está enmarañado con sangre y salpicaduras de mar. Esto no le quita nada de su gloria. Puedo ver el océano en sus ojos azules, y las gruesas pestañas que lo rodean.

Y ahora estoy mirando su boca y ese labio superior lleno que le da un aspecto de puchero perpetuo.

No tiene idea de lo guapo que es. Tacha eso—*guapo* es un término reservado para humanos que son atractivos, con imperfecciones y todo. Esta cosa inhumana, con sus rasgos angelicales, no es *guapo*, es deslumbrante, impresionante. Es la perfección encarnada. ¿Y no es eso cósmicamente injusto? Es un heraldo del apocalipsis. No necesita ser atractivo, pero lo es.

Sus ojos continúan asimilando mis labios. Hay algo crudo y poderoso en su expresión, como si el licor lo hubiera hecho tener hambre de otras cosas prohibidas. Cosas humanas.

Mueve su pulgar sobre mi labio inferior otra vez, y siento ese simple toque en *todos lados*.

Bajando su mano, se inclina. No estoy segura de que sepa siquiera lo que está haciendo: moviéndose hacia la boca en la que está fijado.

En el transcurso de nuestra asociación, he estado cerca de Peste, pero no así.

No así.

Está tan cerca que nuestros alientos se mezclan.

Mi pulso martillea hasta que es todo lo que puedo oír.

Tha-thump, tha-thump, tha thump.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Va a besarme.

Ese cálido rubor se extiende desde mi estómago.

No debería hacer esto.

No puedo hacerlo.

No lo haré.

Su mano se desliza hacia mi cuello, levantando mi mandíbula, su mirada aún fija en mis labios.

Nuestras bocas están muy cerca.

Solo una probada, razono. Eso no es tan malo, ¿verdad? Solo una probada. Nadie puede culparme por ser curiosa. Este jinete es supuestamente la justicia y venganza de Dios. ¿Cómo puedo estar haciendo algo malo si dejo que su jinete me toque?

Medio creo en mis meditaciones insanas. En este momento, con el bourbon calentando mi interior y suavizando mi resolución, me inclinaré casi por cualquier lógica para permitir que esto suceda.

Peste duda. A diferencia de mí, imagino que podría estar teniendo un momento final para desaconsejarse—en vez de convencerse—de esto.

En ese momento, vuelvo a mis sentidos.

Mis párpados bajan, y miro sus labios.

—*Por favor*—susurro.

La mano en mi cuello presiona mi piel, y luego de inmediato, desaparece.

El hechizo está roto.

—*¿Por favor?*—Peste se aleja para darme una mirada de disgusto—. ¿Me dices esto ahora? —Se pasa una mano por la boca y la mandíbula, luego mira a su alrededor, como si estuviera despertando de un sueño.

Se pone de pie, y solo puedo mirarlo fijamente. No tengo nada que decir. Sin palabras que puedan mejorar la situación porque sé que yo conduje hasta aquí.

Comienzo a ponerme de pie también, pero Peste pone una mano sobre mi hombro para mantenerme sentada, casi como si ahora fuera yo la que lo persigue.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Suspira, de repente pareciendo tan agotado como debería de estar, considerando el día que tuvo.

—Es tarde, Sara —dice—. Será mejor que duermas un poco, cabalgaremos temprano mañana.

Con eso me deja a mí y al bourbon y esta inquietante emoción que estoy bastante segura es arrepentimiento.

Sé que debería de sentirme aliviada, triunfante incluso. Pero, como dice la Biblia, aunque el espíritu puede estar dispuesto, la carne es, de hecho, débil.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 23

Traducido por krispipe

Las resacas son lo peor.

La mañana siguiente me fuerzo a tragar los panqueques que hice, odiando que apenas pueda disfrutarlos por mi náusea.

Esto es por lo que no bebo regularmente.

Bueno, eso y el hecho de que solo puedo permitirme aguardiente casero la mayor parte del tiempo. Ni siquiera necesitas emborracharte con ese pis ácido para conseguir una resaca.

Acaricio el caballo de Peste, que pasó la noche dentro y ahora está parado en la cocina, oliendo los panqueques como si le gustara el sabor.

Abandonando los panqueques, me pongo de pie y enfoco mi atención en la montura del jinete.

Corro una mano por el cuello del corcel.

—Ya sabes, debajo de tu exterior endurecido solo eres una mujer que quiere amor y aceptación —le digo a Trixie.

—Mi corcel es un *hombre* —dice Peste mientras entra en la habitación.

Me tenso ante su voz. Esta es la primera vez que hemos compartido el mismo espacio.

Se acerca a mi lado para colocar una mano superficial sobre el caballo, y maldito sea mi cuerpo pero estoy al tanto de cada centímetro de él.

—No lo escuches, Trixie —le digo al caballo, ignorando al hombre a mi lado.

—¿Le pusiste nombre? —dice Peste con incredulidad.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Él no me mira. Quiero decir, yo tampoco lo miro, pero fue él quien se alejó de mí anoche, entonces...

No lo voy a mirar primero.

Aparentemente las resacas me vuelven infantil.

Acaricio el pelaje blanco de Trixie. Es un color tan puro, como la nieve caída.

—Necesitaba un nombre.

—‘¿Tricksy?’ —Desaprobación gotea de la voz de Peste—. Mi corcel no es *tricksy*. Es una bestia noble y leal.

Esa... no es la razón por la que nombré a su mascota Trixie.

—No tienes que juzgar cómo lo nombro —digo—, cuando tú no lo nombraste en absoluto.

El jinete se gira hacia mí, y dulces angelitos, solo la sensación de su mirada está volteando mi estómago.

Finalmente reúno el coraje para mirar a Peste. Está de vuelta en toda su vestimenta formal, su ropa negra y sin mancha una vez más. Su armadura es ahora suave e inmaculada. Su arco y carcaj están en su espalda, este último lleno de flechas cuando estaba segura de que ayer estaba casi vacío. Es un buen truco cómo más que solo su cuerpo puede recomponerse. Limpio, y espeluznante.

La mirada de Peste se dirige a mi atuendo: el top verde lima y los fluidos pantalones florales que me hacen ver como la hija amorosa de una diva y un gitano; pero entonces se eleva, deteniéndose en mi boca.

Recordando la noche pasada.

Todavía puedo sentir la presión de su pulgar allí, y luego ese casibeso. Hemos compartido todo tipo de pequeñas intimidades, cada una respaldada por una emoción diferente, pero lo que pasó entre nosotros anoche... siento que mis mejillas se calientan. Eso va a quedar conmigo.

Peste parece lamentarse, pero no tengo forma de saber qué es exactamente de lo que se arrepiente.

—¿Has comido? —pregunta.

Me aclaro la garganta.

—Sip —digo, feliz de centrarme en algo más que nosotros.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

No hay nosotros, Burns.

—Empaqué algo de comida también —agrego.

Las alforjas están llenas con la mercancía. También empaqué más licor, a pesar de la pequeña velada de anoche.

—Bien, entonces vamos a ponernos en camino.

Salimos de la casa y volvemos a la playa, Trixie trotando detrás de nosotros. No puedo evitar echar un vistazo hacia el área donde sostuve a Peste. Es demasiado lejos para que pueda distinguir los pedazos de sangre que aún manchan la arena.

Me vuelvo hacia el jinete, su corcel a mi espalda.

—¿Deberíamos hablar de lo de anoche? —pregunto.

Él aprieta la mandíbula, y un segundo pasa. Luego dos, tres, cuatro...

—¿De qué hay que hablar, humana? —dice finalmente.

Ah. Así que las líneas han sido redibujadas esta mañana. En la dura luz del día, soy una vez más el archienemigo de Peste, y él el mío.

Lo miro por un momento, luego suspiro. No sé lo que quiero, pero no pienso que sea esto.

Empiezo a girar para enfrentar a Trixie cuando él agarra mi cintura. Por un minuto, mi salvaje imaginación despega. Incluso siento ese maldito revoloteo en mi estómago.

El jinete no quiere que las cosas queden como las dejamos tampoco.

Pero entonces, en vez de estrecharme en un abrazo, me iza en su corcel, uniéndose segundos después.

Tan rápido como mi corazón se disparó, ahora cae en picado.

¿Por qué me *importa*? A la mierda él y esta cosa suave y débil que siento hacia él. No puedo creer que tuve la audacia de sentir pena por él por sus heridas ayer, como si hubiera sido una víctima más que el instigador.

Como de costumbre, Peste usa una de sus manos para asegurarme con él, pero hoy se siente mal. Impersonal y frío. Incluso cuando me

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

odiaba, ardía caliente con la emoción. Ahora hay indiferencia en su toque, y preferiría arrancarme los ojos que dejar las cosas *así*.

EL jinete chasquea la lengua, y Trixie comienza a correr por la playa, hacia el mar. Apenas tengo tiempo para registrar que vamos a viajar sobre el océano otra vez antes de llegar al agua.

Una ola de vértigo pasa sobre mí mientras lo miro fijamente, mirando cómo se ondea la superficie. Sigo esperando que el océano comience a obedecer las leyes de la física y nos trague, pero permanece firmemente sólido.

Solo cuando salimos de las olas me doy cuenta de que el vértigo no era todo mental.

Oh Dios, los caballos y las resacas no se mezclan.

El movimiento del cuerpo de Trixie está derramando todo en mi estómago a la derecha, luego izquierda, luego derecha de nuevo.

Quédense abajo, ordeno en silencio a los panqueques de mi estómago.

Respiro por mi nariz. Esto simplemente pasará, esto simplemente...

Noloharánoloharáparaparapara...

Me lanzo al costado del caballo. El movimiento violento y repentino arroja mi cuerpo fuera de equilibrio, y en lugar de vomitar, me descuelgo del caballo.

—¡Sara!

Golpeo el agua con un golpe, y lo primero que puedo pensar mientras jadeo en agua salada es cuán cegadoramente frío está el Pacífico. Cruelmente frío. El agua no tiene derecho a estar así de fría. Hace que los baños helados que he tenido que tomar desde que el mundo se terminó parezcan leves en comparación.

Es solo cuando me hundo en las oscuras profundidades del océano, paralizada por el frío, que me doy cuenta de que me *estoy* hundiendo, el agua ya no obedece a cualquier fuerza sobrenatural que permitió que el jinete cabalgara sobre él.

En todo caso, parece que el mar es codicioso por arrastrarme, como si fuera el diezmo que requiere para que el jinete cruce ileso.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Pateo locamente por la superficie, mi ropa estúpida y chillona me arrastra hacia abajo.

En mi pánico, apenas noto el brazo que serpentea alrededor de mi cintura, tirando de mí lejos de la oscuridad.

No es hasta que soy arrastrada de regreso a la orilla que me doy cuenta de que el jinete me salvó. No tengo mucho tiempo para concentrarme en ese pequeño detalle antes de ponerme de lado y comenzar a vomitar el contenido de mi estómago junto con toda el agua salada que aspiré.

Adiós panqueques.

Enfermo hasta que no queda nada en mi sistema. Incluso entonces, mi cuerpo solo se lo medio cree, mi estómago aún se contrae.

—¡No tienes que matarte! —casi ruge Peste, el agua del mar gotea de su pelo. Se ve loco con ira, y sus ojos son tan vívidamente azules.

Me froto el cuello, mi garganta está en carne viva.

—No lo estaba intentando —digo roncamente, sentándome.

—¡Mentira! —brama—. Te vi tirarte del caballo.

—Necesitaba vomitar. —Las palabras salen ásperas—. Eso es todo. —Aclaro mi garganta, centrándome en él—. ¿Por qué estás tan preocupado de todos modos? —pregunto, poniéndome de pie sobre piernas temblorosas. Entorno los ojos hacia él—. Hoy has dejado bastante claro que no te preocupas mucho por mí.

Se suponía que esas dos últimas líneas permanecerían firmemente dentro de mi boca.

El jinete me mira con el ceño fruncido.

—Sufrir es...

Mis hombros caen.

—Para los vivos. Sí, sí, lo sé.

Agarra mi barbilla, obligándome a mirarlo. Sus ojos buscan los míos, y están furiosos de ira.

De repente, tira de mi cara hacia él y me besa.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 24

Traducido por YoshiB

Es duro. Enojado. Casi violento. Supongo que este es el único tipo de beso que nos queda bien.

Y luego me doy cuenta de que Peste me está besando, sus labios se estrellan contra los míos, su toque febril mientras me aplasta contra él.

Inconscientemente, tomo los antebrazos del jinete con mis manos heladas, usándolo para estabilizarme.

Me está besando.

No tengo el aliento o la voluntad que me queda para decirle nuevamente por favor, para forzar su mano y evitar que esto suceda.

No quiero que se detenga.

Después de que pasen los primeros segundos, está claro que Peste no sabe lo que se supone que deben hacer los labios en un beso. Todo su (odioso) entusiasmo está ahí, pero está siendo sostenido por el rígido conjunto de su boca.

Soy yo quien termina liderando el camino, mis labios se deslizan sobre los suyos. Él sigue mis movimientos, toda su ira hace que su boca casi se magulle en su ferocidad.

Siento como si me estuviese ahogando de nuevo, el sabor y el tacto de él me succiona. Todo es duro: el frío de mi piel, el dolorido ardor de mi garganta, el salvaje roce de sus labios contra los míos. El agua salada gotea por nuestras caras, mezclándose con nuestro beso.

No sé cuánto tiempo estamos trabados así antes de darme cuenta de que estoy mojada y congelada, y que tengo náuseas (para ser sincero, a él no parece importarle). Y oh sí, estoy besando a Peste.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Aun así, se necesita una sorprendente cantidad de fuerza de voluntad para apartarme. Me tropiezo y pretendo que es solo la arena lo que me debilita las rodillas.

Peste está respirando con dificultad, su pecho sube y baja laboriosamente. Da un paso adelante, sus ojos se cierran sobre mi boca.

Quiere retomar donde lo dejamos.

En el último segundo, parece volver en sí. Frunce el ceño, sus helados ojos azules se encuentran con los míos.

—No intentarás matarte de nuevo.

—No estaba intentando...

—¡No me desafíes, Sara! —grita. Luego, más suave—: No te dejaré morir.

Es inútil dar explicaciones. Peste está dispuesto a creer que traté de envenenarlo con alcohol, pero no conectará los puntos muy obvios de que me envenené con esa cosa.

—Bien —digo, mi voz tergiversando las palabras—. No volverá a suceder.

Asiente, sus ojos volviendo a mis labios.

—Bien... bien.

Intento número dos para salir de la isla va mejor que la primera vez. Esto, por supuesto, es después de que hacemos nuestro camino de regreso a la casa y me caliento en otro baño caliente y otro conjunto de ropa seca, todo esto por insistencia de Peste.

Es un shock particularmente desagradable para mí que el jinete se preocupe por mi bienestar. Quiero decir, he sabido desde que me tomó cautiva que me quiere viva, pero esto se siente... diferente. Y no estoy segura de que me guste.

Deslizo mis dedos sobre mis labios. Todavía puedo sentir la presión de su boca contra la mía, y aunque no hemos hablado Sobre Lo Que Pasó, está entre nosotros, prolongándose como un invitado no deseado.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Después de salir de la casa de la playa, reanudamos nuestros viajes a lo largo del agua. Peste hace un gran trabajo manteniendo un brazo firmemente entrelazado alrededor de mi sección media. Es tan gracioso como ridículo.

Si quisiera suicidarme ‘nuevamente’, difícilmente intentaría la misma táctica fallida.

El viento nos rasga, e incluso vistiendo capas de ropa abrigada, el frío de alguna manera se las arregla para entrar. Se ve empeorado por el hecho de que mi torso ya no está envuelto en capas de vendas, mi lesión de la espalda sanó lo suficiente como para renunciar a ellas. Hasta ahora no me había dado cuenta de que la gasa me había aislado de algún modo.

Me estremezco, la acción hace que Peste me acerque más.

—Me dirás si tienes demasiado frío —ordena, su aliento calentando uno de mis oídos.

Le doy un pulgar hacia arriba.

—Claro. —No voy a pelear con él por eso.

Abrazamos la costa mientras nos dirigimos al sur, manteniéndonos lo suficientemente lejos de la tierra para evitar el contacto directo con la gente, pero lo suficientemente cerca como para distinguir los detalles de la costa a nuestra izquierda. De vez en cuando vemos un velero o una canoa, pero incluso esos están lejos.

Ya es tarde cuando las nubes se separan y el sol brilla sobre nosotros. Calienta mi cabello y se refleja en el agua, y en poco tiempo mi cuero cabelludo y mi cara se sienten apretadas. No me sorprendería que, al caer la noche, mi piel tenga un tono de color rojo particularmente poco favorecedor. Eso no es lo único que me molesta.

Me muevo incómodamente en Trixie Skillz.

—Oye Peste —le digo—, necesito usar el cagadero.

Su mano me aprieta la cadera.

—Humana, estás hablando en lenguas.

—La letrina —aclaro, mi voz burlona.

—Ah. —No se da cuenta del hecho de que me estoy burlando de él.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Tira de las riendas, girando su caballo hacia la tierra. Veinte minutos después, el agua ondulante debajo de los cascos de Trixie se reemplaza por tierra firme. Respiro con alivio por estar de vuelta en la tierra.

A nuestro alrededor, los árboles de hoja perenne se extienden tan lejos como alcance la vista. Donde sea que estemos, no hay indicios de vida humana.

Solo estoy aceptando el hecho de que voy a tener que orinar en el bosque cuando encontramos un camino pavimentado, y luego, un poco más tarde, un puesto avanzado.

La mujer que nos atiende nos mira y se trota, casi tropezándose tratando de subirse a su bicicleta.

Encuentro una triste excusa para un baño detrás del edificio y lo uso. Cuando vuelvo, Peste está atando mantas y lo que parecen palos para tienda de campaña en la parte posterior de la silla de Trixie.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, mirando a su caballo. En este momento, su corcel se parece menos a la fuerza impulsora sobrenatural detrás de la plaga de la Peste y más como un caballo de carga.

—Recolectando suministros.

Echo un vistazo al puesto de avanzada. Este tiene todo tipo de equipo de supervivencia, desde jarras de agua hasta protector solar casero, un kit para inicio-de-fuego hasta alimentos deshidratados.

Bien.

—¿Por qué?

—En caso de que no encontremos refugio —dice, apretando una de las correas de la silla de montar.

Eso nunca ha sido un problema antes, pero de nuevo, hasta hoy viajábamos por la carretera. En este momento, estamos esencialmente fuera de la red.

Miro el horizonte, donde espesas, nubes oscuras están persiguiendo al sol.

Realmente no es un buen día para acampar.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Peste regresa al puesto de avanzada, dirigiéndose a la sección de caza de la tienda. Una pared entera está dedicada a varios tipos de armas y munición.

Camina directamente hacia ellos. Tranquilamente, levanta un rifle de la pared, luego lo mira, con una mano alrededor del cañón y la otra cerca de su base de madera.

Todo mi cuerpo se tensa al ver el arma en sus manos. No sé exactamente qué es lo que siento. ¿Seguramente no es miedo? Peste no necesita un arma para matar. Es bastante letal como es. Tal vez es simplemente la forma extraña en que está mirando la cosa en sus manos, su expresión ilegible.

Su agarre en el rifle se tensa, los músculos de sus brazos se flexionan, y luego el metal gime mientras dobla el cañón, doblando el arma casi por la mitad.

Lo miro en silencio, mi mente se toma un tiempo ridículamente largo para aceptar el hecho de que el jinete es lo suficientemente fuerte como para manipular el metal.

Deja caer el rifle en el suelo, lo olvida por completo cuando alcanza a otro. Peste no se detiene hasta que ha destruido hasta el último de los cañones que el puesto de avanzada estaba vendiendo—demonios, incluso se las arregla para encontrar el escondido debajo del mostrador antes de arruinarlo también. Hay un buen montón de ellos en la parte posterior.

Los dueños van a perder su mierda cuando vean que alguien dobló sus armas a la mitad.

Una vez que Peste está listo, sale de la tienda tan serenamente como entró.

—¿Lista para salir? —pregunta mientras me pasa.

Echo un último vistazo a las armas arruinadas que ensucian la tienda.

—Uh... claro.

No es hasta que estamos lejos del puesto de avanzada, que Trixie nos entrelaza a través de un denso bosque costero, que cualquiera de nosotros habla de nuevo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Lamento que, aunque muchas cosas fueron destruidas por mi llegada a la tierra, las armas no fueron una de ellas.

Alzo las cejas ante sus palabras.

—Estoy sorprendida —digo.

—¿Por qué mi opinión te sorprendería?

Medio giro la cabeza en su dirección.

—¿No quieres que los humanos se maten entre ellos?

Espero mucho tiempo para que responda.

—Hmmm —dice eventualmente—. Tendré que reflexionar sobre eso.

Y debe hacerlo, porque el último tramo de nuestro viaje pasa en silencio.

Para el momento en que el cielo es un púrpura gris ominoso y las sombras son largas, Peste y yo todavía no hemos encontrado una casa. El jinete dirige a Trixie fuera de la carretera a un área relativamente llana, acurrucada entre árboles de hoja perenne cubiertos de musgo.

—Nos detendremos aquí por la noche —anuncia Peste, deteniendo a su caballo.

Pasamos la siguiente hora preparando el campamento. Primero está un fuego miserable, que es más aspecto que cualquier otra cosa, ya que la madera que quemamos es demasiado verde para hacer mucho más que humear y chisporrotear. Lo cual es desafortunado, teniendo en cuenta que las primeras gotas de lluvia me golpearon justo cuando terminamos de encenderlo.

Luego viene la carpa, y es bastante obvio desde el principio que este equipo es viejo. El material es esa cosa impermeable sintético que ya nadie fabrica, y el color desvanecido con el tiempo es gris y marrón. Los postes de aluminio que lo acompañan están cortados y doblados.

Aun así, apuesto que la cosa era una de las piezas más caras en ese puesto avanzado. Es una pena que probablemente lo descartemos en la próxima ciudad a la que lleguemos.

Frunzo el ceño a la estructura una vez que terminamos de armarla.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

No solo es viejo, es pequeño. Eso significa que Peste y yo tendremos que acurrucarnos.

Mi corazón da un salto traicionero a la posibilidad.

—Hiciste esto a propósito —lo acuso.

—¿Hice qué? —pregunta el jinete, poniéndose de pie al otro lado de la tienda. Desempolva sus manos.

—Encontrarnos una carpa pequeña.

Se acerca a donde estoy y evalúa la carpa entre nosotros, sus brazos musculosos cruzados uno sobre el otro. Su armadura y armamento se sientan a un lado, y el material negro y sedoso de su camisa parece abrazar sus anchos hombros y cintura estrecha.

—Podría ser más grande —coincide Peste. Y luego se aleja, descargando el resto de nuestros suministros.

¿Eso es todo?

Me muerdo mi labio inferior. La lluvia está empezando a caer a un ritmo constante, y sé que solo va a empeorar. De ninguna manera voy a dormir afuera esta noche. Tal como están las cosas, no hay suficientes mantas.

Realmente voy a tener que acurrucarme con el jinete. La idea me pone claramente nerviosa, especialmente cuando todavía puedo sentir el recuerdo de su beso en mis labios.

Lanzo una mirada de soslayo al jinete. Se agacha frente a nuestra pobre fogata, la madera silba y chisporrotea a medida que se ocupa de eso.

¿Por qué no se ve afectado por esto?

Sintiendo el peso de mi mirada sobre él, me mira, sus ojos azules penetrantes. Se endereza un poco cuando asimila mi expresión.

—¿Qué pasa, Sara?

Sara. Dice mi nombre como si fuera una oración.

—Nada —le digo, frotándome los brazos; debajo de mis capas de ropa, la piel de gallina se frunce contra mi piel.

Nota la acción, frunciendo el ceño.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—No es nada. —Peste se levanta, mirando a su alrededor—. ¿De qué tienes miedo?

No tendré esta conversación. No.

Me aparto el pelo de la cara.

—Solo... pensé que había escuchado algo.

Peste frunce el ceño.

—Cualquiera que intente acercarse a nosotros está condenado. Estás a salvo, Sara.

Pero yo no. No de él, y no de mi propio corazón.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 25

Traducido por Yiany

Aprieto mi abrigo más cerca mientras miro las llamas entre Peste y yo. La noche trajo consigo un penetrante frío que ni siquiera una fogata medianamente decente puede evitar.

Y esta no es una fogata medianamente decente.

La lluvia cae constantemente, pero aún no es lo suficientemente mala como para llevarme a la Tienda de la Muerte.

Lo último de nuestra comida se asienta cómodamente en mi estómago.

No es nuestra comida, corrijo. Su comida.

Peste no había estado dispuesto a comer nada de la comida que llevábamos, ni a beber nada del agua.

No lo necesito, Sara, dijo cuándo se lo ofrecí. Tú sí.

Puede que no lo necesitara, pero sus ojos todavía se detenían en la comida de la misma forma en que volvían a mis labios una y otra vez.

Puede que no necesite estas cosas, pero ha desarrollado un gusto por ellas.

Sostengo mi jarra de aluminio apretada entre mis manos, el té apartando el frío de mis dedos.

Al otro lado del fuego, la mirada de Peste es como el golpe de un amante. Puedo sentirlo como si fueran dedos suaves rozando mi piel desnuda.

Mis ojos se mueven hacia él.

El humo brumoso distorsiona las facciones del jinete, pero todavía puedo distinguir su mandíbula afilada y su ondulado cabello dorado. Una pierna está tendida frente a él, la otra atraída hacia su pecho.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Si el frío lo está afectando en absoluto, no lo admite.

Me mira, la mirada en sus ojos me resulta familiar y extraña. Es el tipo de mirada que me tiene agachando la cabeza y poniéndome un mechón de pelo detrás de la oreja, como si fuera algo coqueta. Es el tipo de mirada que me recuerda que, independientemente de sus intenciones, Peste sigue siendo un hombre, y uno condenadamente guapo.

—¿Qué? —pregunto, girando mi té una y otra vez en mi taza abollada.

No es un maldito vino, Burns. No necesitas airearlo.

—No entiendo tu pregunta —dice.

Por supuesto que no lo hace.

—Me estás mirando —le explico—. Quiero saber por qué.

—¿No puedo mirarte sin tener que explicarme?

—Es grosero mirar a alguien. —Todavía no estoy mirándolo.

—¿Estás ofendida? —pregunta curioso.

Me *halaga*. Y eso me ofende.

—Me inquieta —digo—. Me siento inquieta por eso.

—¿Por qué no estoy sorprendido? —murmura para sí—. Quieres que entienda a los de tu clase y, sin embargo, cuando demuestro algún interés, condenas mi curiosidad.

Literalmente no tengo nada que decir a eso. Ni siquiera sé si tiene razón o si simplemente encadenó suficientes palabras bonitas para que parezca correcto.

No voy a psicoanalizar eso.

—Bien —digo, tomando un sorbo de mi té y encontrando su mirada—. Satisface tu mirada.

Sus ojos me miran fijamente sin vacilar.

—Lo haré.

Estoy a punto de mirar hacia otro lado porque se siente horriblemente extraño tener a alguien que te esté evaluando abiertamente, pero luego... *a la mierda*. Si él va a mirar, yo también.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Lo observo, desde las puntas arqueadas de su corona de oro hasta su camisa oscura y sus suaves botas de cuero. Mi mirada se dirige a sus manos: tiene manos extrañamente atractivas para un hombre.

Por supuesto que sí, Sara. Todo en él es atractivo. Eres tú quien solo está comenzando a notar los pequeños detalles.

Peste sonríe mientras mis ojos se pasean por encima de él, y juro que presiona un poco los hombros hacia atrás en mi inspección.

—¿Estás disfrutando de lo que estás viendo? —pregunto, incluso mientras lo observo. Se supone que el comentario es sarcástico, pero parece más un señuelo para un cumplido.

—Tu forma es extrañamente agradable para mí.

Como casi todo lo demás que dice Peste, sus palabras ponen de manifiesto dos emociones opuestas. Mi sangre se calienta, y sin embargo... ¿agradable? Una pintura es *agradable*. Y, *extrañamente*, ¿En serio?

Una mujer no debería ser *extrañamente agradable*, debería ser una rompe-bolas, aplastante y ruda hija de puta que sea imposible de olvidar.

Una línea se forma entre las cejas de Peste.

—No había esperado eso, disfrutar de verte, así como no había esperado que la comida me atrajera, o tu licor me cautivara.

Tomo otro sorbo de mi té.

—¿Qué esperabas?

—Ser indiferente y no afectado por todos los aspectos humanos.

Debería llenarme de esperanza que Peste esté afectado por esas cosas, y *lo hace*, pero... me muerdo el labio inferior. El caso es que va en ambos sentidos. Por mucho que afecte su visión de los humanos, está afectando mi visión de los jinetes.

—No has mencionado a Dios todavía —le digo.

Peste me mira con curiosidad.

—Sigues mencionando cuánto odias a los humanos, cómo es tu trabajo terminar con ellos, y qué sorprendente es que te gusten las mismas cosas que hacen, pero en todas nuestras conversaciones, en realidad no has mencionado a Dios.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Un pliegue se forma entre sus cejas.

—¿Por qué lo haría?

Levanto un hombro.

—¿No es eso de lo que se trata todo esto? ¿Ira de Dios?

—Esto no se trata de Dios —dice Peste de manera uniforme—. Se trata de los humanos y su naturaleza venenosa.

Agarro un palo cercano y distraídamente golpeo los troncos, haciendo que el fuego salte y chispee.

—Solo pensé que estaba detrás de tu existencia —le digo.

El jinete me mira, entrecerrando los ojos.

—No me corresponde a mí discutir con ustedes las razones por las que estoy aquí.

—¿Entonces Dios *existe* inequívocamente? —tiento—. ¿Y es un hombre? ¿Y te puso en esta situación? —No es como si dijera estas cosas, pero tampoco las negó cuando las *mentoné*.

—Sara —dice Peste con cierta exasperación—, seguramente ya sabes que existe algo más allá de este mundo mortal. ¿No soy una prueba suficiente?

Bueno, sí, pero al menos podría confirmarlo para el registro y todo.

—En lo que respecta al género —continúa—, solo la débil mente humana podría imaginar un ser superior, y luego tener la audacia de darle forma a ese ser a su propia imagen y darle un género. Dios no es un hombre o una mujer. Él es algo completamente diferente.

—Entonces, ¿por qué sigues usando pronombres masculinos? —pregunto.

—Porque *tú* lo haces.

Le brindo una mirada burlona.

—¿Cómo sé inglés? —dice—. ¿O empuñar un arco y una flecha? ¿Por qué me pongo pantalones y una coraza y me veo como un humano? Yo, como Dios, he sido transformado en algo que puedes entender. Pero esto... —Hace un gesto a su cuerpo—, no es lo que realmente soy.

—¿No... lo es? —Tengo problemas con esto.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Soy *Peste*, Sara —dice en voz baja—. No un hombre. Tengo un cuerpo, una voz y una sensibilidad, no para mi propio beneficio, sino para el tuyo.

No voy a mentir, esta podría ser la conversación más extraña que he tenido.

—Entonces... —digo, para completar este círculo—, Dios no es un hombre.

Inclina su cabeza.

—Pareces sorprendida.

¿Lo estoy?

Me muevo incómoda.

—No estoy *sorprendida*. Es solo...

—¿Es solo qué? —pregunta *Peste* cuando no termino la oración. Por una vez, en realidad está medianamente abierto conmigo.

—No lo sé —le digo. Empujo el fuego con el palo que todavía sostengo—. ¿Es Él, o Ella, o Eso, incluso cristiano? —Los Cuatro Jinetes, después de todo, fueron mencionados en la Biblia.

Peste me da una mirada despectiva.

—Ustedes los humanos y sus colgantes con nombres y etiquetas. Dios no es cristiano, así como no es judío, musulmán, budista ni de ninguna otra denominación. Dios es Dios.

Una respuesta que no apaciguará a casi nadie.

El jinete se inclina hacia atrás y me evalúa.

—¿Qué *crees*, Sara?

Dejo caer el palo y tomo un sorbo de mi enfriado té.

—Antes que vinieras a la tierra, no creía en nada.

—¿No creías en nada? —*Peste* me mira como si quisiera una explicación.

Sabiendo cómo se siente con respecto al Mundo Anterior, realmente no quiero darle esta parte de mí.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Teníamos ciencia, y esa era una clase de religión —le digo—. Al menos para mí lo fue. Explicaba por qué el mundo funcionaba de la manera en que lo hacía: respondía el misterio de todo.

—Sé lo suficiente sobre tu ciencia, Sara. Nunca contestó los *misterios* más importantes, como tú los llamas. Qué es un alma, a dónde va cuando mueres, qué hay más allá...

Levanto una mano.

—Buen punto, amigo.

Frunce el ceño ante la expresión de cariño.

—No *necesitaba* respuestas a esas preguntas. Supuse que esta vida era lo único que se conseguía y todos nos engañamos a nosotros mismos al pensar que había más.

—¿Pero has cambiado de opinión? —dice.

Le brindo una sonrisa triste.

—Es difícil no hacerlo cuando aparecen los Cuatro Jinetes y todo el mundo se va al infierno.

Puedo escuchar la televisión de la estación de bomberos en mi cabeza, el interminable noticiario sonando. Los expertos políticos habían sido reemplazados por líderes religiosos y eruditos, cada uno explicando su opinión sobre la Biblia, el Corán y el Hadiz, los Sutras, los Vedas, el Tanaj, la Mishná, el Talmud y el Midrash, y otros mil textos bíblicos que de repente señalaban el Camino a la redención. Escuché a medias que cada predicador y sacerdote, rabino e imán suplicaban al mundo que encontrara a Dios antes de que fuera demasiado tarde.

—Es solo que... la religión hasta ahora ha sido una cuestión de *fe*. Difícilmente suena como religión para creerlo ahora que hay pruebas.

Lo que no digo es que todavía es difícil para mí creer en la religión ahora que nuestra prueba viene en la forma de cuatro seres que quieren *matarnos*. Si de repente somos todos corderos para la matanza, ¿cuál es el sentido de la vida? Y más importante aún, si una muerte dolorosa y prematura es lo que debo esperar de la vida, entonces ¿qué debo esperar de la otra vida?

Medio asumo que Peste me hará proselitismo, pero no lo hace, simplemente continúa dándome esa mirada desconcertante suya.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Encuentro su mirada, y la sostengo. El humo hace elegantes cintas entre nosotros y la lluvia vetea nuestra ropa. Incluso a la luz del fuego, puedo ver claramente sus ojos azules. Son un color apropiado; Siento como si me estuviera ahogando en ellos, en él.

Una sensación burbujeante y cálida se extiende debajo de mi piel.

Una vez escuché que puedes enamorarte de alguien simplemente con mirarlo a los ojos el tiempo suficiente. Esto no es eso (por favor Dios que no sea eso), pero es algo.

Como un rayo impactante, la realización me golpea: a pesar de cada herida que nos hemos infligido, a pesar de que trata de terminar con mi mundo y mi mundo trata de acabar con él, él me quiere...

Y lo quiero a él.

No sé quién se mueve primero, solo que dejé de lado el té y él se está poniendo de pie. No hay apuro en nuestros movimientos.

He tenido muchas de esas noches, en las que no puedes moverte lo suficientemente rápido porque en el momento que reduces la velocidad, te das cuenta de que lo que estás haciendo es desesperado y estúpido, y realmente crees que la otra persona es molesta, pero solo quieres sentir la presión de su piel contra la tuya, así que lo olvidarás todo hasta la mañana.

Ambos tenemos mucho tiempo para alejarnos. Dibujar esa línea en la arena donde él es una entidad bíblica que ha traído el fin del mundo, y yo soy una humana simplemente tratando de detenerlo. Pero en este momento, él no odia a los humanos tanto como quiere creer, y no deseo desafiarlo tanto como quisiera creer.

Antes de tener la oportunidad de levantarme, se arrodilla frente a mí. El fuego que alguna vez fue una barrera entre nosotros ahora se sienta como un centinela a nuestro lado.

—No puedo decidir si eres una toxina o un tónico —dice, y me lleva una mano a la mejilla—. Solo que plagas mis pensamientos y llenas mis venas.

Peste realmente podría trabajar en sus cumplidos.

Su pulgar acaricia mi piel.

—Dime que sientes lo mismo.

—Soy tu prisionera —le digo, dejando de lado una respuesta.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Ese es el menor de los errores entre nosotros. —Se inclina más cerca—. Dime —repite.

Sin pensar, aprieto mi boca contra la suya.

Por un largo y agonizante momento, se congela bajo mis labios.

Justo cuando espero que se aleje, deja escapar un pequeño ruido, algo que parece deseo, derrota y sorpresa, todo en uno. Y luego sus labios se presionan contra los míos, encontrándome golpe por golpe.

Vacilante, sus manos se enredan en mi cabello. Acuna mi cara, su beso suave, tan extremadamente suave.

Siguiendo su ejemplo, coloco mi palma contra su mandíbula, mis dedos rozando la piel de su mejilla.

Se aleja, sus ojos brillantes con calor.

—Sara...

Mi piel se eriza, incluso cuando mis ojos se encuentran con los suyos.

No quise hacer eso. Eso es lo que se supone que debo decir, pero las palabras permanecen encerradas dentro de mí.

Su mirada vuelve a mi boca, y cualquier restricción que haya dejado ahora se desmorona. Sus labios están de vuelta en los míos, más fuertes y más seguros que antes.

El beso anterior podría llamarse un error, pero no este.

Me besa con entusiasmo, inclinándose hacia mí hasta que su cálido pecho presiona contra el mío. Dejo que mis manos vayan por su rostro como si estuviera tratando de memorizarlo por tacto. Mis pulgares rozan sus ojos cerrados y esas pestañas envidiables, rozan sus sienes y pómulos.

El olor de tierra, humo y agujas de pino llenan mi nariz, la lluvia que cae enfriando mi piel expuesta. Estamos tan lejos de la humanidad que en este momento Peste se siente más como magia que alguna plaga antigua.

Sus brazos me rodean y, sin romper el beso, me lleva a la tienda. No tengo tiempo para temer ese pequeño espacio antes de que aparte las solapas y me ponga sobre las mantas. Se arrodilla entre mis piernas,

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

tomando un momento para dejar a un lado su corona, su mirada anclada en mi rostro.

Lánguidamente, me cubre con su cuerpo, su boca encuentra la mía una vez más. Casi gimo cuando su peso se asienta sobre mí. Ha pasado tanto tiempo, *demasiado* tiempo, desde que hice esto, y descubro que estoy ansiosa por esa comodidad y conexión.

Las manos del jinete tiemblan cuando me rozan, explorando cautelosamente. Me pregunto si esto es tabú para él, tocar a una mujer, una víctima que ha estado perdonando. Me pregunto cómo se siente al respecto.

Me pregunto, simplemente, cómo *siente*, cómo piensa. No sé cuándo comenzó a interesarme, pero ahora, con él tan cerca de mí, parece importante.

Mis labios se separan, y empiezo a explorar su boca.

Otro sonido se le escapa, este menos sorprendido y más primario. Aplasta su boca con la mía, y nuestro dulce beso se vuelve más oscuro, más hambriento. Sus caderas luchan contra las mías, y me alejo del beso para suspirar mi necesidad.

—Sara —dice, casi sin aliento—, siento... siento que me estoy perdiendo en esta sensación, en ti. —Sus ojos buscan los míos—. ¿Esto es... esto es amor?

Me desembriago *rápidamente*.

Mis manos se han abierto camino hacia la parte baja de su espalda, presionando su cuerpo contra el mío, y de alguna manera mis piernas se han abierto paso a su alrededor.

Me dejé llevar más que un poco lejos...

Me siento, empujándolo suavemente fuera de mí. A regañadientes, se aparta. Me lamo los labios, saboreándolo en mi boca.

El último de esos sentimientos nebulosos y sensuales se retira por completo, dejando una estela de frialdad a su paso. Me besé con Peste, y había estado preparada para hacer más.

Niego con la cabeza.

—No, esto no es amor.

Se ve... decepcionado. Creo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

No puedo decir exactamente qué es lo que *estoy* sintiendo o por qué. Es una combinación enfermiza entre deseo y melancolía y la profunda certeza de que esto está *mal*. Muy, muy mal.

—Entonces, ¿qué es?

—Lujuria —digo simplemente.

No puedo dormir. No en este bosque, ya que el aguanieve helado golpea nuestra tienda. El frío tiene garras, y puedo sentir cómo se clavan en mi piel a través de mi manta y todas mis capas de ropa.

Yazco en mi improvisada cama, temblando y sintiéndome completamente miserable.

Mi intención es que sufras. Puedo escuchar las palabras de Peste claras como el día. Peste, que se fue hace horas y que aún no ha regresado. Peste, a quien no le gustó lo que dije antes, o porque la lujuria no es una emoción tan elevada como el amor, o porque sentir algo en absoluto es simplemente problemático para él.

Se ha ido por horas, y con toda probabilidad seguramente esté esperando a que, al desaparecer de mi vista, escape y pueda castigarme de una manera cruel e inusual, y hacer que las cosas vuelvan a ser como antes.

Creo que nos haría bien a los dos, que las cosas vuelvan a ser como antes, pero no hay manera de que eso suceda. No puedes deshacer un beso o una mirada. Los dos estamos tan jodidos.

Ya es tarde cuando Peste regresa, y la lluvia casi ha parado. Puedo oír sus botas cuando cruza las agujas de pino. No trata de ocultar su aproximación.

Un momento después, las solapas de la tienda se abren, y el espacio se llena con su presencia sobrenatural. Durante varios segundos largos no se mueve.

Finalmente, el jinete se arrodilla a mi lado. Cuidadosamente quita su armadura y su corona por segunda vez esa noche y luego se desliza en el espacio a mi lado.

—Supongo que no duermes —digo. Mi voz parece resonar en el silencio.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Hay una pausa, después de un momento, dice:

—No lo necesito, pero puedo.

Se acerca a mí y, después de un segundo vacilante, el jinete me pasa un brazo por encima del cuerpo y me acerca.

Cierro los ojos ante la sensación, dividida entre disfrutar su toque y saber que no debería. Mi cuerpo se estremece contra el suyo, tiritando por la temperatura.

—Tienes frío —dice, la sorpresa tiñe su voz.

Tengo más que solo frío; soy casi una paleta humana en este punto.

—Estoy bien.

Me pone aún más cerca de él, tirando una de sus piernas sobre las mías, inmovilizándome contra su cuerpo. *Jodidamente acurrucándome*. Ni siquiera tengo la dignidad de estar molesta por esto porque estoy muy agradecida por el calor de Peste.

También te gusta cómo se ajusta a ti...

—Trata de dormir —dice, su voz profunda—. Mañana nos vamos con la primera luz.

Maravilloso.

Malditamente odio despertar temprano, junto con el frío.

Una vez que todo esto termine, me mudaré a México y dormiré todo el tiempo que quiera.

Presionada contra el horno humano que se conoce como Peste, mi cuerpo congelado pronto se calienta. No mucho después, mis ojos comienzan a caer.

Justo cuando estoy al borde del sueño, creo que escucho a Peste murmurar contra mi cabello:

—Esto que siento no es lujuria, querida Sara. Y espero que estés medio asustada, igual que yo.

Pero probablemente solo estaba soñando.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 26

Traducido por Mary Rhysand

Despierto lentamente, lánguidamente, un delicioso calor envolviéndome. Me estiro, mi espalda crujiendo mientras la arqueo. El brazo alrededor de mi cintura aprieta su agarre, la mano acariciando mi espalda.

Abro los ojos y miro directamente a unos ojos azules.

Mi cuerpo se vuelve rígido. La cara de Peste está a solo centímetros de la mía, y el resto de él se encuentra presionado contra mí. Los bordes del sueño se adhieren a su expresión, y su cabello está revuelto. Es doloroso, lo atractivo que encuentro eso.

A diferencia de mí el jinete no parece sorprendido de encontrarnos tan cerca. Me observa, su mirada tanto fascinada como alerta. Lentamente, me suelta.

Nos besamos, acurrucamos y ahora dormimos juntos.

Moviéndonos horriblemente rápido, Burns.

Técnicamente, esta no es la primera vez que hemos dormido juntos. Hubo esa vez cuando tenía hipotermia.

Sintiéndome un poco tranquila, me aparto de sus brazos y paso una mano por mi ondulado cabello castaño. No lo miro mientras me compongo, pero maldita sea, puedo sentir su presencia a mi alrededor.

Tengo que salir de esta tienda.

Colocando mis botas, me escabullo del lugar sin darle al jinete otra mirada.

Afuera, el sol se encuentra en lo alto.

Demasiado para salir a primera hora...

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Las solapas de la tienda se abren detrás de mí, y el jinete sale a zancadas. Su boca está en una línea sombría, y sus ojos están tristes cuando se encuentran con los míos. El monstruo que es mi jinete es un ser solitario y melancólico.

Agarra su armadura y comienza a ponérsela, alejándose de mí, hacia donde Trixie espera.

—Vamos, Sara —me llama sobre su hombro—, la hora de nuestra partida se hace tarde.

Miro de nuevo a nuestra tienda, dándome cuenta que no pretende llevar nada de nuestros suplementos sin empacar con él. Así que me apresuro a agarrar unas cuantas cosas que no puedo soportar dejar y voy detrás de él.

No me mira cuando se arrodilla en su arco y carcaj. Tampoco cuando guardo los artículos que agarré de nuestro campamento. Ni siquiera mientras me lleva a Trixie.

No me reconocerá al igual que yo no quise reconocerlo cuando dejé la tienda. Estoy teniendo una probada de mi propia medicina, y me está volviendo loca. Hay tanto seguridad y conexión en una mirada. Que lo detenga solo me hace quererlo aún más.

—¿Seguro que no deberíamos empacar la tienda? —pregunto, lanzando una última mirada a la cosa. Luce tan sola en los restos de nuestro fuego. Hay una posibilidad de que aun estemos en medio de la nada cuando hagamos una parada más tarde.

Peste sigue mi mirada, dándole una mirada en blanco.

—No la necesitaremos de nuevo. Esta noche encontraremos una casa donde dormir, o no dormiremos en absoluto.

Hay más de una manera de herir a una persona. Esta vez no tuve que dispararle o incendiarlo para causarle dolor. Todo lo que tuve que hacer fue actuar como que la noche pasada fue un error.

¿Y lo fue?

Quiero que sea un error, y el Señor sabe que me siento mal ahora mismo, pero no porque besé al jinete. O porque dormí con él. Me siento

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

como mierda ahora mismo porque aún me está dando el *mismo* tratamiento de silencio de hace horas, y jodidamente está *funcionando*.

Volviéndome loca.

Ya le he contado historias al azar de mi niñez, como la vez que me rompí el diente porque literalmente tropecé con mi propio cordón, o como mis amigos y yo teníamos una tradición anual de saltar al lago Cheakamus tan pronto como el hielo se derretía. Incluso le admití cómo desarrollé el miedo escénico. (Caí frente a *toda* mi clase de secundaria mientras subía al podio; después de eso no pude hablar).

No reaccionó a ninguna, sin embargo sé que estuvo escuchando rápidamente por la forma en que su mano se tensaba y relajaba mientras me agarraba.

Así que intento poesía por un cambio.

—«Una vez, al filo de una lúgubre media noche, mientras débil y cansado...» —Empiezo, citando El Cuervo de Poe. Recito el poema completo, y de nuevo, puedo decir solo por la forma en la que Peste se sostiene que está escuchándome.

Pero al igual que mis historias, no dice nada después que finalizo el recitar.

Cambio del El Cuervo a *Hamlet*.

—«Ser o no ser, esa es la cuestión...»

Cito la obra tanto como puedo, pero eventualmente, las líneas se mezclan en mi mente y tengo que abandonar el soliloquio.

Aun nada de Peste.

Recito a Lord Byron («Oscuridad») y Emily Dickinson («Porque no podía detenerme por la Muerte») y más Poe («Annabel Lee»), y todo el tiempo el jinete no dice ni una sola palabra. Ni siquiera para decirme que me calle.

Me rindo.

—¿Qué piensas? —pregunto finalmente.

No responde.

Coloco mi mano sobre la que sostiene mi estómago, asegurándolo hacia mí.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—¿Peste?

Su mano reacciona.

—Anoche no podía decidir si eras un tónico o una toxina —dice—. Hoy he descubierto que eres ambas.

Me estremezco un poco ante sus palabras.

—Has despertado cosas en mí que no sabía dormitaban —continúa—. Ahora que soy consciente de ellas, no puedo ignorar su existencia. Temo que me estoy volviendo... como tú. Humano y lleno de deseo. *Necesito* que este anhelo se vaya.

—¿*Anhelo*? —Casi me ahogo con las palabras.

—No me digas que estoy equivocado en esto también —dice amargamente—. Amor, lujuria, anhelo... no puedes rehacer mis sentimientos. Conozco mi corazón Sara, incluso si es desconocido para ti.

¿En qué me metí?

—¿Qué quieres de mí? —pregunto.

—¡Nada! ¡Todo! *Mierda* —maldice, la blasfemia que viene de su lengua—. Esto es tan *confuso*.

Estoy a punto de hablar cuando me corta.

—Quiero probar tus labios de nuevo. Quiero sostenerte como lo hice en la tienda. No entiendo porque quiero estas cosas, solo que lo hago.

Mi rostro se calienta. ¿Está mal sentirse halagada cuando Peste claramente está teniendo una crisis existencial?

¿No?

De acuerdo.

—Amor, afecto, compasión, esas son las pocas cualidades redimibles que tiene tu clase —dice—, y ahora estoy siendo *tentada* por ellas y me está rompiendo en dos.

¿Alguna vez has estado en una situación que desesperadamente quieres salir de ella, pero no hay salida? Ese es este momento, sentada aquí sobre Trixie Skillz y escuchando a Peste decirme sobre sus sentimientos.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Puedo sentirte alejándote de mí —dice—. Mientras más quiero de ti, más renuente te vuelves de darlo. Y no sé qué hacer.

Lo hago.

—Dejar de esparcir la plaga.

Se ríe sin humor.

—No puedo evitar lo que soy tanto como tú no puedes evitar lo que eres.

¿Es cierto eso realmente? Me ha mantenido a salvo, lo que significa que al menos tiene un poco de control sobre su habilidad letal.

—Estamos atrapados en estos roles, tú y yo —dice—, y no sé qué hacer de esta miseria.

Suena tan desolado, sin esperanza.

Le aprieto su mano.

Mi corazón duele de nuevo. Este hombre es mucho peor que los otros hombres que he conocido, y sin embargo, me siento irritado por él.

Me estiro e inclino su cabeza hacia la mía, y luego froto un beso contra sus labios.

Puedo sentir su dulce agonía en el beso. Inclina su cabeza contra la mía.

—Esto es miseria, Sara —repite—. Pero es la miseria más dulce que he sentido. No quiero que se detenga.

Me odio un poquito cunado digo:

—No lo hará.

Es media noche cuando nos detenemos frente a una casa. Ya hemos pasado por una ciudad, así que no es que no hubiera otras opciones, pero impulsado por cualquier fuerza sobrenatural que lo controle, Peste presionó sin detenerse.

Mientras desmonto, miro en la distancia. Tal vez es solo mi imaginación, pero juro que veo pequeños destellos de luz. ¿Otra ciudad? Ante el pensamiento, algún miedo residual de Vancouver se alza. Aun

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

puedo oír los disparos, ver el pánico, y sentir la cálida sangre de Peste contra mi piel.

El jinete pasa a mi lado, su armadura y su armamento tintinean sordamente mientras se dirige al frente de la casa.

Agarra el pomo de la puerta y gira, rompiendo limpiamente la cerradura. La puerta se abre, crujiendo cuando lo hace.

—Sabes, siempre puedes intentar tocar —digo.

—¿Y permitir que tus seguidores humanos agarren sus armas? Creo que no, querida Sara.

Peste entra, sin molestarse en enmascarar su entrada.

Dentro, puedo escuchar susurros furiosos, y luego pasos tropezando.

—Quienquiera que seas —grita un hombre—, tienes un minuto para salir de mi casa. De lo contrario, te haré un maldito agujero en la cabeza.

Miro a la forma de Peste.

—Parece que el tipo va a agarrar su pistola de igual forma.

Está muy oscuro para ver la reacción del jinete, pero ya sé que tiene una mueca. En vez de ver oigo que Peste agarra su arco y carga una flecha.

Las pisadas del hombre se vuelven más audibles a medida que se acerca. Debe estar cargando una lámpara de aceite porque nuestro alrededor se ilumina de repente. Puedo distinguir una sala de estar desordenada con las ventajas y los inconvenientes metidos en cada rincón.

Justo cuando el hombre entra en la entrada, con su lámpara de aceite a la vista, el arco de Peste hace un pequeño ademán. Un segundo después, el hombre que está frente a nosotros suelta un grito y deja caer algo pesado, algo que sospechosamente parece un arma.

—¡Qué demonios! —grita.

Con otro pequeño sonido de deslizarse, una segunda flecha es introducida en el arco de Peste.

—Muévete hacia el arma, y mi puntería será mejor.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

El hombre alza la lámpara un poco más alta, consiguiendo una mejor vista del jinete. Maldice cuando lo reconoce.

—¡Sal de mi casa! —ruge.

Retrocedo, la fuerza de sus palabras es suficiente para hacerme regresar a la noche. Peste me toma del brazo, manteniéndome en el sitio.

—Nos quedamos —dice el jinete.

—¡Como el demonio que lo hacen!

Desde el pasillo escucho voces. Cierro mis ojos cuando me doy cuenta que esta es otra familia. Más niños a los que veré morir. Otro par de pies se dirige en nuestro camino.

—El diablo bailará en mi tumba ante que te hospede *a ti* —le dice el hombre a Peste. Sus ojos se deslizan hacia mí. Me da una cruel y perversa mirada, como si soy menos que la tierra en sus zapatos—. A ti y a tu zorra.

En el siguiente instante, Peste toma dos pasos hacia el hombre. Agarrándolo por el cuello, lo golpea contra la pared, haciendo que la pared de yeso se doble.

Una mujer, claramente su esposa, entra en el vestíbulo; un grito atrapado en su garganta mientras ve a Peste y a su esposo, quien actualmente se encuentra en su agarre. Se cubre la boca, sus ojos volando de vuelta al pasillo donde sus niños están.

—Está bien que me insultes a mí —gruñe Peste ignorando a la mujer—, pero otra cosa es que la insultes a *ella*. —Señala en mi dirección—. Uno te ganará mi ira y la otra una dolorosa muerte. —Aprieta el cuello del hombre lo suficientemente fuerte para escucharlo ahogarse—. ¿Lo entiendes?

—Sal... de aquí —dice el hombre.

Peste lo sacude un poco.

—¿Entiendes? —repite, un peligroso borde en su voz.

El hombre mira a Peste, su expresión llena de malicia, pero se muerde la lengua y asiente.

De repente, el jinete lo suelta, y el hombre se desploma en el suelo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Ahora —dice Peste girándose hacia la mujer quien aún observa todo esto con las manos cubriendo su boca—, mi compañía necesita comida y una cama.

—No tenemos comida o camas para ofrecer —dice el hombre fríamente desde donde yace, frotándose el cuello.

En ese punto, decido caminar fuera de la casa. Detrás de mí puedo escuchar más amenazas viniendo del jinete. Solo no tengo ganas de ver como arruinamos la vida de otra familia.

Encuentro una gran roca en el borde del patio delantero y me siento allí hasta que mis manos y nariz se entumecen.

Odio verme involucrada con Peste. Puede que esté atraída hacia el jinete, pero eso no significa que esté de acuerdo con lo que está haciendo.

Eventualmente, escucho fuertes pisadas dirigiéndose hacia mí.

—Hay cama y carne caliente esperando por ti dentro —dice Peste.

Pisoteo un poco de grama.

—Estoy bien.

—¿Entonces te quedarás aquí toda la noche? —pregunta, mirando a las estrellas.

Si mi cuerpo fuera tan fuerte como mi voluntad, lo haría.

—¿Por qué tienes que invadir los hogares de las personas? —pregunto en su lugar.

Sé, incluso cuando lo digo, que el jinete no hace esto porque quiera; lo hace porque soy la que necesita una cama y descansar. Es a mí a quien adora, incluso a pesar de sus víctimas.

—Todo el mundo es mío —dice Peste—. Incluso la casa de este ogro. —Frunce el ceño hacia el lugar.

Tal vez este sentimiento enfermo es la culpa del sobreviviente. O tal vez es remordimiento por mis cambiantes lealtades. De cualquier manera, las palabras del jinete se deslizan bajo mi piel.

Todo el mundo es mío. Por supuesto que Peste el Conquistador creería eso.

—¿No es suficiente morir por tu mano? —digo—. ¿También tenemos que besarte el trasero de camino a ello?

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Porque eso es, esencialmente, lo que el jinete está haciendo cuando fuerza a estas personas a cumplir sus órdenes.

—Tú lo disfrutaste, lo último que recuerdo —dice suavemente, sus ojos digiriéndose a mis labios.

Me alegra que Peste no pueda ver el rubor que se esparce por mis mejillas. Aparto la mirada.

—¿Estás enojada conmigo? —pregunta.

Suspiro.

—No. solo que... esto es miseria —digo, recordando las palabras anteriores del jinete.

Me estudia por varios minutos.

—Ven adentro —dice suavemente.

Mis ojos se mueven de vuelta a él lentamente. Ahora cuando me mira, noto más que una linda cara. Veo los primeros indicios de compasión en sus ojos.

Eso es nuevo.

Toda mi resolución se pliega bajo el ardor en los ojos de Peste Nadie me miró de esa manera. Me paro, fascinada por la mirada. Un susurro de sonrisa toca las comisuras de su boca, mientras dejo que me guíe dentro.

El jinete ha aprendido cómo sentir. Nada bueno puede salir de esto.

Nada en absoluto.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 27

Traducido por Gerald

Nick Jameson es un hombre muy malvado. No necesitaba que un jinete llegue a su puerta para que ese sea el caso.

La cualidad que redime a nuestro anfitrión, en lo que a mí respecta, es que ama a su familia, aunque incluso este es un tipo de amor posesivo y egoísta. Más de una vez he visto el blanco en los ojos de sus hijos mientras se mueven rápidamente mirando hacia su padre y la mayoría del tiempo su esposa mantiene su cabeza agachada y su mirada baja.

Todo el siguiente día, Nick me observa, su odio está claramente grabado en su rostro, sus labios presionados en una línea delgada. Peste podía ser el hombre responsable de esparcir la plaga, pero está claro de a quién culpa Nick Jameson.

No veo nada más además de ese odio hasta que esa tarde. La esposa de Nick, Amelia creo que es su nombre, me encuentra en el exterior, parado justo frente a su congelador, acariciando a Trixie.

—Sara —llama, acercándose más.

Me detengo, mi mano descansando contra el impresionante abrigo blanco de Trixie.

—¿Sí? —Mis ojos caen sobre ella con recelo. El rostro de Amelia está sonrojado con los primeros signos de la fiebre. Como el resto de la familia, la plaga ya está hundiéndose en sus garras.

—¿Cómo... cómo te convertiste en la acompañante del jinete? —pregunta, llegando a mi lado.

Me giro de nuevo hacia Trixie, mi mano moviéndose por encima del cuello del caballo una vez más.

—Intenté matarlo —digo sin emoción—. No muere —añado, solo en caso que Amelia o Nick se estuvieran haciendo ideas.

Amelia furtivamente se acerca más.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—¿Hace cuánto tiempo fue eso? —pregunta.

—Semanas. —Parece que fue hace varias vidas.

—¿Cómo es que sigues viva? —pregunta, casi maravillada.

Mis dedos se hunden en la melena de Trixie.

—Es su manera de castigarme.

Después de varios segundos, dice:

—¿Así que intentaste matarlo?

Puedo escucharlo en su voz, un plan formándose.

Me giro por completo para quedar frente a Amelia. Sus ojos están rojos e hinchados y sus mejillas están tan rosas que parecen recién abofeteadas.

—No funcionará —digo.

—¿Qué no...?

—Intentar hacer que los perdone a ti o a tu familia. Si piensas que te salvará de la muerte como lo hizo conmigo, estoy aquí para decirte que no lo hará. Desde que me secuestró, ha matado a todos los demás que han intentado terminar con su vida.

Sus ojos buscan los míos.

—¿Por qué te perdonó?

Sacudo mi cabeza.

—No lo sé.

Quiero decir, sigue diciendo que necesito sufrir, pero ha pasado un rato desde que realmente me *hizo* sufrir.

—¿Así que no hay esperanza? —presiona—. ¿No hay manera de ayudar a mi familia?

—No conoce la misericordia —le digo.

¿Pero lo hace? Siente el odio y la lujuria y el anhelo, quizás se ha sentido misericordioso una o dos veces...

Amelia frota sus ojos.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—No puedo ver a mis hijos morir —dice—. ¿No lo entiendes? Les di la vida. Los contuve dentro de mí, luego los sostuve en mis brazos. Todos estos años los he protegido, así que si hay una manera de salvarlos, cualquier manera que haya, por favor dime.

La tristeza una vez más me tiene agarrada. Me pregunto cuándo lo superaré, cuándo estaré desensibilizada de todo el dolor y el sufrimiento a mí alrededor.

Sus ojos buscan los míos.

—¿Hubo algo que hicieras, un trato que acordaras...?

Trago. Creo saber hacia dónde se dirige.

—Amelia, si hubiera algo que pudiera hacerlo, lo *haría*. —Si darle mi cuerpo al jinete pagar por la vida, lo haría con mucho gusto. Pero no lo hará.

Una lágrima se desliza por el rabillo de su ojo.

La tomo del brazo.

—Necesitas ir adentro...

—¿Qué *importa* eso? —dice, la frustración ahora cubriendo sus palabras.

Tiene un buen punto, aunque no me molesto diciéndolo. En cambio la acompaño de regreso a su dormitorio.

—Descansa —le digo, quedándome en la puerta. Nick no se ve por ningún lado—. Les traeré a ti y a los chicos un vaso de agua.

La casa está siniestramente silenciosa mientras camino de regreso hacia la cocina. Si no lo supiera mejor, diría que soy la única persona en el interior de la casa. Es solo cuando paso uno de los dormitorios de los hijos que escucho el llanto ronco y masculino detrás de una puerta cerrada. Sé sin mirar hacia el interior que es Nick, roto por su tristeza.

Poco tiempo después que entro en la cocina, escucho a la puerta principal abrirse y luego las pesadas pisadas de Peste, ataviado en su traje completo. Mi corazón idiota se acelera ante el sonido. Esta lenta quemadura que siente por el jinete es agonía. Agonía cruda y exquisita.

Mientras tomo vasos de la alacena, Peste viene a colocarse detrás de mí. Apartando mi cabello del camino, posa un tierno beso en la parte trasera de mi cuello, sus labios deteniéndose ahí.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Me olvidó de mí por un minuto. Un largo minuto.

—¿Lo dejas tocarte?

Me sobresalto, casi dejando caer los vasos de vidrio ante el sonido de la voz de Nick. Me giro rápidamente, mirando más allá del jinete.

Nick está de pie en el otro extremo de la cocina, sus ojos brillantes con los inicios de la fiebre. Hay un cierto disgusto en su expresión.

De mala gana, mi mirada se mueve hacia Peste, quien por una vez no lleva su habitual expresión estoica. El jinete luce vulnerable e inocente e incluso un poco inseguro de sí mismo.

Encuentra mis ojos y veo que piensa que ha hecho algo malo.

Eso me llega.

Toco su rostro.

Está bien, quiero decirle.

—Jodidamente-in-creíble.

Ahora mis ojos se mueven de regreso hacia Nick. Puede que esté enfermo y débil, pero está lo suficientemente lúcido y hay tanto odio en sus ojos.

—Pensaba que tal vez únicamente estabas follando con el fenómeno —dice—, lo que ya es suficientemente malo...

Peste se para frente a mí.

—Caminas por una línea muy fina, Nick —dice, interrumpiendo al hombre—. Espero que no hayas olvidado mis palabras de más temprano.

Nick me da una mirada que me deja saber que este asunto está lejos de estar olvidado y entonces se retira por el pasillo.

Tomo una respiración profunda. Tengo que regresar ahí para llevarles agua a su esposa e hijos, lo que significa que voy a tener que interactuar con el hombre de nuevo.

—Cada vez que sacudes mi creencia de la crueldad humana, un hombre como ese, invariablemente me recuerda por qué simplemente debo eliminar a tu raza —dice el jinete.

Tengo varias objeciones al respecto, pero no digo ninguna de ellas.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Deberíamos irnos, Peste —digo en cambio—. No pertenecemos aquí.

No que *tú* no pertenezcas aquí, sino *nosotros*.

—No, Sara. Nos quedamos hasta que el acto esté hecho.

Quieres que sufras, incluso ahora, después que te has ocupado de él, lo has sostenido, lo has besado.

—¿Así que así es cómo es esto? —digo.

—Eres mi prisionera.

Que tonta eres, Burns, preocuparte por alguien que tiene tan poca consideración por ti.

Lo que siento por este hombre es agonía. Agonía terrible y aplastante.

Me giro para mirar a Peste.

—Si esa es la forma en que son las cosas, entonces mantén tus manos y tu boca para tu jodido ser.

Peste es el enemigo. Nunca puedo olvidarme de eso.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 28

Traducido por Dew'

Son dos noches más tarde cuando una mano ardiente me presiona la boca y me despierta del sueño.

—Ni una palabra —ordena la voz áspera.

Parpadeo abriendo mis atontados ojos.

¿Qué está pasando?

Entrecierro los ojos en la oscuridad, medio esperando distinguir las características sorprendentes de Peste. Pero es otro hombre que me fulmina con la mirada, su rostro es más grueso, más sustancioso y, francamente, *más feo* que el del jinete.

Siento la fresca picadura de metal debajo de mi mandíbula.

—Levántate —exige Nick, su voz silenciosa.

Mi mente está tratando furiosamente de ponerse al día con lo que está pasando. Pistola. Nick. Despertándome en el medio de la noche.

Arrancándome de la manta de lana raída, me desprendo cuidadosamente del futón.

Me empuja hacia delante, cruza la sala de estar y hacia una puerta que conduce a su patio trasero.

—Por la puerta, en silencio.

El miedo atraviesa mis huesos, pero la emoción es muy débil. He vivido demasiados incendios como para tener miedo a la muerte. Lo único que me mantiene avanzando hacia la puerta de entrada es la ridícula preocupación de que los hijos o esposa de Nick se vean enredados por esto... o tendrán que dar testimonio de ello.

Detrás de mí, en una de las habitaciones más alejadas, escucho una tos húmeda y vibrante.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Tienen suficientes preocupaciones.

Dejo que Nick me guíe afuera, mis pies descalzos se entumescen mientras camino sobre nieve fresca. Caen más copos, besando mi cara y enredándose en mi pelo.

Delante de mí, no hay cerca trasera para cerrar el patio de Nick desde el bosque espeso presionando sobre él. Puedo distinguir la nevera y el área donde Trixie estaba asegurada antes. El caballo se ha ido, presumiblemente con su jinete, que no he visto desde la cena.

Nick me empuja hacia adelante con el cañón de su arma.

—Sigue caminando.

Si esta noche va de acuerdo con los planes de este tipo, sé cómo terminará. Nick y yo damos un paseo por el bosque y solo uno de nosotros se irá.

No voy a dejar que eso suceda.

—¿Dónde está Peste? —pregunto.

—¿Te refieres a tu novio? —dice, su voz goteando malicia. Nada ni nadie en el mundo puede quitarle el horrible odio a este hombre.

—Él no es mi novio.

Solo necesito esperar mi tiempo hasta que lleguemos al bosque. Es difícil dispararle a alguien cuando hay un árbol en el camino.

—¿No? —dice Nick, fingiendo sorpresa—. ¿Así que estás prostituyéndote con ese cuerpo para comprarte un poco de tiempo?

La familia de este tipo está al borde de la muerte, ¿y él está preocupado por mi vida sexual?

—Sabes, ni siquiera lo culpo demasiado —Nick continúa detrás de mí—. ¿Quién no querría tocar un pedazo de buen culo si tuviera la oportunidad? Pero tú —dice acusadoramente—, eres la que le dio la espalda a tu propia puta clase cuando comenzaste a follar a ese monstruo.

Ni siquiera me molesto en decirle que no estoy *follando a ese monstruo*. La verdad no me salvará.

—¿Qué esperas lograr al matarme? —pregunto, pasando por delante del primero de los árboles de hoja perenne que bordean la propiedad. Apenas puedo sentir mis pies en este punto.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Necesito hacer un movimiento, y pronto.

—Venganza para mi familia.

Alzo las cejas a pesar de que no puede ver la acción. Sé que al jinete le gusta besarme, pero dudo que mi muerte lo sacuda tanto.

—A Peste no le importará —digo—. Solo me matarás por matarme.

La bota de Nick golpea mi espalda, enviándome a la nieve.

Cualquier oportunidad que tuve de escapar, ahora se ha ido. Mis pies están demasiado fríos, mi cuerpo demasiado propenso. He malgastado el tiempo que había tenido, charlando con este enojado hombre.

—¿Qué es una muerte más? —pregunta, mirándome—. Todos estamos jodidamente muriendo aquí de todos modos. Estaré encantado de librar al mundo de una puta traidora.

Hasta ahora, los jinetes, la plaga, los aparatos electrónicos moribundos, nada de eso realmente se había sentido apocalíptico. Ni siquiera viendo esas ciudades vacías por las que Peste y yo pasamos, sus habitantes escondidos.

Es *este* momento, tirada en la nieve, un arma en mi espalda, donde se hunde. Este es realmente el Fin de los Días. Porque incluso con todas sus dificultades, en el mundo en el que crecí, no nos atacamos. Así no.

Me giro y miro el rifle.

Nick tira del cerrojo, deslizando una bala en su lugar.

Mierda, realmente va a hacer esto.

Hay peores muertes que heridas de bala, pienso, mirando por el cañón.

—Baja el arma. —La voz estoica viene del bosque detrás de mí.

Tanto Nick como yo miramos por encima de mi hombro.

Parado en un trozo de claro de luna, pareciéndose mucho a una deidad, Peste mantiene su arco listo, su corona brillando en la penumbra.

Nick reajusta su agarre en el arma.

—Salva a mi familia, y la dejaré ir.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—No negocio con los mortales. —Peste da un paso adelante, su objetivo nunca vacila.

—¡No te acerques! —Nick exige—. ¡Si quieres que viva, mantén tu distancia, jinete!

Todo está saliendo mal, como una cuerda floja que desmorona la tela.

—Te lo aseguro, no lo haré.

Tomo una respiración tranquilizadora. Solo mirar la actitud fría del jinete me calma.

—¡Le dispararé! —amenaza Nick, su ira se transforma en pánico mientras su momento de venganza se aleja cada vez más de su alcance.

—Hazlo bajo tu propio riesgo.

Mis ojos se clavan en los de Nick, y veo el momento en que decide que matarme sigue siendo la mejor opción.

Nunca veo su dedo apretar el gatillo.

El aire se mueve al lado de mi oreja, entonces...

Thwump... ¡BOOM!

Todo mi cuerpo se estremece con el sonido.

Querido Dios.

Mi mano se mueve hacia mi pecho. Pero el dolor que espero sentir nunca llega. Es solo después de tomar varias respiraciones asustadas que me doy cuenta de que no me han disparado.

Thwump. Thwump...thwump...thump.

Más rápido de lo que puedo reaccionar, el cuerpo de Nick parece bailar, ya que está lleno de flechas. Gruñe, dejando caer su arma y cayendo de rodillas. Sus dedos van a su pecho, donde sobresalen las flechas.

Miro por encima del hombro a Peste, que camina hacia nosotros, su rostro lleno de sombría determinación.

—Ella no es tuya para matar —dice.

Dando la vuelta, me arrastro hacia Nick y empujo el rifle fuera de su alcance. Mis ojos se mueven sobre sus heridas, y mi entrenamiento

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

paramédico entra en acción. No importa que tenga un odio serio hacia Nick; comienzo a evaluar sus lesiones de todos modos.

—No... me toques... maldita plaga —dice Nick entre respiraciones laboriosas—. No eres más que... una maldita... puta.

Escucho la tensión de la madera aceitada, y cuando alzo la miraa, Peste tiene otra flecha apuntando, la punta ya sobre Nick.

—Dejé que tus palabras venenosas pasaran la primera vez —dice el jinete—, pero no lo haré una segunda.

Nick jadea en un suspiro, el sonido mojado:

—Tu y yo... ambos sabemos... es verdad. ¿Cuántas veces... tuvo... que chupar tu... polla antes...?

La flecha lo golpea en el hombro con un fuerte golpe. Él suelta un chillido confuso.

—Pruébame de nuevo, humano.

—Hazlo —Nick provoca—. Sería... más rápida... la muerte que... lo que has... dado a mi familia.

—No —le digo al jinete. Detuvo a Nick para que no me disparara. Ya no es ningún tipo de amenaza.

Peste se dirige hacia el hombre y lo mira con la flecha aun apuntando.

—Si conozco algo de misericordia —dice—, es Sara quien lo hace.

Si conozco algo de misericordia, es Sara quien lo hace.

Hace unos días le había dicho a Amelia que el jinete era incapaz de hacerlo.

Lo estás cambiando así como él te está cambiando.

Nick debe desear la muerte porque dice:

—Que te jodan y a esta perra...

La flecha final atraviesa la garganta de Nick, y ahora se está ahogando con sus palabras, ahogándose en ellas.

—Vil humano —dice Peste, que se cierne sobre el moribundo—. Podrías haber gastado tus últimos suspiros suplicando por tu familia, pero solo veo odio en tu corazón.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

No puedo oír lo que dice Nick, pero dudo que lo que sea que le dijo al jinete fuera particularmente amable. Nick tarda menos de un minuto en desangrarse, y se va del mundo con una mirada fulminante.

Mis hombros se hunden de cansancio.

Peste arroja su arco sobre su hombro y se arrodilla a mi lado, sus manos rozando mi cuerpo.

—¿Estás herida? —pregunta, preocupado.

Niego con la cabeza, poniéndome de pie.

—Estoy bien.

El jinete me toma del brazo.

—Estaba equivocado, Sara, esta maldita casa no es un lugar incluso para mi ira. Ven. —Me lleva a Trixie.

Miro al caballo, luego bajo la mirada a mis pies helados.

—Ummm, necesito zapatos... y mi abrigo, y un sujetador. Y todo lo demás.

Peste me mira, desde mi pijama prestado hasta los dedos de mis pies. Juro que puedo verlo armar lo que sucedió, cómo me sacaron de la cama y me llevaron al bosque para una ejecución de medianoche.

¿Se da cuenta de que Nick quería matarme para hacerle daño? ¿Comprende los motivos humanos lo suficientemente bien como para unir eso? Y si Nick hubiera tenido éxito, ¿Al jinete le habría importado que yo muriera?

Sin otra palabra, Peste me levanta.

Grito mientras me tira en sus brazos.

—¿Qué estás haciendo?

—Te ayudo —dice, cargándome a la casa.

Me deja en el suelo de la sala de estar, donde el fuego no es más que unas pocas brasas moribundas. Arrodillándose frente a mí, toma mis pies y, uno por uno, hace que el calor vuelva a ellos.

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunto, mirándolo cuidadosamente.

Niega con la cabeza, pero no me responde.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Una vez que estoy caliente otra vez, agarro mi ropa y me la pongo. Mientras tanto, el resto de la casa está completamente quieta.

Salimos poco después de eso. Y a pesar de que es la mitad de la noche y la nieve está cayendo más fuerte, estoy tan jodidamente aliviada—de estar viva, de salir de esta casa, sentir Peste a mis espaldas, su brazo agarrándome con fuerza.

Apenas hemos llegado a la autopista cuando Peste tira de las riendas, haciendo que Trixie se detenga.

Miro alrededor con confusión.

—¿Qué estamos...?

Peste levanta mi mandíbula y luego su boca se cierra contra mí, su otro brazo aplastándome contra él. Es el beso de un hombre desesperado. Como si estuviera tratando de inhalarme dentro d él. Cualquier torpeza inicial que tuvo con el acto se ha ido, reemplazada por esta ferocidad.

Finalmente se separa, con los labios hinchados.

Los ojos azules de Peste son luminosos.

—Estabas... demasiado cerca de la muerte para mi gusto.

Es como si solo ahora realmente lo estuviera procesando. Y aquí está la respuesta a mi pregunta anterior: mi muerte habría afectado al jinete.

Discretamente, presiono una mano en mi corazón martilleando. Significo algo para él. Qué sorpresa.

Dirige su mirada al oscuro horizonte y chasquea la lengua, y reanudamos nuestro severo paso una vez más.

—¿Cuánto tiempo piensas mantenerme cautiva? —Es una pregunta casi hilarante, teniendo en cuenta lo confusos que se han vuelto nuestros papeles.

Peste está en silencio.

Levanto la mirada, solo para verlo mirándome, con sus profundos ojos.

—Hasta que mi tarea esté completa, tú y yo viajaremos juntos —dice.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Hasta que su tarea esté completa. Esa es una declaración tan simple, pero abarca una vasta y casi inimaginable tarea que tenemos por delante. Viajar por el mundo entero a caballo, ver cómo millones caen por la plaga. ¿Cuántos meses tomará? ¿Cuántas personas tendré que ver morir antes de que mi mente se rompa? ¿Cuántos roces más con la muerte tendré que enfrentar?

Será insoportable.

—¿Así que voy a viajar por todo el mundo?

—Sí. —Suen a complacido.

Voy a morir.

No por la mano de Peste, quizás, pero habrá alguien en alguna ciudad que hará lo que Nick no pudo.

Ese siempre era el plan, Sara. Desde el momento en que sacaste el fósforo ennegrecido, sabías que eras una mujer muerta caminando. No te arrepientas ahora.

Por supuesto, mi existencia continua me molesta casi tanto como mi muerte inminente.

Busco su rostro en la oscuridad.

—De todas las personas cuyos caminos cruzaste, ¿por qué me elegiste?

Está en silencio por un largo tiempo. Demasiado tiempo, de hecho, que supongo no me va a responder. Es solo cuando estoy a punto de enfrentarlo que lo hace.

—Sentí que la mano de Dios me movía para perdonarte —dice.

La sorpresa me inunda. Imaginé que pudiera alimentarme con su historia sobre hacer un ejemplo de mí. Pero esto...

Dios le dijo que me perdone. No tengo *idea* de cómo sentirme acerca de eso.

Frunce el ceño.

—Pensé... que vine a este mundo para repartir su ira, pero esa noche, y cada una desde entonces, me he preguntado...

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Espero a que termine la frase, pero esta vez el silencio se prolonga hasta que me doy cuenta de que eso es todo lo que estoy consiguiendo. Es mucho más de lo que me ha dado en el pasado, así que lo tomaré.

—¿Cómo es Dios? —pregunto.

—Ese no es un tema que pueda discutir con los mortales.

Por supuesto que no lo es.

—Bueno, ¿al menos puedes decirme cómo es? —pregunto.

—¿Cómo es qué? —El agarre de Peste se ha movido, de modo que ahora está agarrando mi brazo, su pulgar frotando círculos en mi carne.

—No lo sé... la muerte. El Más Allá. —Extiendo mi mano para atrapar un copo de nieve.

—Sería más fácil explicar la vista a los ciegos —dice Peste—. No se puede entender solo por la descripción; debe ser experimentado.

¿De qué sirve tener un jinete si no responde ninguna de las preguntas divertidas?

Dejo caer mi mano en mi regazo.

—¿Al menos puedes decirme si los humanos tienen almas o no?

—Por supuesto que los humanos tienen almas, Sara. —Puedo escuchar la diversión en su voz—. No estaría aquí si no lo hicieran.

La mano de Peste vuelve a su lugar habitual, presionado contra mi estómago, y puedo distinguir un anillo que lleva en su dedo índice, una piedra oscura y redonda en el centro.

No es la primera vez que me doy cuenta de que hay tanto de este hombre que no conozco, a pesar de besarlo, dormir con él, vivir y viajar con él.

Siempre tan gentilmente, paso la mano por su anillo. Sus dedos se flexionan al tacto.

—Cuéntame sobre tu vida —digo distraídamente, todavía centrada en el anillo y la mano que lo usa.

—¿Qué quieres que te diga? —la voz de Pese retumba detrás de mí.

—No sé, dime un recuerdo. —Cualquier cosa para conocerlo por lo que es no solo un jinete de otro mundo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Mis recuerdos te molestarían —dice secamente.

¿A diferencia de mi realidad donde las personas mueren con dolor y muerte atormentada?

—Todavía quiero escuchar sobre ellos.

Toma una respiración profunda. No sé cómo lo hace, pero se las arregla para hacer algo tan simple como inhalar el aire fétido con renuencia.

—¿Qué quieres saber? ¿Te cuento sobre las primeras ciudades del hombre? Recuerdo el emotivo despertar, mi atención atrapada en sus intentos de elevarse contra otras criaturas. Los vi desviar el agua de los ríos y plantar los primeros cultivos. Los vi construir casas primitivas y domar bestias salvajes. Lo admito, estaba impresionado al ver al hombre moldear la naturaleza en algo agradable, algo que podrían usar.

»Entonces llegaron pueblos y ciudades, reyes y leyes. El mundo se movió más rápido a medida que el hombre construyó, creó, innovó y *conquistó*. Estuve allí para todo, y he estado aquí desde entonces.

»Estuve en los antiguos bazares, recorrí los centros de las ciudades, me detuve en castillos y callejones y todo lo demás. Me he alojado en miles de casas diferentes, y he besado la frente de innumerables humanos, y he estado con cada uno.

»Vine a la tierra y toqué y el mundo conoció el terror.

Jesús.

—Soy Peste, y mi memoria es más larga que la historia registrada; es incluso más larga que el hombre. Vine antes que él, y querida Sara, voy a sobrevivir a su final.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 29

Traducido por YoshiB

Todavía está oscuro cuando Peste detiene a Trixie frente a otra casa. Solo verlo tiene mi corazón galopando. No quiero enfrentar a otra familia tan pronto.

El jinete se balancea de su corcel.

—Espera aquí —ordena.

Se dirige a la casa oscura, abriendo la puerta del patio lateral antes de desaparecer de la vista.

Froto el cuello de Trixie mientras espero al jinete. ¿Qué podría estar haciendo ahora?

Un minuto después, la puerta de entrada se abre y Peste regresa a mí.

—Nos quedaremos aquí esta noche —dice.

Salto fuera de Trixie y lo sigo con cautela dentro de la casa. Es solo cuando percibo un olor a basura que se ha asentado demasiado tiempo que me doy cuenta de que el lugar está vacío. Mis músculos se relajan.

Me dirijo a un interruptor de luz y lo enciendo. Encima de mí, la luz de la entrada chisporrotea a la vida.

Electricidad. Puntos a favor.

Tentativamente, empiezo a explorar la casa, mientras lo hago enciendo luces aquí y allá. El lugar es un santuario de basura; montones de ellos están apilados en todas partes. Viejos frascos de medicina y revistas recetadas, los libros de bolsillo dañados por la intemperie y la ropa apolillada, todo está apilado en montículos precarios.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Apuesto a que quien vivió aquí tuvo que ser prácticamente sacado de su casa cuando salieron las órdenes de evacuación. Nadie pasa tanto tiempo acumulando basura para dejar todo atrás.

Arrugo mi nariz ante el olor fétido en el aire. No es solo basura vieja, también es el olor de los animales. Me dirijo a la cocina, donde veo varios cuencos de aluminio, uno lleno de agua y el resto vacío.

Misterio resuelto.

El dueño tiene un perro o tres.

Peste se eleva desde donde se arrodilló frente a la chimenea, quitándose el polvo de las manos, un fuego tomando forma detrás de él. Iluminado desde atrás por las llamas, se ve formidable y tal vez un poco siniestro. Agarra su arco y el carcaj de donde debe haberlos dejado a un lado y se dirige hacia mí.

—Duerme, Sara —dice por encima de su hombro. Su tono es tan brusco que, de no haberme besado la vida hace poco, habría dicho que lo había enojado.

—¿A dónde vas? —pregunto, inquieta ante la idea de su partida.

Hace una pausa, girando para mirarme.

—Patrullar el área —dice—. Siempre hay humanos que me cazan. Esperan en las horas tranquilas para lanzar sus trampas.

—¿Es ahí donde estabas antes, cuando Nick...

La cara de Peste se oscurece ante el recordatorio.

—Desafortunadamente, esta noche me perdí el peligro justo en frente de mí.

Creo que esa es su extraña forma de disculparse.

Me muerdo la mejilla y asiento.

—Bien... ten cuidado. —Las palabras suenan horriblemente incómodas. ¿Por qué quiero incluso que mi captor inhumano e inmortal tenga cuidado? ¿Qué podría pasarle?

Peste duda, sus rasgos se suavizan ante mis palabras.

—No puedo morir, Sara —dice suavemente.

—Todavía puedes lastimarte.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

De verdad, ¿de dónde viene todo este sentimentalismo?

La esquina de su boca se curva.

—Juro que haré todo lo posible por no salir lastimado. Ahora descansa. Sé que lo necesitas.

Lo hago. Mi cuerpo se siente pesado ahora que la última adrenalina finalmente está saliendo de mi sistema.

Una vez que Peste se va, miro dentro de cada una de las habitaciones. Hay dos camas, ambas que puedo usar, pero hay algo en ellas que es intensamente desagradable. Tal vez es el fuerte olor a perro que viene de ellas, o las pilas de ropa vieja, platos rotos y muñecas raras que se amontonan a su alrededor. En particular, no quiero dormir en ninguna de estas habitaciones.

Cojo algunas mantas que encuentro dobladas en el sofá y me acuesto frente a la cocina de leña.

Pensarías que después de la noche que tuve, estaría despierta durante horas, repitiendo esos minutos fatídicos en el bosque detrás de la casa de Nick. Pero tan pronto como me acuesto, me quedo dormida.

No sé por cuánto tiempo duermo, solo que me despierto por el sonido de los pasos.

Voy a matarte Él va a matarte.

Una ráfaga de miedo inunda mi sistema, y me esfuerzo para sentarme, obligando a mis ojos a concentrarse en el ruido.

Peste se acerca a mí, una toalla envuelta alrededor de su cintura.

—Mantén la calma —dice, arrodillándose a mi lado. Mete un mechón de mi pelo castaño detrás de la oreja—. Solo soy yo.

Es solo Peste, el único al que el mundo entero teme. Y verlo me da una cantidad vergonzosa de alivio.

Tomo una respiración profunda y temblorosa.

—Ha sido un largo día.

El pelo mojado del jinete gotea entre nosotros, y los riachuelos de agua le bajan por el pecho. Siento una oleada de calor al ver su piel desnuda. La luz del fuego acaricia cada inclinación y curva, y no por primera vez, noto la exquisitez de su forma. Sus pómulos altos y sus labios carnosos se ven aún más extremos a medida que las sombras

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

bailan sobre ellos. Y luego está el resto de él, que es tan claramente masculino, desde sus hombros esculpidos y poderosos hasta sus bíceps gruesos y cortados.

Mis ojos se posan en su pecho, donde sus pectorales redondeados fluyen hacia los abdominales ondulantes. Pero es imposible mirar su torso sin notar las extrañas y brillantes marcas que brillan en la oscuridad, iluminando la piel circundante.

Extiendo la mano y paso los dedos sobre las letras que se curvan debajo de sus clavículas como un collar. Brillan con un fuego dorado, su forma extraña y hermosa.

Debajo de mi toque, la piel de Peste salta. Se mantiene muy quieto, dejándome explorar su cuerpo.

—¿Qué son estos? —pregunto. Es obvio que es una escritura, pero es un lenguaje diferente a todo lo que he visto en mi vida.

Me mira, sus ojos brillantes.

—Mi propósito, escrito en carne.

El jinete pone una mano sobre la mía, efectivamente atrapándola contra uno de los símbolos. Dirigiendo mi mano con la suya, me hace rastrear la marca.

—Esto significa 'divinamente ordenado' —explica, soltando su agarre.

Levanto mis cejas hacia él antes de que mi atención vuelva a su pecho. Muevo mi mano sobre varios símbolos, deteniéndome en uno que se encuentra a la izquierda de su corazón.

—¿Y este? —pregunto.

—'Aliento de Dios'.

Trazo la palabra. Debajo de mi toque, la piel de Peste es como piedra.

—¿Qué idioma es este? —pregunto.

—Uno sagrado. —Sus ojos están en mí, siguiendo mis movimientos.

Si tuviera un poco más de coraje, mi mano bajaría más, donde otra banda de símbolos rodea sus caderas, el más bajo de los símbolos hundiéndose bien debajo de su toalla.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Pero, por desgracia, mi valor me falla.

—¿Puedes hablarlo? —pregunto.

Su mano presiona sobre la mía una vez más, sosteniendo mi palma contra su corazón.

—Sara, es mi lengua materna.

Miro la escritura maravillosamente. Siento una presencia aquí en esta habitación oscura. Presiona de cerca. Puedo verlo en la mirada constante del jinete, y puedo sentirlo en el mismo latido de su corazón.

Mi mirada se levanta a la suya.

—Di algo para mí.

Sus ojos brillan.

—No puedo —dice suavemente—. Hablar el idioma sagrado es presionar la voluntad divina sobre el mundo.

Retiro mi mano, alejándome de él.

—¿No es eso lo que ya estás haciendo? —¿De qué otro modo se supone que debo interpretar a Peste cabalgando por el mundo y propagando su plaga?

Se inclina hacia adelante, luciendo lupino y salvaje mientras se acerca.

—Lo que se habla no puede ser nunca oído. No es para oídos mortales. Pero... no estoy por encima de compartir una palabra o dos contigo.

Me olvido de respirar mientras su aliento se abanica contra mis mejillas, sus labios—y el resto de su cuerpo casi desnudo—muy, muy cerca.

Justo cuando creo que va a compartir una de estas palabras sagradas, dice:

—Vuelve a dormir. Voy a vigilarte.

No quiero dormir, no cuando todavía siento la presión de su piel flexible debajo de mis dedos, marcada con figuras extrañas y sagradas. Estoy insoportablemente sola, mi cuerpo duele por la falta de un compañero, y maldita sea, pero el compañero que quiere es él. Lo quiero. Todo de él. En mí, a mí alrededor, a mi lado, llenando mi mente,

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

mi cuerpo, mi vida, y eso son tantos tipos de estar jodida, y estoy tan sobre eso, tan sobre sentirme desgarrada.

Peste se levanta, retrocediendo hacia los oscuros huecos de la casa. Casi lo llamo. Sería tan fácil engatusarlo hacia mí, retirar esa toalla, tirar de él hacia abajo y sentir su peso sobre mí.

Para mi vergüenza, no es mi lealtad a la humanidad lo que me impide llamarlo. Es el profundo temor de que él rechace mis avances.

Solo hay muchas cosas de mierda que una chica puede tomar en un solo día.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 30

Traducido por Rimed, Yiany & NaomiiMora

Las buenas noticias: esta casa viene abastecida con cada comida imaginable para el hombre. Las malas: todo expiró aparentemente hace siete años.

Eso es lo que sacamos por allanar el hogar de un acaparador.

Al menos hay café... y crema en polvo. Bebo ávidamente de mi taza sentada en el rincón para desayunar de la casa, el espacio lleno de platos sucios, correo y unas cuantas botellas de medicamentos vacías.

Miro por la ventana y veo el patio cubierto por una fina capa de nieve mientras caliento mis manos con la taza que sostengo. Mi mirada vaga de la ventana a la pila de basura más cercana. Descansando en la cima de ella hay un volante con un dibujo de Peste.

¡Advertencia! ¡Peste se acerca!

Las palabras adornadas en rojo. Bajo de ellas en letras más pequeñas hay un párrafo detallando sus movimientos e incitando a los residentes a evacuar, preferiblemente por al menos una semana.

Doy vuelta la página y casi no lo creo. Devolviéndome la mirada está mi rostro. No es particularmente preciso; tiene el mismo aspecto que los dibujos policiales. Mi rostro es más ancho, mis mejillas más llenas y mi mentón más puntiagudo, pero sigo siendo yo.

¡Viajando con una Mujer Misteriosa!

El párrafo que hay debajo dice que si bien la evidencia sugiere que soy prisionera de Peste, probablemente estoy trabajando para el jinete y deben mantener su distancia.

Por último, la página tiene un mapa de Norte América y una línea roja dibujada sobre la Costa Este antes de cruzar Canadá y terminar con el extremo de la línea curvada hacia abajo, sugiriendo que el jinete y yo

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

estamos viajando hacia el sur por la Costa Oeste, lo que parece bastante preciso.

Detrás de mí, la puerta se abre, llamando mi atención. Hago el artículo a un lado.

Trabajando probablemente para el jinete. La advertencia se reproduce una y otra vez en mi mente y siento en cada centímetro la traición. Porque ese folleto dio en el blanco con mi situación, ¿verdad?

—¡Sara! —llama Peste, sus pesadas pisadas haciéndose camino hacia la cocina.

Sonríe cuando sus ojos se posan en mí, la expresión tan extraña y maravillosa que incluso con mi humor actual, mi corazón salta ante la vista.

—Sabía que te encontraría aquí —dice.

Le doy una floja sonrisa en respuesta.

Solo le toma unos instantes ver que estoy preocupada.

Su sonrisa se desvanece.

—¿Qué está mal?

Se supone que seamos enemigos, pero a pesar de todo, como que me gustas. Oh y el resto de la humanidad también se ha dado cuenta.

Sacudo mi cabeza.

—Solo... cansancio.

Él se acerca, vestido con todos sus pertrechos. No hay nada como ver a Peste vestido en sus galas para hacer que una chica se sienta como una alimaña muerta en la carretera desde hace tres días.

Se inclina y estudiando mi rostro, presiona su pulgar justo bajo mi ojo.

—Te estás agotando —observa.

Tachen eso, como una alimaña muerta de *siete* días. Estamos hablando de pedazos realmente jodidos de criaturas que permanecen pegados al asfalto mucho después de haber muerto.

—Tanto viajar me ha pasado factura —admito.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

El estrés, los largos días atrapada en la montura, mis lesiones por montar, el implacable frío del invierno, las poco confiables comidas... he hecho lo mejor que he podido para forzar mi camino a través de todo, pero solo hacía falta que Peste lo notara para que todo viniera de golpe a mi consciencia.

El agotamiento no será probablemente lo que te matará, me recuerdo a mí misma.

Peste frunce el ceño.

—Entonces debes descansar. Nos quedaremos aquí por... —Mira por la ventana, observando el débil sol de invierno—, dos días más.

No tengo corazón para decirle que dos días más no van a hacer mucha diferencia. Que no *han sido* de mucha diferencia. Hemos estado haciendo pausas por días cada vez.

Nunca será más fácil con Peste. A pesar del cuidado que pueda tener, él siempre va a ser impermeable a las cosas que me matarían, así que siempre me va a presionar más allá de lo que soy capaz.

Pero no digo esas cosas. En su lugar, asiento y le doy otra débil sonrisa.

Su ceño se hace más profundo.

—No me gusta esta expresión —dice, estudiando mis rasgos—. Mientes con tu rostro. ¿Necesitas más tiempo? ¿Tres días? ¿Cuatro? Los tendrás. Solo quita esta triste y derrotada expresión. No puedo soportarla.

No creo que nadie jamás me haya dicho algo tan genuinamente franco y amable.

En un capricho, lo tiro hacia mí, abrazando al jinete estrechamente. Al principio, está rígido en mis brazos, pero a medida que pasan los segundos, envuelve vacilantemente sus brazos a mí alrededor y me siento completamente envuelta por él.

—Eres un buen hombre, Peste —admito.

Y ahí yace mi problema. Él no es un hombre agradable ni un hombre pacífico, pero es un *buen* hombre.

Cierro mis ojos e inhalo su aroma. Huele a jabón barato y bajo eso, divinidad. (Ni siquiera sabía que uno podía literalmente oler la divinidad, pero ahí lo tienes.)

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Sus labios acarician mi oreja.

—Te olvidas de que no soy un hombre, Sara.

Se me escapa una risa.

—Está bien. Eres un buen heraldo del apocalipsis.

Me sujeta más fuerte, su mejilla rozando mi sien.

—Y tú eres una mujer compasiva. —Siento cómo con un dedo me toca un mechón de cabello—. *Demasiado* compasiva, si soy honesto —dice en voz baja.

Me consuela el hecho de que sea lo que sea esto que estoy comenzando a sentir, Peste también lo está experimentando. Y podemos estar socavando nuestras morales, pero al menos, lo estamos haciendo juntos.

Terminamos dejando la casa dos días después. Ese es todo el tiempo que pude soportar en aquel desordenado lugar. No soy ejemplo de limpieza, pero aquella casa... incluso ahora, a kilómetros de distancia, mi piel se estremece al pensar en ella.

Soy sacada de mis pensamientos al captar la imagen de un cartel frente a nosotros. Después de que huimos de Vancouver, habíamos viajado mayormente por caminos secundarios y lugares apartados, pero inevitablemente, Peste había encontrado su camino a las carreteras principales. Y ahora veo algo que había extrañado.

Contengo la respiración.

Seattle 87 Km.

—¿Qué sucede? —pregunta Peste.

—Estamos en América.

En algún punto entre que Peste fue atacado en Vancouver y mi propio roce con la muerte hace unos pocos días, no me había dado cuenta de que habíamos cruzado *países*.

—Ah, *América* —dice Peste con disgusto, arrastrándome nuevamente al presente—. Aquí son particularmente malos.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Una ridícula ola de miedo me atraviesa ante eso.

—Peste, tenemos que dejar el camino principal.

—¿Por qué? —pregunta, genuinamente curioso.

Aún puedo sentir su cabeza arruinada, acunada en mi regazo. No estoy lista para pasar por eso nuevamente.

—Hay una ciudad grande más adelante —digo—. Más grande que la última —Había habido docenas de personas esperando a Peste en Vancouver; ¿cuántas habría en Seattle?—. Rodeémosla.

—No desviaré mi curso por la presencia de humanos.

Eso es lo último que dice sobre el tema.

Mi temor crece mientras más nos acercamos a la metrópolis. Algo malo va a ocurrir. Lo presiento del modo en que puedo sentir una tormenta acercándose; el mismísimo aire está lleno de ello.

Al igual que en Vancouver, la entrada a Seattle es gradual. Primero atravesamos una dormida ciudad satélite, la que da paso a otra que es un poco más densa. Y luego otra. Una ola de déjà vu me atraviesa mientras pasamos por el mismo tipo de comunidades por las que pasamos en Vancouver.

El brazo de Peste se aprieta alrededor de mi cintura. ¿Él también puede sentirlo? La promesa de violencia se siente en el aire.

Me envuelvo más fuertemente en mi chaqueta. Solo irá poniéndose peor mientras vayamos viajando más al sur. Portland, San Francisco, Los Ángeles... La pesadilla que enfrentamos en Vancouver se repetirá una y otra vez. E incluso cuando hayamos atravesado la Costa Oeste, quedarán países enteros por cruzar.

Las sombras apenas están comenzando a estirarse sobre la tierra cuando Peste deja el camino principal, guiando a Trixie hacia un vecindario de casas con aspecto cansado como si hubiesen puesto sus viejos cimientos en un prolongado descanso.

Peste hace girar a Trixie entrando en el camino de una oscurificada casa, los cascos del caballo suenan contra el agrietado concreto. La pálida pintura verde parece desgastada y desteñida.

Cabalgamos hasta la puerta antes de que Peste desmonte. Toma la manilla y la gira, rompiendo la cerradura y abriendo la puerta.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Estoy recién bajándome de Trixie Skillz cuando me doy cuenta del tenue resplandor de una lámpara de aceite que proviene del interior, la llama bien baja. Reclinada en un sillón junto a ella hay una anciana, su cabello blanco está recogido cerca de su cabeza y sus lentes se posan bien abajo en su nariz. Mira por sobre ellas hacia nosotros, olvidando completamente el libro en sus manos.

Dimos con la casa de la *abuela* de alguien. Justo cuando pensaba que habíamos salido de los horrores, aparece otro.

—No tenemos nada de valor, se los aseguro —dice ella, su voz sorprendentemente firme para alguien que cree que su hogar está siendo invadido.

—No estoy aquí por sus cosas —dice Peste—. Estoy aquí por su hospitalidad.

La mujer mira al jinete con curiosidad. Dejando su libro a un lado, se pone de pie. La edad la ha hecho suave y rechoncha, pero tiene una cierta tranquila fuerza.

—Ruth —una delgada y ronca voz pregunta desde otro cuarto de la casa—. ¿Quién está en la puerta?

¿Se perdió la parte donde irrumpimos en su casa?

La mirada de Ruth permanece en Peste por un largo tiempo, pasando de su arco y carcaj a su corona, antes de posarse en su rostro.

—Creo que es uno de los Cuatro Jinetes, cariño. —Sus ojos se dirigen hacia mí—. Y trajo consigo a una amiga.

—¿Qué de...? —Los sonidos arrastrados provienen de la habitación de atrás.

Cualquiera que sea la conmoción que sufrió Ruth momentos antes, ahora se disipa. De repente, comienza a moverse, apresurándose.

—Bien, vamos, ustedes deben estar fríos. Pasen, entren, y por el amor del Buen Dios, cierren la puerta detrás de ustedes.

Peste mira con curiosidad desde ella al pomo de la puerta, que cuelga en un ángulo divertido. Empujo la puerta cerrándola detrás de él.

Ruth viene a mí y me ayuda a quitarme el abrigo. Sus manos secas rozan contra las mías.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—¡Cielos, niña! —exclama, ahuecando una—. Vas a atrapar tu muerte por ahí. Estás tan fría como el hielo. —Ruth chasquea la lengua hacia Peste—. Es una pena que la dejes helarse.

El jinete mira a Ruth en estado de shock y yo intento no sonreír. Está claro que nunca antes se había encontrado con una dulce anciana.

Justo en ese momento, un anciano cojea desde un pasillo que se bifurca hacia la izquierda. Se detiene abruptamente.

—¡Señor Todopoderoso! —Pone una mano sobre su corazón—. No estabas bromeando, Ruthie —dice, mirando a Peste.

Se acerca cautelosamente, sus ojos beben del jinete.

—En verdad, ¿eres real?

El mentón de Peste se levanta en un ángulo casi arrogante, aunque su expresión es más curiosa que arrogante.

—Por supuesto que sí —dice con calma.

De la nada, el anciano suelta un grito ronco.

—Bien, estaré condenado. Vengan a sentarse. *Mi casa es su casa*² —dice.

Esta tiene que ser la situación más extraña en la que he estado. Y considerando las últimas semanas de mi vida, eso es decir algo.

Los dos seguimos a la pareja de ancianos a su cocina, Peste con mucha más renuencia que yo. Mira a la pareja sospechosamente, su mano se inclina hacia su arco. Claramente no sabe qué hacer con esta hospitalidad. La verdad sea dicha, yo tampoco.

Ruth se acerca a la cocina, calentando una taza de té mientras el hombre hace un gesto hacia una desgastada mesa de madera.

—Por favor, deben estar cansados. —Mira por la ventana—. Mal tiempo para viajar.

Casi lloro, tomando agradecida un asiento. Ha pasado tanto tiempo desde que otro ser humano me trató con algún tipo de genuino cuidado, casi había olvidado que la gente hacía esto.

² N.T. En el original, en español.

Laura Thalassa

El viejo cojea hacia el otro lado de la cocina, donde Ruth está agarrando tazas.

—Siéntate, amor, déjame hacer esto —dice.

Ella se ríe.

—Tú eres el que necesita sentarse —dice—. Esa rodilla te dará problemas esta noche.

—¡Bah! Todo me da problemas en estos días. —Mira hacia mí y me guiña el ojo, el gesto que hace que Peste mire entre los dos.

Ruth agarra una espátula y golpea a su marido, que ahora intenta moverla físicamente.

—Tengo esto. Ahora deja de manosearme frente a nuestros invitados y ve a sentarte.

El hombre se queja, diciendo más fuerte:

—Me llevaré mi afecto donde pueda conseguirlo.

Su esposa le lanza una cálida mirada por encima del hombro mientras se sienta frente a nosotros.

El jinete observa todo el intercambio con la mayor fascinación.

—Soy Rob, y esa es Ruth —dice el anciano, sentándose en su silla mientras hace las presentaciones.

Peste inclina su cabeza.

—Soy Peste, y esta es Sara —dice, haciendo un gesto hacia mí.

—Peste —repite Rob, sus ojos brillantes de asombro. Recordando, se vuelve hacia mí y asiente—. Y Sara, es un placer conocerlos a ambos.

Echo un vistazo entre todos, casi tan conmovida como el jinete. Hemos llegado a esperar un cierto diálogo entre nosotros y nuestros anfitriones, y este se ha desviado salvajemente del guión.

—¿Lo es, sin embargo? —pregunta Peste, evaluando al hombre—. ¿Es un placer conocernos?

—¡Bueno, por supuesto que lo es! —dice Rob, golpeando su palma contra la mesa para enfatizar—. ¿Con qué frecuencia llega uno de los Cuatro Jinetes a tu puerta?

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Ruth se revuelve con varias tazas humeantes de té, colocándolas frente a cada uno de nosotros.

—Gracias —murmuro cuando me da una taza.

Peste frunce el ceño ante su propia bebida, sus fosas se dilatan al olor.

Rob palmea el costado de Ruth mientras toma asiento a su lado.

—Gracias por el té. —Su mirada se detiene en ella, y es una mirada lo suficientemente íntima para que desvíe mis ojos.

Empujando su bebida, Peste se reclina en su asiento, su expresión atrapada en algún lugar entre preocupado y esperanzado.

—La mayoría de los mortales no aceptan amablemente mi presencia.

—¿Parece que temo a la muerte? —pregunta Rob.

Los ojos del jinete se estrechan astutamente.

—Soy viejo, me duele el cuerpo y mi ingenio se ha ido a medias. —Mira a Ruth—. Nuestros niños crecieron y nos abandonaron, y ahora sus hijos ya están grandes. Si el final ha llegado, bueno, estoy feliz de morir junto a mi esposa.

Una arruga marca la frente de Peste.

—No es una buena muerte —admite.

No sé por qué se molesta en hacerse ver mal. Estas personas *quieren* agradarle.

—Mucho mejor que perder la cabeza, memoria por memoria —dice Ruth. Se estremece—. Así fue mi madre. Es lo suficientemente horrible perder a alguien, pero ver como la muerte los toma pieza por pieza hasta que no quede nada más que una cáscara. —Niega con la cabeza—. No, hay formas mucho peores de morir que la plaga.

—Queremos quedarnos aquí por varios días —dice Peste—. Sara necesitará una cama, comida y agua.

Una vez más, Peste parece querer agravar a la pareja de ancianos. Sus esfuerzos, sin embargo, parecen ser en vano. Cuando sus ojos se mueven hacia mí, sus expresiones son amables.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Eso no es un problema —responde Rob—. Como dije, *mi casa es su casa*.

Admito el perfil ceñudo de Peste cuando me golpea. A nadie nunca le ha *agradado* antes, no hasta ahora. Él no confía en Ruth o Rob, ¿por qué debería? La gente *odia* a Peste, el propagador de la plaga.

Agarro la mano del jinete, una acción que atrae la mirada de la pareja de ancianos hacia mí.

Haciendo caso omiso de ellos, me inclino hacia Peste.

—¿Puedo hablarte a solas por un momento?

Sus ojos se mueven hacia nuestras manos unidas, luego hacia mi cara. Sin decir una palabra, su silla se arrastra hacia atrás y despliega sus más de seis pies de altura.

Peste me sigue hasta la entrada. Cuando me giro para mirarlo, está cerca, su ropa rozando la mía.

—¿Qué pasa, Sara? —pregunta, tocando un mechón de mi cabello, como si no pudiera evitarlo.

—Estas personas no están tratando de engañarte, Peste. Están genuinamente emocionados de que estés aquí. —Lo cual es una tontería loca si me preguntas, pero oye, nadie pregunta, entonces...

—¿Cómo sabes eso? —pregunta, sin molestarse en negar el hecho de que es escéptico.

Levanto mis brazos sin poder hacer nada.

—Solamente lo hago.

Me estudia, frotándose la mandíbula distraídamente mientras piensa en ello. Intento no insistir en cuán sexy es esa pequeña acción.

Finalmente, asiente.

—Bien. Voy a... trabajar en confiar en estas personas porque tú lo haces. —Tomo su mano de nuevo y la aprieto. Estoy a punto de dejarlo ir cuando su agarre se tensa—. Sara —dice.

Su otra mano se une a la primera; toma mi mano como si fuera un regalo. Una mirada a sus ojos me tiene temblando. Su mirada es demasiado profunda, su rostro demasiado sincero... lo que sea que esté por decir, mi corazón no está listo para eso.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Retiro mi mano de la suya y vuelvo a la cocina, sin esperar a que me siga.

Varios segundos después de tomar asiento, oigo sus pasos pesados. Sus ojos están fijos en mí mientras se sienta. Puedo prácticamente sentir las palabras que necesita decir, de las que hui.

Su mirada se detiene en mí un poco más, pero finalmente su cuerpo se relaja, y cuelga un brazo casualmente sobre mi respaldo. Juro que cada centímetro de mí es muy consciente de ese brazo.

Todo el tiempo, Ruth y Rob nos miran impasibles. Hace que mis palmas suden, sabiendo lo que podrían estar viendo.

—Entonces, ¿qué los trae a nuestro hogar? —pregunta alegremente Ruth.

—Sara necesita descansar y recuperarse —dice Peste. Puedo sentir su mirada en todas partes—. Los largos días de viaje le pasan factura.

—Ah —dice Ruth, asimilando sus palabras y su comportamiento—. ¿Y tú? ¿Necesitarás una cama?

Peste se relaja en su asiento, sus grandes piernas extendidas.

—Soy Peste el Conquistador, el primero de los Cuatro Jinetes que viene a reclamar su mundo. Soy eterno y mi tarea, inquebrantable. No necesito nada para sostenerme.

Cooooorrecto, entonces.

Ruth levanta sus cejas placenteramente.

—Bien, hay una cama extra si es necesario. Ahora —dice, poniéndose cómoda en su silla—. ¿Cómo se conocieron? —Mira entre el jinete y yo mientras toma un sorbo de su bebida.

Es una astuta, esta Ruth. Fingiendo que no está trazando mi extraña relación con Peste.

—Intenté matar al jinete —digo.

Ruth deja su té, su taza chocando contra la mesa, claramente sorprendida por la respuesta.

—Le disparé con la escopeta de mi abuelo —continúo—, y luego encendí su cuerpo en llamas.

Nuestros anfitriones han perdido el habla.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Probablemente no necesitaba entrar en tantos detalles...

Creo que Peste no es el único que trata de sabotear la hospitalidad de esta pareja.

—Ella es mi prisionera —explica el jinete.

Hago una mueca en mi taza. La declaración suena decididamente falsa para mis oídos.

—Si no te importa que pregunte, ¿qué planeas hacer con ella? —Rob hace la pregunta de forma bastante agradable, pero puedo decir que está listo para echar a Peste si le da una respuesta incorrecta.

Aprieto mi taza un poco más. No esperaba que los desconocidos se preocuparan por mí, especialmente los que de hecho están entusiasmados por recibir a un jinete.

—Me quedaré con ella —dice Peste.

De nuevo, esa *mirada* del jinete. Mi estómago toca fondo, y trato de decirme a mí misma que es pavor, pero no puedo engañarme.

Estás anticipándote a lo que está por venir, Burns.

Ni Ruth ni Rob objetan la respuesta de Peste, pero puedo ver que los incomoda. Hubiera tratado de matar a un ser humano, bueno, tenemos sistemas de justicia que se ocupan de ese tipo de delitos. Pero castigarme manteniéndome prisionera... eso simplemente no se hace.

El jinete empuja su silla hacia atrás y se para.

—Necesito atender a mi corcel. Entreténgase en mi ausencia.

Dicho como si fuera el maldito rey del castillo y no lo que arrastró el gato.

Sin decir una palabra, sale de la casa. En su ausencia, la cocina se vuelve muy, muy silenciosa.

Finalmente, alguien habla:

—¿Estás bien, cariño? —pregunta Ruth.

Froto mi pulgar sobre el borde de la taza.

—Sí, lo estoy. —Alzo la mirada—. Quiero decir, todo es relativo en este punto, pero no estoy muerta, y eso es más de lo que se puede decir de todos los demás. —Mi voz se quiebra. No me escapa que estoy sentada

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

en una mesa con otras dos víctimas de Peste.

Ruth se inclina hacia adelante para colocar una de sus manos sobre la mía. Le da un apretón.

—Estarás bien —me tranquiliza.

No sabía que necesitaba escuchar esas palabras hasta que sentí que mis ojos picaban. Asiento con la cabeza, tomando fuerza de lo que dijo.

Es incorrecto tomar su bondad y valor cuando ella es la que realmente lo necesita.

—Lo siento —susurro roncamente—. Por... todo.

Me disculpo por algo más que estrellarme contra las vidas de Rob y Ruth junto a Peste. Me disculpo por todas esas familias cuyas vidas terminamos. Me disculpo por no haber terminado con el jinete, que me gusta ahora. Me disculpo por cada pequeña y jodida cosa que sucedió desde que Dios decidió que era hora de que todos pagáramos los platos rotos.

Rob mueve una mano.

—Recibimos órdenes de evacuación. Sabíamos lo que significaba quedarse —dice, tratando de absolverme de culpa.

—El jinete —comienza Ruth—, no te ha... —Busca las palabras correctas—, obligado a hacer algo en contra de tu voluntad, ¿o sí?

Violarme, quiere decir. Está preocupada de que me haya estado violando.

—No... no —me apresuro a decir. Peste puede ser brutal, pero también es caballero, a su modo extraño. Se cortaría su propia mano antes que tomarme en contra de mi voluntad—. Realmente no piensa así —admito—. Su comprensión de la naturaleza humana se limita a lo que ha visto en sus viajes y de lo que ha aprendido de mí.

¿Pero es eso realmente cierto? Hay tantas cosas que todavía no sé sobre él.

—Si no te importa que hable sin rodeos —dice Ruth—, el jinete puede decir que eres su prisionera, pero no te trata como a una.

Mi aliento se traba en mi garganta. No quiero escuchar sus próximas palabras.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Te trata como... bueno, como si estuviera interesado en ti.

Mi estómago se aprieta incómodamente.

—Lo sé —digo en voz baja. No tengo las bolas para admitir que el interés no es solo de un lado.

Justo en ese momento, la puerta de entrada se abre, y Peste vuelve a entrar. Sus ojos encuentran los míos inmediatamente, y hay un anhelo tan franco en ellos.

¿Cuándo pasamos de odiarnos a *esto*?

Se sienta a mi lado, acercando su silla a la mía.

—¿Tienes hambre? —pregunta, toda su atención centrada en mí.

—Estoy bien.

—Esa no es una respuesta verdadera —dice.

—Es la única que vas a recibir —le digo con aspereza.

Por supuesto, eso es todo lo que Ruth necesita escuchar antes de irse a preparar un plato de nueces, fruta y queso.

Rob se inclina hacia adelante.

—¿Cuánto nos puedes decir de tus orígenes? —pregunta, cambiando el tema por completo.

La atención de Peste se aleja a regañadientes de mí.

—Esa pregunta tiene varias respuestas —responde el jinete. Mientras habla, se retira su arco, luego se quita su carcaj.

—¿Eres una entidad cristiana? —Rob presiona.

Debería haber anticipado esta línea de preguntas a partir de la cruz colgando sobre la mesa de la cocina.

Peste echa sus enormes botas sobre la mesa, cruzando los pies por los tobillos. No tengo idea si sabe que es grosero hacerlo, pero parece bastante cómodo. Apoya su brazo sobre mi silla de nuevo.

—Cristianos, musulmanes, judíos, budistas, todos están equivocados y todos están bien —dice—. No son los detalles los que son importantes. Es el mensaje general.

Siento los dedos del jinete jugando con mi pelo, la sensación me

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

hace querer inclinarme sobre el tacto (soy una fanática de las caricias en la cabeza).

—La moral, y no la fe —continúa—, es lo que le importa a Dios.

Los ojos de Rob están llenos de alegría.

—Por supuesto —dice. Da una risa sobresaltada, como si toda la conversación fuera tan sorprendente, la cual, sí, no jodas Burns, lo es—. Ah, nunca pensé que este día llegaría. Soy el hombre más afortunado, estar sentado aquí con pruebas de su existencia. ¿Y cuánto sabes sobre la Biblia?

—La Biblia es una obra del hombre, no de Dios. ¿Qué uso tengo para algo que está más mal que bien?

Me tenso, esperando que Ruth o Rob se ericen, pero no es así. Estoy bastante segura de que Peste podría tirarse un pedo y lo encontrarían encantador.

—¿Y qué es correcto? —pregunta Ruth, volviendo con la bandeja de bocadillos, sentándose en su silla.

—Que mis hermanos y yo hemos venido a conquistar esta tierra, y a menos que los humanos cambien, todo será devastado, y su día de juicio caerá rápidamente sobre ustedes.

Realmente podría lubricarnos, en lugar de meternos mierda de esa manera.

Rob se inclina hacia adelante.

—¿Cómo cambiamos?

—Su naturaleza está corrompida —dice Peste—. Sus corazones son duros y sus mentes están fijas en un curso egoísta y destructivo. Han matado a innumerables criaturas, han hecho una burla de la naturaleza, se han dado la espalda el uno al otro. A menos que sus caminos cambien, serán eliminados.

Rob pasa una mano por su cabello blanco muy corto.

—Es una tarea difícil para nuestro lote —dice con tristeza.

—Es por eso que la humanidad perecerá —dice Peste con tanta certeza que tengo que aplacar un escalofrío.

No cree que podamos cambiar.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Rob se inclina hacia adelante.

—¿Pero hay una posibilidad de que no lo hagamos?

Peste duda.

—Sí —dice finalmente—. Hay una posibilidad. Hasta que Muerte haya recorrido la tierra y la haya considerado indigna, hasta que Dios mismo nos haya llamado devuelta, hay una posibilidad.

Me quedo despierta por mucho tiempo esa noche, mi mente apagándose despacio. Incluso una vez que lo hace, mi sueño es bastante ligero. Una carcajada o una palabra brusca desde el otro extremo de la casa son suficientes para despertarme.

Peste se queda despierto hasta tarde con la pareja de ancianos, hablando de cosas que no puedo entender completamente. Pedazos y partes de la conversación flotan hacia dentro, y es suficiente para que me dé cuenta de que están hablando de Dios y religión. Me da la impresión de que el jinete es mucho más libre con sus palabras de lo que es conmigo.

Sorprendentemente, siento una chispa de celos. Ni siquiera *quiero* hablar con Peste sobre Dios, así que no sé por qué me molesta.

Deseas que comparta sus pensamientos más íntimos contigo, y solo contigo.

Pensar que les está diciendo cosas a esta pareja que no expresará frente a mí... debajo de los celos y la molestia está el daño.

Eres su prisionera, algo que parece se te olvida una y otra vez.

Después de lo que parece una eternidad de sueño inquieto, escucho cómo las sillas chirrían, luego el ruido de pasos suaves mientras Ruth y Rob se dirigen a la parte posterior de su casa. Me esfuerzo por escuchar cualquier otra cosa, cada segundo que pasa me despierta más, pero no hay nada.

¿Peste está sentado solo en la oscuridad?

No es hasta algún tiempo después, cuando el sonido de una silla deslizándose hacia atrás me despierta por millonésima vez, que escucho los característicos pasos del jinete. Se dirige al pasillo, hacia mi

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

habitación.

Mi corazón comienza a golpear mientras se acerca.

¿Viene por mí?

La idea que una vez me llenó de repulsión ahora me llena de emoción.

Le escucho hacer una pausa fuera de mi puerta, el silencio se prolonga una y otra vez.

¿Qué está haciendo?

El pomo de la puerta gira y entra. Apenas puedo distinguirlo en la oscuridad. Es solo una sombra más grande entre el resto de ellas, su forma se ve tambaleante mientras llena la entrada.

Se mueve hacia la derecha de la cama, se sienta en el piso y apoya la espalda contra la pared.

No sé qué hacer conmigo, se supone que estoy dormida, pero no lo estoy, y se siente como una gran mentira. Peste *tiene que darse cuenta* de que estoy despierta, ¿verdad? Estoy segura de que estoy respirando demasiado fuerte o estoy acostada demasiado quieta.

—Entre mi creciente lista de defectos está la cobardía —dice Peste en la oscuridad—. Vengo a ti ahora como un ladrón en la noche, porque me temo que nunca me escucharás bajo la luz del día —su voz es un suave murmullo—, y debo confesar todas las cosas en mi corazón.

Esssssssstá bien. Esto tiene que ser interesante. Y ahora estoy jodidamente *despierta*.

—Te encuentro hermosa, querida Sara, tan hermosa. Pero es una belleza tan aguda y mordaz, como el borde de mis puntas de flecha, porque recuerdo que no eres como yo. Un día, morirás, y estoy cada vez más ansioso por ese hecho.

Tengo que obligarme a respirar y contener el sonido incómodo y asfixiante que realmente quiere escapar de mis pulmones. Nadie nunca me ha hablado así.

—Lo admito —continúa—, no tengo idea de lo que me pasó. Nunca en mi larga existencia me he sentido así. No fue hasta que llegué a tu mundo en esta forma que pude sentir. Y antes de conocerte, incluso eso se limitaba a la hostilidad que ardía en mi estómago. Todo lo que una vez quise fue arrasar la civilización hasta los cimientos.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

»No fue hasta que te conocí, a pesar de odiarte, que entendí el significado de las palabras de Dios. De la *misericordia* —dice esto como si fuera de suma importancia—. Y ahora entiendo por qué todavía hay esperanza para los de tu clase. Porque junto con lo malo, hay *esto*.

Está bien, estoy bastante segura de que este tipo no tiene la menor idea de que estoy despierta.

—Y no puedo entender qué es *esto* —continúa—, solo que lo siento cuando te veo y cuando pienso en ti. Cuando cabalgamos juntos y te abrazo, siento que todo está bien. Y cuando te ríes, creo que realmente podría morir. Este es un tipo de placer agonizante, y es siempre tan confuso. No entiendo cómo el dolor y el afecto pueden coexistir uno junto al otro.

Suspira, inclinando la cabeza hacia arriba para mirar el techo.

—Cuando me ignoras, me quemo con inquietud; se siente como si el sol hubiera dado la espalda al mundo. Y cuando me sonríes, cuando me miras como si pudieras ver mi alma, siento... Siento como si estuviera encendido en llamas, como si Dios te hubiera llamado a *ti* para que arrases con *mi* mundo.

Me está abriendo de par en par. Nadie me ha hablado nunca así—nadie jamás ha *pensado* así de mí—y no tengo defensa en contra de eso.

Se pone de pie y camina hacia la puerta. Hace una pausa allí.

—Para bien o para mal —dice por encima de su hombro—, he sido indeleblemente cambiado por ti.

Solo cuando las pisadas de Peste se han desvanecido, libero ese sollozo ahogado.

Ya es suficientemente malo que quiera su cuerpo. Si tan solo la atracción terminara allí. Pero mi corazón está cediendo el paso a las palabras del jinete, y me temo que al final, podría ser solo una más de las conquistas del jinete.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 31

Traducido por Vale

A la mañana siguiente, entro sigilosamente en la cocina, notando el plato frío de huevos revueltos y jamón en la mesa junto a una taza vacía, una bolsa de té y un termo lleno de agua caliente.

Mi dedo toca ociosamente el borde de la taza mientras miro por una ventana cercana. El sol ya está alto en el cielo. Froto mi cabeza, revolviendo mi cabello castaño.

Dormí demasiado tiempo, lo suficiente para que nuestros huéspedes moribundos me hicieran el desayuno.

El sonido de los pasos pesados de Peste hace que todo mi cuerpo se vuelva loco. No puede decidir si debería chillar o salir disparado de la habitación.

—Buenos días, Sara.

Me obligo a darme la vuelta y parecer normal y no como si anoche escuché a escondidas cosas que no debería.

—Um, buen día.

La mirada del jinete es profunda, sus ojos llenos de todas esas cosas en las que estaba hablando poéticamente anoche.

No actúes como si no hubieras guardado cada uno de esos elogios para saborear más tarde.

—¿Dónde están Rob y Ruth? —le pregunto, agarrando el termo y ocupándome de preparar una taza de té.

La cara de Peste se vuelve sombría.

—La plaga ha empezado a cobrar su precio.

Mi piel se quema con la culpa, y por un instante, me siento tan enferma como deben estar ellos. Estoy desayunando y durmiendo en su

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

cama como Ricitos de Oro mientras ellos mueren de la plaga que literalmente llevé a su puerta.

El jinete se acerca, mirando el té que estoy dejando en infusión.

Cuando te ríes, creo que realmente podría morir.

—Entiendo el alcohol, pero no entiendo el café, y definitivamente no entiendo el té —dice, completamente ajeno a mis pensamientos.

Me encojo de hombros.

—Sabe y huele a *acre*.

—¿De verdad lo probaste? —pregunto, levantando las cejas mientras llevo la taza a mis labios.

Hace una mueca.

—Anoche, después de que te fuiste a dormir, Ruth y Rob insistieron en que lo probara.

Me río.

—¿Dejaste que te presionen para que pruebes el té cuando ni siquiera yo pude conseguir que tomes chocolate caliente?

Qué inocentón.

Peste me fulmina con la mirada.

Tomo otro trago de té para ocultar mi sonrisa. A pesar de nuestra conversación informal, la mano que sostiene la taza tiembla.

Te encuentro hermosa, querida Sara, tan hermosa.

Sus palabras de la noche anterior me rodean; no puedo estar normal a su alrededor. Ugh. Estoy toda nerviosa.

Mis ojos se dirigen al desayuno dispuesto para mí. Entre la enfermedad de Ruth y Rob y la atención de Peste, la idea de comer me revuelve el estómago.

Siento como si estuviera encendido en llamas, como si Dios te hubiera llamado a ti para que arrases con mi mundo.

En un impulso, giro hacia él y le doy un beso en los labios.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Las manos de Peste se mueven a mi cintura, y me atrae, y lo que se suponía que fuera un breve beso se convierte en un beso largo y lánguido.

Por varios segundos me rindo y me dejo consumir por ello. Pero luego, en algún punto del camino, me recuerdo.

Rompo el beso mientras la vergüenza arde en mi vientre. ¿Alguna vez se irá, o tendré que lidiar con eso día tras día, ciudad tras ciudad, hasta que todo el mundo se haya incendiado y solo quede yo?

Todavía mirándome a los labios, el jinete da un paso adelante, listo para reanudar el beso.

Coloco una mano sobre su pecho.

Baja la mirada hacia esta.

—¿Debo creer que ya no quieres mi afecto cuando no hace un minuto lo buscaste?

¿Le digo la verdad?

—Peste, yo... —No puedo hacer esto aquí. No cuando una pareja muere en la habitación contigua y tú eres el responsable. Me aclaro la garganta—. Necesito ir a atender a Rob y Ruth.

Los ojos del jinete se mueven en dirección a su habitación, su rostro afectado con tensión. Sin decir una palabra más, se va de la casa, el sonido de la puerta cerrándose hace eco mucho después de que se ha ido.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 32

Traducido por YoshiB

Esta vez, cuando me preocupo por la pareja de ancianos, Peste decide ayudarme. Es cariñosamente malo y más estorbo que ayuda, pero en realidad le importa lo suficiente como para intentarlo y eso es lo suficientemente bueno para mí.

Por supuesto, no son solo las tareas en las que es malo. Está taciturno y de mal humor mientras ayuda a la pareja a sentarse en la cama para que puedan comer y beber lo poco que puedan. Su temperamento se vuelve negro cuando Rob le agradece o Ruth acaricia amorosamente su mano.

Si no lo supiera mejor, diría que al jinete no le gusta ver cómo su plaga se lleva a esta pareja.

Al final del día dos, horas después de que Peste saliera de la casa y nunca regresara, deambulo por la habitación de Ruth y Rob. Los dos están en la cama, sus cuerpos girados para mirarse. Sus manos están juntas y sus ojos están cerrados. Por lo poco que puedo ver de su piel—y lo que puedo oler—las llagas ya se están abriendo en su cuerpo.

—Señor, te pedimos que traigas a tu jinete un cierto nivel de paz, porque está luchando con su espiral mortal —dice Rob, con voz tensa y débil—. Y te pedimos que le des fuerza a Sara, la niña que ha puesto a su lado. Ella defiende el papel que le ha encomendado, y lo hace con gracia, pero, no obstante, se ve profundamente afectada por sus circunstancias...

No oigo nada más que eso. Como una cobarde, huyo de la habitación. Su amabilidad ya era demasiado, pero esto es algo completamente diferente.

No puedo hacer esto. Incluso cuando están pidiendo fortaleza a su Dios, me estoy rompiendo porque no puedo hacer esto. No puedo comer su comida y dormir bajo su techo y verlos morir en una muerte horrible mientras rezan por mí y Peste.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Quiero reírme de eso último. Están orando por el único hombre inmune a la ira de Dios.

¿Pero lo es? Es un pensamiento tranquilo y bastante fácil de alejar.

En la distancia, escucho la puerta abrirse, y luego los pesados pasos del jinete. De todos los momentos para que Peste vuelva, tiene que ser ahora.

Entra silenciosamente en la habitación y me encuentra sentada al borde de la cama. Una mano cubre mis ojos mientras mis hombros tiemblan.

—¿Sara? —dice vacilante.

Dejo caer la mano de mis ojos y la miro.

—No los dejes morir —digo, mi voz se resquebraja. No puedo mirarlo.

Entra a la habitación y cierra la puerta detrás de él.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Son buenas personas —digo, las palabras se van apagando cuando salen—. No merecen morir de esta manera.

—La vida no tiene en cuenta la imparcialidad —dice Peste—. Supuse que de todas las personas lo sabías.

—¡Maldita sea, Peste, me salvaste! —digo, mi temperamento enardecido—. ¡Puedes salvarlos también!

Hay una pausa larga. Entonces:

—No lo haré.

Me obligo a mirarlo. Tengo que ignorar la mirada de agonía en sus ojos.

—Por favor.

Mira hacia otro lado.

—Esa maldita palabra.

Olvidé cuánto le disgusta hasta ese momento. La culpa y el dolor se precipitan dentro. Va a matarlos ahora simplemente porque lo dije. Va a disfrutarlo también.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Pero por una vez, eso no sucede. En cambio, tal vez por primera vez, parece desgarrado.

Puedo verlo físicamente recomponerse.

—No —dice, resuelto—. No me vuelvas a pedir esto.

Me pongo de pie, mi desesperación se transforma en algo más ardiente, más malo, mientras bajo la mirada a la cosa consiente que podría quitarles la enfermedad.

—¿O si no qué? —pregunto, acercándome a él. Empujo su torso—. ¿Me amarrarás de nuevo? ¿Me arrastrarás detrás de tu caballo hasta que esté a una pulgada de la muerte? ¿Me expondrás a los elementos hasta que tenga hipotermia?

Entorna los ojos.

—Todas son grandes sugerencias.

—¿Por qué salvarme a mí pero no a ellos?

—Tengo la intención de hacerte...

—*Sufrir*. Lo sé. Dios, lo sé. —Me alejo de él y me siento cansada una vez más en la cama.

Me mira por un largo momento, luego da un paso adelante. Me tensó, y debe darse cuenta porque se detiene. Luego, desafiante, cierra el resto de la distancia entre nosotros.

Peste se sienta a mi lado, su cuerpo empequeñece el mío. Estoy a punto de levantarme cuando pone un brazo alrededor de mis hombros.

Debería estar alejándolo. Debería estar gritándole o irrumpir fuera de la habitación. Debería estar haciendo cientos de cosas diferentes. En cambio, me apoyo en su abrazo y entierro mi cabeza en su hombro. Mi cuerpo se estremece cuando empiezo a llorar y sollozar. Su otro brazo me rodea, y me pone sobre su regazo, acunándome contra su enorme torso. Me tomo un consuelo perverso, a pesar de que es el responsable de mi dolor.

Presiona su mejilla contra mi sien, sosteniéndome con tanta fuerza que me pregunto si también se está consolando por el abrazo.

—No estés triste —dice, sus labios rozando mi piel.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Niego con la cabeza contra su pecho. Lo que está pidiendo es imposible. Y sin embargo, cuanto más tiempo me abraza, mejor me siento.

Lo respiro.

—No voy a poder sobrevivir a esto —le susurro mi mayor temor.

El cuerpo de Peste se inmoviliza.

—Lo harás —insiste—, porque debes hacerlo.

Me alejo lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—No lo haré —le digo nuevamente—. Voy a morir antes de que termines con este mundo.

Y entonces Peste será el único que quedará para sufrir.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 33

Traducido por Vale

Puedes sentir que llega el final, como una ola que se precipita. Se mueve sobre ti, se acomoda debajo de tu piel. Se instala en sus pulmones y se desliza a tu corazón y, finalmente, se inserta en tu mente. Esta terrible y horrible cosa llamada muerte pasa de ser una eventualidad distante a una certeza repentina.

A medida que avanza la noche, Ruth y Rob necesitan más y más atención, y es en algún momento durante ese tiempo que siento que la Muerte se une a nuestra pequeña fiesta, merodeando en las sombras, esperando el momento adecuado para recoger estas almas. La pareja de ancianos debe sentirlo también porque a pesar de que están débiles y en cantidades cada vez mayores de dolor, logran moverse hacia los brazos del otro.

Peste los mira con curiosidad, como si nunca antes hubiera visto algo como esto.

Sus pieles son viejas, sus huesos son viejos, sus corazones son viejos. Y se han amado durante mucho, mucho tiempo. Y, sin embargo, está claro que incluso después de todos los años que han pasado juntos, esta despedida llega demasiado pronto.

Demasiado pronto.

Se me cierra la garganta. Esto es... personal. Realmente, muy personal. Y desgarrador, y no para mis ojos. Inclino la cabeza y eventualmente salgo de la habitación.

El jinete no me sigue, eligiendo en cambio ser un intruso.

Pasan cinco minutos, luego diez.

¿Qué podría estar haciendo allí?

Finalmente, cuando parece que ha transcurrido una eternidad, abro la puerta de nuevo y miro dentro. Peste está sentado junto a la cama,

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

su gran cuerpo empequeñece la silla lateral. Mira a la pareja con una mirada confundida en su rostro.

Uf, necesito recordar que este tipo tiene cero habilidades sociales.

Deslizándome dentro, tomo su mano, lo tiro de la silla y lo saco de la habitación. Parece tan confundido por este nuevo giro de los acontecimientos como lo estuvo con la pareja a la que estaba mirando de forma espeluznante.

—¿Qué pasa, Sara? —pregunta cuando cierro la puerta detrás de nosotros.

—Estas son sus últimas horas. Estoy segura de que quieren pasarlas solos.

Su mirada vaga hacia la puerta cerrada.

—¿Cómo sabes que quieren estar... *solos*?

Puedo decir que encuentra extraño mi elección de palabra: '*solos*' es viajar por una tierra extranjera durante semanas y nunca hablar con otra persona. Definitivamente no es aferrarse a otro ser humano que murmura en voz baja sobre cosas que solo los amantes saben.

Peste me está mirando, esperando mi respuesta.

¿Cómo poner esto? Nunca pensé que tendría que explicar algo tan obvio a otra persona.

—Quiero decir que quieren estar solos juntos —digo—. Quieren compartir su último momento disfrutando de la compañía del otro, no de la nuestra.

El jinete todavía me está mirando con una gran cantidad de confusión, así que me explico.

—Solo tenemos tantos minutos vivos —digo—. Cuando encuentras a alguien con quien vale la pena pasar ese tiempo, no quieres compartir esos minutos con nadie más. —Particularmente no tus últimos pocos minutos.

Durante un largo momento, Peste digiere esto. Finalmente, inclina la cabeza.

—Entonces los dejaré... *solos*.

Lo miro de cerca.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—¿De todos modos, por qué los estabas mirando?

A Peste realmente no le gusta ver morir a las personas, a pesar de toda la muerte que entrega.

Duda antes de decir:

—Están enamorados.

Ahora soy yo la que no entiende.

Cuando Peste ve esto, explica:

—Esta es la primera vez que he visto a seres humanos enamorados. Es... curioso, *cautivador*, ver un lado de la naturaleza humana que anteriormente se me había ocultado.

No sé qué pensar de eso.

—Pero has estado vivo para presenciar miles de años de historia humana. Debes haber visto el amor en algún momento durante todo ese tiempo. —Después de todo, es el que siempre está hablando de lo intemporal que es.

—Sí —dice lentamente—. Pero no así.

No como una cosa que vive, respira, *siente*. Y de alguna manera eso hace toda la diferencia.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 34

Traducido por Candy27

Rob va primero. El día que muere, es una mañana fría y lóbrega.

El llanto débil de Ruth me despierta. Aunque el sonido es débil, hay algo que me golpea en las tripas, y sé que se ha ido. El gran amor de su vida se ha ido.

Me apresuro a su habitación, a pesar de que no hay razón para apresurarse en este punto. Peste ya está allí, con la frágil y picada forma de Rob acunada en sus brazos.

Los ojos tristes del jinete se encuentran con los míos y se ven tan desesperadamente perdidos. No puedo entender su emoción, este jinete insistió que debían morir.

Pasando junto a él, me arrodillo al lado de Ruth. Incluso con fiebre, llora débilmente. Llevo una silla hasta su lado de la cama, y me quedo a su lado, agarrando su mano mientras su dolor se abre camino a través de su sistema.

Pensarías que después de vivir juntos una vida, Ruth estaría inconsolable, pero ni una hora después de que entrara en su habitación, su tristeza se ha ido como una tormenta a través de la ciudad.

—Estaré con él suficientemente pronto —me dice—. Realmente es una bendición dejar este mundo unidos. Y vivir en una época en la que sé, sin lugar a dudas, que volveré a verlo, y muy pronto. Casi puedo fingir que simplemente salió de casa para hacer un recado.

Solo que Rob no regresará.

Sus ojos se vuelven distantes y tristes.

—Simplemente no puedo creer que se haya terminado...

Justo en ese momento, Peste vuelve a entrar en la habitación, su presencia es como la de la Parca. Pero tal vez sea solo yo porque cuando Ruth lo ve, tiene una sonrisa lista para el jinete.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

En lugar de devolverle la mirada, Peste me mira a mí, arrugando la frente con preocupación mientras frunce el ceño. Se detiene bastante lejos de la cama.

—No seas tímido *ahora* —lo regaña Ruth—. Acércate.

El jinete se mueve hacia Ruth, como si fuera una cobra a punto de atacar. Es casi risible ver al formidable Peste recelar de la suave y amorosa Ruth.

Ella palmea la cama a su lado. Me estremezco incluso con esa pequeña acción. Sé cuan increíblemente doloroso hacen las llagas ese movimiento.

Suavemente, Peste se sienta donde le indica.

La anciana se acerca y le acaricia la mejilla.

—Te perdono, cariño.

Peste se ve afectado.

—¿Por qué?

Pero lo sabe. Puedo verlo en su cara. Sabe exactamente por lo que le está perdonando, y está ocultando el hecho de que está *sorprendido*.

—No tienes una tarea fácil por delante —dice ella—. Por alguna razón, el Señor consideró apropiado que sintieras lo que es ser humano: la pérdida, el desamor, todo eso.

De repente, Peste parece muy joven.

Solo ahora ve en él lo que ve Ruth: es uno de nosotros incluso cuando se mantiene a parte. No está aislado de nuestro dolor y tormento como me gustaría creer. Tiene que soportarlo como una especie de penitencia.

Con ese repentino entendimiento, todo el eje de mi mundo cambia.

Es una víctima de este apocalipsis tanto como yo.

Valiente y noble Peste, que debe vernos morir a todos, quien *debe hacer* que todos muramos, aunque la muerte le moleste enormemente. No me extraña que nos odie tanto. *Tiene* que hacerlo. De lo contrario, estaría asesinando a miles y miles de personas sin ninguna buena razón que el hecho de que le dijeron que lo hiciera.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Vas a estar bien. Caminas bajo Su luz —dice Ruth como la gran mujer que es. Quiero decir, mierda, esta mujer está en su lecho de muerte y está consolando al tipo que la puso ahí. Si eso no es brutal, no sé lo que lo es.

Las fosas nasales de Peste se mueven, como si estuviera reteniendo alguna emoción fuerte.

—Rob no está aquí para decirlo —continúa Ruth—, así que lo diré por él: Cuida de esa señorita con la que estás, ¿de acuerdo?

Él la mira de la misma manera que la miró la primera noche, como si nunca hubiera topado con Ruth.

Lentamente, asiente.

—Con mi vida, lo juro.

Algo cálido e incómodo se extiende a través de mí.

Ella le da otra de sus dulces sonrisas.

—Ahora si quieres ser amable, estoy terriblemente sedienta.

No tiene más que pronunciar la solicitud hacia Peste para hacer su voluntad. Las dos los vemos irse, y es solo después de que cierra la puerta que Ruth me llama.

—Acércate, Sara.

Casi no lo hago. Ahora que es mi turno de sentarme en la cama y escuchar las últimas palabras de Ruth, me parece que realmente no quiero hacerlo. Una parte infantil de mí cree que si evito hacerlo, ella podrá vivir más tiempo, como si esta dolencia fuera un hechizo que se pudiera romper. A regañadientes, me siento en el colchón y tomo su mano.

Me mira de cerca.

—Querida, eres joven.

Ahora que estamos solas, parece más distante, débil. No importa cuántas muertes pase, siempre olvido cuan alarmantemente rápido llega el final a las víctimas de la plaga.

—Solo en el exterior —digo.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Se siente como si hubiera vivido cien vidas diferentes, cada una de ellas violenta y sangrienta. Supongo que eso es lo que hace el dolor, ensucia tu alma rápidamente.

Ruth me da una triste sonrisa.

—Si eso no es verdad... —Sus ojos se alejan antes de regresar a mí. Aprieta mi mano, su agarre es sorprendentemente fuerte—. Lo que estás haciendo... —empieza.

Inmediatamente, mi pulso empieza a acelerarse. Tengo la horrible sensación de saber de qué va esto.

—Es... bueno —termina.

—No sé de lo que estás hablando. —Al igual que Peste, me estoy escondiendo de la verdad en las palabras de Ruth. Y al igual que Peste, estoy impresionada por su perspicacia.

Ruth me mira con malicia.

—Creo que si lo sabes.

Me retuerzo bajo su mirada.

—He estado aquí el tiempo suficiente para ver los signos —continúa.

¿Los signos de qué?

—Está bien preocuparse por él, incluso amarlo —dice Ruth.

—No lo amo —digo con fervor. Mis palabras suenan falsas, incluso para mis oídos, y no sé por qué. No estoy enamorada de él.

Acaricia mi mano.

—Bueno, en el caso de que finalmente lo hagas, debe saber que no está mal, y definitivamente no es algo por lo que sentirse culpable.

Pero, ¿no es así? ¿Amar lo que está destruyendo tu mundo? Eso parece de mal gusto en el mejor de los casos, imperdonable en el peor.

—El amor es el mayor regalo que podemos dar o recibir —continúa Ruth, sin darse cuenta de mis pensamientos turbulentos—. Y tengo la sensación... —dice en voz baja—, que el amor es lo único que puede sacarnos de este lío. —Sus ojos entrecierran—. ¿Me entiendes?

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Por supuesto que la entiendo. Es el lema de todos los charlatanes religiosos que han estado hablando desde sus tronos desde La Llegada. Excepto que cuando Ruth lo dice, una mujer que no solo expresa el sentimiento, sino que lo ha vivido, finalmente tomo las palabras en serio.

Hace un gesto hacia la puerta.

—Ese chico que está afuera... —Solo Ruth tendría las narices de llamar a Peste que no tiene edad, *chico*—, ha visto mucho de la naturaleza humana, mayormente la parte fea de ello. Solo ahora está viendo la belleza, y gran parte es gracias a ti.

Le da a mi mano otro apretón.

—Muéstrale cómo brillamos. Muéstrale que la humanidad es digna de redención.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 35

Traducido por Candy27

Ruth muere menos de dos horas después de nuestra charla. Se entrega a la muerte casi con entusiasmo, como un viejo amigo con el que se ha reunido al fin.

Tan pronto como se va, la casa se siente fría y solitaria, como si su alma se hubiera ido con la de sus dueños.

A diferencia de las otras familias con la que nos hemos alojado. Peste no permite que los cuerpos de Rob y Ruth se descompongan en sus propios hogares. En su lugar, lo veo en el patio trasero, con una pala en la mano, mientras cava una gran tumba.

Salgo y lo ayudo a mover los cuerpos hacia la tumba. Los vellos de la nuca se me erizan al tocarlos. La muerte se siente perversa. Ahora que lo que sea que hacía vivos a Ruth y a Rob se ha ido, me parece que lo que queda de ellos es casi insoportable de tocar.

—Está bien, Sara —dice Peste, viendo mi malestar—. Ve adentro. Yo terminaré de ocuparme de ellos.

Mi mirada viaja a los cuerpos, a sus formas entrelazadas. Debería estar pensando en lo apropiado que es que estén enterrados en los brazos del otro, pero a mí, la vista me hace tragar bilis.

La mano de Peste agarra mi hombro.

—Ve adentro —repite, más suave esta vez.

Ahora yo soy la débil, la que no puede soportar mirar, y Peste es el fuerte y entero.

Hago lo que me dice y entro. Termino bañándome en el baño principal de Rob y Ruth. El proceso lleva un tiempo ridículamente largo ya que tengo que hervir el agua para calentar la bañera. Por otro lado, la falta de electricidad me da una excusa para reunir todas las velas y lámparas que puedo encontrar y dispersarlas por el baño.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Suspiro cuando finalmente me meto en la bañera, el agua está justo en el punto del escaldado. Llené excesivamente la ya gran bañera, porque hoy estoy malditamente cuidando de mi misma.

Justo en medio de mi baño, Peste regresa dentro. Debe de buscarme porque eventualmente se dirige al baño principal.

Mi primer pensamiento cuando lo veo es que no es justo ser tan guapo. Incluso cubierto de vetas de barro, es el más guapo que he visto en mi vida.

Su mirada se suaviza cuando me ve.

—¿Te sientes mejor?

Me encojo de hombros, y la acción hace bajar sus ojos. La primera vez que me vio desnuda, había una especie de desapego clínico en su mirada.

Definitivamente ese no es el caso ahora. Cuanto más mira, más anhelante se vuelve su expresión.

A la mierda.

—¿Quieres unirme a mí? —pregunto, porque... me estoy haciendo un obsequio.

En lugar de responder, comienza a desabrochar su armadura.

Tomaré eso como un sí.

Esta tiene que ser hasta el momento mi mejor idea—o mi peor.

Los ojos de Peste están en mí cuando se quita la última prenda de ropa. Es perfecto, su cuerpo fluye de un contorno esculpido a otro. Y ahora estoy segura de que soy la que tiene la expresión anhelante.

Peste entra en la bañera, el agua se oscurece con el barro que cae de él.

Pensé que había suficientemente espacio para los dos, pero tan pronto como el jinete se sienta, me doy cuenta de lo grande que es, incluso doblado.

Mi pie roza su cadera, y sus piernas me tienen inmovilizada en su lugar. Todo tipo de piel se está tocando y es una *gran* distracción. Despacio, desliza su mano arriba y abajo por mi pierna, lentamente prendiéndome fuego. Mi pie se sacude en el momento en el que sus nudillos rozan su arco.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—¿En qué piensas, querida Sara? —dice finalmente.

Que estoy a una mala decisión de saltar sobre tus huesos.

—¿Por qué los enterraste? —pregunto en su lugar.

Peste levanta mi pierna, estudiándola mientras la coloca en su regazo.

—No hablemos de cosas tristes en este momento.

Deliberadamente pasa el pulgar sobre el arco de mi pie, sonriendo un poco cuando mi pierna se mueve de nuevo en respuesta.

—¿La mayoría de los seres humanos se bañan juntos? —pregunta.

Solo los estúpidos.

—No.

Aprieta mi pie.

—¿Entonces, ¿por qué me invitaste a entrar?

—Porque me gusta estar cerca de ti —le respondo, con la voz ronca.

Sus cejas se elevan por la admisión. Creo que los dos estamos sorprendidos por mi honestidad.

—¿Te arrepentirás de esto mañana?

—Probablemente —respondo.

Sus ojos vuelven a mi pierna. Durante un largo minuto, recorre su longitud arriba y abajo. Cada vez que sus dedos se mueven alto sobre mi muslo, me tenso.

—¿Cómo elige un humano a un compañero? —pregunta Peste de la nada.

Rob y Ruth claramente se metieron bajo su piel.

—Bueno, primero —digo—, no los llamamos *compañeros*... bueno, al menos no por lo general. Tenemos toda clase de nombres para personas significativas: novio, novia, esposo, esposa, alma gemela.

Sus ojos se estrechan de una manera que sugiere que está tomando mis palabras demasiado en serio.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Todo el tiempo su mano se mueve arriba y abajo por mi pierna. Arriba y abajo. Para el séptimo pase, mis pezones servirían para cortar vidrio y mi centro duele.

¿Sabe lo salvaje que me está volviendo su toque?

—¿Cómo alguien encuentra a... una persona significativa?

Palpo el agua con la mano, cualquier cosa para distraerme de la atención de Peste. Ya es problemático para mis hormonas, pero a la luz de lo que estamos hablando... bueno, me está recordando que es un mundo solitario y que esta chica casera no ha tenido nada en un *largo* tiempo.

—No lo sé —digo—. En cualquier parte, supongo. Realmente no importa cómo, dónde o por qué te encuentras. Se trata más de cómo te hace sentir.

—¿Y cómo debería hacerte sentir?

El tono de su voz me pone la carne de gallina, y no puedo dejar de mirarlo.

Un error.

Sus ojos brillan de una manera que definitivamente no está ayudando a mi ritmo cardíaco. Mis ojos siguen perdiéndose por su torso desnudo, su musculoso cuerpo es dolorosamente agradable de mirar.

Enfócate, Burns.

—Um... debería hacerte sentir bien. —Paso las manos por la superficie del agua—. Pero, nuevamente, salir con alguien, tener una novia o novio, no es lo mismo que tenían Ruth y Rob. Eran almas gemelas, y por lo que sé, las almas gemelas sacan lo mejor de la otra persona. —A diferencia de todos mis ex, que sacaban lo peor de mí.

—Son aquellos con los que te gustaría pasar todos tus minutos, —agrega Peste, conectando esta conversación con la anterior. Me está mirando como si estuviera teniendo un momento de encendido de bombilla.

—Uh, si —estoy de acuerdo. No me di cuenta de cuanto cuidado les ponía a mis palabras—. Creo que cuando encuentras al indicado, quieres pasar todos los minutos que tienes con él.

—¿Y cómo sabe uno cuando ha encontrado... al indicado? —indaga Pese, con su mirada escudriñando la mía.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Le miro desesperanzada.

—Ni puñetera idea. Nunca he conocido a un hombre que me haga sentir así.

Mentirosa, susurra una parte traidora de mi cerebro. Esta conversación se está acercando peligrosamente hacia las Cosas que Hacen que Sara Burns se Sienta Extremadamente Incómoda.

Peste frunce el ceño ante esa respuesta.

Abruptamente, reorganizo mi cuerpo, deslizo mi pierna fuera del agarre del jinete. En la acción, la mirada del jinete cae sobre mis pechos expuestos.

Se ve absolutamente paralizado ante la vista de ellos.

Ya sabes, no está nada mal, siendo la primera mujer con la que este tipo se ha encontrado. Mi cuerpo está plagado de defectos, sin embargo, lo mira como si hubiera sido diseñado por una mano maestra.

¿Qué pasaría si cediera ante su mirada?

Está bien preocuparse por él, incluso amarlo. Las palabras de Ruth hacen eco en mi cabeza.

Esto no es amor, pero es algo.

Actuando por impulso, muevo mi cuerpo resbaladizo sobre sus muslos.

No pienses demasiado en esto.

Inclinándome hacia delante, le doy un beso en los labios.

Sus manos rozan mi torso, sus pulgares rozan la parte inferior de mis senos. Pero eso es lo más lejos que va. Me trago un gemido impaciente. Me muevo sobre su regazo, debería ser evidencia suficiente para que las cosas progresen, pero Peste no entiende las señales, y aunque lo hiciera, no estoy segura de que el noble caballero vaya a actuar sobre ellas de todos modos.

Vas a tener que iniciar esto.

Tomo sus manos, y las coloco sobre mis pechos.

Toma aliento.

—Sara...

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Puedes tocarme —digo—. Me gustaría que me tocaras.

Sus manos continúan sin moverse.

Bien, si no hace nada en los siguientes segundos, podría morir de mortificación.

—*Por favor* —suelto, completamente por accidente.

Oh, maldición.

Peste deja escapar un gemido.

—No debería —dice, con los ojos fijos en mi pecho—, no cuando me arrojas esa palabra, y no cuando ofreces tu carne. Pero encuentro... no tengo e mí... nada para resistir esa súplica.

Bendición a todos los malditos santos, casi alcanzo el clímax al sentir sus manos mientras agarra mis pechos.

—Nunca imaginé que serían tan suaves —murmura. Está mirando mis pechos como si fuera un niño de trece años que descubre las revistas de desnudos de su padre por primera vez.

En lo que parece ser un capricho, se inclina hacia delante y toma un pezón en su boca. Un jadeo sorprendido se escapa de mí ante la sensación. La punta de su pene se roza contra mí, y se siente duro como una roca. Todo tipo de pensamientos ilícitos cruzan mi mente.

¿Cómo sería tener todo eso presionando sobre mí? Estoy casi sin sentido con la necesidad de averiguarlo. Los dos estamos jugando a un juego peligroso. Borra eso, *yo* estoy jugando a un juego peligroso. Es probable que Peste ni siquiera sepa que se está jugando a algo.

Tómalo despacio, si no es por tu bien, por la de él.

Sus manos comienzan a descender cuando me alejo, moviéndome a mi lado de la bañera. Su expresión todavía es ardiente, y parece estar debatiéndose entre perseguirme o no.

—No deberíamos estar haciendo esto —le digo, plenamente consciente de que le estoy dando señales mixtas—. No aquí, de todos modos —agrego, como si este lugar fuera de alguna manera sagrado, cuando hace un minuto no me importaba nada.

—¿Qué problema tendrían los muertos? —dice Peste—. Están más allá de estas cosas.

Buen punto.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Aun así, no hay prisa.

Recojo la mano de Peste y presiono sus nudillos contra mi mejilla. Algo del ansía enfebrecida de sus ojos se suaviza. Tira de mi mano y me acerca a él, pero en lugar de continuar nuestra pequeña cita, simplemente me abraza. De alguna manera, a pesar de lo que estábamos haciendo segundos atrás, el abrazo se las arregla para ser cariñoso, amoroso.

Es difícil para él también, recuerdo. Tiene esta tarea pero comprende el horror de la misma y ahora la pérdida.

Y, sin embargo, me está consolando. Me apoyo en él y dejo que me abrace. Acuna mi cabeza y lo siento besar mi cabello. Ni siquiera sabía que esto era lo que quería todo el tiempo, pero lo hacía.

—Descansa, Sara.

Y la terrible verdad es que en sus brazos, lo hago.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 36

Traducido por Candy27

Para el momento que dejamos la casa de Ruth y Rob, hay un silencio en los barrios circundantes y un tenue aroma en el aire. Era la muerte instalándose para una larga temporada. Es jodidamente inquietante.

Llueve mientras cabalgamos, lo que realmente no es sorprendente teniendo en cuenta que estamos viajando a lo largo del noroeste del Pacífico, el lugar de nacimiento de la lluvia,

Cuando el jinete y yo estamos a solas, podemos ocultar nuestros defectos. Él puede ser mi caballero noble y elegante, y yo puedo ser su extraña compañera, pero una vez que estamos en un camino abierto donde es imposible ignorar los signos del apocalipsis, recordamos cómo son realmente las cosas.

Por millonésima vez, espero que mis padres estén bien. Me he resignado ante la realidad de que nunca los volveré a ver, pero ahora, después de ver morir a Ruth y a Rob, soy más consciente que nunca de que mi mamá y mi papá pueden haber soportado el mismo destino. Y esa posibilidad me aterroriza completamente, así que prefiero la esperanza de que escaparan de la Fiebre indemnes.

Peste lleva a Trixie Skillz a galope, obligando al incansable caballo a correr kilómetros y kilómetros. Así es como entramos en Seattle, con casas y farolas, establos recién abandonados y tiendas muertas que pasan zumbando.

Aprecio la velocidad. La mayor parte de mi atención se centra en seguir en el caballo, en lugar de en qué tipo de degradable bienvenida nos espera en una de las grandes ciudades de Estados Unidos. Sin embargo, a pesar de la distracción, no puedo engañar a mi cuerpo para que se relaje. Mis músculos están tensos hasta el punto del dolor, y mis miembros tiemblan, tanto por el terrible frío como por mi ansiedad creciente.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Cuanto más tiempo pasamos sin que pase nada, *cualquier cosa*, más aprensiva me vuelvo. No hay un alma a la vista. Ni una sola alma asustada.

No es hasta que los edificios bajitos y deteriorados y los centros comerciales desaparecen y dan paso a los rascacielos más altos y deteriorados que me doy cuenta de que esto es inusual. Realmente, realmente inusual. Las ciudades evacuadas son más animadas que esto, especialmente cuando son así de grandes. Estás obligado a toparte con *alguien*.

—¿Dónde están todos? —pregunto.

Probablemente esperando emboscar tu trasero, Burns.

A mis espaldas, Peste está en silencio, casi contemplativo. Una ola de inquietud me inunda. ¿Algo cambió mientras nos quedábamos en la casa de Ruth y Rob? ¿Arrojó el Gran Hombre la toalla y decidió que ninguno de nosotros valía la redención?

Si eso fuera cierto, Einstein, estarías muerta también.

Eventualmente veo a un hombre con una barba desaliñada y el cabello castaño sucio apoyado contra la pared de un edificio alto. Me siento tan extrañamente aliviada de ver a otro ser humano que me toma un segundo darme cuenta de que algo sigue muy mal. Hay varias llagas abiertas en su rostro, y mira apáticamente hacia la calle.

—Detén el caballo. —Estoy sorprendida por la vehemencia de mi voz.

Peste tira de las riendas, y Trixie se detiene. Deslizándome del corcel, corro hacia el hombre.

Incluso a varios metros de distancia huele a podredumbre y fluidos corporales, y sus ojos no se mueven de la calle.

Muerto. Esa es mi evaluación profesional.

Solo que, cuando coloco dos dedos contra su cuello, su pulso late débilmente.

Me balanceo hacia atrás.

Mierda, está vivo.

No por mucho tiempo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Sus ojos enfebrecidos se mueven lentamente hacia los míos, y sus labios agrietados se mueven.

—Ayuda.

Mi estómago se aprieta ante su súplica. No tengo corazón para decirle que no hay mucho que pueda hacer en este momento.

En cambio, me dirijo a Trixie y cojo algunos analgésicos que robé de la casa de Ruth y Rob, junto con una cantimplora de agua.

Cuando vuelvo con el hombre, le muestro las pastillas.

—No te curarán —le explico—, pero pueden aliviar el dolor.

Abre la boca débilmente, demasiado cansado para siquiera alcanzar la medicina. Los coloco en su lengua, luego sostengo mi cantimplora contra su boca. Detrás de mí, escucho el relincho impaciente de Trixie, y siento la mirada ardiente de Peste.

El hombre toma algunos tragos débiles, casi ahogándose en el proceso. Estoy a punto de ponerme de pie cuando agarra mi mano con una fuerza sorprendente. Sus ojos febriles están clavados en los míos.

—Lo veo —dice.

Mis cejas se unen.

—¿Quién?

No debería complacer al hombre. Es probable que la fiebre lo haga alucinar, y su desaliñado estado sugiere que no pudo haber estado demasiado sano *antes* de que la peste atacara.

—*La Muerte Alada* —sisea.

Intento que no me afecte, pero mi piel se eriza de todos modos. Este es el año 5 del jinete. Lo sobrenatural existe, y está *furioso*.

La Muerte aún duerme.

Dándole a su mano un último apretón, me alejo del hombre y vuelvo donde Peste. Sigue sentado en su montura, esperándome atento.

—¡Viene a por mí! —grita el hombre a mi espalda—. Viene a por todos nosotros.... —Sus palabras se cortan cuando comienza un ataque de tos seca.

Mis ojos se encuentran con los de Peste.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Ya has estado aquí —le digo.

La verdad está escrita sobre todo el hombre moribundo.

El jinete inclina la cabeza.

—Monté hasta aquí hace algunas noches —admite—. No quería una repetición de Vancouver.

No sé cómo me siento acerca de eso. Agradecida, supongo. Sé que lo hizo más para mi beneficio que para el suyo. Pero entonces, ¿qué tipo de persona se siente agradecida porque la muerte llegue temprano a esta gente?

Aturdida, vuelvo al corcel.

Los dos cabalgamos adentrándonos más en Seattle, el silencio amenazante de la ciudad se instala en mis huesos. Algunas hojas de papel se dispersan en el viento. Echo un vistazo a uno. *Evacuar Ahora*, se lee con una fuente gruesa de color rojo antes de volar.

El lugar me pone los pelos de punta. Puedes sentir a la Muerte aquí, su mano presionada contra las paredes de este lugar, su sombra eclipsando al sol. Veo a varios individuos más—algunos apoyados contra la pared como el último hombre, otros colapsaron en el medio del camino, como si sus cuerpos se hubieran caído antes de poder llegar adonde necesitaban ir. Ya puedo oler la podredumbre en el viento.

Para cada persona que encuentro, Peste detiene a su caballo para que pueda ayudarlos, si están vivos para recibirlo. La mayoría no lo están.

Los cascos de Trixie hacen eco en los costados de los edificios mientras avanzamos por las calles abandonadas.

—Pensaba que habría más... cuerpos —digo finalmente.

Tal vez es macabro por mi parte, pero sabiendo ahora que Peste ya se ha abierto paso en Seattle, sigo esperando ver muertos en todas partes. Cientos, tal vez incluso miles, de personas debieron haberse quedado en una ciudad tan grande. ¿Dónde están sus cuerpos?

—Los humanos prefieren rincones tranquilos para morir —dice Peste.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Sus palabras, erizan mi piel y mi mirada se mueve hacia los edificios que se elevan a nuestro alrededor. Lógicamente, sé que ya nadie vive tan alto—los elevadores están todos reventados—pero no puedo evitar preguntarme cuántos cuerpos están atrapados en estas estructuras Goliat, cuerpos que se pudrirán y apestarán e infectarán a los vivos, quién sabe durante cuánto tiempo.

Peste aprieta su agarre y hace un chasquido con la lengua. El trote constante de Trixie se transforma en un galope, y las estructuras imponentes comienzan a difuminarse.

En la calle hay otro cuerpo inclinado, pero esta vez, el jinete no muestra signos de parar.

—Pest...

—Suficiente, Sara. No puedes ayudarlos a todos.

Claro que no puedo. Ya probé esa ruta y aterricé aquí, en compañía de un caballo que hace trucos y su maestro trágico y monstruoso.

Mi estómago se retuerce al pasar junto a la persona, una anciana.

Parece muerta, me digo a mí misma.

Pero no todos lo parecen. Algunos lloran cuando pasamos, pidiendo ayuda o la muerte, cual sea que prefieran. Me duele en una parte profunda y fundamental de mí el no hacer nada.

Al final, sin embargo, eso es exactamente lo que sucede. Salimos de la ciudad de Seattle y de la horrible tormenta helada, hasta que no son más que una sucia sombra a nuestras espaldas.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 37

Traducido por Candy27

Las siguientes semanas fueron una serie de miserables días mientras íbamos desde Seattle hasta Tacoma y Olympia, el interminable paisaje urbano manteniéndome al borde.

Por la noche, la mayoría de las casas en las que Peste y yo hacemos el refugio están vacías, pero en una, un muerto reciente todavía acostado en la cama, su cuerpo un páramo de llagas.

Mientras Peste y yo viajamos a través de los interminables centros urbanos y me cruzo con más y más personas muertas o moribundas, queda claro que el jinete está acostumbrado a dejarme después de que me duerma para correr y propagar su maldita plaga. No lo dice, pero no lo necesita, la prueba está delante de mí.

No es hasta que dejamos atrás Olympia y los campos y los bosques reemplazan los edificios ruinosos que siento que puedo respirar de nuevo.

Esa noche, la cabaña en la que nos establecemos es obviamente un piso de soltero. Hay carteles de equipos deportivos, mujeres medio desnudas y marcas de cerveza por todas partes. Mierda, de antes de la Llegada.

De muy buen gusto.

Peste lo observa todo con una mezcla de curiosidad y repugnancia.

Al menos, el propietario hizo una maldita desaparición. Puede que le guste que sus tetas parezcan dispositivos de flotación, pero el tío tiene el suficientemente sentido común para salir de la ciudad como alma que lleva el diablo antes de que la muerte venga a golpear tu puerta. Literalmente.

Después de encender las pocas velas y lámparas de aceite que puedo encontrar, me dirijo a la cocina. Desafortunadamente el chico universitario solo tiene un tarro de remolachas (En serio tío, ¿remolachas? ¿remolachas?), algunas sobras grasientas en la nevera que

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

definitivamente me darían una intoxicación alimentaria, salsa tabasco y cerveza. Montones y montones de cerveza. Moonshine, cervezas de lujo, cervezas embotelladas, e incluso algunas con abre fácil.

Bueno, creo que ya sé lo que voy a cenar.

Mientras miro alrededor, Peste renuncia a encender un fuego y en su lugar se dirige a la parte posterior de la casa, donde un gran balcón tiene unas vistas a los espesos árboles de hoja perenne que bordean la propiedad.

Mantengo un ojo en el jinete mientras agarro cosas de la cocina. No ha dicho mucho durante todo el día. De hecho, si no lo supiera diría que Peste está un poco... melancólico.

Es difícil compadecerse de la fuerza que está arruinando tu mundo, sin embargo, eso es exactamente lo que siento. Se sienta en el borde del balcón, dejando que sus pies cuelguen a través de los barrotes. No puedo leer sus emociones, basándome en su amplia espalda, pero tengo la sensación de que son turbulentas.

Agarrando los bienes que he reunido, me dirijo afuera. Un viento helado mueve mi pelo, llevando consigo el aroma a pino. Me siento junto a Peste y le doy una cerveza, las tapas ya están quitadas. Ha sido un largo día. Las cervezas son buenas para este tipo de cosas.

—No te gusta matar gente, ¿verdad? —pregunto.

Es un pensamiento casi incomprensible, pero, no sé, Peste parece... molesto.

Frunce el ceño hacia la línea de árboles.

—No se trata de lo que me gusta.

Se trata de la tarea que le enviaron a completar.

—No tienes que hacerlo —digo, muy, muy suave.

—¿Y qué sabes acerca de mis elecciones? —Se vuelve hacia mí, su expresión es tumultuosa.

—Sé que las tienes —digo.

Todos las tenemos. Incluso yo las tengo. Ese es el motivo por el que llevo esta culpa a pesar de la situación que tengo ante mí. Porque he sido autocomplaciente cuando no necesitaba serlo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—¿En serio? —Peste lo dice desafiante, como si yo tuviera ni maldita idea de las elecciones que tiene en este asunto. Mira hacia la botella en su mano, como si se acabara de dar cuenta de que estaba allí—. ¿Qué se supone que tengo que hacer con esto? —pregunta, levantándola.

Levanto un hombro.

—Bébetelo, tíralo, sopla una melodía con el borde de la botella. No me importa —respondo, llevándome mi propia cerveza a los labios.

No más darle consejos a Peste; solo falla de todos modos.

La ira desaparece de su expresión, dejándolo con aspecto sombrío. Me mira con esos tristes ojos azules antes de volver a mirar hacia adelante. Después de un momento, se lleva la cerveza a los labios y toma un trago largo de ella. Hace una mueca ante el sabor y luego toma otro trago aún más largo de la botella.

Lo baja.

—No puedo permitir que mis sentimientos se interpongan en mi tarea.

Claro que no puede.

—Pero es agradable de tu parte preocuparte por mis sentimientos, sin importar los motivos —agrega.

El sonido del viento que silba entre los árboles llena el silencio que sigue.

Froto mi pulgar sobre el borde de vidrio de mi cerveza.

—¿Quién eres en realidad? —pregunto, levantando mi mirada hacia la de él.

El jinete tiene razón, me importan sus sentimientos. Me preocupo por él, y quiero llegar a conocerlo y comprender por qué no puede vacilar en su propósito. Quizás entonces tenga sentido para mí. Quizás entonces dejaré de presionarlo.

Peste frunce el ceño.

—Esa es una pregunta extraña, Sara.

Siempre dice mi nombre con una inflexión tan extraña, y siempre me emociona un poco.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Soy Peste —responde finalmente.

—No, eso no es *quién* eres, eso es... —Me cuesta encontrar las palabras correctas—, tu tarea.

Esos labios carnosos tiran hacia abajo por las esquinas.

—No funciona como crees que lo hago —dice, con expresión de preocupación—. Mi pasado es una serie de impresiones completamente eliminadas de este cuerpo y experiencia. Y ya que vine a la tierra de esta forma, bueno, *soy* mi tarea y soy... es la suma total de mi existencia.

Pero *no* es cierto, y no lo ha sido por quién sabe cuánto tiempo. Probablemente desde que el jinete me recogió y comenzó a probar las mismas cosas que está destruyendo.

Y eso me hace pensar: ¿Es Peste inmune a la ira de Dios? Desde que Ruth planteó el tema, sigo volviendo a esta pregunta. Quiero decir, Peste está llevando a cabo la tarea del Gran Tipo, por lo que debería ser así, y sin embargo... sus acciones pesan sobre él. Puedo verlo ahora más que nunca. Hay incertidumbre allí, como si ya no estuviera seguro de si lo que está haciendo es correcto. A pesar de que Dios lo debe haber decretado, y que ha sido marcado en su piel, Peste está vacilante.

Por un capricho, tomo su mano y la aprieto, entrelazando mis dedos con los suyos.

Él mira nuestras manos unidas y luego deja escapar un suspiro.

Sus ojos se encuentran con los míos.

—Mi posesión favorita es mi corcel.

Al principio, no entiendo lo que dice realmente. Pero luego, hace clic.

Se está suavizando. *Lo está intentando*. Trata de hablarme de sí mismo.

—¿El corcel al que no le has puesto nombre? —pregunto.

—El corcel al que tú le *pusiste* nombre —corrige—. Y le has dado un nombre terriblemente innoble. —Toma un trago de su cerveza, claramente agitado por tener una opinión y expresarla.

—¿Y por qué Trixie Skillz es tu cosa favorita? —pruebo.

Baja su cerveza.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Porque es un compañero fiel, preparado y constante.

—Esas son buenas razones —digo.

—Estás hablándome de forma condescendiente —dice, entrecerrando los ojos.

—No. —Realmente no lo estoy siendo.

Debe ver la verdad en mí porque su atención se dirige hacia la vista delante y continúa:

—Me encanta el amanecer, el nacimiento del día. La nieve hace que todo sea más fácil para los ojos. La comida humana es sorprendentemente terrible o sorprendentemente buena... —Levanta su cerveza—, aunque a veces, admitiré, que puede ser las dos cosas.

»Encuentro que la ropa humana es tosca, me gusta hacer fuego, quedarme dormido es una experiencia problemática, pero es extrañamente agradable cuando tienes a alguien a quien aferrarte...

El color sube a mis mejillas.

—...y mi persona favorita eres tú.

Ahora mi cara está ardiendo en la oscuridad.

—Soy la *única* persona que conoces —respondo. Podría ser la persona más cutre de por ahí, y aun así sería su favorita.

—He conocido a *muchas* personas. Te aseguro que no has ganado el título por defecto.

No sé qué decir frente a ese tipo de adulación. Sin mencionar que cada vez que Peste admite algo así, mi cuerpo se vuelve loco.

Odio tener un enamoramiento.

Pero esto es más que un simple enamoramiento, y no hay forma de fingirlo. Me gusta la forma en la que habla Peste, la forma en la que piensa. Me gustan sus elogios, me gusta su consideración. Me gusta su valentía, su dulzura. Me gusta, a pesar de que está trayendo el fin del mundo, y eso es inmensamente problemático.

Baja la mirada a su bebida.

—Ya no quiero hablar de mí —dice. Su enfoque se dirige hacia mí.

—¿Qué? —digo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Es tu turno de hablarme sobre ti.

Mierda, me está poniendo en el punto de mira.

Froto mi pulgar sobre el cuello de mi botella de cerveza.

—Ya sabes mucho sobre mí. —Hablo de mí todo el tiempo cuando estamos en la silla de montar, a menudo simplemente para llenar el silencio—. ¿Qué más podrías querer saber?

—Háblame más de tus poemas favoritos. Cuéntame más de tu vida. Es todo fascinante.

Verás, ahí está la prueba de que este tipo necesita salir más.

—No es tan fascinante. Yo no soy tan fascinante.

Incluso en la oscuridad, veo a Peste entrecerrar los ojos mientras me examina.

—¿De verdad crees eso?

¿Lo hago?

Claro, tenía un buen trabajo como bombera, pero, ¿qué era lo que realmente había en mi vida aparte del trabajo y mi humilde colección de libros?

Dejo escapar una risa áspera.

—Sí, lo creo.

—Entonces estás equivocada —Peste lo dice con tal certeza—. Eres compasiva incluso en la peor de tus suertes. Ayudas a los moribundos. Te preocupas ferozmente, tan ferozmente. Esas no son hazañas comunes. Y eso sin tocar lo que significas para mí.

Mi respiración se detiene.

—Has logrado lo que nadie más ha hecho: has despertado mi corazón. Así que, no, Sara, de todas las palabras que usaría para describirte, *fascinante* sería definitivamente una de ellas.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 38

Traducido por Candy27

Has despertado mi corazón.

Ahí está, al descubierto, de lo que desesperadamente he huido.

Un escalofrío me recorre cuando veo la forma de Peste. No es el único que ha sido afectado por la presencia del otro.

Empiezo a inclinarme hacia él, lista para hacer todo tipo de cosas estúpidas y desaconsejadas porque estoy tan cansada de luchar contra esto.

Antes de tener la oportunidad, el jinete se levanta y me pasa una mano por el brazo.

—Tienes frío —dice—. Perdóname, Sara, los elementos no me afectan de la misma manera. —Se pone de pie, y luego estira el brazo hacia mí.

Agarrando mi cerveza, dejo que me ayude y lo sigo adentro, mi cuerpo duele con anticipación. No se disipa, ni siquiera cuando Peste se va de mi lado para encender un fuego, ni siquiera cuando muevo las velas y las lámparas de aceite a la sala de estar. Lo único que parece tener algún efecto en mi nerviosismo es mi cerveza... y no diría tampoco que está ayudando exactamente con la situación.

No es que me impida coger otras dos de la nevera, una para mí y otra para Peste.

Para cuando regreso a la sala de estar, el fuego está encendido.

Le paso al jinete una de las bebidas, sintiendo una punzada de culpabilidad por darle el gusto por esta cosa. Pero luego mis ojos se encuentran con los suyos y mi nerviosismo aumenta y alabo a Dios en toda su gloria iracunda porque exista el alcohol.

Tomando un trago largo, me siento al lado del fuego. Peste se encuentra frente a mí, apoyando su peso en uno de sus antebrazos, su

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

nueva cerveza está intacta junto a él. Su mirada se mueve desde el fuego hacia mí, las llamas bailan en sus ojos.

—¿Alguna vez deseaste que las cosas fueran diferentes? —pregunto—. ¿Que tú y yo no fuésemos enemigos mortales?

—¿De qué sirve desear, Sara? —dice.

Quiero decirle que desear hace la diferencia, pero suena demasiado cursi, como algo que la gente solía decir antes de que los Cuatro Jinetes aterrizaran, cuando el mundo tenía sentido. El deseo no llena tu barriga o evita que tu casa se queme. No hace que su auto se mueva o te salve de la plaga.

—No sé —digo finalmente—. Solo quiero dejar de sentirme así. —Odio esta culpa que me está devorando—. Cuando te miraba, veía un monstruo... —Un monstruo hermoso, pero un monstruo de todos modos—, pero ya no.

—¿Qué ves ahora cuando me miras?

En lugar de responderle, me inclino hacia adelante y rozo mis labios suavemente contra los suyos. Parece contento con eso y su mano se acerca a mi mejilla.

Suavemente, empujo su hombro hacia atrás hasta que cae al suelo. Me arrastra con él, nuestros cuerpos se presionan juntos.

Mi boca encuentra la suya una vez más, y de repente, el fuego no está simplemente en mi espalda. Está debajo de mí, dentro de mí, ardiendo en mis venas.

Me detengo para pasar un dedo por la cara del jinete. Realmente es problemáticamente hermoso, con sus pómulos altos, mandíbula afilada y sus ojos inocentes.

—En este momento —le digo, finalmente lista para responder a su pregunta—, veo a un hombre.

Un hombre para besar, tocar, perderme.

—No tengo edad, Sara.

Si se supone que tiene algún sentido, entonces no lo tengo en cuenta. Tal vez esa es su manera de protestar ante mi respuesta. Lo que sea.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Regreso a sus labios y me hundo en el beso. Puede que no tenga edad, puede ser una fuerza de la naturaleza en vez de un humano, pero al final, descubro que realmente no me importa. Peste es Peste, y eso es todo lo que realmente me importa en este momento.

Las formas duras de su cuerpo encajan perfectamente contra las mías, y su toque se siente como si estuviera hecho para mí. Busco las correas de su armadura, desesperadamente confundida acerca de cómo quitarla. Su mano cubre la mía, y por una fracción de segundo, mi estómago cae en picado.

Va a detenerme.

En cambio, Peste mueve mi mano y se quita la coraza de metal. Hace un trabajo rápido con el resto de la armadura, hasta que todo está esparcido por el suelo a nuestro alrededor.

El problema con la armadura, me he dado cuenta ahora, es que incluso después de toda la fanfarria de quitársela, *todavía* está la ropa.

Por otra parte, cuanto más tiempo lleva desnudarlo, mayor es la anticipación...

Me mira con asombro mientras agarro el borde de su camisa y la deslizo sobre su cabeza.

Hombre glorioso. Podía mirarlo durante horas, tratando de memorizar cada centímetro de su piel extraña y hermosa.

Tentativamente alcanza mi chaqueta, y lo ayudo encogiéndome de hombros. Los dos hacemos trabajamos rápido con mi ropa hasta que estoy solo en sujetador y pantalones vaqueros. Me quito las tiras de los hombros y luego extendiendo la mano y rápido desabrocho los ganchos.

Peste se queda mirando mi pecho desnudo, y una parte de mí se muere por saber lo que está pensando. Extendiendo la mano, pasa sus manos tentativamente por mis pechos. El calor llena su expresión. Puede decir que no es un hombre, pero se excita como todos los demás.

Me inclino y presiono un beso en su pecho, justo sobre una de las marcas angelicales.

—¿Qué significa esta? —pregunto, mi aliento abanica la extraña palabra.

Me da una mirada extraña.

—Peste.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Su nombre.

Muevo mi atención hacia abajo, donde otra banda de marcas doradas cae por debajo de su cintura. He visto antes destellos de su extensión, pero nunca he tenido la oportunidad de mirar realmente estos caracteres bajos. Incluso ahora, están ocultos a la vista.

Mi mano se mueve a sus pantalones. Peste me atrapa la muñeca, su pecho sube y baja con obvio deseo.

Creo que sabe que esto es diferente. *Esta noche* es diferente. Una cosa es besarse y admirarse—incluso tocarse—pero otra cosa es perseguir esto.

Me mira por lo que parece una eternidad. Luego, tomando una decisión, se pone en pie.

Pienso que aquí es donde me rechaza.

Solo que nunca sucede.

Coge sus botas y se las quita. Después las manos del jinete se dirigen a sus pantalones. Duda un instante antes de desatarlos. Todo el tiempo sus ojos están puestos en mí.

Peste se quita la última de sus ropas, dejándolo tan gloriosamente desnudo como el día en que nació... em, fue *creado*.

Es físicamente difícil mirar su perfección a la luz del fuego. Hace que su piel brille como oro apagado y que sus marcas brillen aún más.

Me mira con tanta intensidad.

—No te dije toda la verdad, Sara.

Lo miro con curiosidad.

—¿Qué quieres decir?

Por un momento, todo lo que oigo es el crujido del fuego.

Pareciendo como si llegara a una gran decisión, Peste toma aliento.

—Ese día en el bosque, el día que te encontré, *tenía la intención* de matarte.

Una buena dosis de mi deseo se amortigua ante su admisión. No hay nada como escuchar a tu novio post-apocalíptico que alguna vez quiso asesinarte para quitarte las ganas.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Me siento en cuclillas.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

Se arrodilla ante a mí.

—La luz que se filtró a través de los árboles esa noche proyectaba extrañas sombras en tu tienda, y una de ellas era esta. —Toma mi mano y la mueve hacia abajo sobre su pelvis, justo sobre uno de los caracteres curvos. Me cuesta muchísimo mirar la palabra brillante en lugar de dejar que mis ojos continúen hacia abajo.

Acaricio la piel suavemente.

—¿Qué significa eso?

—*Misericordia* —susurra.

Algo supersticioso me recorre la espalda y me pone la carne de gallina.

—Y entonces no me mataste —le digo, mi mirada encuentra la de él.

—Y entonces no te maté —concuerda, el fuego brilla en sus ojos.

Todo este tiempo he estado odiando a Dios, cuando Él (o Ella, vamos a tener igualdad de género aquí) fue lo que impidió que el jinete me matara hace unas semanas.

Y ahora aquí estamos.

Sus manos van a mis pantalones. Duda, probablemente esperando que cambie de opinión. Y tal vez, después de esa admisión debería cambiar de opinión.

Pero no lo hago.

Levanto mi pelvis, inclinando mi cuerpo para ayudarlo a quitarme los pantalones.

Peste lo hace, observando reverentemente cada parte de mi piel expuesta a medida que se revela. Traza un camino con el dedo a lo largo del borde de mis bragas mal ajustadas.

—Deseaba estar convencido de la depravación humana... —dice en voz baja—, pero en cambio, *esto*.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Sus dedos se enganchan en la ropa interior, y luego me la quita. Y con eso, la última prenda de ropa entre nosotros se ha ido.

Moviéndose agónicamente lento, Peste cubre mi piel. Casi suspiro ante la sensación de su peso y calor contra mí. Mis manos rodean su espalda, deslizándose sobre sus duros músculos. Lo acerco más a mí, sintiendo la presión de su pene atrapado entre nosotros.

Peste El Conquistador no ha probado la conquista en su forma más carnal. No, hasta ahora.

Pone un brazo alrededor de una de mis piernas y la levanta indecentemente. Baja la mirada entre nosotros, y aunque estoy segura de que simplemente tenía la intención de ver cómo se alineaba nuestra anatomía, su mirada se fija en mi centro, y se queda ahí.

Lo que sea que ve hace que su pene se sacuda.

Alcanzo entre nosotros, y envuelvo mi mano alrededor de ello, sacando un gruñido de él.

—Sara, esto está... más allá de las palabras.

Y aún no hemos llegado a la mejor parte.

Lo guío hacia mi apertura. Durante varios agonizantes segundos, se queda allí, inmóvil, absorbiendo el momento.

—Por favor —digo finalmente. Mis manos se mueven hacia la parte baja de su espalda y lo insto a continuar.

—*Por favor* —repito, dejando escapar una risa dolorida—. Debería negarte, *pero no puedo*.

Sus respiraciones son cada vez más rápidas, sus ojos azules me penetran incluso mientras su pene comienza a abrirse camino hacia dentro.

Suelto un suspiro ante la sensación de él llenándome. Se siente... *sublime*.

Peste solo se ha metido parcialmente cuando hace una pausa, su frente cae sobre mi hombro.

Suelta una respiración temblorosa y luego levanta la cabeza una vez más para mirarme a los ojos mientras entra, su expresión es puro éxtasis. Su mirada continúa iluminándose hasta que está completamente dentro de mí.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Esto es sufrimiento —dice—. Un sufrimiento exquisito.

Dios, tiene razón. Este es el lugar donde el dolor y el placer se encuentran.

Lo alcanzo. Mis dedos rozan su corona, que de alguna manera se las arregló para permanecer sobre su cabeza todo este tiempo. Suavemente, la dejo a un lado.

Sigue todos mis movimientos pero no protesta.

No puedo creer que esté dentro de mí.

Si antes era impresionante, ahora, tan cerca de mí, es casi insoportable de ver, como intentar mirar hacia el sol.

Lentamente se separa de mí, luego se empuja hacia adelante. Un gemido se escapa de él.

—No puedo ignorar esta sensación... seguramente me perseguirá por todos mis días.

Comienza lento, saboreando cada golpe de sus caderas como yo hago con un buen chocolate. Pero como un buen chocolate, el sabor da paso a la indulgencia. Su ritmo se acelera, y pronto no me acaricia suavemente, sino que me folla con frenesí, sus manos se encuentran con mis caderas y me acercan más y más.

Me mira como si nunca hubiera experimentado algo tan maravilloso.

—Sara, estoy... estoy en ti. En una parte de ti.

Trago saliva con fuerza.

La idea de que Peste puede alcanzar dentro de mí y tocar algo profundo e íntimo—aunque solo sea en el sentido más físico—debería molestarme, pero definitivamente *no* me molesta.

De hecho, todo esto se siente dolorosamente *correcto*, como si este fuera el lugar donde siempre ha pertenecido.

Ahueco su mejilla.

—Lo estás.

Trago un gemido cuando su grueso contorno se desliza dentro y fuera de mí, nuestros cuerpos emiten sonidos resbaladizos cuando se juntan.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Inclina su cabeza contra la mía.

—He querido tanto estar así cerca de ti —dice—. Tan cerca como para sentir tu corazón latir contra mi piel.

Presiono mi mano contra su pecho, justo sobre su propio corazón. Debajo de mi palma lo siento palpar.

Cierra los ojos ante la sensación. Cuando los abre, brillan con demasiadas emociones.

—No quiero irme nunca.

Yo no quiero que lo hagas tampoco.

Le brindo una suave sonrisa.

—No tienes que hacerlo todavía.

Me mira maravillado mientras me retuerzo debajo de él. Lo aprieto con fuerza, forzando cada uno de sus golpes a ir más profundo mientras mi núcleo se aprieta a su alrededor.

Peste gime ante la sensación, el sonido profundo aumenta mi placer.

Me siento a punto, tan cerca...

—Oh mi Dios —susurro. *Quería aguantar más tiempo*—. Oh mi Dios, *oh mi Dios*.

El jinete hace una pausa, mirándome con preocupación.

—*No... pares* —suplico.

Reanuda con otro empuje tras otro poderoso empuje tras...

Oh. Dios. Mío.

Grito mientras mi orgasmo me toma de repente. Mi espalda se arquea mientras me azota, cegándome brevemente.

Los golpes de Peste se profundizan, hasta que él también llega. Sus cejas se alzan, mirándome con una gloriosa sorpresa mientras se acerca a su clímax.

Siento que su pene se pone grueso, y con un profundo gemido, se viene dentro de mí. Mi cuerpo tiembla ante la sensación.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Me mira, embelesado, mientras sus golpes disminuyen gradualmente.

—Eso fue... —Dice una palabra que susurra a lo largo de mi piel, y es como si Dios estuviera en la habitación con nosotros por un breve instante.

Angelical, cualquiera que fuese la palabra, se habló en idioma Angelical.

—¿Qué significa eso? —pregunto, consciente de lo reacio que ha estado de compartir su lengua materna conmigo.

Peste me da una mirada profunda.

—*Celestial*. Eso fue *celestial*.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 39

Traducido por Candy27

Nota personal: Peste no tiene sexo casual.

Los polvos rápidos claramente no son para él. Aunque, para ser justos, el sexo en cualquiera de sus formas no es algo suyo. Al menos no hasta que jodidamente lo corrompí. No puedo decidir si eso me hace sentirme particularmente orgullosa de mí misma, o un poco despreciable.

Creo que, para ser sincera, me siento un poco ambos.

Él no está tranquilo con esto tampoco, lo puedo decir desde ahora.

Después de terminar la noche anterior, me llevó a la cama. No recuerdo mucho excepto la caliente presión de su cuerpo detrás de mí, sujetándome cerca. Me levantó dos veces con sus labios errantes, y después de un poco más de exploración, se metió dentro de mí y me folló hasta que estaba gritando su nombre.

Eso no fue lo malo. No tengo quejas con el sexo. Es todo lo que pasó desde entonces.

Como traerme el desayuno a la cama, que definitivamente sacó de casa de otra persona porque este propietario no tenía tocino ni huevos. Además, no sabía que Peste sabía *cocinar*.

Puede haber forzado a alguien a que cocinara este desayuno para ti.

Dejo de pensarlo antes de que pueda imaginar qué tipo de escenario puede haber finalizado con *este* resultado.

También, me ha llevado aparte varias veces durante la mañana para robar besos rápidos, o para confesar todas esas cosas que ya me había confesado esa noche que estaba “dormida”.

No me malinterpretes, son gestos agradables que hacen que mi corazón se eleve y llena mi estómago con esas mariposas idiotas, pero la noche anterior fue simplemente sexo rápido y sucio, nada más.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Absolutamente nada más.

Mucho después de dejar atrás el piso de estudiante convertido en nidito de amor, después de haber citado algo de Poe a Peste (*¿Es todo lo que vemos o creemos ver tan solo un sueño dentro de un sueño?*), creo que lo peor de su adoración ya ha pasado.

Hasta que nos lleva a una iglesia.

Miro fijamente, sin comprender, el edificio, con su aguja afilada y la marquesina que dice: *los elegidos de Dios nunca mueren realmente*.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Sara, te has entregado a mí, completa y enteramente. Quiero mostrarte mi compromiso.

Aprieto mis rasgos, su significado no viene inmediatamente a mí. Se necesita varios segundos ridículamente largos para armar el rompecabezas. Pero luego...

Quiere... Quiere... ¿Quiere *casarse* conmigo? ¿Después de anoche?

Mierda en un jodido palo. Quiero decir, sé que soy una persona decente, pero no *tanto*.

Le miro sobre el hombro.

—¿Esto es una propuesta por lástima?

Entrecierra los ojos.

—No te sigo.

Suspiro, mirando hacia la iglesia una vez más. Es seriamente dudoso que incluso haya incluso un ministro dentro para supervisar la ceremonia...

¿Por qué estoy incluso pensando en esto?

—No quiero casarme contigo —digo.

Pasan varios segundos de silencio pesado.

Finalmente:

—¿Por qué no? —Peste suena ofendido—. ¿Te *avergüenzas* de mí?

—¿Eh? —Estoy completamente confundida. Me vuelvo hacia él—. Sabes que las personas no solo... —*Se casan*.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Excepto que mucha gente *solo* se casa, personas que se conocen el uno al otro peor de lo que nosotros hacemos y por razones que son mucho menos sólidas que, *te he follado, ahora eres mía*.

Es solo que yo, Sara Burns, necesito algo más de motivación antes de casarme con un maldito jinete del apocalipsis.

—¿Por qué te quieres casar conmigo? —pregunto.

Esta no es una conversación que alguna vez me imaginé tener.

—Te entregaste a mí, como hice yo contigo —dice Peste—. Eres mía, mente, espíritu, *cuerpo*.

Ugh. *Definitivamente* estoy trabajando aquí con un Dios del Antiguo Testamento. Peste probablemente espera dos vacas y cuatro cabras de mi padre también.

—Entonces, como soy la primera mujer en abrirse de piernas, ¿quieres ponerme un anillo en el dedo? —le digo, solo para asegurarme de entender la situación correctamente.

—No hables así.

—¿Quieres decir ‘abrirse de piernas’? —Todavía estoy mirando hacia la iglesia no con poca aversión—. ¿Por qué no?

—Es indecente y lo que hicimos anoche no fue indecente.

—El término que buscas es *hacer el amor* —digo.

—Hacer el amor —se hace eco, sonando complacido.

—Y Peste —continúo—, siento explotar tu burbuja, pero lo que hicimos anoche no fue hacer el amor. Eso fue follar como alguna vez lo he sentido.

Mentirosa, mentirosa, pantalones ardiendo. Eso fue lo más íntimo que he llegado en cuanto a sexo se refiere, pero él no necesita saberlo.

Cuando miro sobre mi hombro hacia el jinete, su expresión se ha oscurecido con descontento.

Inclina su cabeza cuando un pensamiento le viene.

—¿Has hecho esto antes? —pregunta, escrutándome.

—¿Hacer qué? —respondo, sabiendo malditamente bien de lo que está hablando.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Hacer el amor. ¿Lo has hecho con otro?

—Emmm... *no hacer el amor.* —*Per se.*

—*Follar* —modifica Peste, curvando un poco sus labios mientras dice la palabra—. ¿Lo has hecho?

¿Por qué me siento como si estuviera jugando con una granada a punto de estallar? Oh, ya sé, porque estoy teniendo una conversación sobre Ex horas después de tomar la virginidad de Peste.

Que se joda mi vida.

O no. Joder es claramente lo que me ha metido en un montón de problemas.

Y tengo que dejar de pensar en esa palabra. *Joder*³. Gah.

—Siii... —digo a regañadientes.

Su humor oscuro empeora.

—Por supuesto que lo has hecho. Porque esperar algo mejor de ti es un testimonio de mi maldito idealismo.

—Sigue hablando de esa forma, Peste, y te empujaré fuera de este caballo.

Se ríe.

—No podrías desmontarme si lo intentaras, humana.

Así que volvemos a lo de humana.

—Estás siendo un idiota.

—¿*No es nada sagrado?* —ruge—. Estuve dentro de ti. *Dentro* de ti. Te sentí moverte a mí alrededor. Te di mi esencia. Y tú lo estás tratando, todo ello, como si simplemente hubiéramos bailado juntos.

Realmente esta no es la forma en la que imaginé que se desarrollaría esta conversación. Siento cómo me sonrojo.

Se aclara la garganta.

—No estarás con otro —afirma.

³ N.T. En el original es *Fucking*, que puede interpretarse como “Joder” o como “Follar”. En esta ocasión, hace referencia a tener sexo.

Laura Thalassa

—¿Estás jodidamente *bromeando*? —casi grito.

Dios mío, detente con la palabra *joder*, Sara.

—No te compartiré como si lo que hicimos no tuviera sentido, incluso *si* parece que eso es lo que piensas.

Quiero estrangular a este hombre.

—Con quien tengo sexo no es tu decisión para tomar.

—¡No te compartiré! —ruge—. Incluso aunque eso signifique encadenarte a mí, ¡No lo haré!

—¡Y yo no me casaré con tu loco trasero! —le grito de vuelta—. ¡Incluso si eso significa ser atada y arrastrada detrás de tu estúpido caballo por el resto de mi vida!

Su agarre se tensa.

—No me tientes, humana.

—¡Y para de llamarme *humana*! —le añado acaloradamente—. ¡Tengo nombre!

—Uno que solo me gusta usar cuando estoy encariñado contigo, lo cual no estoy ahora mismo.

—Gran sorpresa, Capitán Obvio. Tampoco estoy muy encariñada contigo.

Hierve detrás de mí.

—Bien —dice después de varios segundos—. No me casaré contigo hoy. Pero esta conversación no ha acabado.

—¡El infierno que no! —Necesito golpear algo.

Cabalgamos en silencio después de eso. Gracias, *joder*.

Ugh. Para con esa *palabra*.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 40

Traducido por YoshiB

Solo hemos viajado un kilómetro más allá de la iglesia cuando oigo el estallido de la pistola.

No tengo tiempo para pensar en el hecho de que el jinete debió haber parado de cabalgar por la noche. Me sobresalto justo cuando el aire se agita violentamente junto a mi sien izquierda. En el instante siguiente, el cuerpo de Peste retrocede, su dominio sobre mí se afloja incluso cuando su sangre se empaña contra mi piel.

Alguien le disparó a mi jinete. Oh Dios, alguien le disparó.

Me giro en la silla de montar.

—¿Peste?

Su cuerpo se balancea, y tengo que atraparlo para evitar que el jinete se resbale de su corcel.

La cabeza de Peste se mueve hacia adelante, y veo la sangre, la sangre y...

Oh Dios, oh Dios, oh Dios. Donde debería estar el lado izquierdo de su cara, ahora solo hay un cráter destrozado.

Me voy a enfermar...

Su sangre está goteando por todas partes. Tanta sangre.

Personas con máscaras de gas comienzan a rodearnos. Trixie se levanta, pateando el aire. Grito cuando siento que el jinete se desliza de entre mis manos. Se cae de la silla detrás de mí, golpeando el suelo con un golpe sordo y húmedo. Con el sonido, casi pierdo el desayuno que Peste hizo para mí.

Bajo la mirada a su cuerpo boca abajo, *sin vida*, incapaz de apartar mis ojos.

—Está bien, se ha ido.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Ya no puede hacerte daño.

Las palabras de la gente del pueblo son débiles y distorsionadas detrás de sus máscaras. Se están acercando, se ven extraños y siniestros.

Lo lastimaron.

Al llegar al lado de Trixie, me sacan a la fuerza del caballo. Me lanzo hacia Peste, solo para que me lleven lejos.

Mis últimas palabras al jinete fueron maldiciones gritadas con ira.

Estoy luchando por volver a su cuerpo en ruinas, pero esta gente me detiene.

Uno pensaría que estaría acostumbrado a verlo así, pero no importa cuánto me asegure que él estará bien, mis ojos me dicen lo contrario.

Desde el suelo él gime.

Jesús. Aunque la mitad de su cara se ha ido, todavía es consciente. Dejo escapar un grito. Está *consciente*.

El dolor debe ser insoportable.

Alguien le dispara de nuevo, y de nuevo, y de nuevo, tratando de matar algo imposible de matar.

Grito al sonido de cada bala, horrorizada por la forma en que su cuerpo baila bajo los disparos.

Todavía estoy gritando mientras me obligan a alejarme de la carretera y hacia un edificio cercano. Solo después de que alguien me empuja a un banco, me doy cuenta de que me arrastraron a una iglesia.

¡El idiota quería casarse conmigo!

Estrujo mis ojos cerrados. Tal vez la mañana hubiera sido diferente si hubiese respondido que sí a la propuesta de Peste. Había estado tan ansioso, y se lo había arrojado a la cara como lo que hicimos anoche no importaba cuando lo hizo. Dios, lo hizo.

Tomo una respiración temblorosa y miro alrededor. Una por una, las personas que me trajeron aquí desaparecen en otra habitación para quitarse las máscaras. Cuando vuelven, ya no parecen tan amenazantes.

Los hombres y mujeres que llenan la iglesia son civiles, civiles que decidieron sacrificar sus vidas para derribar al jinete. Civiles que me

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

están trayendo mantas y café—civiles que me están *ayudando*, a una ex-bombero, lo mejor que pueden.

No cambia el hecho de que lo lastiman. Que podrían estar lastimándolo todavía.

Me pongo de pie, la manta de lana se desliza sobre mis hombros, siento como si mis emociones hubieran sido empujadas a través de una picadora de carne.

¿Dónde está?

—Los otros están tratando con él —dice alguien, y esa es la primera vez que me doy cuenta de que he hablado en voz alta.

—Escuchamos sobre ti, sabes —dice una de las mujeres que se pasea—. Los informes seguían mencionando que tenía un prisionero.

—No parecía una prisionera —murmura alguien más.

—¡Shhh! —Otro sisea.

Me limpio los ojos y miro a mi alrededor. Hay ocho mujeres y tres hombres, todos entre las edades de veinte y sesenta. Todos ellos ahora están programados para morir. (Las máscaras de gas son un lindo accesorio, pero ni siquiera ellas pueden detener la plaga de Peste).

¿Cuándo se darán cuenta los medios de que el jinete no puede ser asesinado? ¿Cuándo dejarán las personas de sacrificar sus vidas para terminar con una cosa inmortal?

Una cosa inmortal que me importa cuidar.

Tengo que llegar a él.

Tengo que *salvarlo*.

Empiezo a caminar por el pasillo central, en dirección a la salida.

Solo llevo varios metros cuando soy interceptada por uno de los hombres. Es un tipo corpulento, corpulento, con un bigote blanco estilo Dalí y arma de fuego enfundada en la cadera.

—Vamos a sentarte de nuevo —dice, su tono tan malditamente condescendiente.

Tomando mi brazo, me lleva de vuelta a un banco.

—¿Estoy bajo arresto? —pregunto.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Por supuesto que no —dice—, pero has tenido una mañana difícil. ¿Por qué no descansas un poco?

Lo miro, luego a los demás.

No me van a dejar ir. Puedo verlo en sus caras.

No sé por qué les importa. Entonces me doy cuenta...

Sobreviví a la plaga. Deben ser conscientes de eso.

¿Y a quién no le gustaría tener a alguien así? Podría conocer la cura; demonios, ellos podrían pensar que *soy* la cura.

Regreso al banco como una niña buena (ugh), y me siento allí, dejando que todos crean que soy mansa.

Cinco minutos transcurren agónicamente lentos.

En la distancia, escucho un leve relincho.

Trixie.

Quiero esperar más, pero escuchar el caballo de Peste es lo que rompe mi paciencia. No puedo seguir sentada aquí cuando no tengo idea de lo que le está sucediendo a mi jinete.

Salgo del banco de nuevo.

Bigote en Punta se tensa cuando me ve de nuevo en pie. Antes de que pueda ni siquiera salir de la banca, me aleja.

No mires su cinturón.

—¿Hay algo que necesites? —pregunta, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Sí, lo hay.

Antes de que tenga la oportunidad de responder, agarro su arma. Mi mano sostiene el metal frío justo cuando deja escapar un grito de sorpresa.

Le nivelo el arma de fuego y le quito la seguridad.

—Fuera de mi camino.

A mí alrededor, escucho jadeos.

El hombre levanta sus brazos.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Ahora espera un segundo allí. No hagamos nada precipitado. Solo estamos tratando de ayudarte.

No debo parecer tan amenazante como me siento porque otras personas comienzan a infiltrarse.

Es mejor que te pongas de pie antes de que esto se deshaga

Levantando el arma al aire, disparo un tiro. El sonido, ya ensordecedor, se vuelve aún más ruidoso por la acústica de la iglesia.

La gente grita, varios cubriendo sus cabezas. Sobre mí, el yeso llueve.

Apunto el arma una vez más al hombre de quien la robé.

—Me voy —digo—. Y puedes *ayudarme* saliendo de mi jodido camino.

Bigote en Punta debe ver que hay un poco de locura en mis ojos por su propio bienestar. Se hace a un lado.

Balanceo el arma hacia las otras personas que se interponen entre mí y la salida. Retroceden, sus brazos en el aire.

La iglesia está incómodamente silenciosa, el único sonido es el de mis pasos sobre la alfombra gastada.

Estoy cerca de las puertas dobles cuando Bigote en Punta me grita:

—¿Por qué has abandonado a tu propia gente por esa cosa?

Tiene la audacia de hacer la pregunta mientras está de pie en una iglesia.

Me vuelvo para mirar al hombre, mi mirada recorriendo al resto de los hombres y mujeres con los ojos abiertos que me miran.

—No los he abandonado —le digo—. Dios sí.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 41

Traducido por Yiany

Trixie permanece a la derecha fuera de la iglesia. Tan pronto como me ve, el corcel de Peste se arrastra, su hocico empuja mi mejilla, casi puedo imaginar que me está saludando con cariño.

Le paso la mano por la cara, frunciendo el ceño ante la mancha oscura que le cubre el costado. La sangre del jinete.

Me subo a la silla y acaricio la crin del corcel.

—Llévame con Peste.

Nos tendieron una emboscada a la vuelta de la esquina de la iglesia, por lo que no tarda mucho en regresar al sitio. Aun así, en el momento en que llegamos, Peste ya está medio enterrado en una tumba poco profunda a un lado de la carretera.

Personas con máscaras antigás se paran alrededor de la tumba, arrojando paladas de tierra en ella.

La pistola robada todavía está caliente en mi mano. Para cuando el primer hombre levanta la cabeza en mi dirección, ya le estoy apuntando. Hace un ruido de sorpresa, dejando caer su pala, los otros hombres lo miran antes de mirar alrededor confundidos. También se sobresaltan cuando me ven a horcajadas sobre el caballo de Peste, arma en mano.

Ahora que tengo su atención...

—Todos tienen cinco segundos para desaparecer, entonces empezaré a disparar.

Nadie se mueve.

—Uno...

Ahora la gente comienza a moverse.

—Dos...

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Uno de los hombres toma su arma.

Disparo un tiro de advertencia, el arma pateando en mi mano.

Dejan caer sus palas y abandonan la tumba. Algunos salen corriendo, pero algunos todavía merodean, no dispuestos a dejar que una mujer los asuste.

—Tres...

Los hombres enmascarados salen a la calle, alejándose de mí, un par con las manos en el aire.

Como si eso fuera a aplacarme.

—Cuatro...

Retroceden un poco más rápido.

—Cinco.

Hago clic con mi lengua, intentando el sonido que hace Peste. Debajo de mí, Trixie se lanza hacia adelante, cargando por la calle.

Ahora el último de los hombres enmascarados corre por su vida. No hay nada como tener un corcel no muerto corriendo tras de ti para ponerte en marcha. Disparo otra vez, solo para darles un buen susto.

A mitad de la calle, jalo las riendas, dejando que los hombres se alejen de nosotros, viendo cómo sus formas se hacen cada vez más pequeñas.

Esta gente sabía antes de que me vieran que estaba viajando con Peste. Un escalofrío estremecedor me atraviesa.

Si eso vuelve a los medios, el mundo pronto sabrá que ya no soy su cautiva.

Contengo un grito cuando observo la tumba improvisada de Peste. Es casi inidentificable, su cuerpo inundado de sangre, suciedad y cosas pulposas y carnosas.

No quiero moverlo por miedo a lastimarlo.

La gente del pueblo volverá, puede que solo tenga minutos.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Eso es lo que me ayuda.

Dejando el arma a un lado, me agacho al lado de la tumba y engancho mis brazos debajo de las axilas de Peste.

—Lo siento mucho —le susurro y luego empiezo a tirar.

Deja escapar un grito agónico, el sonido distorsionado por su arruinada boca, mientras lo saco de su tumba. Una lágrima silenciosa gotea por el rabillo de mi ojo ante el ruido.

Si tan solo mi yo anterior pudiera verme ahora. Hasta dónde he caído, llorando por algo que no puede morir, por la misma cosa que se suponía que debía matar y mírame ahora: apuntando las armas a cualquiera que intente quitármelo.

Muy lentamente, tiro a Peste de la tierra. Trixie se arrodilla a mi lado, el corcel anticipando las necesidades de su jinete. Arrastro el cuerpo del jinete sobre la silla de montar.

No va a ser muy cómodo, pero tendrá que servir.

Acomodándome detrás de él, nuevamente hago clic con mi lengua. Trixie se pone de pie, los dos nos balanceamos sobre su espalda, y luego el corcel despega.

Varios disparos suenan, y me aplano sobre el jinete mientras las balas pasan zumbando a mi lado. Miro por encima de mi hombro. Los hombres a los que había alejado tan recientemente ahora corren a la calle desde donde se escondieron, apuntando sus armas contra nosotros.

Mierda.

Doy un tirón a un lado de las riendas, tirando de la cabeza de Trixie hacia un lado, desviándonos de su curso. El cuerpo de Peste se desliza un poco, y se necesita la mayor parte de mi fuerza para mantener al jinete en su caballo, pero al menos las balas hacia Trixie y yo, fallan.

Doy un tirón al otro lado de las riendas, forzando al caballo a cambiar su trayectoria de nuevo, zigzagueando por el camino hasta que los disparos caen en el silencio. Cuando miro sobre mi hombro otra vez, los hombres con máscaras de gas están fuera de alcance.

Seguros. Estamos a salvo, por ahora.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

No me atrevo a reducir la velocidad del caballo hasta que la ciudad queda muy atrás de nosotros. Una vez que lo hago, es solo para poder buscar en los alrededores una casa. Teniendo en cuenta mi suerte de mierda hoy, probablemente voy a elegir una casa con el peor idiota viviendo dentro. Sin Peste para infundir el temor de Dios en él, quién sabe cuán mala puede ser la situación.

Inhalo una respiración profunda, simplemente no ayuda a la situación.

Termino escogiendo una casa que está directamente fuera de la carretera, con la esperanza de que quien vive allí se haya ido. Toma un tiempo agónicamente largo para entrar, pero en una nota positiva, el lugar ha sido desocupado.

Guío a Trixie por la puerta tras de mí, con cuidado de no empujar el cuerpo desplomado de Peste en el proceso. Una vez que muevo el corcel al lado del sofá, saco al jinete. Se desliza en mis brazos, haciéndome perder el equilibrio, y los dos colapsamos amontonados en el sofá.

Realmente suave allí, Burns.

Me coloco en una posición cómoda debajo de Peste, sintiendo que su sangre comienza a filtrarse en mi ropa por sus diversas heridas.

Ahora que lo sostengo, me parece que no puedo dejarlo ir. Su cara todavía está destrozada, y ha quedado oscurecida por la suciedad enmarañada en su piel.

Con una mano temblorosa, paso los nudillos por una sección de la mejilla que aún está intacta.

Tonta. Te has ido y te has enamorado de esto.

Se mueve en mis brazos, y casi grito, casi había olvidado que *todavía está allí*. Aún consciente de lo que está pasando, siento que la bilis se eleva ante la idea.

Pensar que le hice a Peste algo incluso peor que esos hombres.

—Shhh —digo, maniobrando suavemente fuera de él. Lo acomodo en el sofá, su forma larga apenas ajustada.

Tomo una de sus manos en las mías, rozando un beso a lo largo de sus nudillos cubiertos de suciedad.

—Trata de dormir —digo—. Estaré justo aquí.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Peste refunfuña algo, ni siquiera sé cómo está haciendo ruido.

Lo callo de nuevo y se tranquiliza, instalándose en algo que, si no es sueño, debe ser algo así.

Cumplo mi promesa, me quedo a su lado, dejándole solo para encender un fuego y conseguir trapos y agua, que utilizo para limpiarnos lo mejor que puedo. Una vez que termino, tomo su mano en la mía, manteniéndola cerca de mí.

A medida que pasan las horas, puedo ver la evolución lenta pero milagrosa del jinete de algo que debería estar muerto a un hombre dormido hermoso.

Parece sacado de un cuento de hadas.

Con un crujido metálico, la coraza acribillada de Peste se dobla nuevamente en su lugar, la armadura dorada regresa lentamente a su superficie original e ininterrumpida. Del mismo modo, admiro su rostro reconstruirse, desde nervios y huesos a músculos, tendones y piel. Eventualmente, incluso veo las largas pestañas del jinete brotar a lo largo de su párpado recién formado.

Esto es magia, esto es fe, esta es la más mínima visión del leviatán que es Dios.

Incluso después de que su cuerpo casi ha curado, Peste no se despierta. Debajo de sus párpados cerrados, sus ojos se mueven hacia adelante y hacia atrás.

¿Con qué sueñan los jinetes?

Me duele pensar en él soñando. Es mucho más humano de lo que alguna vez imaginé que era.

Tuve algo que ver con eso, más que un poco si soy sincera. Come comida porque se la di a probar, bebe cerveza porque se la ofrecí.

Me hace el amor porque me abrí a él.

Hace el amor. Muerdo mi labio inferior ante el fraseo.

La mano que sostengo ahora se aprieta, dispersando mis pensamientos. Cuando alzo la mirada, los ojos de Peste se abren.

Me incorporo más derecha, acercando nuestras manos entrelazadas a mis labios.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Una sonrisa comienza a florecer en su rostro, pero luego se borra, en cambio su frente se arruga.

—¿Estás bien?

Esas son sus primeras palabras. Justo cuando pensé que este hombre no podría desgarrarme más.

Aprieto mis labios para que la verdad no se filtre. Porque no, no estoy bien, no he estado bien desde que Peste fue derribado de su caballo. Incluso antes de eso, no estoy segura cuan bien estaba.

Estoy teniendo más que un pequeño problema manejando ~~amar~~, *mi gusto* por este jinete.

Comienza a sentarse, cada vez más alarmado cuando ve la sangre en mí.

—¿Dónde estás he...?

—No es mi sangre, es tuya... *te dispararon* —susurro esta última parte porque la emoción está apretando mis cuerdas vocales. Ya mis estúpidos conductos lagrimales están en línea; cuando parpadeo, un par se escapa, ahora que Peste está despierto, estoy teniendo problemas para mantenerme fuerte.

Se sienta, frunciendo el ceño mientras mira mis ojos color avellana.

—¿Estás llorando... por mí? —pregunta, su voz entrecortada por la incredulidad.

Quiero decir algo sarcástico. En cambio, me limpio las mejillas.

—Tal vez.

Peste me mira como si no pudiera darle sentido a lo que ve.

—Sabes que no me pueden matar —dice en voz baja.

—Pero pueden herirte. —Y lo lastimaron tanto.

—¿Eso te molesta? —Su voz suave.

Señalo mis mejillas mojadas y ojos rojos.

—Sí.

Su mirada se suaviza.

—Sara —dice mi nombre amorosamente, y es lo que me deshace.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Me inclino hacia adelante, y mis labios están sobre los suyos. Sus brazos me rodean, medio tirándome hacia él mientras su boca responde a la mía, devorándome tan ansiosamente como yo a él.

Es fácil olvidar lo fuerte que es cuando está herido, pero ahora que se ha regenerado, siento su fuerza mientras me envuelve.

Aun así, está sangrando y odio eso. Y odio que odie eso, pero no lo suficiente, y no tengo sentido, pero sinceramente, absolutamente nada en mi vida tiene sentido en este momento, así que...

—Lo siento —digo—. Lo lamento por lo que esas personas te hicieron y por lo que te hice, y por lo que todos los demás te han hecho desde que llegaste.

Peste vino aquí con una tarea espeluznante, y se armó de valor contra la atrocidad de la misma al convencerse de que los humanos eran monstruos. Y demostramos que tenía razón cada vez que lo atacamos.

Eso es lo que hace el odio: saca lo peor de ti.

Solo ha vislumbrado nuestra bondad, y sin embargo eso es todo lo que se necesita para que sus actos le pesen.

Porque eso es lo que hace la compasión: pone de manifiesto tu mejor naturaleza.

—Lo siento por cada cosa estúpida que dije antes —continúo—. Lo que hicimos juntos significó algo para mí. Tú significas algo para mí.

Peste me sostiene cerca.

—¿Esto significa que te vas a casar conmigo?

Me río a través de mis lágrimas.

—No, no recibo propuestas por lástima. Pero estoy dispuesta a tener sexo de reconciliación.

Peste me besa de nuevo, una de sus manos se desliza reverentemente por mi mejilla y en mi cabello.

—No fue una propuesta por lástima, querida Sara —murmura.

Se sienta, mi cuerpo se apoya fuertemente contra él, luego se para, acunándome en sus brazos. Sus labios encuentran los míos una vez más, y reanudamos el beso. Apenas me doy cuenta de que nos estamos moviendo por la casa hasta que Peste me acuesta en la cama del dormitorio principal.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Me estremezco al ver al jinete sobre mí mientras saca su remodelada armadura, su mirada quemándome todo el tiempo. Se quita la corona al final, colocándola sobre la mesita de noche.

Despojado de sus adornos dorados, ya no es mi noble Peste de otro mundo, sino mi amante de carne y hueso.

Regresa a mí, ajustando su cuerpo sobre el mío.

—Sara, Sara, Sara —respira, besando mis párpados, mis mejillas, mis labios, mi barbilla—. Lo confieso, tus disculpas anteriores me han conmovido, pero de todas maneras son innecesarias, no necesitas pedir perdón, ya lo tienes y más, si tomas lo que ofrezco.

Creo que se refiere al matrimonio... y por primera vez, el pensamiento me intriga.

Podría *casarme con él*.

Besa la columna de mi garganta, hasta el hueco en la base de la misma.

—Tienes mi misericordia, mi mente, mi adoración, mi cuerpo, mi... *vida*.

Podría haber jurado que por un momento, estuvo a punto de decir otra palabra de cinco letras, pero tal vez fuera solo mi imaginación.

Y por primera vez, estoy *decepcionada* de que no la haya dicho, pero eso no tiene sentido.

La vida *es una promesa lo suficientemente grande proveniente de un hombre inmortal*.

Solo soy una perra codiciosa.

Peste hace un trabajo rápido para quitarse la camisa. Casi suspiro al ver los gruesos músculos de sus brazos y su torso cónico. Mis manos se mueven primero a sus pectorales, luego a sus abdominales, por una vez ignorando las marcas que rodean su piel. Debajo de mis dedos, sus músculos se tensan, como si su piel fuera hipersensible a mi tacto.

El jinete me muestra una sonrisa puramente masculina, disfrutando de mi exploración. Desciende hacia mí, levantando mi camisa para exponer la piel de mi vientre.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Me estremezco al sentir el aire frío a lo largo de la banda de carne desnuda, pero luego las cálidas manos de Peste se mueven sobre él, y sus labios reclamando beso a beso.

—Una vez más, tengo que agradecerte por protegerme, *salvarme* — dice contra mi piel.

Salvar, esa es una gran palabra viniendo de él, el hombre que es impermeable a la muerte y que cree que es demasiado poderoso para necesitar rescate, o al menos solía creer eso. No sé cuándo cambiaron las cosas en su mente, solo que lo hicieron.

—Dime, querida Sara —continúa—, ¿cómo podría compensarte?

Niego con la cabeza, mirándolo.

—Eso no es algo por lo que necesites compensarme. No lo hice para obligarte a que me debieras, lo hice porque me preocupo por ti.

Sus ojos encuentran los míos, suaves y brillantes y ardientes con tanto... *amor*.

¿O me estoy imaginando esto también? Todo lo que sé es que la mirada es demasiado tierna para ser lujuriosa y demasiado apasionada para ser amabilidad o compasión.

No, mis ojos no me están engañando. Ahora y solo ahora estoy viendo sus sentimientos por lo que realmente son.

Amor.

Me he atado a este hombre. He cultivado un apetito muy humano en él, y este es el resultado. Amor.

Debería asustarme al pensarlo, pero una especie de emoción extraña me recorre.

Esta vez, es Peste quién toma la delantera. Sus manos se pasean sobre mí, sacudiendo mi ropa empapada en sangre pieza por pieza, su toque fuerte y seguro.

Mi pasión se levanta; junto con esta deliciosa *incertidumbre*, como si el jinete supiera cosas prohibidas que no conozco, y esta noche me las presentará.

Creo que Peste piensa avanzar lentamente, sé que sí, pero al final nuestros movimientos se apresuran. La última de nuestras prendas sale, y luego somos solo metros y metros de gloriosa piel.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Sus brazos bronceados se abultan mientras baja más y más por mi torso, besando un rastro por mi cuerpo. Hace una pausa cuando llega a mi centro, mirándolo por un largo segundo, luego besa eso también.

Involuntariamente, mis caderas se levantan de la cama. Guau.

Peste me abre las piernas, mirándome sin obstáculos. Bebe la vista antes de volver a subir por mi cuerpo colocando sus caderas entre mis muslos.

Lo siento engrosarse contra mí, su pene apretado contra mi entrada. Sin previo aviso, Peste se conduce adentro, casi gimo cuando me llena, cubriéndose en mi humedad.

—Extrañé esto —dice mientras se retira. Me empuja con fuerza otra vez, sus movimientos profundos y exigentes.

Corro mis manos por su espalda, sacando la piel de gallina por su carne.

—Yo también.

Ahora que está tan cerca de mí, tan vivo, finalmente, *finalmente* puedo desterrar los últimos pensamientos de esta mañana a la periferia de mi mente.

Peste ahueca mi rostro.

—Esto *no* es follar.

¿Elige *ahora* para hacer su punto?

Me mira mientras trabaja mi núcleo, y me doy cuenta de que espera una respuesta.

No puedo recordar mi maldito nombre en este punto.

—Mmm —digo. Eso es lo suficientemente evasivo.

Sus caderas entran y salen, entran y salen.

—Esto es hacer el amor —afirma. No, *exige*.

Realmente se aferró a ese término con gusto.

—Dime tus pensamientos —casi ordena—. Necesito escucharlos.

¿Cómo puede *pensar* siquiera ahora? Pero una mirada en sus ojos me ha hecho despejar muy rápido. Esto es importante para él.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Esto no es follar —estoy de acuerdo, y lo digo en serio. Hay demasiado trasfondo emocional aquí entre nosotros, cada toque apresurado está lleno de anhelo, *amo...*

—Es hacer el amor —coincide Peste, como si ambos estuviéramos en la misma página.

Niego con la cabeza. ¿Estoy en negación? ¿No? ¿Sí?

—Hacer el amor es más lento, más reverente... —Eso es todo lo que tengo.

El jinete frunce el ceño y su ritmo—*maldita sea*—su ritmo se ralentiza, pero sus embestidas se hacen más profundas, su pene grueso y palpitante dentro de mí, desvelando su mirada para que todo lo que siento esté ahí mismo, mirándome. Me está mirando como si fuera *amada*.

Su pulgar me roza el pómulo.

—¿Cómo esto? —pregunta mientras bombea lentamente dentro y fuera de mí.

—Sí —digo, enervada como el infierno porque toda la fuerza de esa mirada adoradora es asombrosa—, justo así.

Sus ojos se posan en mis labios, incluso mientras se mueve dentro de mí.

—Y si te beso, ¿todavía te haré el amor?

Casi me olvido de respirar.

—Se trata de tu intención.

Su boca sigue su mirada hasta que siento el dulce roce de sus labios contra los míos. Su recorrido cuando pasan por mi boca parece tierno, *amoroso* y cuando convence a mis labios para que se separen y nuestras lenguas se toquen, parece también como si reverenciara incluso mi sabor.

Se aleja.

—¿Estuvo clara mi intención?

—Mucho.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Peste se mueve lento y profundo por un tiempo, pero luego, tal vez en respuesta a mi propia necesidad febril de más de él, comienza a acelerar, sus embestidas se vuelven rápidas y ásperas.

—Quiero seguir haciéndote el amor, pero no puedo resistirme a esta *necesidad*...

—*Entonces no lo hagas.*

Mis palabras son permiso suficiente. Toma mi boca otra vez, y esta vez su beso es salvaje. Su ritmo se duplica, como si no pudiera evitar moverse más profundo, más rápido, hasta que la cabecera se balancea contra la pared.

Enredo mis piernas alrededor de las suyas, necesitando que toque tanto de mí como sea posible.

Cada golpe me hace arder más y más. Es como si hubiera desatado una tormenta. Supongo que eso es lo que obtienes cuando encajas una fuerza de la naturaleza en el cuerpo de un hombre.

Sus ojos se cierran con los míos. El momento se alarga y sigue. Algo pasa entre nosotros, algo que no le pondré nombre, pero algo que viene de mí tanto como proviene de él.

Algo que me preocupa profundamente.

Aguanto hasta que no puedo más, pero esa *mirada*. Soy impotente contra eso.

Con un grito, me corro, la sensación azota a través de mí mientras grito su nombre. Él brama mientras aprieto a su alrededor, su propio clímax montando en el mío. Peste agarra mis manos en las suyas, inmovilizándolas contra la cama mientras sus ásperas estocadas finales golpean contra mí.

Y entonces el momento se ha acabado.

Peste me acerca a él, e incluso después de que ya no está dentro de mí, todavía parece interesado en mantenerme cerca.

Sus labios rozan mi frente.

—Me gusta hacerte el amor, Sara Burns.

Mi estómago da volteretas.

—Creo que podría ser mi nueva cosa favorita en el mundo, junto a esto. —Su agarre se aprieta brevemente.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Paso mi mano por su pecho y por sus abdominales, sonriendo suavemente.

—¿Prefieres esto a mis locas habilidades de conversación? —bromeo.

—Pregúntame de nuevo mañana cuando estemos en la silla de montar —dice, sonriendo—. Estoy seguro que mi respuesta cambiará.

¡Esa sonrisa! La vista de eso hace que mi aliento se atore.

—Solo estás diciendo eso para tener mi lado bueno.

—Sara, solo *tienes* lados buenos. Lo digo porque cada momento contigo es mi nuevo favorito.

Pensarías que empezaría a acostumbrarme a su adulación, pero como siempre, las palabras de Peste me abruma.

Los dos nos quedamos callados por un rato, y estoy completamente feliz, simplemente recostándome contra él, disfrutando de cómo su mano me acaricia la espalda.

Pero cuanto más tiempo permanezco allí, más preocupantes se vuelven mis pensamientos. Retazos de esta mañana vuelven, incluso más horripilantes ahora que Peste está en mis brazos y puedo sentir el peso de mis emociones presionar desde todos lados.

Estos ataques seguirán sucediendo. Lo sé con la misma certeza que estoy segura de que Peste lo hace. No estoy segura por qué esta es una revelación aleccionadora ahora. Fui, después de todo, una de esas personas que intentaron matarlo. Por supuesto que va a seguir sucediendo.

La humanidad está lo suficientemente desesperada, es lo suficientemente estúpida, valiente, lo suficiente sacrificada...

Lo suficientemente vengativa.

Porque al final del día, incluso si los humanos no pueden detenerlo, al menos pueden hacer que se arrepienta de haber aterrizado en la tierra verde de Dios.

Ellos. El pronombre me detiene frío, ese último pensamiento, *Ellos* dije, no *nosotros*. Me corté del grupo.

Es otro de esos momentos en los que el eje de mi mundo se inclina.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Todo este tiempo he estado tan concentrada en cómo he cambiado al jinete que no he estado prestando atención a cómo me ha cambiado.

—No soy tu prisionera —le susurro.

El toque de Peste se detiene. No responde.

—No lo soy —insisto—. Ya no. —Estoy dibujando una línea en la arena. El borde de su boca se curva.

—Acepta mi propuesta entonces.

Su humor es ligero, el sexo tiene una forma de hacerlo, pero estoy de un humor sombrío.

—Hablo en serio, Peste. Hoy temprano le robé el arma a un hombre y lo amenacé con ella. Habría matado por ti si lo hubiera necesitado. — Esa admisión duele—. Así que no, no soy tu prisionera —reitero—, ya no más.

Por un largo momento, no dice nada.

—Está bien —Peste finalmente acuerda—. Ya no eres mi prisionera.

La verdad es que no creo que ninguno de nosotros sepa *qué* soy. Puede que ya no sea su prisionera, pero dudo que pueda alejarme libremente de él, tampoco. En este punto, reconozco que no *quiero* alejarme, que me preocupo por este ser terrible y maravilloso.

—¿Qué me has hecho? —susurro, buscando su rostro.

Me dispuse a destruir a este hombre, no a *protegerlo*.

—Lo mismo que me has hecho a mí, me imagino —dice Peste, apartando un mechón de mi cabello—. Quieres que tu gente viva, pero no estás dispuesta a que yo sufra daños. Quiero que tu gente muera, pero no puedo hacerte daño; cada uno de nosotros está atrapado entre nuestras mentes y nuestros corazones.

—No es lo mismo —digo, roncamente—. Solo me estás salvando porque Dios te envió una señal.

Peste roza un beso contra mi sien, es sorprendentemente bueno para abrazar.

—Dios pudo haber intercedido en tu nombre una vez —dice—, pero no lo ha necesitado desde entonces. Eres mía, y nada, *nada*, cambiará eso.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 42

Traducido por Dew'

Salimos al amanecer, y no es mucho después que Peste comienza a incitarme a recitar otro poema.

¿Cuáles son las posibilidades de que encuentre un hombre al que le guste la poesía?

Como le gustó “El cuervo”, saco “Lenore”.

—«...¡Ven! ¡Deja que el rito funerario sea marcado, la canción fúnebre sea cantada! Un himno para los muertos más crueles que alguna vez murieron tan jóvenes...»

Ni siquiera llego hasta el final de la segunda estrofa de “Lenore” de Poe antes de darme cuenta de que Peste no está prestando atención. Y después de que hizo tanto escándalo por escuchar un poema también.

—Y así —continúo—, la chica que golpea a Lenore murió y la gente aparentemente no estaba muy triste porque era una mierda y la odiaban por eso y ahora quieres matar a todos porque todos somos unos gilipollas de proporciones épicas.

Me detengo, esperando que Peste diga algo, *cualquier cosa*, pero no lo hace.

Suspiro.

El jinete me acaricia el vientre distraídamente con el pulgar, perdido en sus pensamientos.

—¿Has pensado en los niños? —dice, despertando de su ensoñación.

La pregunta me toma por sorpresa.

—¿Perdón?

—Niños —repite.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—¿De qué estás hablando?

—Hemos tenido relaciones sexuales sin protección, dos veces. Puedo ser nuevo en estas partes, pero incluso yo sé que el propósito de la reproducción es *reproducirse*.

Una ola enferma de vértigo me inunda. Llevo una mano a mi cabeza.

No había pensado en usar protección alguna vez.

Y ahora...

Oh, *mierda*.

—¿Puede pasar eso? —pregunto—. Entre nosotros, quiero decir.

Él no es humano, me aseguro a mí misma, y un poco de mi malestar se retira. Biológicamente, no estamos programados de la misma manera.

¿*Correcto*?

—No veo por qué no se pueda —dice—. Puedo comer, beber y hacer el amor como un mortal. Quizás también pueda engendrar un hijo como uno también.

Vaya, ahí va mi mañana agradable y tranquila.

—¿Pero no lo *sabes*? —pregunto, mi voz se eleva.

Hay un breve silencio, entonces:

—Sara, siento que tienes miedo de la posibilidad.

¡Ding-ding-ding! Adivinaste correctamente.

—Para una mujer que tan ansiosamente toma mi carne en la de ella... —continúa.

Jesús. Mis mejillas duelen.

—...eres muy reacia a lidiar con todo lo demás que viene con el acto.

Lo soy, ¿no es así? Pero en mi defensa, estamos hablando sobre un *niño*.

Él lo protegería, al igual que a ti.

Eso está fuera del punto, cerebro. No seas idiota conmigo ahora.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Impresionante, estoy debatiendo conmigo misma. Estoy bastante segura de que eso me vuelve completamente loca.

—¿Has pensado sobre eso? —le pregunto a Peste, en lugar de hacer frente a su comentario.

—Lo he hecho.

Espero, pero no dice más.

—¿Y? —finalmente le pregunto.

—Y encuentro la posibilidad... *emocionante*.

¿Lo emociona? Mis partes de chica están muy felices con eso.

—Como te puedes imaginar —dice—, mi emoción me perturba mucho. Estoy *matando* a tu especie. ¿Qué pasa si soy padre de uno?

Realmente quiero aclarar mi garganta porque, uh, chico además estás follando con uno, ¿y esa no es razón suficiente?

—Podría ser inmortal —le digo, aunque estoy más preguntando esto que cualquier otra cosa.

—Podría ser —está de acuerdo, y mi estómago se llena de cosas.

Podría dar a luz a un chico-deidad. Un peón de Dios.

Nop. Nop, nop, *nop*. Nooooooooooop.

Esta conversación va rápidamente de aguas incómodas a mi-vagina-se-está-rebelando-no-importa-que-seas-sexo-andante-bueno-está-bien-tal-vez-lo-haga-un-poco-no-importa-mi-vagina-está-bien-con-eso.

Eso es lo que sucede cuando eres angustiosamente hermoso. Mi libido obtiene una corrección estúpida, *más tonto* (porque, admitámoslo, en un día normal, mi libido sigue siendo un tonto).

—Pero también podría ser mortal. Humano —dice—, y lo habría creado, yo que he sido asignado a la destrucción de tu especie.

Ese chico que está afuera ha visto mucho de la naturaleza humana, mayormente la parte fea de ello. Solo ahora está viendo la belleza, y gran parte es gracias a ti... muéstrale que la humanidad es digna de redención.

Las últimas palabras de Ruth resuenan en mis oídos.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Peste monta sobre dos naturalezas en guerra: la divina, que exige que todos muramos, y la mortal, que no quiere matarnos, tal vez incluso quiere *salvarnos*... Y cada día que está conmigo, su naturaleza mortal se fortalece. Yo la estoy fortaleciendo. La idea no me sorprende.

—Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto? —pregunto.

Sus labios rozan el lóbulo de mi oreja.

—Lo que ocurrirá debe contemplarse. Una cosa es cierta: no puedo permanecer lejos de ti.

Mi estómago se aprieta ante eso.

Yo tampoco.

Estoy debatiendo si debo expresar mi opinión cuando el agarre de Peste se aprieta. Alzo la mirada hacia él, pero está mirando delante de nosotros.

Sigo su mirada y mis ojos se abren. A lo lejos, entre los edificios tapiados que salpican los lados de la carretera, hay un mar de personas vestidas de blanco.

A medida que nos acercamos, miro con asombro a las hordas de ellos. Se alinean en la calle, sus cuerpos se inclinan en súplica.

Haciendo reverencia por Peste.

Lo esperaron, voluntariamente entregando sus vidas para esta demostración.

Miro al jinete justo a tiempo para ver su labio superior curvándose con disgusto.

—Rezando a los ídolos falsos —dice—. Merecen la plaga que se los llevará.

¿Pensé hace un momento que estaba progresando con su sed de sangre? Disculpas, estaba equivocada.

—¿La mismo que yo merezco? —digo.

—Tú fuiste tocada por la mano de Dios —responde suavemente.

Cuatro personas más vestidas de blanco se paran en medio de la carretera, obstruyendo nuestro camino. Uno de ellos es un hombre mayor con ojos locos y cabello ceniciento. Junto a él hay tres mujeres jóvenes y hermosas.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Cuando nos acercamos lo suficiente, el hombre da un paso al frente y hace detener a Trixie. Puedo sentir Peste hirviendo en mi espalda, pero el jinete no intenta hacer que su montura se mueva de nuevo.

—Yo, el profeta Ezekiel, vengo a ti en nuestra hora de oscuridad —dice el hombre—. Te doy a ti, el Conquistador, estas tres mujeres para tener y mantener.

¿Para tener y mantener?

Ugh.

Ezekiel también se ve tan magnánimo acerca de su oferta, como si tuvieras que darle una galleta por el esfuerzo que realizó para conseguir estas mujeres.

El fanático religioso avanza, las mujeres pisándole los talones. Algo oscuro y posesivo se eleva en mí por la forma en que las mujeres miran a Peste. Parecen un poco ansiosas por ser las sirvientas del jinete.

—¿Qué es esto? —pregunta Peste, su mirada recorriendo el mar de hombres y mujeres con túnicas.

—Hace mucho que esperábamos su llegada —dice Ezekiel, ojos locos.

Detrás de mí, el jinete gruñe.

—¿Y ellas? —Peste señala con su mentón a las mujeres.

—Son tuyas —dice Ezekiel.

—¿Qué se supone que debo hacer con ellas? —pregunta Peste, sus cejas frunciéndose confundidas. De los seis de nosotros aquí, él es claramente el único que no comprende el delicado subtexto de esta situación.

Él quiere que los lleves a Fornicar. Obviamente.

Pero mantengo la boca cerrada porque ahora realmente quiero un Ezekiel un poco incómodo lo diga por sí mismo.

—Lo que sea que quieras —dice el profeta suavemente (¡ja!). Sus ojos se mueven hacia mí justo cuando Peste aprieta su agarre en mi torso. Veo a Ezekiel fruncir el ceño.

Awww, ¿estaba esperando que el jinete cambiara? Lástima que Peste disfrute de su viejo modelo perfectamente.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Si fueras yo, ¿qué harías con ellas? —pregunta el jinete.

—No me corresponde a mí asumirlo —dice humildemente el profeta. Al menos, piensa que está siendo humilde y recatado, con los ojos hacia el suelo y la cabeza inclinada.

Las mujeres están empezando a inquietarse. Creo que todas imaginaron este intercambio un poco diferente.

—¿Y a cambio? —Peste presiona—, ¿Qué quieres a cambio de estas mujeres?

Me tenso. El jinete no está considerando seriamente esto, ¿verdad?

Los ojos de Ezekiel se levantan. Destellan con avaricia.

—Espero que puedas perdonarnos... —Su mano recorre el mar de personas—, tus seguidores más leales.

La mirada del jinete escudriña a la multitud.

—Mmmm.

El profeta parece emocionado por la deliberación de Peste.

Finalmente, la atención del jinete recae una vez más sobre Ezekiel.

—Presumes mucho, deteniéndome como lo has hecho —dice Peste con voz tranquila.

El rostro de Ezekiel se sonroja.

—En cuanto al trueque —continúa el jinete, su voz se endurece—, deseas darme tres humanos a cambio de cientos. ¿Crees que soy un tonto?

Por primera vez desde que nos topamos con él, el profeta se ve un poco inseguro de sí mismo.

—N-no...

—Tus mujeres no serían más que un obstáculo para mí —dice Peste, hablando por encima de él—. En cuanto al resto de tu gente, debes saber que ahora no puedo *salvar*. Solo puedo matar.

Mi piel pica por sus palabras.

—Si crees en un Dios, que parece que lo haces —continúa el jinete—, te sugiero que le reces. Él es el único que puede salvarlos a todos ahora.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 43

Traducido por Jasy

—Entendí las intenciones de Ezekiel —dice Peste, una vez que el profeta y su pueblo están lejos de nosotros—. Hay mucho sobre este mundo que me confunde, pero eso no lo hizo.

Entonces *entendió* que las mujeres estaban destinadas a ser ofertas sexuales.

Y justo cuando el jinete ha adquirido un gusto por la carne de mujer...

Ezekiel debe haber escuchado susurros de que Peste mantenía cautiva a una mujer, una que no sucumbía a la Fiebre. Debe haber pensado que si ofrecía unas mujeres más, podría hacer un arreglo para que su pueblo elegido viviera.

Probablemente pensó que era muy listo también.

Pasamos a través de varias ciudades sucesivas rápidamente, solo deteniéndonos una vez en un puesto de avanzada para que yo pueda ir al baño y Peste pueda cambiar una tienda y algunas otras cosas.

Supongo que acamparemos otra vez esta noche.

Y naturalmente, mientras el día llega a su fin, los cielos deciden liberar otro aguacero torrencial. Porque acampar no es mierda suficiente.

Para el anochecer, la lluvia golpea fuera de nuestra tienda y ni siquiera el material impermeable es suficiente para mantenerla toda fuera. Se filtra desde la tierra fangosa del exterior por las costuras de la tienda. La endeble estructura tiembla y se estremece mientras es aporreada.

El jinete y yo nos encontramos entrelazados en la oscuridad.

—Entonces, esto es divertido —digo.

Peste bufa.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—No es nuestra peor noche juntos.

No, técnicamente no lo es. Qué pensamiento deprimente.

No puedo verlo en la oscuridad, pero su calor está en todas partes.

—Pobre Trixie —digo.

Todavía se encuentra fuera. Poco después de desmontar, Peste le dio al caballo una palmada en el flanco y la criatura trotó lejos hacia el bosque.

—Mi corcel es inmortal. Te lo aseguro, se encuentra bien. —El aliento del jinete roza contra mi mejilla—. Todavía no has terminado de recitar ese poema de Edgar Allan Poe.

¿De esta mañana? ¿De verdad recuerda eso?

—No estabas escuchando.

—Lo estaba, aunque no estoy seguro de que tu poeta macabro sea la clase que escribe ‘gilipollas’ en su poesía.

Sonríó en la oscuridad, recordando que me salí del libreto para obtener la atención del jinete.

—Poe tiene una boca descarada.

—¿La tiene? —Puedo oír la sonrisa en la voz de Peste—. ¿Qué otros secretos del universo bien guardados conoces?

—Mmm. —Pretendo ponderar esto—. Miércoles es el día más subestimado de la semana. Los baños calientes pueden alejar cualquier malestar. *Flema* es la palabra más horrible en existencia. No *humedad*, como insiste mi madre. El mundo merece salvación, y quiero llamarte por algo más que Peste porque, a pesar de lo que digas, los nombres si importan.

No había pretendido que esta conversación se tornara profunda súbitamente, o ponerme sermoneadora, pero allí estaba.

Peste bufa a mí alrededor.

—No busco cambiarte, ¿por qué tú debes intentar cambiarme?

Porque estás destruyendo mi mundo.

—No puedo cambiarte Peste, solo tú puedes hacer eso.

—Escúchame, Sara: No cambiaré.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Ahora es mi turno de bufar en sus brazos.

Nos gira de tal manera que puede mirar hacia mí.

—Solo pretendo ser un hombre, nada más —dice—. Mi cuerpo no necesita comida, agua o sueño, ni ninguno de los misterios de la carne. Me consiento en ello porque me consiento en ti.

—Oh, ¿y esa es la única razón? —digo, con solo un poco de malicia.

Digo, denme un maldito respiro. Se consiente en todas esas cosas porque disfruta el sabor de la comida, espíritu fuerte y el sentir de su cuerpo cerca del mío. Peste quizás no sea un hombre, pero desea desesperadamente ser uno.

—Suficiente de esto —dice, como un cuchillo afilado—. ¿Quieres saber por qué uso esta corona?

Ya puedo decir por su tono que desea lastimarme, asustarme, recordarme el monstruo que es. ¿Debería decirle que esto, también, es una característica humana? ¿Cómo nosotros los mortales amamos alejar a otros para protegernos de nuestro propio dolor?

—Soy el primer jinete —continúa—, el elegido que fue encargado de destruir su antigua forma de vida. Tú y tus tontos hermanos creyeron que podían superar a Dios. Crearon e innovaron, y en su búsqueda despojaron a la Tierra de su pureza y olvidaron que tenían un maestro. Volvieron sus espaldas a Dios. Si, incluso tú, querida Sara, y estoy aquí para *hacerles recordar*.

»Soy su mortalidad. Soy la fea verdad, que sus cuerpos son efímeros, débiles, *corruptos*. Soy el recordatorio de que toda la humanidad debe enfrentar un gran y temible juicio. —La lluvia retumba con su voz—. Esto es lo que siempre he sido y lo que siempre seré: inmortal, inmutable.

Queda en silencio.

—Eso es *tan* mierda de caballo.

Siento, más que veo, su sorpresa.

—¿Crees que miento?

—Actúas como si no pudieras cambiar, pero vivir es cambiar, y ahora mismo tú estás *vivo*. Incluso aunque no puedas morir, aún caminas entre nosotros. Amas como nosotros, sientes dolor como nosotros.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

No dice nada, así que continúo.

—Quizás el mundo ha olvidado a Dios, y se supone que debes descargar Su grandiosidad, pero no actúes como si no fuera una elección. Cada vez que pasas por una ciudad, *eliges* infectarla. Eliges matar y ningún Dios en el que te ampires puede protegerte de esa verdad.

Varios segundos pasan, el violento golpeteo de la lluvia contra nuestra tienda como único sonido entre nosotros.

—Si soy ese monstruo —dice Peste finalmente—, ¿entonces en qué te convierte eso a ti, que has caído voluntariamente en mis brazos?

—En una tonta e idiota —digo—, pero eso no es nada nuevo.

—No me detendré.

Podría jurar que suena molesto, pero no podría decir qué parte de nuestra conversación se metió bajo su piel.

—Y yo no me callaré hasta que lo hagas.

—No puedes esperar ganar esto —advierde.

—Si crees que esto es sobre *ganar* —digo—, entonces no me has estado escuchando en absoluto.

—Hmmm —murmura, rozando su mano por mi brazo mientras me observa—. Me has dado mucho sobre lo que pensar.

Un momento: ¿algo de lo que dije en realidad le *llegó*? Justo cuando había asumido que tendría más éxito hablándole a una pared.

—Suficiente de esto por esta noche. Quiero sentir esos labios tontos y malvados tuyos en los míos y tu cuerpo bajo el mío. Tal es el precio de mi compañía —dice, su respiración rozando contra mí.

—Terriblemente optimista de ti pensar en coger luego de ese pequeño discurso tuyo...

—¿Coger?

—Luego lo explico.

—Bien. Estoy cansado de hacer la guerra con tu boca. —Se inclina—. Muéstrame el otro lado de vivir.

Y eso hago.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 44

Traducido por YoshiB

Debo tener cuidado con los días como hoy, cuando el sol brilla intensamente y el cielo tiene un tono azul cegador, el tipo de día que lastima tus ojos y aprieta tu corazón. Es el tipo de día que, incluso en pleno invierno, te recuerda cómo era el verano.

Es un día jodidamente mentiroso, y al igual que todas las cosas dolorosamente bellas, debí saberlo mejor que confiar.

El campamento de anoche ha quedado atrás cuando Peste y yo entramos en nuestra primera ciudad del día, los dos absorbiendo el sol de la mañana mientras charlamos.

—...Escuché un ruido debajo de mi fregadero —le digo, justo en el medio de mi historia—, y cuando fui a verlo, no había uno, sino tres ratas. —Hago una pausa dramática.

—No entiendo cómo esto llevó a que... la alarma de incendios se activara —dice, dudando un poco antes de repetir el término. Solo le había explicado qué era una alarma de incendios, y cómo el que estaba en mi departamento escapó indemne de la Llegada.

—¡Empezaron a correr tras de mí! —exclamo.

—¿Entonces?

—¿Entonces? —Las ratas no corren tras las personas. Particularmente no en una época en que la gente comerá dichas ratas—. Así que agarré una lata de laca para el cabello y una cerilla, e hice un lanzallamas.

Nadie saca a esta perra de su casa.

Ante eso, el jinete echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Dejo de hablar solo para poder volverme en la silla y mirarlo fijamente.

Solo Peste podría eclipsar al sol.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—¿No me digas que trataste de lastimar a las criaturas? — pregunta cuando sus risas se apagan.

—Sabes, eso es muy valioso viniendo de ti.

Comienza a reír de nuevo, y un nuevo objetivo de vida: hacer que Peste se ría más.

—¿Funcionó? —pregunta.

—Por supuesto que no funcionó.

Eso solo lo hace reír más fuerte.

—Bueno, no pensé que fuera muy divertido en ese momento —le digo, pero no puedo mantener la cara seria. Es imposible cuando se ilumina así.

Se las arregla para sofocar su risa lo suficiente como para decir:

—No es tu trabajo apagar incendios, no...

¡BOOM!

Mi cuerpo es arrojado violentamente mientras el mundo explota a mí alrededor. Siento el calor, el calor terrible y abrasador, en mi espalda mientras floto en el aire. Chisporrotea contra mi piel, aunque el cuerpo de Peste me protege de lo peor.

Me golpeo contra el suelo, mi costado ardiendo de dolor por el impacto. A mí alrededor, chisporroteantes trozos de asfalto y tierra llueven, chamuscando en una docena de lugares diferentes.

Estoy tendida en el suelo durante varios segundos, respirando con dificultad mientras el humo espeso se eleva por el aire.

¿Qué demonios acaba de pasar?

Al otro lado de la carretera, Peste yace sujetando por debajo a Trixie, un charco de sangre se extiende desde la parte posterior de su cabeza. El cuerpo de su caballo se ha ido parcialmente, y lo que queda está sangriento y chamuscado.

Dejo escapar un gemido al verlo.

Empujando mi torso hacia arriba, comienzo a arrastrarme hacia ellos, mis miembros gritan en señal de protesta.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Parte del camino ha sido destruido, y es eso, más que la forma inconsciente de Peste o el cuerpo en ruinas de Trixie, lo que me hace darme cuenta de que acabamos de sobrevivir a una explosión.

Alguien plantó una bomba.

Querido Dios.

Salen del bosque mientras yo gateo hacia el jinete, sus formas silenciosas y siniestras. Hay al menos una docena de ellos, tal vez más, y a diferencia de la última emboscada, estas personas no se molestan en usar máscaras.

Sé que van a morir.

Sin embargo, se visten de manera similar. Gran cantidad de cuero negro y estampado de camuflaje.

Pandilla, mi mente llena los espacios.

Su odio es visceral; contorsiona sus rostros y espesa el aire.

No serán como los demás.

No voy a sobrevivir a esto.

—Peste —intento llamarlo, pero mi voz es demasiado ronca por el dolor y el humo.

A pesar de que posiblemente no puede oírme, lentamente gira su rostro hacia el mío desde donde está inmovilizado.

Sus ojos están llenos de miedo.

Por mí, me doy cuenta, a medida que los hombres nos rodean.

El grupo no se molesta en ir por mí primero. En cambio, se agrupan alrededor de Peste. Con destreza, le quitan a Trixie, y por un momento, parece que lo están salvando de morir aplastado, pero lo sé mejor. La gente no es tan altruista cuando se trata del jinete.

Uno de ellos sostiene una escopeta de acción de bombeo en su cadera, apuntándola a Peste.

De nuevo, la mirada de mi jinete se dirige hacia mí antes de moverse hacia las personas que lo rodean.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Perdona mi...

¡BOOM!

La escopeta se dispara, el cartucho destruye la cara de Peste.

Un grito de sorpresa rasga de mi garganta.

Alguien se separa del grupo. Una mujer, me doy cuenta. Se acerca a mí y ladea la cabeza, inspeccionándome como un pájaro haría con un gusano. Lo que sea que ve, hace que frunza el ceño.

Con una patada rápida, golpea con su bota en mi sien, y el mundo se derrite.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 45

Traducido por Gerald

Me despierto con un gruñido. Mi cabeza se siente como si tuviera su propio latido de corazón.

Intento estirarme para tocar mi sien, pero mis muñecas están aseguradas detrás de mi espalda. Mis piernas también están atadas en los tobillos, fijándome en el lugar. Parpadeo para apartar lo último de mi confusión.

Alguien me apuntaló contra un edificio marcado, la pintura avejentada. Algunas personas permanecen cerca de mí, pero la mayoría están reunidas alrededor de un poste de teléfono cercano.

Entrecierro mis ojos hacia ellos, intentando descifrar lo que está sucediendo. Me lleva varios segundos, pero finalmente distingo el cuerpo sangriento al que todos están mirando fijamente.

Peste.

Un hombre fornido lo está atando a la base del poste de teléfono, la cuerda envuelta alrededor del cuerpo arruinado del jinete, un incontable número de veces. A los pies de Peste están pilas de leña.

El rostro de Peste casi ha desaparecido y la mayor parte de su espalda debe estar quemada debido a la explosión. Si fuera mortal, el jinete habría muerto más de cinco veces y atarlo no tendría sentido. El hecho que estas personas lo estén restringiendo significa que sabe que no puede morir.

Alguien además de mí se enteró de la terrible verdad.

Y ahora esta gente lo está usando en su contra.

Dejo salir un gemido desesperanzado.

Una vez que el hombre termina de asegurar a Peste al poste de teléfono, los clavos y los martillos aparecen.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Incluso mientras acercan los objetos a su cuerpo, no puedo comprender lo que van a hacer; mi mente no me dejará. Es solo cuando martillean el primer clavo en la piel de Peste que lo entiendo.

Pretenden crucificarlo.

El cuerpo de Peste se sacude por el dolor. Un segundo clavo rápidamente sigue al primero y luego un tercero y un cuarto. Su cuerpo se sacude una y otra vez.

Comienzo a gritar y una vez que empiezo, encuentro que no puedo detenerme.

En mi línea de trabajo, estoy acostumbrada a ver compasión, sacrificio. He visto a hombres hospitalizados porque entran en una casa en llamas por rescatar a un perro. He visto a vecinos vaciar sus alacenas y abrir sus casas a las víctimas porque querían ayudar a la gente necesitada. He visto tanta bondad. Mi trabajo siempre me mostró que incluso en las peores circunstancias, los humanos pueden dar su mejor esfuerzo. Nosotros como personas somos buenas. Lo somos.

Así que es mucho más sorprendente para mí en este lado de la naturaleza humana. El lado frío y cruel de ella. Tan sorprendente que la única palabra que me viene a la mente es *inhumano*.

Mucha gente está ayudando en la crucifixión de Peste mientras otros esperan, contentos con ver a sus camaradas *torturar* a mi jinete.

Grito hasta que mi voz se enronquece, rogándoles que se detengan.

—Este coño realmente llora por el bastardo —dice alguien cerca de mí, asintiendo en mi dirección.

Uno de los hombres se acerca a mí, una escopeta colgada sobre su hombro. Agachándose frente a mí, da un vistazo a mi rostro durante un segundo, después me da una bofetada.

Escucho a Peste farfullar un gruñido cuando mi cabeza se mueve rápidamente hacia un costado.

—Jódeme, Jesús, esta cosa realmente no se muere.

Ruedo mi cabeza de vuelta al centro para mirar al hombre frente a mí, mi mejilla latiendo por el golpe. Es solo un dolor más para agregarle al resto.

—Dejen de lastimarlo —susurro. Mi rostro está mojado y esta es la primera vez que me doy cuenta de que todo este tiempo he estado

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

llorando.

El hombre frente a mí entrecierra sus ojos, notando mis lágrimas.

—Creo que tenemos con nosotros aquí a una pareja. El jinete y su puta humana.

Lo miro miserablemente. Es una visión terrorífica, mirar a los ojos a alguien que disfruta de la violencia y el odio. Para toda su carnicería, Peste nunca la *disfrutaba*.

—Dime, chica, ¿cuántas veces tuviste que follar con esa cosa antes que decidiera conservarte?

Alguien más grita:

—Tal vez deberíamos tener una probada, ver por qué es tan especial su coño.

Una mujer grita:

—No voy a quedarme aquí mientras todos la follan. Mantente en el plan, Mac.

Mac, el hombre frente a mí, mira por encima de su hombro hacia la mujer con molestia.

Deslizando la escopeta fuera de su hombro, Max saca de su cinturón un cuchillo de aspecto extraño. Toma las ataduras de mis tobillos y comienza a cortarlas.

—Intenta patearme, chica —dice por lo bajo—, y me aseguraré de que todos aquí disfruten de ese coño tuyo.

Patearlo *es* tentador, pero mis piernas están demasiado débiles para hacer algún daño real.

Una vez que corta los amarres, toma su arma y se pone de pie.

—Muévete —ordena, dando una patada en mi pantorrilla. Mueve el cañón de su escopeta hacia una sección vaga del camino a unos quince metros de distancia.

Obligando a que se muevan mis piernas lastimadas debajo de mí, me pongo de pie, luego, cojeo por la calle, con Mac a mi espalda.

Solo he dado diez pasos cuando me patea para tirarme al suelo. En la distancia, escucho risas y más allá de eso, un gemido agonizante.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Peste. Aparentemente tiene suficiente línea de visión y suficiente buena visión que puede ver lo que está pasando.

—Levántate —ordena Mac, divertido.

Muerdo para contener el dolor mientras me empujo para ponerme de pie y sigo caminando. Unos pocos pasos más tarde, me vuelve a patear para derribarme.

De nuevo la gente se ríe y Peste se queja. Y de nuevo, Max me podré a levantarme, solo para pronto patearme para que me caiga poco tiempo después. Todo el escenario sucede algunas veces más, hasta que la risa se muere y los gemidos de jinete se convierte en un lamento continuo. Luego, simplemente me tambaleo por el camino, mi corazón pesado como un yunque en mi pecho.

Creo que así es como se siente cuando tu espíritu se rompe. Cuando ya no te queda anda en lo que creer. El inconquistable Peste ha sido conquistado. Estos humanos han perdido su humanidad y voy a morir en el más hermoso día de invierno.

Cuando llego a mi destino, Mac ordena:

—Quédate ahí. Justo así.

Me giro y lo miro mientras se aleja de mí, su escopeta sostenida flojamente en sus manos. Casi está con sus camaradas, algunos de los que ahora nos miran fijamente, cuando Mac apunta su arma hacia mi parte media. El grupo de ellos se ha acomodado de manera que, incluso atado, el jinete claramente pueda verme.

Peste se queja débilmente y mis ojos encuentran lo que queda de los suyos.

—No te olvides de tu misericordia —le dijo mientras Mac prepara su arma, cargando el cartucho en su lugar—. O lo que significas para mí. Habría renunciado a todo por ti...

—¡Oye! —grita Mac—. ¿Por qué jodidos no te callas, puta? Oh... —añade—, y saluda a Satán por mí.

¡BOOM!

No escucho el rugido de Peste por encima del sonido del disparo de arma.

Mi cuerpo se sacude cuando una lluvia de municiones atraviesa mi torso. El dolor es repentino y está por *todas partes*, cegándome y

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

quitándome la respiración. Surge desde una docena de lugares diferentes.

Caigo de rodillas.

No puedo recuperar el aire.

Escucho al jinete aullar mientras pongo mi mano en mi pecho y observo la sangre escurrirse entre mis dedos.

Ni todos los caballos de Rey y ni todos los hombres del Rey pudieron volver a unir a Humpty⁴.

Es esa línea sin sentido la que se repite constantemente en mi mente. Y sé que no tiene sentido y que mi vida está desangrándose y estos segundos finales son más preciosos que cualquier cosa a la que nos aferremos, pero no puedo, apagar mi cerebro de la ridícula canción de niños.

Mac no se molesta en dispararme de nuevo. En cambio, se ríe con sus camaradas por su ingeniosa última línea mientras cuelga la escopeta sobre su hombro. Alguien comienza a derramar líquido combustible sobre la pila de madera seca a los pies del jinete.

Van a quemar a Peste, Justo como yo lo hice.

La última cosa que huelo es humo.

No sé por cuánto tiempo permanezco en el límite de la vida.

Las municiones deben haber fallado en tocar algo de lo importante, piensa una parte de mí. Otra parte de mí piensa que tal vez ya he muerto. Quiero decir, ¿cómo sabe cualquiera de nosotros como es la muerte?

—Sara...

—Sara...

—Sara...

Alguien sigue diciendo mi nombre. Intento abrir mis ojos, pero lo que veo no tiene sentido.

La pandilla se ha ido. Todo lo que queda de su recuerdo es una pila

⁴ N.T. Humpty Dumpty: es una rima inglesa.

Laura Thalassa

llameante de cenizas. Eso y los restos de un hombre que se está arrastrando ciegamente para alejarse de los restos del fuego.

Peste...

—Sara —dice con voz entrecortada.

Su cuerpo ennegrecido y su rostro... no puede ser llamado de esa manera. No puedo distinguir ningún rasgo reconocible, aunque obviamente hay una boca en algún lugar entre todo eso, dado que es quien ha estado llamando mi nombre con los restos destrozados de su garganta.

Hago un pequeño sonido. No tengo suficiente vida en mí para estar triste o sorprendida u horrorizada.

Mis alrededores se desvanecen.

Cuando es posible enfocarlos de nuevo, Peste se las ha arreglado para arrastrar lo que queda de él hasta mi costado. Envuelve su cuerpo achicharrado alrededor del mío, casi protectoramente.

—Sara, Sara, Sara... —Esta vez su voz es más fuerte. Todavía ronca, pero ahora suena como si tuviera un caso grave de laringitis en lugar de unas cuerdas vocales quemadas—. Di algo.

Hablar debería ser más fácil para mí de lo que lo es para él y, aun así, todo lo que logro pronunciar es un gemido bajo.

Siento el peso de un brazo encajado alrededor de mi torso. Lo siento llevarme más cerca. Y entonces el cuerpo de Peste empieza a temblar.

Nunca supe que el jinete pudiera llorar. No hasta que escucho sus sollozos. El sonido es terrible, incluso más terrible que sus gritos.

—Perdóname, Sara.

¿Qué hay que perdonar?

Eso es lo que quiero decir, pero no parezco ser capaz de formar las palabras. Mi boca no funciona apropiadamente; estoy bastante segura de que solo es mi mente aferrándose a la vida. Incluso es dolor ya no está tan mal. Solo está ahí, como un pulso.

Y entonces estoy aliviada de no poder pronunciar mis pensamientos porque realmente hay mucho que sí necesita ser perdonado. Su crueldad, la mía, toda esa muerte y violencia.

Estos placeres violentos tienen finales violentos...

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Antes eran canciones de niños, ahora es Shakespeare lo que pasa por mi mente.

Pero Peste no fue tan violento al final, ¿cierto? Estaba triste y era extraño y vino a la tierra con un propósito que lo atrapé cuestionándolo una o dos veces.

Dios, por favor, no me dejes morir.

De otra forma, Peste se quedará solo y esa idea me corta más profundamente que mis heridas de bala.

Nos quedamos ahí acostados juntos, nuestras extremidades entrelazadas. Una oscuridad de alguna manera pacífica lame los bordes de mi visión. Me opongo a ella.

Pero finalmente pierdo la batalla contra la oscuridad y me deslizo suavemente dentro de ella.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 46

Traducido por Gerald

Me despierto sobresaltada por el dolor. Un grito se desliza fuera de mí, débil y lastimero.

No puedo estar muerta si duele. ¿Cierto? No se supone que sientas dolor si estás muerto...

A menos que esté ardiendo en los feroces pozos del infierno. Esa siempre es una posibilidad.

Mis ojos se abren y miro hacia una piel con manchas.

Me toma un momento enfocar mi visión y entonces miro hacia el rostro de Peste, todavía muy dañado. Sus ojos se han reformado, pero su nariz aún no, es solo un hueco oscurecido y no hay mucho de sus labios. Pero hay áreas donde las oscuras hojuelas de piel se están descamando. Debajo de ellas, su piel es de un saludable tono rosáceo, que sé que en un día se oscurecería en un bronceado dorado.

Mi jinete.

Me mira fijamente.

—Quédate conmigo, Sara. Quédate conmigo, amada mía.

Mi cuerpo se estremece de nuevo, el dolor quitándome la respiración. Es justo entonces que me doy cuenta que está *caminando*. No puedo bajar la mirada para ver los restos quemados de sus piernas y pies, pero todavía deben estar horribles. Está caminando y aún más sorprendente, lo está haciendo mientras me lleva en sus brazos.

Todavía no vea rastros de la gente que nos lastimó, aunque deben de estar cerca de aquí en algún lugar. O tal vez son como mi perro de la infancia, que se arrastró debajo de nuestra terraza a morirse, dirigiéndose de regreso hacia su propia esquina tranquila del universo para quitarse el hedor a asesinato y dejar que la plaga se los lleve.

Un quejido dolido me saca de mis pensamientos. Me las arreglo

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

para girar mi cabeza justo lo suficiente para ver la montura de Peste. Trixie Skillz yace sobre su costado, su cuerpo mayormente quemado.

¿No perdonaron al caballo?

Bastardos.

Trixie está mirando a su amo, moviendo sus patas débilmente en el suelo. No creía tener la energía suficiente en mí para afligirme, especialmente por un caballo muerto viviente, pero lo hago. Aprieto mis ojos para cerrarlos y me inclino contra el pecho de Peste, mi cuerpo gritando en protesta mientras un sollozo silencioso sacude mi cuerpo.

Los brazos del jinete se aprietan a mí alrededor. Cuando llega a pararse junto a Trixie, permanece ahí por un momento. Luego comienza a caminar de nuevo, dejando atrás a su corcel.

El mundo pierde su enfoque mientras me duermo y me despierto, me duermo y me despierto.

No estoy durmiendo. La idea irrumpe en mi mente atontada. *Estoy perdiendo la conciencia.*

En algún punto, el olor al humo es reemplazado por el de un fuerte antiséptico. El olor me despierta, demasiado débil para levantar mi cabeza o abrir mis ojos.

—...cúrala...

—...podría, todavía hay una infección de la cual preocuparnos...

—...ocúpate... o muere...

—No.

—¿No? —Esto, viene de Peste.

Gimo un poco. En respuesta, los labios de Peste se presionan contra mi frente.

—Quédate conmigo, Sara —susurra contra mi piel.

Débilmente presiono una mano contra su pecho, mis dedos tocando la piel caliente en la base de su garganta.

Quiero decirle que estoy bien. Que no se preocupe por mí, pero hay una pared de dolor que primero necesito atravesar y simplemente no parezco ser capaz de hacerlo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—¿Te preocupas por ella? —dice la voz del extraño.

—La amo.

Mis dedos se flexionan contra su piel.

Necesito abrir mis ojos. Necesito ver la mirada en su rostro mientras dice esas palabras. Necesito escucharlas de nuevo mientras me mire.

A pesar de todos mis esfuerzos, mis ojos permanecen firmemente cerrados.

—¿La amas?

—Eso es lo que acabo de decir, humana.

A través de mi tenue conciencia, puedo decir que Peste ya está perdiendo su paciencia.

—Entonces espero que duela verla morir.

Un horrible y amplio silencio sigue después de eso.

—Entonces que así sea —dice el jinete solemnemente.

Aun a través de mi niebla de dolor, me dan escalofríos al escuchar su tono.

El extraño, creo que es una mujer, comienza a gritar. El sonido hace eco a lo largo del corredor, ganando fuerza. Fuerza o... ¿Esas son otras voces?

Detente. Intento decirlo, pero todo lo que sale es un gemido.

Y entonces las voces están en mi cabeza, dándole sonido a mi dolor. Se construye más y más grande en mis oídos y debajo de mi piel, quemándome de adentro hacia fuera.

Caigo en la oscuridad de nuevo y esta vez, no es fácil arrastrarme para permanecer despierta.

Parpadeo, asimilando la luz tenue. Está por todos lados, por encima de mí, por debajo, a cada lado de mí.

Toco mi estómago, pero ya no duele. Ya no tengo dolor; no hay

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

sangre, no hay piel rota, nada.

—Así que esta es la mortal de la que mi hermano se ha enamorado.

Entorno mis ojos hacia mi frente, ante el tenue brillo de luz. De él, una sombra comienza a aparecer, su contorno es borroso.

—¿Peste? —llamo.

—No precisamente.

Con cada segundo que pasa, la sombra se profundiza, su forma afilándose hasta que puedo distinguir la oscura figura de un hombre desfigurado.

Espera, no desfigurado, pienso mientras asimilo los bultos en su espalda. Alado.

Thanatos.

El Cuarto Jinete.

Me mira fijamente y es la primera vez que me doy cuenta que estoy acostada en el suelo, si puedes llamar suelo a esta cosa insustancial debajo de mi cuerpo.

Después de un momento, el jinete estira una mano hacia mí.

—¿Estoy muerta? —pregunto, ignorando su mano.

—Momentáneamente.

Estoy... muerta.

Eso debería molestarme, así como el jinete aterrador y alado frente a mí, pero cualquier que sea la extraña razón, no me importa mucho la situación. Tal vez sea este lugar.

La mano de Thanatos todavía está extendida y de mala gana, la tomo.

—Necesito regresar —digo mientras me jala para ponerme de pie—. Peste me necesita.

—¿Ahora lo hace? —Muerte inclina su cabeza, su cabello negro moviéndose, las ondas enmarcan su rostro como un velo mortuario.

Es bastante atractivo, me doy cuenta. Justo como su hermano. Solo que la belleza de Peste es abrumadora; Muerte tiene un rostro trágico y afilado.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Todavía no ha soltado mi mano.

—La última vez que lo vi, no necesitaba a nadie. —Thanatos continúa estudiándome—. Parece que ha... sucumbido.

No tengo idea de lo que eso significa.

—¿Y qué hay de ti? —pregunta Muerte—. ¿Lo necesitas?

Como el aire que respiro.

—Sí.

Las alas de Muerte se abren, batiéndose un poco, casi con agitación.

—Tu cuerpo no te quiere de regreso, Sara Burns.

¿Cómo sabe mi nombre?

El agarre de Muerte se aprieta y sus alas comienzan a batirse con esfuerzo. ¿Tiene la intención de llevarme cargando?

—Hay otras cosas que te esperan —dice.

—Quiero regresar. —No puedo dejar a Peste. No lo haré.

Los ojos ónix de Thanatos buscan los míos.

—Podría detener esto ahora, y aun así, estoy tan... interesado. — Sus alas se cierran—. Está bien. Que así sea...

Suelta mi mano y caigo lejos de él.

Miro hacia el todopoderoso Muerte todo el camino mientras caigo, incluso mientras su forma se encoje y la tenue luz se oscurece.

Caigo más y más abajo...

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 47

Traducido por Yiany

Mi pecho se arquea y tomo un aliento agudo y tembloroso.

¡Jesús, el dolor! Como si alguien estuviera sosteniendo una antorcha encendida contra mi pecho.

Me fuerzo a abrir los ojos, observando la escasa sala de hospital a mí alrededor.

No he muerto.

La idea parece absurda después de la herida de bala que sufrí.

Mi mano se mueve hacia mi bata de hospital, la aparto lo suficiente para echar un vistazo a mi pecho vendado. No hay mucho que ver además de las envolturas de lino, pero maldita sea que el dolor lo compensa.

Definitivamente estoy en la tierra de los vivos. Estar muerta no podría doler tanto, y dudo que el Más Allá huela a así de espantoso. El aire está cargado con ese olor químico que tienen todos los hospitales, como ese último grito de guerra contra la enfermedad de la humanidad. Y a juzgar por el olor de la muerte que también mancha el aire, es un débil grito de guerra.

Solo entonces me doy cuenta de que no tengo idea de cómo llegué a estar en esta sala, y no hay nadie más cerca para llenar los espacios en blanco para mí.

Escucho por un minuto, aguzando los oídos para escuchar cualquier cosa más allá de mi habitación, pero todo está en silencio. Todo el lugar es solo un largo y terrible silencio.

Comienzo a patear mis sábanas, luego dejo escapar un siseo.

Cristo, ésta herida duele más que ser arrastrada detrás del caballo de Peste. El dolor está en todas partes y en todo. Ahora que lo desperté, parece rodearme. Tomo varias inhalaciones, cerrando los ojos contra el

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

violento aguijón. Cuando finalmente disminuye, empiezo a moverme de nuevo, esta vez lenta y rígidamente.

Aprieto los dientes contra el dolor cuando llego a la puerta. Tengo que apoyarme en ella durante varios segundos, simplemente para recuperar el aliento. Me balanceo en mis pies.

No vas a llegar mucho más allá de este punto.

Todavía agarro el pomo. Giro la manija fría y abro la puerta. El olor me golpea primero, como si Muerte se hubiera bajado los pantalones y cagado.

Mi garganta se cierra, no estoy dispuesta a respirar los vapores. Mi corazón comienza a golpear locamente mientras entro en el pasillo.

Ahí es cuando los veo. Decenas de cuerpos hinchados y podridos se desploman contra las paredes o yacen tendidos sobre el piso.

Me atraganto ante la vista. Si hubiera tenido algo en el estómago, habría surgido.

¿Por qué estas personas no evacuaron cuando tuvieron la oportunidad?

No estaban dispuestos o no pudieron, Burns.

Y así murieron.

Clomp, clomp, clomp. Los cascos hacen clic contra el linóleo. Un momento después, Peste dobla la esquina, arrastrando a Trixie detrás de él.

Me congelo al verlo.

A diferencia de mí, que debo parecer una mierda fresca (porque ciertamente me siento así), Peste ha vuelto a parecer angelical: sin mancha, inmaculado, intocable.

Lo único diferente en él es el conjunto duro de sus facciones. No me di cuenta que la dureza había desaparecido de su expresión—incluso cuando me odiaba—hasta ahora. Pero tan pronto como me ve, su rostro se suaviza, se ablanda por completo.

Peste suelta las riendas de su caballo y rápidamente se acerca a mí. Me coge la cara y me besa, sus labios persistentes.

—Estás despierta, despierta y *viva*. —Se aleja, sus ojos brillan mientras buscan los míos.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Trago. Debería estar muerta. *Estaba* muerta... ¿no?

Por un momento mi mente evoca un breve destello de alas, pero luego la imagen se escapa.

—Quise estar aquí cuando te despertaras. —Las manos de Peste se deslizan sobre mí, como si necesitaran asegurarse de que estoy, de hecho, con vida—. No me aparté de tu lado, no hasta hace una hora cuando recuperé a Tricksy.

Una de sus palmas se mueve sobre mi corazón, la descansa allí, cerrando los ojos.

—Pensé que habías *muerto* —se le quiebra la voz—, que habías escapado de mi alcance.

Toco su mejilla.

—Me salvaste.

Peste se apoya en el contacto, sus ojos se abren.

—*Siempre* te salvaré —dice con fervor—. Y lo que sufriste *nunca* volverá a suceder.

Un escalofrío me recorre cuando las sombras entran en sus ojos. Su mirada se aclara un momento después, y creo que podría haberlo imaginado todo.

Peste frunce el ceño.

—No deberías estar fuera de la cama, Sara. —Realmente no debería estarlo.

—Estoy bien —digo suavemente.

El ceño fruncido del jinete se profundiza ante la mentira.

Mis ojos se mueven más allá de su hombro, donde yacen los cuerpos hinchados.

—¿Qué pasó? —Mi voz es baja y áspera.

En lugar de responder, Peste comienza a guiarme hacia Trixie. Intento enfrentarme a él, tratar de aguantar hasta que me dé respuestas, pero es demasiado fuerte y terco, así que dejo que me guíe silenciosamente hasta su corcel.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Oye tú —le digo débilmente a Trixie. La última vez que vi el caballo, había estado casi muerto. Ahora la bestia deja caer su nariz y me da un empujón.

Enganchada detrás de Trixie hay una carreta, la cama cubierta con un colchón de felpa, una almohada y una manta.

Para mí.

Un confuso recuerdo emerge.

La amo.

Eso es lo que Peste había dicho.

Agarro su antebrazo.

—Te escuché. —Me giro para mirar a Peste incluso cuando mi ritmo cardíaco aumenta. No es solo el dolor lo que ahora me está abrumando, son todas estas exquisitas emociones que son demasiado grandes para caber debajo de mi piel.

El jinete me mira con curiosidad.

—¿Oíste qué, querida Sara?

—Me *amas*. —Mi voz se atora.

No cuestiono el sentimiento como lo hice una vez, cuando se confundió entre el amor y la lujuria. No después de lo que pasamos.

Hace una pausa. Al principio veo cierta vacilación en su mirada, como si no estuviera seguro de cómo voy a reaccionar ante esa noticia, pero cualquiera que sea la expresión que llevo, hace que sus ojos brillen.

—Sí, Sara, lo hago —dice, resueltamente. *Ferozmente*. Al igual que su amor está aquí y está aquí para quedarse.

Justo cuando estoy a punto de sonreír, otro recuerdo vuelve a mí.

Entonces espero que duela verla morir.

Las palabras tienen mi estómago anudado.

¿Lo dijo un doctor? Eso parecía que por las partes que recuerdo de la conversación. Y *estamos* en un hospital, tendría sentido que Peste hablara con un médico... un médico que quisiera que Peste entendiera una o dos cosas sobre la pérdida.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Fue entonces cuando comenzaron los gritos, pensé que tal vez habían estado en mi cabeza, esos gritos, pero ahora miro a mí alrededor otra vez. Estas personas tienen sangre saliendo de sus oídos, ojos, narices y bocas. Las víctimas de la plaga no se ven así.

—¿Qué pasó? —repito, mirando a los cuerpos.

Algo no está bien aquí.

—No te curarían. —La voz de Peste es fría, tan fría.

Mis ojos recorren el pasillo antes de regresar a él.

—¿*Todos* ellos?

—Suficientes.

Mis ojos se detienen en lo que solía ser una enfermera, sus ojos, oídos y nariz ensangrentados. Estas muertes no fueron por plaga, fueron asesinatos en *represalia*.

Estoy empezando a temblar, y creo que es por terror.

—Si todos murieron, ¿quién me *sanó*? —pregunto.

—Hubo un puñado que encontré, y los mantuve vivos el tiempo suficiente para atenderte.

El tiempo suficiente.

—Ven —dice, interrumpiendo el resto de mis preguntas para ayudarme a subir al carro.

Me ayuda a acostarme, y tengo que cerrar mis ojos porque está siendo tan gentil, muy cuidadoso. A pesar de que recientemente exterminó en masa a un hospital, me trata como si fuera delicada.

—No hagas eso, Sara —dice en voz baja.

Él no va a perdonar a la humanidad, solo a mí.

—¿Hacer qué? —Me fuerzo a abrir mis ojos.

—No actúes como si fuera el monstruo. Iban a dejarte morir. —Su mirada arde, como si todavía estuviera atrapado en las llamas.

—No todos —susurro.

—Suficientes.

Aparto mi mirada del jinete.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—¡Esto es para lo que fui creado! —dice con vehemencia—. Murieron rápido. ¿Eso no cuenta para algo?

Lo hace y habrían muerto independientemente. Es solo que vi todos esos cuerpos, y eso es algo que nunca podría dejar de ver.

Una cosa es ver a una familia morir en sus casas, hablar con ellos, cuidarlos y ser testigos de su muerte; otra cosa es ver un edificio lleno de cadáveres podridos, con el rostro inundado de terror. No puedo verlos por la gente que alguna vez fueron, y eso los hace aún más grotescos.

No respondo. Honestamente, estoy demasiado cansada para discutir con Peste en este momento.

—Que así sea —dice.

Que así sea. Eso es también lo que dijo justo antes de presionar su voluntad en una sala llena de médicos, enfermeras y personas enfermas.

Tiemblo de nuevo, ignorando el gruñido frustrado que sale de su garganta. Vuelve a su caballo y se balancea en la silla. Incluso el clic de su lengua suena irritado.

El carrito golpea mientras gira sobre los cuerpos. Hago una mueca mientras empuja mis heridas, el dolor es tan intenso que me cierra la garganta, pero es la idea de todos esos cuerpos lo que hace que se me revuelva el estómago.

Les dio a esas personas una muerte rápida, no *debería* estar molesta. Es solo que esta vez, estaba enojado cuando los mató.

Y yo soy la culpable de eso.

Por primera vez, una oscura e insidiosa comprensión se apodera de mí...

El amor de Peste por mí podría no salvar vidas humanas, podría terminarlas más rápido.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 48

Traducido por Wan_TT18

Cuanto más kilóómetros ponemos entre nosotros y el hospital, más se desvanece mi horror.

Ahora lo que estoy recordando más visceralmente son los gritos de Peste mientras era torturado, y la forma en que esas personas habían disfrutado su dolor. Todavía puedo ver la vaina carbonizada del jinete *moviéndose* hacia mí, *llamándome* desde el yermo de su cuerpo.

En qué inimaginable dolor debe haber estado, y aun así se arrastró hacia mí. Pero hizo más que eso. Recuerdo el cuerpo roto de Peste mientras me llevaba en sus brazos. Brazos que indudablemente se quemaron completamente en algunos lugares.

Soportó todo eso para *salvarme*.

En el momento en que Peste detiene a Trixie—frente a nada menos que una mansión—me siento triste, *penitente*.

Cuando se dirige a la parte posterior del carrito, puedo decir que espera otra discusión. Sus hombros están rígidos y su boca está cerrada. Casi puedo escuchar todos los argumentos y contra argumentos en los que ha estado pensando.

Pero no peleo con él.

En cambio, abro mis brazos.

Él duda, claramente desconcertado e inseguro de a dónde voy con esto. Finalmente, se arrodilla y me toma en sus brazos, abrazándome como si fuera la vida misma. Lo sostengo cerca, a pesar de que mi pecho se siente como si estuviera recibiendo un disparo de nuevo.

—Nunca he tenido más miedo en mi vida —susurro.

Asiente contra mí.

—Por ti, quiero decir.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Se aleja para mirarme a los ojos.

—No quiero que te vuelva a pasar eso nunca más —le digo con voz ronca.

Peste me toca la mejilla.

—Ni yo tampoco. —Más suave, dice—: Pensé que estabas *muerta*. —Su voz se rompe con la última palabra.

Podría haberlo estado, creo, recordando la extraña visión que tuve de Thanatos.

Busca en mi cara.

—Nunca he sentido tanto... miedo. Es una emoción horrible.

Lo es.

—Y nunca he sentido tanto *odio*.

No lo culpo, lo que esas personas hicieron fue repugnante, y sin embargo tiemblo ante sus palabras.

El jinete cierra sus ojos, apoyando su frente contra la mía. Cuando los abre, están llenos de dolor.

—Este asunto de salvar y morir se está convirtiendo en un patrón inquietante entre nosotros.

—Lo es. —Pero no quiero detenerme en ello. Muevo mi mano para poder acariciar sus bonitos labios—. Dilo de nuevo —le susurro.

Sus cejas se unen.

—¿Decir qué?

—Dime cómo te sientes acerca de mí.

Su cara parece cobrar vida con entendimiento, sus labios se curvan en una sonrisa libertina antes de que se vuelva solemne una vez más.

—Te amo —dice—. Antes incluso de entender el término, te amaba. Me encanta tu risa y tu humor obsceno. Amo tu compasión y tu vivacidad, tu ferocidad y tu lealtad.

—Tenía la intención de hacerte sufrir, y mírame ahora, desesperado por mantenerte en esta tierra.

La mirada suave en su cara hace que mi estómago salte.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Una ráfaga de viento violento rasga mi ropa, forzándome a estremecer, y eso es suficiente para romper el hechizo.

—Vamos adentro —dice Peste.

—Solo si continúas diciéndome todo lo que sientes —digo, ávida de escucharlo todo.

—*Con gusto*, querida Sara. Hay muchas, muchas cosas que aún tengo que compartir. Deseo que lo sepas todo.

Comienza a deslizar sus brazos debajo de mi cuerpo, claramente con la intención de cargarme.

Pongo una mano sobre su pecho.

—Puedo soportarlo —insisto.

Peste parece dudoso, pero retrocede.

Con cuidado, balanceo mis piernas sobre el costado del carro, siseando un poco mientras lo hago. Manchas negras bailan al borde de mi visión.

Supéralo, Burns.

Me obligo a ponerme de pie, mi cuerpo grita en protesta, esas manchas negras se extienden.

No fue tan malo en el hospital.

Peste se encuentra frente a mí, toda su ternura anterior desaparecida, un ceño de desaprobación crece en su rostro.

Doy un paso hacia él y me desplomo en sus brazos.

Tratar de caminar fue un error. Veo eso en retrospectiva.

Peste me mantiene postrada en la cama en la mansión (evacuada) mientras juega de niñera. Al principio, supongo que toda la situación es temporal. Pero luego un día se convierte en dos, luego tres, luego cuatro, ¿luego cinco-seis-siete-nueve-trece...?

Los días pasan y mi herida sana, y el tiempo comienza a sangrar hasta que no puedo recordar cuánto tiempo hemos estado aquí. El tiempo suficiente para que descubra que Peste puede ser autoritario y

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

sobreprotector, particularmente cuando trato de hacer algo que remotamente se asemeje a la vida.

—No recuerdo que fueras así cuando estuviste a punto de matarme —le digo con irritación, echándome las mantas, ¿el día quince? ¿dieciséis? ¿veinte?

—¿Debo ser castigado por preocuparme demasiado? —pregunta Peste desde donde está parado al lado de la cama—. ¿Es eso lo que estás sugiriendo?

Maldito sea por torcer mis palabras.

—No me voy a quedar en esta cama de mierda otra hora más. — Realmente no es una cama de mierda. El dolor y la inactividad me acaban de hacer irritable, eso es todo.

—Por Dios que lo harás, aunque tenga que mantenerte presa, así que ayúdame, Sara, porque lo haré.

Los jinetes demandantes también me ponen irritable.

—¡Estoy curada!

—¡Combato la infección de tu cuerpo incluso ahora! No lo estás.

—¡Solo déjame caminar!

—¿Para que te derrumbes sobre mí otra vez? ¡Creo que no!

—Eso fue hace *semanas*.

Se siente incluso más tiempo. *Necesito moverme*.

—¡No estás mucho mejor ahora que entonces! Tu cuerpo débil todavía está gravemente herido.

¿Cuerpo débil?

—¡Estás siendo un maldito matón! —digo.

—Soy tu *maldito* salvador en este momento. —Peste parece haber terminado completamente conmigo.

No recuerdo haber sido tan inflamable con él antes.

Está asustado.

Tiene miedo de que mueras, y tú tienes miedo de dejarlo ser en la forma en que desea.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Se pasa una mano por el pelo, luego mira por encima del hombro hacia la puerta.

Su cuerpo parece desinflarse.

—No discutiré contigo —dice. Se ha ido el calor de su voz. Comienza a retroceder, luego gira sobre sus talones, haciendo una retirada apresurada hacia la salida.

—Espera —llamo cuando está casi en la puerta de la suite principal.

No quiero pelear.

El jinete hace una pausa.

—Lo siento, vuelve.

Y lo hace, su imponente figura se sienta en el colchón. Todo lo que necesito es mostrar un poco de vulnerabilidad, y Peste cava, intercambiando su diatriba por toques suaves e incluso besos más suaves. No irá más allá de eso, pero no importa. En este momento todo lo que quiero sentir es el aliento de su amor.

Su *amor*.

Me lo da libremente, y se siente como el calor del sol sobre mi piel.

Nuestros días siguen y siguen, condimentados con nuestros pequeños dramas y apaciguados por confesiones susurradas y toques que nunca van lo suficientemente lejos. En el fondo de mi mente, sigo esperando que vuelvan los propietarios de la casa, pero nunca lo hacen, y así nuestra estancia sigue y sigue, cayendo en una especie de patrón.

Mis agujeros de bala van desde heridas abiertas a cicatrices de color frambuesa, la piel con cráteres y brillante. Ahora me veo como una criatura del apocalipsis, mi cuerpo es un mapa de viejas heridas. Nunca seré como Peste, cuya forma perfecta se ha recuperado de brutalidades salvajes sin ni siquiera una cicatriz. Una pequeña parte de mí llora la dulce suavidad de mi piel, pero la parte más dura de mí, la Sara-otra-jodida-Burns que luchó contra fuegos y disparó a un jinete de su corcel para proteger su ciudad, simplemente está feliz de haber escapado de la muerte.

No debería haberlo hecho. Varias veces no debería haberlo hecho. Y ahora soy lo suficientemente honesta conmigo mismo para admitir que Peste siempre ha sido la razón. Ha salvado mi vida una y otra vez. Y en

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

este momento, su única razón para estar aquí—propagar la plaga—ha quedado en suspenso.

Todo para que Peste pueda cuidarme.

El amor tiene una forma divertida de reorganizar las prioridades. Ha empezado a reorganizar las mías.

Y sin embargo... Me siento incómoda con este respiro temporal. Tan cuidadoso, exasperante y cariñoso como lo es Peste, esa dureza que vi por primera vez en el hospital aún perdura en cada uno de sus rasgos.

Permanecemos en esa mansión abandonada durante tanto tiempo que el mundo cree que se ha ido. Lo sé porque, entre otras cosas, la casa tiene una televisión que funciona.

Aún más impactante que las noticias de la "desaparición" del jinete es cuánto saben los periodistas sobre mí. Hay un par de fotos borrosas de mí y el jinete, una de cuando todavía era oficialmente su cautiva con mis muñecas esposadas, y otra más tarde tomada mientras yo estaba sentada a horcajadas sobre su caballo.

Los reporteros no saben qué hacer conmigo. No saben si soy su prisionera o su amante ('C', todo lo anterior), o lo que nos sucedió. Todo parece terriblemente confuso para ellos, ¿deberían elogiarme o condenarme? Se han decidido por la compasión.

Peste entra en el dormitorio principal donde estoy encerrada, todavía en la maldita cama, su gran cuerpo llenando la entrada. Se quita su arco y carcaj y los coloca al lado de la entrada. Entonces desaparece su armadura. Deja su corona en su cabeza, su pelo debajo y despeinado.

Lo sé sin preguntar que ha estado patrullando los jardines. No es que lo necesite. Cualquiera que se acerque remotamente a este lugar enfermará. Creo que lo hace más porque está inquieto. La necesidad de moverse a través de todas las tierras del hombre y propagar la enfermedad debe comerlo.

No es un hombre paciente. Excepto, por supuesto, cuando se trata de mí y mi oh-tan-débil cuerpo humano.

Se sienta en el borde de la cama, la mirada en sus ojos me pone la carne de gallina. Hay amor allí, pero debajo de eso, está esa misma frialdad. No sé qué hacer con eso.

Peste levanta el borde de mi camisa y pasa un dedo por la carne desigual.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Se inclina hacia adelante y besa una de las cicatrices.

—Pensar que si uno de estos proyectiles alcanzara otro lugar, podría matarte.

Noto el leve escalofrío que recorre su cuerpo ante la mención.

—¿Cómo te sientes? —pregunta.

—Curada.

Peste entorna los ojos hacia mí. Es la misma respuesta que le he estado dando todos los días durante *semanas*.

Y ha sido cierto por un tiempo, pero trata de darle sentido común a un ser que no puede morir y no sabe intuitivamente cuándo un ser humano está completamente curado.

Agarro su mano y lo tiro a mi lado. Durante la primera semana, más o menos, que me estuve curando, se acostó en la cama conmigo, abrazándome, con la mano apoyada sobre mi corazón, solo para poder sentir el ritmo constante. Incluso una vez que se aseguró que yo iba a salir adelante, todavía se acostaría conmigo, presionando su cuerpo cerca y quedándose dormido cuando se lo permitió.

Pero dormir y abrazarse fue *todo* lo que se atrevió a hacer conmigo.

Ahora ruedo sobre él.

—Sara —protesta.

—No soy una muñeca de porcelana —le digo, moviéndome a horcajadas sobre sus caderas—. No voy a romperme fácilmente.

—Tú y yo sabemos que eso no es ver...

Lo hago callar con un largo y lento beso. Creo que quiere resistir, pero Peste está tan conmocionado por los *misterios de la carne* (como él lo llama) que no hace mucho para detener esto.

Sus manos se acercan para acunar mi rostro mientras mis labios se separan de los suyos. Paso unos segundos simplemente respirándolo antes de que mi lengua presione contra la suya. En el momento en que lo hace, sus manos se deslizan hacia mis brazos, agarrándome con fuerza.

Mis propias manos se meten en su cabello, haciendo que la corona se tuerza. Tiene el suficiente sentido común para ponerlo en la mesita de noche.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Pongo mis caderas contra él, y suelta un gemido.

—Sara, todavía estás sanando...

—¿Me veo como si tuviera dolor? —pregunto.

Me frunce el ceño, pero no discute. Tampoco pelea conmigo cuando me quito primero la camisa y luego el resto de su ropa. Pero tampoco me ayuda exactamente.

En algún momento, sin embargo, su tono cambia. Empieza a conocerme, toque por toque, beso por beso, hasta que lidera la carga. Sus manos se precipitan sobre mí, y simplemente no hay suficiente piel para cubrir sus ásperas palmas.

Engancha su brazo alrededor de mí, y luego nos voltea, dejándome mirarlo.

Tan malditamente hermoso. No sé si alguna vez lo superaré.

Experto, Peste me quita mi propia ropa, arrojándola descuidadamente a un lado.

Una vez que estoy desnuda, su mirada recorre mi cuerpo, deteniéndose en la unión entre mis muslos. Se inclina hacia abajo, presionando sus labios contra mi núcleo. Reflexivamente, me arrimo contra él. Separa mis piernas y continúa besándome justo entre mis muslos.

Cristo.

—¿Q-qué estás haciendo? —pregunto, sin aliento.

Comienzo a sentarme, solo para que me empuje hacia la cama.

—Supongo que es obvio —dice. Me pellizca, y oh Jesús, es tan jodidamente sucio. ¿Dónde aprendió a ser tan sucio?

Su lengua sale, y me prueba.

Gimo, mi espalda se arquea fuera de la cama.

—Así es como me matas —murmuro.

Se aleja al instante. En el momento en que ve mis mejillas sonrojadas y su mirada aturdida, su expresión preocupada se transforma en una de satisfacción masculina.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Estoy bastante segura de que nadie ha dado lecciones de anatomía a Peste (aparte de mí), pero ha descubierto muy rápido que mi clítoris es la fuente de toda bondad y maravilla en el mundo.

El jinete vuelve a sus ministraciones, y su lengua inteligente me hace tropezar y retorcerse debajo de él. Su cálido aliento sopla contra mí mientras se ríe. Peste podría haber sido una novedad en esto, pero el alumno definitivamente está superando al maestro en un tiempo récord.

—Ugh —gimo—. Pppp-para. Es demasiado. Detente.

El hijo de puta no se detiene.

Sigue yendo y yendo y...

Dejo escapar un grito, mis caderas se levantan de la cama, mientras la sensación se rasga a través de mí, cegando en su intensidad.

Peste no me da tiempo para bajar completamente. Sube por mi cuerpo.

—Me has convencido.

—¿Eh?

Envuelve mis piernas alrededor de su cintura. Siento su pene justo en mi apertura, duro e insistente.

—Estás curada.

Y luego se conduce adentro.

Otro gemido se escapa de mí cuando su grosor me estira. Han pasado vidas desde que hicimos esto. Peste ha tenido tanto cuidado de no lastimarme o empujar mis heridas que es un shock que ahora esté de repente *en* mí.

Es una sorpresa aún mayor sentir su energía frenética. Sus movimientos no son lentos ni reverentes, ni juguetones ni exploratorios. Se mete en un pistón como si no pudiera controlarse lo suficiente, y me acerca a él como si no pudiera abrazarme lo suficiente. Su boca me abrasa la piel mientras besa mi hombro, una de mis heridas de bala, mi garganta, mis labios.

Sus manos agarran mis piernas, jalándome más cerca.

¡Pum-pum-pum!

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

La cabecera choca contra la pared una y otra, y otra vez hasta que la pintura y un poco de yeso se ha desprendido.

Los ojos de Peste brillan intensamente. Y no es del todo amor lo que estoy viendo. Es amor y angustia y una desesperación posesiva y—lo más extraño de todo—una disculpa.

No puedo hacer mucho de eso ahora, sin embargo. No con su pene llenándome y frotándome en todos los lugares correctos.

Por segunda vez vuelco sobre el borde. Me aprieto a su alrededor, acercándolo a mí. Con un gemido, llega a las alas de mi clímax, meciéndose en mí como si su propia vida dependiera de ello.

Una vez que comienza a bajar, me besa en todas partes, sus labios rozan cada trozo de carne expuesta. Toda esa energía masculina cruda se está convirtiendo en algo dolorosamente dulce y reverente.

Me acerca a él, acunando mi cuerpo contra el suyo. No hay nada como estar apretado piel contra piel con este hombre para hacerme sentir completamente a gusto con el mundo. Mis párpados comienzan a bajar.

Todavía no he descubierto el tema de la anticoncepción, pienso de forma perezosa.

Peste frota un beso a lo largo de mi sien.

Él sería un buen padre.

No puedo creer que acabo de tener ese pensamiento...

Me acurruco más cerca de él mientras me dejo llevar.

Uno de sus dedos traza sobre mi estómago.

Su cuerpo se desliza lejos del mío, y su voz se filtra desde el borde del sueño.

—Lo siento, Sara. Estaba esperando esto, y pensé que tal vez... quizás el que estuvieras mejorando cambiaría mi opinión, pero no ha sido así. Solamente me hizo estar más seguro acerca de lo que necesito hacer.

Busco a tientas su mano, pero se ha ido.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 49

Traducido por Vale

A la mañana siguiente, me dirijo a la cocina, tratando de no dejar que Peste vea cuánto me cansa esa simple acción.

No debería haberme molestado. Por una vez el jinete ni siquiera está prestando atención. La televisión en la sala de estar está encendida, y Peste está de pie frente a ella, con los brazos cruzados, mirando sombríamente la pantalla.

Miro la televisión solo para ver qué ha atraído su atención.

—...Últimas noticias: brote virulento de Fiebre Mesiánica a lo largo de la Costa Oeste y el Noroeste del Pacífico, que se extiende a México. Los gobiernos estatales y locales están tratando rápidamente de poner en cuarentena a las áreas infectadas. Todavía sin avistamiento conocido del jinete. Por favor permanezcan en sus hogares y eviten los centros de las ciudades. Repito, por favor quédense en sus casas y eviten los centros de las ciudades. A todos los afectados: nuestras oraciones y pensamientos están con ustedes.

Mi estómago toca fondo.

Me quedo parada por un largo tiempo, sin hablar, sin reaccionar, solo... *mirando* tontamente la televisión. El informe se repite de cinco maneras diferentes, la información regurgitada para llenar los minutos vacíos. Están mostrando las fotos de Central Park tomadas después de que Peste pasara por la ciudad hace meses, con sus fosas comunes llenas de cuerpos. Luego aparecen imágenes de Toronto y Montreal, las pocas fotos que alguien tiene de la Fiebre. Incluso hay un par de Vancouver y Seattle, lugares que vi con mis propios ojos.

Pero ahora nuevas imágenes se unen a las anteriores. Aparece un video tembloroso de un hospital en San Francisco, el lugar lleno de moribundos. Otro de Los Ángeles, donde la gente yace en las calles, con los ojos hundidos y la cara sonrojada por el comienzo de la fiebre.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

San Francisco, Los Ángeles. Esos lugares están a *estados* de distancia.

Me congeló.

Logro apartar mis ojos de la pantalla, y ahora, *ahora* Peste me está mirando. Aún está esa maldita disculpa en sus ojos, pero no remordimiento. *Ninguno*. En su lugar hay una frialdad familiar.

Mi garganta traga duro. No quiero preguntar porque preguntar lo hace real, y esto no puede ser real. Las palabras vienen de todos modos.

—¿Qué hiciste? —susurro.

—Mi propósito.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 50

Traducido por Gerald

No puedo respirar.

En este mismo momento, toda la Costa Oeste de Norteamérica es un páramo.

En el ojo de mi mente, veo a todos esos cadáveres yaciendo en el pasillo del hospital. Intento imaginar la cantidad de una ciudad, de dos ciudades—demonios, de todos los *estados*—pero no puedo. La escala de esa devastación es inimaginable. Mi mente no me dejará comprender ese tipo de pérdida.

Entre todos esos millones hay madres, hijas, hijos, hermanos, amigos, amantes, abuelos, niños, bebés. Gente que significa algo para alguien más, gente inocente y amable. Gente que merece vivir. Justo ahora, todos están muriendo.

Peste no podría haber hecho esto. Peste, quien cuestiona la moralidad de sus acciones. Peste, quien me ama.

No podría haberlo hecho.

Los dos nos miramos fijamente el uno al otro. Espero ver algo defensivo en los ojos de Peste—siempre se ha tenido que explicar en el pasado—pero no hay nada ahí. No hay culpa, ni defensiva, ni tenacidad obstinada.

Su fría mirada está inmutable.

Pero *sí* hizo esto. Más que eso, lo *planeó*. Todas las señales han estado ahí. Sus humores oscuros, el hielo en sus ojos azules, la disculpa a medio recordar que me murmuró ayer cuando se fue de mi lado.

—¿Cómo? —La escala de devastación es mucho más grande que antes. Antes, Peste había tenido que atravesar una ciudad para infectarla. Ahora su alcance parece no tener límites, extendiéndose a miles de kilómetros de distancia de nosotros.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Debe entender lo que estoy preguntado porque dice:

—Siempre he tenido este alcance. Simplemente nunca sentí la urgencia de utilizarlo antes.

No hasta mí. De alguna manera, soy la chispa que encendió este terrible acto.

—Deshazlo —susurro.

—Está hecho —dice, su expresión inflexible.

Sacudo mi cabeza. No puedo estar hecho. Me *rehusó* a creer eso.

—Me curaste de la infección, puedes hacer esto —insisto, mi voz entrecortándose.

No puedo ser la única persona que queda viva a lo largo de la Costa Oeste. Eso es su propio tipo de infierno.

—Pero no lo haré.

Pero no lo haré.

—*Por favor.*

Se encoge ante esa palabra. *Por favor.* Comenzó como una maldición dicha entre nosotros, un ruego dicho solo para que pudiera ser negado. Pero en algún punto a lo largo del camino, *por favor* se convirtió en redentor.

Solo que ahora, Peste no quiere ser redimido.

Maldita sea, todavía puedo sentir una parte de él entre mis muslos. Estoy adolorida en todos los lugares que su cuerpo se restregó contra el mío ayer y hoy, su forma de hacer el amor tan intensa como apasionada. No puede haberse ido de mi lado todas esas veces solo para maldecir a una buena parte de Norteamérica.

—Por favor, Peste. Por favor... *amor.*

Lo nombres significan tanto. Una rosa puede oler igual sin importar el nombre que le des, pero cómo pienses en ella puedo hacerlo. Y pienso en Peste de manera diferente, lo he hecho por un rato. Pero llamarlo por un hombre de mi elección, darle un nombre afectuoso y mostrarle que es más que su homónimo, pero no he sido lo suficientemente valiente para hacer eso hasta ahora.

Pero ya no queda nada a lo qué temerle. No dada esta situación.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

El jinete se queda quieto. Veo esa frialdad agrietarse en sus ojos.

—No esperabas eso, ¿cierto? —digo—. Que te amara. —Sé que yo no. Y no sé en qué maldita hora la realización se escabulló dentro de mí, pero lo hizo—. Tal vez soy una tonta y una traidora, pero soy *tuya*. —Parpadeo para apartar las lágrimas—, pero maldita sea, no puede hacer esto.

Da un paso hacia mí, luego otro, sus ojos muriendo un poco, como si quisiera tocarme, pero sabe que no lo dejaré. No ahora, con toda esta sangre en sus manos.

Nunca te molestó antes, Burns.

Pero eso fue entonces cuando pensaba que podía cambiarlo, detenerlo.

Debí haberlo sabido mejor.

—Podría haber vivido con lo que esos hombres me hicieron, tan cruel como fuera —dice Peste.

Mi mente recuerda al jinete atado a ese poste de teléfono, la mayoría de su rostro desaparecido.

—Pero cuando te dispararon... —Su voz se corta por la emoción y me doy cuenta de mi error fatal—, nunca deberías haberme mostrado al amor, querida Sara —dice.

Todo este tiempo, había asumido que el amor redimiría al jinete y nos salvaría a todos. Debería haber sabido que solo nos condenaría a nuestros horripilantes destinos.

—Si ahora entiendes la pérdida —digo—, entonces sabes lo que les estás quitando a estas personas.

Su mandíbula se tensa.

—No es más de lo que merecen.

—¿No es más de lo que *merecen*? —digo, horrorizada—. ¿De quién estás hablando? ¿Rob? ¿Ruth? ¿Yo?

La boca de Peste forma una fina línea.

—Pareces pensar que discutir sobre esto cambiará el destino de estas personas.

—Tú y cambio. —Sacudo mi cabeza amargamente—. No sé por qué

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

piensas que eres incapaz de hacerlo.

—La gente cambia, Sara, pero los jinetes no. No importa lo que pienses de mí; soy y siempre seré Peste, el Conquistador.

No va a ser subyugado. Puedo verlo ahora. Debí haberlo visto antes, en el pasado cuando podría haber protegido mi corazón un poco mejor.

—¿Qué sucede ahora? —pregunto. Inmediatamente me arrepiento de la pregunta, mi estómago revolviéndose con miedo.

—El mundo se termina.

—¿Y yo? —digo, la desolación ya arrastrándose.

—Te quedarás conmigo.

No lo pide; ni siquiera lo dice como un rato. Es dicho con completa autoridad.

Asiento lentamente.

Peste debe sentir que algo está mal porque da otro paso hacia mí.

—No —digo.

Si intenta hacer que cualquier de nosotros se sienta mejor, juro que romperá lo último que queda de mí.

Y hay tan poco que queda por romper.

Miro alrededor.

No puedo estar en la misma habitación que él. Me estoy sofocando con toda esta tragedia.

Me giro sobre mis talones, ansiosa de alejarme de él.

—Sara —llama antes de que pueda escapar. Su voz es tan malditamente paciente.

Me detengo.

—Una vez me dijiste que los nombres no importan —digo, mi espalda hacia él—, que la forma en que *te* llamara no importaba.

Miro hacia Peste por encima de mi hombro.

Amor. Creo que ambos podemos escuchar mi nombre afectuoso en el aire entre nosotros.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Su expresión es recelosa cuando inclina su cabeza.

—Recuerdo.

—Estás equivocado, sabes —digo—. Si importan.

Peste es el peor de su naturaleza. Vislumbré la mejor parte de él, pero esa parte de él, ese futuro, ya no es más que un susurro de una posibilidad, como humo disipándose en el viento.

Lo dejo ante eso.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 51

Traducido por Rimed

Me alejo de él lo suficiente para agarrar mis cosas, lo poco que tengo. Apenas si es algo más que la camisa en mi espalda.

Miro al cuarto principal por un largo tiempo, sintiendo que mi corazón se deshace pedazo a pedazo.

¿Por qué no pudiste enamorarte de un chico normal, y tener una muerte normal a su lado? ¿Por qué tuviste que elegir un jinete? ¿Por qué tuviste que ponerte entre él y el mundo?

Todo este tiempo ha sido un mortal tira y afloje entre el amor y la lealtad. Cómo me había engañado a mí misma de que *no llegaría* a esto, no lo sé.

Me pongo mis botas, tomo mi abrigo prestado y luego me dirijo a la puerta del frente.

Peste sigue donde lo deje, aun haciendo guardia junto a la televisión, aún consumido por su propia ira.

Paso caminando junto a él, dirigiéndome hacia el vestíbulo.

—¿A dónde vas? —llama, su voz sonando con autoridad. No suena asustado, perdido o inseguro.

¿Enserio no tiene idea?

Ignorándolo, alcanzo la puerta del frente y salgo.

Afuera, *mierda*, hace frío. Me tambaleo un poco por la temperatura. Es un frío húmedo y mordaz que se introduce bajo tu piel y cuela dentro de ti. Mis orejas ya están comenzando a punzar. Subo la capucha de mi chaqueta.

Nunca sobrevivirás a esto, así de débil como estás. Con lo mal equipada que estas.

La puerta se abre detrás de mí.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—¿A dónde vas?

Me detengo ante la voz de Peste. Ahora hay algo en ella además de la ira. Algo que aún es muy seguro como para preocuparse. Creo que puede ser la sorpresa y un toque de confusión.

—A reunirme con la humanidad —digo.

—No te he liberado.

—No estaba consciente de que era tu prisionera —digo.

Claramente parece haber olvidado ese pequeño detalle.

—Eres *mía*.

Tiro de mi chaqueta más cerca de mí.

—No soy de *nadie* —digo con vehemencia.

El jinete frunce el ceño ante eso, pero no intenta discutir el punto.

Lo evalúo.

—Digamos que me quedo. ¿Qué harás cuando se haya ido toda la gente?

—Lo resistiré.

—¿Qué harás cuando *yo* me haya ido?

—Te mantendré con vida —insiste.

Busco su rostro.

—Incluso si pudieras, aún si pudieras protegerme de cada atentado contra mi vida, porque habrá más mientras esté contigo, no serás capaz de mantenerme viva por siempre. Eventualmente envejeceré. Envejeceré y moriré y tú estarás solo nuevamente, solo que ahora, no habrá más humanos, solo tú.

—Y mis hermanos —agrega en voz baja.

Levanto mis manos.

—Está bien, tú y tus hermanos homicidas. —Hermanos que habían estado ausentes estos largos años—. Pero además de ellos, estarás solo.

Mi cuerpo comienza a temblar por el frío y los ojos de Peste van directo a la acción.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Detén esta tontería, Sara. Ven dentro —dice, amablemente—. Te calentaré.

Le doy una mirada incrédula.

—¿Aún no lo entiendes? Estás matando a *todos*. ¿Realmente pensaste que me quedaría contigo luego de algo como esto?

—Te quedaste conmigo antes —dice el jinete acaloradamente, pero no me pierdo la chispa de miedo en el fondo de sus ojos.

Dejo escapar una risa hueca.

—Eso fue cuando pensé que odiabas lo que le hacías a mi mundo.

Cuando pensaba que podías cambiar.

¿No es ese el más horrible detalle de todos? Finalmente obtuve lo que quería, Peste cambió, solo que no para mejor.

—¡Estoy haciendo esto para vengarte!

—Nunca pedí tu venganza —digo—. Pedí tu *misericordia*.

Peste retrocede ante la palabra como si lo hubiera abofeteado. Es la misma palabra que salvó mi vida la noche que intenté matar al jinete. La palabra que me salvó cada noche desde entonces.

Misericordia.

—¿Alguna vez pensaste que quizás la *misericordia* de tu Dios no era para mí? —pregunto—. ¿Qué tal vez era para todo el resto?

No, no lo había hecho, si su expresión era de fiarse.

Me giro, comenzando a alejarme, solo para sentir el cálido agarre de los dedos de Peste en la curva de mi brazo.

—Si tengo que atarte a mí, lo *haré* —dice Peste—. Pero no te dejaré ir.

Me doy vuelta para enfrentarlo. Por todas sus altaneras exigencias, su rostro traiciona sus verdaderos sentimientos. Puedo ver el pánico en su expresión.

No había anticipado esto.

—Peste —digo, mi voz calmada—, puedes obligarme a estar contigo, pero no puedes hacerme querer estar contigo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Pero tú quieres estar conmigo —insiste—. Me llamaste *amor*.

Desvió la mirada.

—Lo hice.

—Y me amas.

Mi corazón se acelera. Puede que no haya dicho las tres palabras, pero el jinete dice la verdad.

Mis ojos se mueven hacia él.

—Lo hago —reconozco—. Y no es suficiente.

Se tambalea un paso hacia atrás.

—¿No es *suficiente*?

Creo que lo puedo estar hiriendo peor de lo que lo había hecho cualquier arma antes.

—No es suficiente para superar cualquier otra cosa que haya en tu corazón —digo—. Claramente odias más a la humanidad de lo que te preocupas de mí.

Las fosas nasales de Peste se abren, pero se traga su respuesta.

No lo niega. Ouch.

—El amor se supone que debe sacar las mejores partes de ti —continúo, recordándole nuestra breve conversación luego de las muertes de Ruth y Rob—, No las peores —añado en voz baja.

—Hice esto *porque* te amo —dice fervientemente. Hay más miedo en sus ojos que antes.

—El amor no funciona así.

Pero claro, hay otras cosas que van de la mano del amor, grandiosas y terribles cosas. Cosas que, por primera vez, Peste comienza a sentir.

Lo dejaste entrar al Jardín del Edén, lo dejaste probar la fruta prohibida. Le diste el conocimiento del bien y el mal y ahora ambos lo están pagando.

Doy un paso atrás, haciendo de su rostro un recuerdo.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Debo irme ahora, antes de que caiga y vuelva a él. Nunca me perdonaría a mí misma.

Mi corazón, sin embargo, se siente como si se partiera en dos ante la idea de irse.

—Adiós, Peste.

Dándome vuelta, me fuerzo a comenzar a bajar los escalones que salen de la mansión.

No he dado más de cinco pasos antes de que el jinete me alcance. Me levanta y me carga dentro, pateando la puerta principal mientras avanza.

—¿Qué estás haciendo? —protesto, retorciéndome en sus brazos.

Sin respuesta.

Ahora realmente comienzo a luchar.

—Déjame ir.

Me baja en el vestíbulo. El cuarto gira un poco una vez que estoy de pie.

Tan débil. Muy débil.

Sin embargo, no me puedo quedar aquí.

Me dirijo hacia la puerta, y nuevamente me levanta y me aleja de ella.

Nuevamente, en cuanto me baja me dirijo hacia la puerta.

Él me cierra el camino.

—Sara, no puedo dejar que te vayas.

Me está rogando con sus ojos, y sé que ve lo que siento: no estoy lo suficientemente fuerte, lo suficientemente *curada*. Todas esas semanas de viaje, todas esas heridas, incluso con el resto, mi cuerpo no está listo para más. Y yo sigo llevándolo hacia adelante.

—Peste, no hagas esto peor de lo que ya es —prácticamente ruego—. Me voy, ya sea con tu bendición o en contra de tu voluntad, pero no me quedaré aquí por más tiempo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

La expresión en su rostro pulveriza lo que quedaba de mí. Puedo ver su corazón rompiéndose frente a mí. Ese crudo sufrimiento permanece solo por un momento y luego sus rasgos se endurecen.

Sin una palabra, me levanta nuevamente.

—¿Qué estás haciendo? —Lucho en sus brazos—. ¡Peste, bájame!

Ignorando mis demandas, me lleva al cuarto principal y me deposita en la cama.

Para cuando logro hacerme camino fuera de ella—tomando unos segundos extras para que pase el vértigo—él ya ha llegado a la puerta. Con una mirada de despedida, se desliza fuera, cerrándola detrás de él.

Apresurándome tras de él, tomo el pomo de la puerta. Lo giro, pero la puerta no se abre. El jinete debe estar manteniéndola cerrada.

—Peste, déjame ir. —Mi voz se eleva con pánico.

No planea realmente mantenerme aquí, ¿no?

—Me perdonarás —dice despacio al otro lado de la puerta.

—¡Déjame ir! —grito más fuerte.

Pero no lo hace.

Peste tapia las ventanas del cuarto principal y bloquea todas las puertas que dan hacia afuera. No antes de que escapara un par de veces y tuviera que arrastrarme devuelta, pero eventualmente, se las arregla para tapar todas las salidas, dejándome atrapada dentro.

Y así vuelvo a ser su prisionera.

Al menos el jinete es lo suficientemente inteligente para mantener su distancia. Solo lo veo unas pocas veces durante el resto del día, cuando va a dejar comida y agua, sus ojos tristes y atormentados.

Pienso que cualquier locura que haya poseído a Peste desaparecerá. Que eventualmente destapará las ventanas, abrirá la puerta y rogará por mi perdón.

Pero nunca sucede. Un día se funde con el siguiente y él se mantiene lejos, viniendo a mí solo para alimentarme. Ni siquiera en las

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

noches se desliza en mi cuarto para expresarme sus torturados sentimientos por mí, o para dormir presionado contra mi espalda.

Mi cuerpo lo extraña, mi corazón lo extraña. El último está muriendo bajo mis costillas, odiando sus traiciones y aun así queriéndolo.

No intento escapar. ¿Qué sentido tendría? No puedo pasar inadvertidamente a Peste.

Intento no pensar en los millones de personas muertas que deben estar pudriéndose justo donde murieron. La televisión se mantiene apagada por ese mismo motivo. No puedo soportar ver las noticias y ver todos esos cuerpos. No cuando jugué un rol (aunque involuntario) en sus muertes.

Eso solo me deja hurgar los pocos libros en el cuarto o recitar poesía de memoria.

En ocasiones puedo sentir físicamente la presencia de Peste cerca, escuchando el sonido de mi voz, deambulando fuera de mi puerta. El aire se siente saturado con todas las cosas que quedaron sin decir y sin terminar entre nosotros. Cosas que habían sido abandonadas para podrirse junto a todos esos cuerpos.

La vida sigue así por días, y luego se completa una semana.

¿Realmente esto se va a convertir en nuestra nueva normalidad? ¿Peste manteniéndome como un pájaro enjaulado, destinada a no morir ni vivir completamente?

Cuando la puerta se abre el día ocho, Peste se ve derrotado. Sus ojos azules están apagados y su cabello rubio dorado no tiene su brillo usual.

—No puedo seguir haciendo esto —admite—. Me rindo.

Me congelo es mi lugar sentada en la cama.

Peste el Conquistador, ¿rindiéndose?

Se quita su corona de la cabeza y la tira al piso entre nosotros.

—Es tuya —dice amargamente—. Pude haber reclamado el mundo, pero te he perdido, la única cosa que realmente he querido.

Mi pulso se acelera mientras veo primero a la descartada corona y luego al hombre que la llevaba.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Eres libre de irte —dice—. No te detendré.

Sus ojos son sombríos. Se han ido las sombras en sus ojos, pero también cualquiera que haya sido la chispa de esperanza que alguna vez hubo en ellos. Cuando tocan los míos, me mira como si se estuviera ahogando.

Debería sentirme exaltada, reivindicada en alguna pequeña medida, pero solo es otro dolor para añadir al resto.

Por varios segundos no me muevo.

—Maldición, Sara, si quieres tu libertad vete antes de que recobre el sentido.

Me deslizo fuera de la cama, agarrando mis cosas una a una, manteniendo un ojo cauteloso en él. Casi espero que cierre la puerta de golpe en mi cara en cualquier momento. Esto debe ser un truco.

Pero no parece serlo.

Paso el umbral del cuarto, deteniéndome para mirarlo.

—Ve y únete con tu condenada raza —dice, su mirada encontrando renuentemente la mía. ¡Cómo ahora burbujea! Tiene dolor suficiente para igualar el mío—. Pero no esperes que te mate.

Demasiado tarde, parece, que ha descubierto el significado de la *misericordia*.

Después de todo lo que Peste ha hecho, no esperaba que mi partida me doliera tanto. Creía que mi corazón había sido lo suficientemente abusado para olvidar que pertenecía al jinete.

Me equivoqué.

No miro a Peste cuando lo dejo en la entrada de la casa. Alejarme de él duele lo suficiente. Ver cualquier emoción que llene su rostro podría hacerme dudar. El jinete ya no lleva su corona. Aun yace, olvidada, en el cuarto.

Me dirijo hacia la calle, cada paso cortándome más y más profundamente. Había perdido todo el resto: familia, amigos, vecinos. Dejar a Peste va a desangrar las últimas partes de mí.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

¿Dónde debería ir? ¿Cuántos kilómetros deberé caminar para llegar donde los vivos? ¿Moriré antes de eso? Sé que Peste no me dejara sucumbir a la plaga, pero hay otras formas de morir. Podría morir de hambre o perecer a causa de los elementos.

Y si no muero, ¿entonces qué?

Un paso a la vez, Burns.

Solo cuando llego al camino me doy vuelta. La mansión en la que nos hemos estado quedando se posa sobre una pequeña colina. Parado como un centinela en su umbral está el jinete.

Peste me observa, su rostro solemne. Por un momento, creo ver una chispa de esperanza en sus ojos.

Piensa que estoy cambiando de opinión.

Tomando fuerzas, encaro la calle una vez más y me alejo.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 52

Traducido por Mais

No escucho las noticias. No durante semanas y semanas.

Aun así, debería haberlo sabido. La verdad estaba tan obviamente en frente de mí.

En su lugar, toma a un dueño de un campo militar cerca de la frontera Canadiense convencerme más allá de una sombra de duda.

—Ese jinete arruinado se ha ido. Juro en los recientemente muertos, que lo está —dice el hombre, inclinándose contra la encimera del pinto mientras suma mis cosas.

La vista del mismo hombre, *vivo* y rebosante sobre su tienda, es sorprendentemente suficiente, pero entonces, me he encontrado con otros en mi camino de vuelta por la costa. Asumí que su presencia tenía que ver con Peste esparciendo su plaga *solamente* hacia el sur.

Ahora miro fijamente al dueño de la tienda, sus noticias ahora computando.

El mundo creyó que Peste se había ido cuando estuvimos refugiados dentro de esa mansión, pero una vez que me fui, asumí que había resumido sus viajes.

—¿Quieres decir que no ha habido nuevos vistazos de él? —pregunto tontamente.

Sacude su cabeza.

No nuevos vistazos de él. Una sensación no placentera se retuerce en mi estómago, pero no puedo decir qué lo causa.

Tal vez ya no queda nadie vivo para verlo. El territorio desde Washington a California es amplio... amplio y lleno de muertos.

—¿No has escuchado? —pregunta el dueño cuando nota mi sorpresa.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Las últimas noticias que recibí fue que Oregon, California, y partes de México estaban infectadas —digo. Incluso ahora un escalofrío se desliza a través de mí ante la idea. Tuve un rol en ello.

El hombre deja salir una risa sibilante, jalando un delgado maletín de debajo de su mostrador. Abriéndolo, toma los ingredientes crudos por dentro y comienza a hacer un rollo de mano de cigarro.

—Oh, te has perdido de tanto.

Intencionalmente.

Hice un hábito de evitar charlas como esta, la culpa su propia clase de enfermedad. Pero ahora que estamos en el tema de Peste, una clase enferma de curiosidad viene sobre mí. Encuentro que necesito saber cuánto del mundo todavía vive, y cómo mi jinete actuó.

Escuchar que Peste no ha resurgido desde que lo dejé...

La pérdida se siente física, como una pierna que ha sido dejada.

El dueño del campo militar termina de rodar su cigarro, lamiendo el borde del papel blanco para sellar la sutura.

—Satisfecho de decirte que todos los enfermos se recuperaron. —Sacude su cabeza—. Maldito milagro que fue. —El hombre enciende una cerilla y sostiene la llama contra el final de su cigarro, inhalando agradecidamente—. No soy un hombre que reza, pero incluso yo envié uno cuando escuché las noticias. Pensé que Él nos había dejado a morir.

Espera... ¿qué?

Lo miro fijamente en shock.

Todos los enfermos se recuperaron.

No puedo recuperar el aliento.

—Quieres decir... ¿todos esos enfermos... ellos... *vivieron*? —digo, incrédula.

No puede ser. Yo estaba *con* el jinete. Vi su enojo, presencié su voluntad inflexible.

De ninguna manera cambió de parecer.

—Sip —dice el hombre suficientemente alegre, echando humo por el lado de su boca—. Incluso nosotros del norte nos recuperamos... las

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

noticias no se molestaron en mencionar eso. —Frunce el ceño, como si fuera una gran parodia cuando oh mi Dios, todos esos millones vivieron—. Jodida plaga que volvió mientras estaba re-abriendo mi tienda —continúa—. Pensé que había llegado mi muerte.

Hay un dolor en mi pecho que es en partes iguales felicidad y angustia. No quiero creerle porque si le he malentendido, la decepción podría destrozarme viva.

Coloco mis manos en el mostrador mientras me balanceo un poco.

Mi Dios.

Peste *retrajo* su plaga. No sé cómo, pero lo hizo.

Debe haberlo hecho mientras yo estaba confinada en ese maldito cuarto. Pensé lo peor de él entonces, y mientras tanto estaba *curando* la plaga que había traído a las masas.

La única cosa además de su amor que quise. Me lo dio.

Si hubiese encendido la televisión, hubiese visto esto.

Peste detuvo la plaga, y todavía lo dejé.

Trago y aguanto un ahogado llanto.

¿Por qué no me lo dijo? Por Dios, eso hubiera cambiado *todo*.

—Y la Fiebre —pregunto, de alguna manera encontrando mi voz—, ¿se ha esparcido desde entonces?

Tengo que estar segura de entender esto correctamente.

El dueño frunce el ceño, considerando mis palabras.

—No que haiga oído, ¿aunque quién sabe dónde está el mundo en estos días? No ha estado de vuelta alrededor de estas partes y eso es suficientemente bueno para mí.

Agradezco al hombre por las noticias y me alejo del campo militar en un mareo.

Mi último encuentro con Peste llena mi mente.

Me rendí, había dicho, dejando a un lado su corona.

Ya había invertido la plaga para entonces.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Pude haber reclamado el mundo, pero te he perdido, la única cosa que realmente he querido.

¿Por qué no dijo nada? ¿Creía que estaba viendo las noticias en ese cuarto, que había sabido que él los había curado a todos y todavía había decidido irme?

Esos pensamientos me están ahogando. Porque todavía estoy enamorada de Peste, y ahora, después de vindicarse, se ha ido.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Capítulo 53

Traducido por Mais

Para el momento en que regreso a mi casa de Whistler, escucho suficientes reportes y cuentas de primera mano para creer lo increíble.

La plaga realmente desapareció sobre el curso de los días.

Solo... puf, se fue, y el jinete con esta. Trato de no pensar en ello. Mi corazón duele lo suficiente.

Aprendo que, como yo, la gente no cree las noticias—no al principio, al menos. Semanas sin incidentes tienen que pasar antes de que alguien se atreva a tener esperanza que la Fiebre Mesiánica realmente ha terminado y que el jinete se ha desvanecido.

Entonces la gente comienza a tener esperanza—en esa forma ridícula que tenemos—que otras cosas regresarán a ser como eran antes. Que la electricidad comenzará a trabajar como debería, que las baterías sostendrán una carga y tal vez incluso el Internet eventualmente volverá.

Esperan en vano.

El mundo nunca volvió a como era antes. Dudo que lo haga algún día.

Sin el jinete a mi lado, nadie me reconoce como la chica que capturó. A pesar de las pocas fotos borrosas que una vez circularon, ni una sola persona ha conectado los puntos.

Cuando finalmente llego a casa, obtengo la bienvenida de una heroína—la bombera que hizo frente a un jinete, la mujer que todos pensaron que estaba largamente muerta.

Mi padre me sostiene por un largo rato, y mi madre llora abiertamente. Estoy balbuceando como un bebé cuando veo que ambos están vivos.

La plaga nunca llegó a ellos.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Nuestra reunión es emocional y ridícula y hermosa, y jodidamente amo a mis padres.

Cuando regreso a la estación de bomberos, Luke es el primero en verme. Es casi cómico, la forma en que el shock se registra en su rostro.

—¡Santa jodida madre! ¡Burns! —Casi da vuelta a la silla en la que está sentado cuando me ve—. ¡Estás viva!

—¡Tú también!

Es impresionante verlo después de todo este tiempo. Se ve un poco más delgado, no es que deba sorprenderme. Vivir a través de un invierno Canadiense post-Llegada es suficientemente difícil. Vivir a través de un invierno Canadiense en el condenado desierto es casi imposible. Y eso es lo que él y todos estos sobrevivientes tuvieron que hacer para escapar la plaga.

La exclamación de Luke atrae la atención de otros, quienes pronto están palmeándome en la espalda y jalándome en abrazos, Felix entre ellos. Todos han escapado con sus vidas, todos excepto...

—¿Briggs? —pregunto, mis ojos buscándolo.

Solo podría ser su día libre.

Alguien dice serenamente:

—No lo logró.

—¿Él... no lo hizo? —Mi humor cae. Se supone que yo debería haber sido la que pateara la cubeta, no él.

Sin duda tuvo suficiente tiempo para escapar.

—Necesitaban ayuda en el hospital. Volvió pronto para ayudar a los enfermos.

Y murió por eso.

Mientras más miro alrededor, más noto otros hombres faltantes.

—¿Quién más?

—Sean y Rene. Blake. Foster.

Tantos.

—Todos murieron en el cumplimiento de su deber —alguien más agrega.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Debería haberlo sabido. Primeros en responder siempre pondrán sus vidas en la línea de otros.

Obtengo esa sensación de picazón debajo de mi piel. Debería haber sido yo. Una docena de veces debería haber sido yo.

Peste detuvo la plaga del todo por ti, susurra una voz silenciosa en la parte posterior de mi mente. Por supuesto, esa idea viene con su propio extraño dolor.

—¿Cómo escapaste del jinete? —pregunta Felix.

Todos me están mirando.

He temido esta pregunta desde que me di cuenta que habría sobrevivientes en Whistler. Hay tanto que debo responder, y no sé qué incluir y qué tanto decir.

Así que lo dejo simple.

—El jinete... me mostró misericordia.

Sorprendentemente, la vida regresa a la normalidad. O al menos, tan normal como puedo esperar estos días.

Me mudo de vuelta a mi departamento, aunque paso unas agonizantes pocas semanas llevando mis pertenencias de la casa de mis padres—donde fueron llevadas cuando presumieron que estaba muerta—de vuelta a mi casa.

En el despertar de mi regreso, la gente tiene preguntas—tantas preguntas.

¿Cómo sobreviviste al jinete?

¿Dónde has estado todos estos meses?

¿Por qué te tomó tanto tiempo volver a casa?

Para la mayoría de la gente, me vuelvo buena con las no-respuestas. Para aquellas que importan, les doy media-verdades. En algún punto, no puedo; la verdad está sofocando la vida fuera de mí.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Pero incluso entonces, no comparto todo—cómo me enamoré de un monstruo, o cómo al final, él salvo todas nuestras miserables vidas. Cómo recité poesía a él y lo sentí cambiar de una pesadilla a un hombre.

No puedo sacudir fuera la soledad que ahora siento. Primero lo noté en el camino a casa, cuando me acosté en casas abandonadas o caminé durante kilómetros de nieve interrumpida. Y ahora que estoy en casa, parece venir de todos lados. Me estoy ahogando en mi soledad y ninguna cantidad de compañía puede desvanecer la sensación.

Ni siquiera esto, sin embargo, puede compararse con la horrible sensación de caer de vuelta a una vieja vida cuando todo ahora es diferente. Como tratar de encajar en una clavija cuadrada en un hueco redondo. Lo odio, pero no hay nada mejor para mí en ninguna parte, así que me quedo aquí en este monótono departamento, y cada día voy a la estación de bomberos y pretendo que estoy bien cuando no lo estoy.

Realmente no lo estoy.

A veces mi mente vagabundea a qué imposibilidades podrían haber sucedido si Peste fuera un hombre humano. Cómo sería estar con él sin la carga. Pero entonces, si fuera humano, Peste no sería Peste, así que supongo que no tiene sentido pensar en la posibilidad.

Algunas cosas solo no están hechas para ser, supongo.

Ahora, vaso de vino fermentado en casa, vuelvo a leer un libro muy amado por mí. Pre-Peste, podría haber pasado a través de mis colecciones de Shakespeare o Lord Byron (comprometida perra de literatura aquí), pero los grandes están arruinados para mí. Particularmente Poe. Su oscura alma y corazón macabro son tan similares al mío.

Un golpe en la puerta me tiene dejando a un lado mi libro.

Mientras cabeceo, casi dormitando, de pronto viene un leve golpe, como si suavemente tocaran, tocaran gentilmente a la puerta de mi cuarto.

Cállate Poe, nadie pidió tus comentarios.

Literalmente podría estar perdiendo la cabeza.

Poniéndome de pie, miro desde el vino en mi mano a la escopeta recostada contra el borde del sofá. Tengo dos manos, y necesito una para abrir la puerta, ¿entonces qué será: la pistola o el vino?

Difícil decisión. Visitantes nocturnos siempre son sospechosos, y no soy una súper confiada persona en estos días pero... al final, vino.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Con el vaso en la mano, abro mi puerta de la entrada.

—Sara.

Dejo caer el vino, el sonido de vidrio destrozándose apenas registrándose.

Peste llena el marco de la puerta, su cabello dorado-rubio enmarcando su rostro como una corona. Su corona se ha ido, su arco se ha ido, su armadura dorada se ha ido. Incluso su ropa es diferente, no oscura ni pura. Lleva una camisa de franela y pantalones vaqueros, y a sus pies hay botas desgastadas *humanas*.

—Peste —exhalo, mi corazón golpeando con fuerza.

No puede ser real.

—Ya no soy Peste —dice, siguiendo ahí de pie, sin atreverse a acercarse.

Es tan insoportablemente difícil, mirarlo. Todavía se ve como un ángel, incluso en ropa humana. ¿Alguna vez no se verá como una cosa divina?

Pero es más que su total belleza. Tomó un largo tiempo admitirme a mí misma solo lo lejos que me enamoré de este hombre. Demasiado tarde me di cuenta que amaba todo sobre él—su corazón, su mente, su misma esencia. Pero incluso mientras me di cuenta, lo lamento porque, para entonces, él ya se había ido.

Y ahora no sé qué hacer, si cerrar la distancia entre nosotros o mantenerlo lejos de mí. No sé en qué estado ha venido a mí.

Lo dejé... una cosa rota.

Muerdo la parte interior de mi mejilla.

—Dijeron que solo desapareciste.

Busca mi rostro, y tal vez lo estoy imaginando, pero se ve como si estuviera tratando de memorizar cada uno de mis rasgos.

—Puedo hacer muchas cosas, Sara, pero desaparecer no es una de ellas.

Una ola de alivio sigue esa afirmación. Solo no puede desvanecerse y dejarme.

Me hago a un lado, abriendo más la puerta.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—¿Quieres entrar?

La mirada de Peste se mueve hacia el apartamento más allá de mí, sus ojos brillando con interés y un deseo tan fuerte que pone débiles mis rodillas.

Mi jinete volvió por mí.

Cuidadosamente, entra, el vaso crujendo bajo su bota mientras lo hace. Su atención está en todos lados, tomando cada pequeño pedazo de mi humilde vida.

—¿Dónde están tus cosas? —pregunto suavemente mientras cierro la puerta, mis ojos inspeccionándolo otra vez. El arco que nunca es más que un brazo de largo, la corona que casi siempre decora su cabeza, la armadura dorada que lo hace ver tan de otro mundo... todo se ha ido.

Me rendí, había dicho.

Se gira para enfrentarme.

—Mi propósito está servido.

¿Qué significa eso? ¿Y por qué eso me llena de temor?

—¿Y Trixie? —¿La criatura también había servido su propósito? Eso me mataría.

Peste mueve su mentón sobre su hombro. Solo que ahora, cuando logro apartar mis ojos del jinete, sí me molesto en mirar por mi ventana. En la oscuridad más allá, atrapo la apenas sombra de su caballo.

Trixie Skillz, el corcel cuya espalda conduje en todas esas semanas, olisquea en la oscuridad, sus riendas atadas alrededor de un poste roto de luz.

Me giro de vuelta solo para encontrar a Peste cerca, sus ojos devorándome como un hombre hambriento.

—¿Cómo me encontraste? —pregunto.

—Nunca te dejé.

Mis cejas se entrecierran.

—Vamos Sara —dice ante mi confusión—, solo no iba a dejarte ir de mi vida así de fácil. Soy demasiado terco y casi no suficientemente noble.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

¿Qué está diciendo? ¿Qué todo el tiempo que hice mi vida de vuelta acá, él me ensombreció?

—Además —continúa—, todavía te estabas recuperando y no confiaba en tu frágil cuerpo para hacer el camino de vuelta.

No puedo tomar suficiente aire.

Se preocupó. Incluso cuando pensé que no lo hacía, nunca se rindió.

—¿Entonces me seguiste?

Asiente.

Y nunca lo supe.

—¿Por qué nunca te mostraste?

Peste baja la mirada hacia sus botas.

—Habías tomado tu decisión. Quería respetar eso. —Se ríe, autocrítico, jugando con un pedazo de vaso roto—. Pero no pude, al final.

Y esto tan agradecida por eso.

—Detuviste la plaga —digo.

Encuentra mi mirada, su expresión volviéndose cautelosa.

—Lo hice.

—¿Por qué? —pregunto, buscando su rostro.

Los ojos de Peste son profundos y verdaderos.

—Porque el amor trae lo mejor en ti.

Trago un nudo grueso. Si los últimos pares de meses hubiesen sido una pesadilla, este es un sueño maravilloso, uno donde obtengo todo lo que quiero.

No confío en ello. He venido a esperar que las cosas que parecen demasiado buenas para ser verdad usualmente lo sean. ¿Por qué la única cosa que quiero más que nada, sigue una lógica diferente?

—De vuelta en esa última casa, ¿por qué no me dijiste que curaste a los enfermos? —pregunto. Eso hubiera salvado meses de esta agonía.

La mirada de Peste es agonizante.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Mi mente era un desastre en ese momento. Yo... no me había comprometido a mis acciones, ni siquiera después de que las puse en acción. No después que te dejé ir. Me tomó semanas de contemplación para mí para llegar a los términos con mi decisión. Mi corazón habló primero; mi mente tuvo que seguir.

Su expresión se vuelve fiera.

—Nunca debí dejarte ir. Debí haberte escuchado, hablar contigo, luchado por ti. Ahora estoy aprendiendo qué tan complejos son los humanos.

Mi corazón late locamente ante sus palabras. Esperanza está comenzando a surgir a través de mis venas, y eso me asusta como la mierda porque todo lo que hace la esperanza es primarte de una caída, y no estoy segura de poder tomar otra.

—Y la plaga... ¿se ha ido para bien? —pregunto.

Peste me da una sonrisa triste.

—Sara, siempre habrá afección y enfermedad... eso no puedo cambiar. Pero mi plaga divinamente traída nunca infectará otra vez. Yo he... servido mi propósito —dice de nuevo.

Y de nuevo, esa sola oración me llena con alguna clase de temor.

Me aferro a las mangas de mi camisa.

—¿Qué te sucede a ti ahora que has servido tu propósito? —Estoy orgullosa que mi voz no tiemble como el resto de mi cuerpo está comenzando a hacer.

No debería ser posible sentir tanto. Excitación y ansiedad y miedo están girando dentro de mí. Pero mayormente miedo, miedo por mi jinete. Nunca le pregunté qué sucedería si simplemente dejaba de esparcir la Fiebre.

Probablemente debí haberlo hecho.

Los ojos azules de Peste atraviesan los míos.

—Ven conmigo y descúbrelo.

El dolor en mi pecho se expande, pero ahora duele con algo más que está entre dolor y placer.

—Hay tantas cosas entre nosotros —digo. Tantas cosas insuperables. Lo deseo tanto que duele, pero juro que se siente como si

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

él fuera la única cosa que no puedo tener, incluso después que todos sus errores han sido corregidos.

Peste cierra la última distancia entre nosotros. Gentilmente toma mis manos, mirando mis nudillos.

—Puede que ya no sea más Peste el Conquistador, pero lucharé por lo que quiero, y yo te quiero a *ti*. —Sus ojos se elevan hacia los míos—. Dime que tú también me quieres.

Estoy de pie al borde de un abismo. Todo lo que tengo que hacer es tomar un solo paso, y luego todo cambiará. *Todo cambiará.*

Aprieta mis manos.

—Vuelve a mí —dice—. Cítame Poe y Byron, Dickinson y Shakespeare. Cuéntame de tus historias humanas, compárteme tus recuerdos. Déjame probar tu comida y déjame beber tu vino. Déjame hacerte el amor y sostenerte en mis brazos hasta el amanecer. Comparte tu vida conmigo.

Me quedo allí, todavía congelada, todavía segura que es una clase de visión hecha para cazar mis días. Sin duda me voy a despertar.

Las manos de Peste se mueven para ahuecar mi rostro.

—Estaba equivocado... sobre la humanidad. Y estaba tan equivocado tantas veces cuando se trataba de ti. Perdóname.

Presiono mis ojos cerrados, luego los abro. Él sigue ahí, todavía mirándome con sus ojos tristes.

—Vuelve a mí Sara —repite—. *Por favor.*

Esa maldita palabra.

El mundo se distorsiona más allá de mis ojos acuosos.

—Todavía voy a morir algún día —susurro.

Él asiente solemnemente.

—Lo sé.

—¿Estás bien con eso?

Su pulgar acaricia mi mejilla.

—Sara, no sé cuántos minutos más tengas o yo tenga, pero sí sé que quiero pasar todo el resto de ellos contigo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Mi corazón golpea en mi pecho.

Miro su rostro, su rostro angelical con aquellos tristes y solemnes ojos. Realmente podría ser un ángel—tal vez es un ángel, si tales cosas existen. No lo sé. No sé mucho de nada, excepto que la felicidad es una cosa rara, y la siento ahora con él tanto como la he sentido cientos de veces antes en cientos de pequeños momentos diferentes entre nosotros.

Me estiro y envuelvo una mano alrededor de su muñeca.

—Si ya no eres más Peste el Conquistador, ¿entonces cómo te gustaría que te llame? —pregunto, inclinándome un poco contra su toque.

Me da una tímida y vulnerable sonrisa.

—‘Amor’ tiene una nota bonita.

—De acuerdo, amor —digo, notando su susurro de una sonrisa ante el cariño—, los minutos que me queden... son tuyos. Yo soy tuya.

Hay un momento donde no calcula. Los ojos de mi jinete todavía están encantados, y parece como si la esperanza completamente lo hubiera dejado en algún lugar de vuelta en Washington. Pero luego sí se registra, y todo su rostro se transforma.

Primero su rostro brilla, sus cejas elevándose, y luego una sonrisa que podría superar al sol se expande a través de su rostro.

Se inclina hacia abajo y toma mis labios, y el beso es un final y un comienzo al mismo tiempo.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Capítulo 54

Traducido por Mais

Me gustaría decir que todo desde ese minuto fue un hermoso e increíble cuento de hadas. Me gustaría decir que no arrastré el trasero inhumano de Peste de vuelta a mi habitación y mancillé la mierda fuera de mis sábanas como la extraña sucia que soy.

Me gustaría decir cientos de cosas para pintar la mierda de la noche, pero entonces, esa es otra historia.

El beso apenas había comenzado cuando pasó de dulce a salvaje y desesperado. Él es mi oxígeno y yo no he sido capaz de respirar durante meses.

Mis dedos se mueven a los botones de su camisa de franela, pero mis manos tiemblan tanto con necesidad y deseo y toda esta completa-maldita-adrenalina que no puedo deshacer ni un botón.

Peste me empuja contra la pared, su pelvis apretándose contra la mía.

—Te extrañé mucho —dice entre besos—. El amor es insoportable cuando se despoja.

Pero, milagro de milagros, ese amor no se despojó. Podría habernos tallado de dentro hacia afuera pero al final no nos convirtió en monstruos. Detuvo a Peste de matar el mundo, y me hizo lo suficientemente fuerte para alejarme de él cuando no valía la pena.

Y, al final, lo trajo de vuelta a mí.

Voy hacia los botones de Peste de nuevo, mientras el jinete me quita la camisa. El resto de nuestra ropa rápidamente sigue mientras llevo a Peste a mi habitación.

Solo una tenue lámpara de aceite parpadea en la oscuridad aquí—bueno, eso y las marcas extrañas de mi jinete, lo último que no se ha atenuado en lo más mínimo.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Las toco con reverencia mientras me recuesta en la cama.

—Todavía están aquí —digo.

Traza besos desde mi boca, por mi mejilla, hacia mi oreja.

—Por supuesto que sí, Sara. Simplemente no pueden irse de mí.

Me giro y río en sus labios.

—La Tierra te ha dado una boca listilla.

—La Tierra me ha dado una mujer listilla y ella me ha dado una boca listilla.

Su mano va hacia mi seno y jadeo ante su toque mientras acaricia la suave carne.

Peste tenía razón sobre llamar el amor insoportable. No puedo pensar en cómo hice para soportar todo este tiempo sin que me toque.

Envuelvo mis piernas alrededor de él, deseando más—necesitando más.

—Ha pasado tanto tiempo —susurro, y mis ojos pican.

Oh Dios, voy a llorar. Estamos por hacer el amor, y voy a llorar.

Pero entonces Peste está ahí, sus labios presionando primero contra la esquina de un ojo, luego contra la esquina del otro.

—Demasiado tiempo —está de acuerdo—. Pero todo eso ha terminado ahora. No hay necesidad de más tristeza, Sara. Tu gente está a salvo, y estás en mis brazos.

Su boca se mueve más abajo, ahora demasiado ocupada probando mi carne para decirme toda clase de cosas bonitas. Lo que probablemente es lo mejor porque mi núcleo está palpitando con algo fiero.

Besa mis senos, tomando primero un pezón, luego el otro, en su boca. Me muevo contra él mientras sus servicios me encienden con fuego.

Mientras tanto, el pene de Peste quema contra mi muslo. Cómo tiene la paciencia para jugar ahora mismo está más allá de mí. Pero entonces, yo siempre fui la niña que asomaba la mirada a mis regalos de Navidad antes de que fueran envueltos, así que... tal vez cuando se trata de cosas divertidas, solo soy demasiado entusiasta.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Peste se aleja lo suficiente para alinearnos. Por un instante se ve retro iluminado, su cabello dorado iluminándose, su cuerpo brillando en la oscuridad. Y en ese instante, es una cosa angelical. Luego pasa el momento, y es un hombre una vez más.

Se empuja en mí, su pene grueso, la presión de este exquisita. Puedo sentirlo por todas partes.

Mi jinete deja salir un aliento, bajando la mirada con esos terribles y hermosos ojos.

—Dios Omnipotente —susurra.

Si no me estuviera sintiendo tan malditamente emocional ahora mismo, podría haber hecho alguna broma sobre no tomar el nombre del Señor en vano (él aprendió ese mal hábito de mí). Podría haberme reído mientras me revelaba en la intensa conexión entre los dos.

En su lugar, tomo su rostro, su glorioso rostro, en mis manos.

—Te amo —susurro. Necesita escucharlo. Yo necesito decirlo. Aquellas palabras han estado atrapadas debajo de mi esternón por tanto tiempo.

Se mueve contra mí, sus ojos clavados en los míos.

—Yo también te amo, Sara Burns.

Y luego me muestra cuánto lo dice en serio.

Después, los dos yacemos en un enredadera de sábanas, y podría quedarme aquí mismo para siempre, mi oreja presionada contra su pecho, su corazón golpeando debajo de mí.

Acaricia mi espalda desnuda.

—Hay una cosa que mantuve —dice—. Una cosa que mi corona y armadura todavía fueron buenas para usar. ¿Te gustaría verlo?

Asiento contra él, aunque realmente no tengo idea de lo que está hablando. Estoy demasiado insoportablemente feliz para pensar sobre algo más excepto por el hecho de que Peste está aquí en mis brazos.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Gentilmente, se mueve a un lado así puede deslizarse fuera de la cama y camina hacia la sala de estar. No puedo imaginar qué está viniendo.

Jalo las sábanas contra mi cuerpo y me siento mientras Peste vuelve a la habitación. Se arrodilla al lado de la cama y levanta su mano, su puño ligeramente cerrado. Uno por uno sus dedos se abren, y en su palma yace un pequeño anillo de oro.

Sus ojos brillan.

—Cásate conmigo Sara. *Por favor.*

Mi aliento se ahoga mientras miro el anillo, que se ve imposiblemente perfecto.

Hecho de lo último de sus adornos de oro.

Eso es lo que quiso decir cuando dijo que había mantenido una cosa de su corona y armadura.

Mi mirada se eleva hacia él. Y luego sonrío.

—Sí.

Voy a casarme con el jinete del apocalipsis.

Extiendo mi mano y le dejo deslizarse el anillo en mi dedo tembloroso.

Voy a casarme con Peste.

—Espera —digo, con rudeza.

Mi jinete eleva sus cejas.

—¿Espera? —repite, viéndose incrédulo—. ¿Estás teniendo... dudas?

Puedo decir que tiene un momento difícil diciendo esas últimas palabras de la oración.

—No, pero... quiero llamarte otra cosa más que Peste. No solo un cariño sino un nombre.

Para mejor o peor, es un hombre. Necesita un nombre apropiado.

—Quieres decir, ¿cómo Tricksy? —pregunta, completamente serio.

Dios no. No así.

—Um, un nombre humano.

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Inmediatamente me arrepiento de haber mencionado la palabra humano—es uno de sus desencadenantes. Pero no se ve repulsivo por la idea.

De hecho, se ve... intrigado.

Lo piensa durante un segundo o dos antes de decir:

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? —digo, en eco.

En serio, ¿fue así de fácil?

Ríe un poco ante mi sorprendida expresión.

—Confieso, he pensado en esto desde que apartamos caminos.

Lo último que hablamos, no había creído en nombres personales. Él era Peste y Peste era quién él era. Era su propósito, y eso era todo lo que todos necesitaban saber. En algún momento durante todos esos días y semanas que estuvimos separados, cambió de idea.

—¿Cómo te gustaría que te llamen? —pregunto.

Su pulgar retuerce el anillo de oro alrededor y alrededor de mi anillo.

—Victor —dice, una sombra de una sonrisa insertándose a lo largo de su rostro.

Levanto las cejas. No sé lo que estaba esperando. No es como si Victor fuera menos apropiado que Bill o Joe. Es solo que Victor es realmente... normal. No estaba esperando normal.

Solo sé feliz que no decidió Elmer o Wolfgang.

—Victor —repito, trayendo una sonrisa mientras lo miro fijamente. Me gusta. Un montón—. Es perfecto.

Su sonrisa alcanza sus ojos.

—¿Qué te hizo escogerlo? —pregunto.

Sube a la cama y me toma en sus brazos una vez más. Me derrito en su delicioso calor.

Esto todavía se siente como un sueño. ¿Algún día dejará de sentirse así? ¿Algún día despertaré y no estaré sorprendida ante la fuerza de la naturaleza con la que enamoré?

PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

—Victor no es muy diferente de conquistador, ¿verdad? —dice, pensándolo.

Me tenso ante eso.

Risa retumba profundamente en su pecho.

—No te preocupes, querida Sara —dice—. No me estoy aferrando a mis formas antiguas. —Toma mi mano y la presiona contra su pecho. El latido equilibrado de este golpea contra mi palma—. En su lugar, yo soy tu Victor⁵. Verás, vine a conquistar esta tierra y su gente —explica—, pero en su lugar, una de su gente me conquistó a mí.

Sé que sus ojos se han vuelto suaves. Es una buena razón—no, una genial razón—una que hace que los dedos de mis pies se retuercen.

Jalando su cabeza contra la mía, lo beso, mis labios haciendo un trabajo largo y lánguido de la tarea.

Una vez que termina el beso, pregunto:

—¿Qué sucede ahora?

—Nos vamos... o nos quedamos y esperamos que el mundo aprenda como yo he aprendido. De cualquier manera, lo hacemos juntos... por todos los minutos que nos quedan.

⁵N.T. Es un juego de palabras. En inglés 'Victor' significa victoria.

Laura Thalassa

Epilogo

Traducido por Vale

Año 10 del Jinete

El sol se está poniendo cuando sucede.

Victor deja caer su libro, el lomo golpeando mis piernas, que están sobre su regazo.

Levanto la vista de mi propia novela, mi mirada va del libro a su cara cenicienta.

—¿Qué pasa?

Gentilmente, Victor mueve mis piernas a un lado y se para. Camina unos pocos pasos antes de apoyarse pesadamente contra la pared cercana.

Guardo mi propio libro a un lado, alarmada. Prácticamente tengo que abrirme a patadas un camino a través de los juguetes de niños dispersos para llegar a él.

—¿Cuál es el problema? —pregunto.

¿Está teniendo un ataque al corazón?

¿Es eso siquiera posible?

Cuando se encuentra con mis ojos, hay un tormento viejo y familiar en ellos.

—Puede que me hayas detenido todos esos años, Sara, pero me temo... —Se detiene, sus ojos van al gran balcón de nuestra casa, que da al Pacífico—. No puedo detener a mis hermanos.

Un escalofrío se desliza a través de mí. Ni siquiera hemos hablado sobre este tema en meses. Para que salga ahora, y tan ominosamente...

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Victor sale afuera, impulsado por una fuerza que no puedo percibir, y no puedo evitar seguirlo.

Se para en la cornisa, sus manos se agarran a la barandilla con tanta fuerza que puedo oír cómo la madera se astilla. Es increíble pensar que esas manos que pueden abrazarme tan suavemente también pueden hacer esto.

—La rueda del destino se ha puesto en movimiento —dice—. Aún gira sin mi ayuda.

A pesar de mi malestar, aliso mis dedos sobre su mano. Bajo mi toque, su agarre en la barandilla se afloja.

—Puedo sentirlo —dice, sin molestarse en encontrar mi mirada. Sus ojos se mueven inquietos sobre la tierra—. Mi hermano se está despertando.

Se me enfría todo el cuerpo.

—¿Qué?

No me mirará, su cuerpo obligado a adoptar una postura rígida.

—Ora por el mundo, querida Sara. Guerra se acerca.

PESTILENCE
THE FOUR HORSEMEN



Laura Thalassa

Agradecimientos

Algunas ideas de libros son pacientes, algunas incluso recatadas. Entonces hay otras ideas de libros, como la que tuve para *Pestilence*, que simplemente salen fuera de ti. Esta novela fue el amor de un hijo de meses sin dormir y escribir febrilmente. Y sin embargo, por toda mi emoción, este libro no sería lo que es sin la ayuda de algunos increíbles individuos.

Gracias ante todo a mi esposo, quien siempre ha sido mi fan número uno (en lo alto de literalmente ser el mejor humano ahí). Agradecimientos especiales también a mi June Bug, quien probablemente de hecho hizo más por emplazar este libro (hola trabajo parcial), pero cuya completa existencia todavía es tan abrumadora e increíble para mí que fue suficiente inspiración.

Gracias a Leia Stone por lo que tú ya sabes. Shannon Mayer, enormes gracias por dejarme ponerte a trabajar en búsqueda tonta. Eres la mejor.

Literalmente gracias a todos los autores que han mostrado interés en este libro: Grace Draven, Scarlett Dawn, Amber Lynn Natusch, Kelly St. Clare, Linda Lee, y más. En serio, todos ustedes ~~me están haciendo sudar y ahora voy a hacer una vuelta de victoria de edición~~ me honran.

Grito a mis lectores beta y críticos ARC, mi equipo promotor y todos aquellos maravillosos bloggers de libros y bookstagrammers que han dado tanto amor a esta novela. Los quiero demasiado.

Finalmente, gracias a ti, lector, que en este punto está obteniendo crédito extra por llegar hasta aquí, al final de mis agradecimientos. Espero que hayas disfrutado leer sobre estos personajes tanto como yo lo hice al escribir sobre ellos.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Sobre la autora



Encontrada en el bosque cuando era joven, Laura Thalassa fue criada por hadas, secuestrada por hombres lobo, y entregada a vampiros como pago por una deuda de cien años. Ha vuelto a la vida dos veces, y, con un solo beso, despertó a su amor verdadero de un sueño eterno. Ahora vive feliz para siempre con su príncipe no muerto en un castillo en el bosque.

...O algo por el estilo.

Cuando no está escribiendo, se puede encontrar a Laura comiendo guacamole, acumulando chocolate para el apocalipsis, o acurrucada en el sofá con un buen libro.



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN

Laura Thalassa

Traducido
Corregido
Diseñado
& Revisado



PESTILENCE

THE FOUR HORSEMEN